

LUIS ALBERTO SANCHEZ

**EXAMEN
ESPECTRAL
DE
AMERICA
LATINA**

CRISTAL DEL TIEMPO

LOSADA

Para Luis Alberto Sánchez, América Latina no es una unidad en cuanto a su pasado colonial o republicano, pero tiende a serlo conforme crece en hondura y extensión. La unidad mana de la historia, la geografía, la economía y el porvenir; es resultante de una tradición profunda y de un futuro posible. Como éste de la unidad, muchos de los temas que preocupan a los americanos encuentran en estos ensayos interpretaciones y soluciones de gran valor. La mayor parte del libro se basa en ejemplos extraídos de largas visitas a Estados Unidos y a diversos países de América Latina. La primera edición de esta importante obra apareció en México -Fondo de Cultura Económica, 1945- bajo el título de *¿Existe América latina?* La Editorial Losada, de acuerdo con el autor, resolvió reemplazar ese título por el más categórico de *Examen espectral de América Latina*, considerando que tal cambio anula las interpretaciones antojadizas ocasionadas por el interrogante del primer nombre. Luis Alberto Sánchez -peruano, nacido en 1900- es un fecundo prosista y polemista que cultiva la crítica, la historia literaria, la biografía y el ensayo. Ha sido uno de los exponentes máximos en América de lo que él mismo llama "socioliteratura". Además de su conocida historia de América y otras de la literatura hispanoamericana y peruana pueden mencionarse, como muestras de su múltiple obra ensayística, *América, novela sin novelistas*; *Vida y pasión de la cultura en América*; *Balance y liquidación del novecientos*; *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Actualmente es Rector por segunda vez de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en Lima.

SOUTHERN C

UNIVERSITY OF SOUTHERN COLORADO



3 3040 00320 9977

DISCARDED BY
CSU-PUEBLO LIBRARY

98428

F 1408.3
S 21
1962

Southern Colorado State College
Pueblo, Colorado



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

EXAMEN ESPECTRAL
DE AMERICA LATINA

CRISTAL DEL TIEMPO

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

EXAMEN ESPECTRAL
DE
AMÉRICA LATINA

*CIVILIZACIÓN Y CULTURA
ESENCIA DE LA TRADICIÓN
ATAQUE Y DEFENSA DEL MESTIZO*



EDITORIAL LOSADA
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723

© EDITORIAL LOSADA, S. A.
Buenos Aires, 1962

Primera edición: 1945
Segunda edición: 1962

Dibujo de la tapa de
BALDESSARI

F 1408.3
S 21
1962

PRINTED IN ARGENTINA — IMPRESO EN LA ARGENTINA

Se terminó de imprimir este libro el 8 de marzo de 1962,
en la Imprenta López, Perú 666, Buenos Aires

98428

SOUTHERN COLORADO STATE COLLEGE LIBRARY

¿EXISTE AMÉRICA LATINA?

(SEGUNDO PRÓLOGO A UN LIBRO INTEMPORAL)

El libro intitulado como este preámbulo apareció en México, el año de 1945, bajo el sello del Fondo de Cultura Económica. Se agotó y no fue reeditado, lo cual me alegra y permite revisar algunos de sus conceptos sin modificar fundamentalmente su texto. Sé que lo que uno escribe no debe ser considerado según la intención del autor, sino la del lector. Los libros pertenecen a éste, no a aquél. Como la mujer del César, las intenciones deben no solamente ser, sino parecer. Quien las hace parecer, y por tanto volver a ser o recrear, es el lector.

Al lector de *¿Existe América latina?* se le ocurre, por lo común, que el título no contiene una interrogante, sino una negación. No es así, pero él lo cree. Y no hay otro remedio que encarar tal error. Error no siempre de desprevenidos, sino muy a menudo de los más letrados. Así, por ejemplo, en la Conferencia de 1960, organizada por la Canadian Broadcasting en el Lago de Couchiching, cerca de Toronto, el doctor Herminio Portal Vilá, eximio profesor de historia de la Universidad de La Habana, esgrimió el título de este mi libro como un argumento *sine qua non* para demostrar que era absurdo referirse a la *América latina* como unidad, y que mejor era hablar de las "Américas latinas". No soy responsable de esa exageración que distorsiona mi pensamiento, según se verá al leer el texto, pero respeto mucho lo que mi amigo Portal Vilá con pleno derecho ha deducido de mi obra.

Yo no creo que América latina sea una ficción. No. Pienso que es una ficción, sí, tal como se la presenta; no por sus rasgos esenciales. En otros términos, no es una unidad en cuanto a su pasado colonial o republicano, pero tiende a serlo conforme desarrolla y crece en hondura y extensión. Dicho de otro modo: entiendo que el lugar común de la

identidad de lengua, religión y pasado colonial no basta para otorgar carta de crédito a una unidad. Hay naciones que hablan el mismo idioma y son distintas (v. gr.: Inglaterra y Estados Unidos, Francia y Haití, España y México, los israelíes y los árabes de Palestina, etc.).

Existen animosidades e incompatibilidades vehementes entre creyentes en el mismo Dios (v. gr.: Egipto y Jordania, Japón y China, en cierto modo hoy Perú y Ecuador, etc.).

La unidad mana de la historia, la geografía, la economía y el porvenir. Es resultante de una tradición profunda y de un futuro posible.

Cuando yo he formulado la pregunta que titula mi libro, he tratado de establecer si realmente existen los caracteres "rituales" de la unidad latinoamericana, o sí, por debajo de ellos, subsisten discrepancias quizás difíciles de conciliar; si no es apresurado dar por firme lo que puede resultar aleatorio. Por lo cual he tratado de examinar algunos conceptos básicos, sobre los que, por lo general, se hace reposar el edificio de toda cultura.

Para mí, aunque hubo civilización aborígen, ésta tuvo perfiles varios; no se puede identificar a un chibcha con un araucano, ni a un inca con un maya, así como no se puede reducir a cero la distancia que separa hoy a un español de un portugués, a un portugués de un brasileño, a un brasileño de un argentino, a un argentino de un chileno, etcétera. Tampoco puede pensarse en que la historia virreinal fue conforme. Subyacente, en el trasfondo del Virreinato, está la separación entre casta y casta, clase y clase, estamento y estamento, raza y raza, cultura y cultura, costumbre y costumbre, tradición y tradición. Esto último nos pone ante un debate de suyo alto y decisivo.

Comienzo por no aceptar lo que se denomina "la tradición latinoamericana". Tenemos "tradiciones latinoamericanas" (v. gr.: el asilo político, la solidaridad ante el ataque foráneo, la no intervención, cierto escepticismo religioso invívito, la Reforma Universitaria, la apetencia democrática aunque sea declarativa, el rechazo a la discriminación racial, etc.), pero estas "tradiciones" difieren en grado, oportunidad y lugar según diversas modalidades nacionales. No reacciona México igual que Perú ante la España monárquica, o ante el hecho de la conquista española, Argentina no coincide con México, Perú o Guatemala, respecto al legado indígena. La actitud frente a la Iglesia es diversa en México, Chile, Ecuador y Venezuela. Esto que ocurre con asuntos de tanta

trascendencia, afecta el modo de ser y existir de cada uno de dichos países, o sea, del conjunto de América latina.

Pero, subrayar semejantes discrepancias no implica negar la *unidad discordante* en que se basan. El precepto clásico de "unidad en la variedad" rige aquí también. El de unidad monolítica carece de aplicación y de sentido. Si la tuviéramos, no habríamos soportado la presión de un poder imperial vecino y prepotente, cuya fuerza descansa en la desunión nuestra, desunión que en términos continentales, significa inexistencia del fundamento mismo del ser continental.

Al subrayar las varias formas y modos de la divergencia latinoamericana, pongo en duda la existencia de ellas como *expresión del conjunto*, mas no como expresiones regionales, o nacionales, ni mucho menos cierro el paso a la esperanza, ni a la posibilidad de tender puentes entre nuestras discrepancias, sin las que dejaríamos de tener personalidad local, y, por tanto, imposibilitaríamos la constitución o refuerzo de una personalidad hemisférica.

Mucha parte del libro se basa en ejemplos extraídos de largas visitas a Estados Unidos y a diversos países de América latina. Desde 1944 en que concluí la obra, hasta ahora, he aumentado mi experiencia con no cortas estadas en Brasil, Puerto Rico, Centroamérica, México, Europa y una inolvidable en Asia Menor y Grecia. Sin embargo, he preferido no retocar el libro añadiendo tales experiencias, a fin de conservarles su frescura, su aire polémico, su hipótesis y su tesis, de que no me arrepiento. La pregunta del título es respondida afirmativamente en las conclusiones. Lejos de ser ésta una obra de duda, la considero de afirmación pero con los ojos abiertos.

Salvo la excepción del nuevo y todavía candente caso cubano, considero que la complementación latinoamericana se ha fortalecido durante los últimos diecisiete años, o sea los corridos entre la primera y esta edición de mi libro. La Segunda Guerra nos dió una perspectiva inesperada sobre nuestra propia tarea. El afinamiento de ciertos instrumentos mentales, sociales y físicos, nos ha obligado a prestar mayor atención a nuestros deberes colectivos. Hemos aprendido a distinguir mejor entre la apetencia personal y la necesidad común. Frente a los Estados Unidos y a Europa, América latina ha empezado a entender sus deberes primordiales. A la vez, tiene ante sí las nuevas obligaciones creadas por la surgencia de Asia y África en el campo de los grandes poderes mundiales. Tal vez el patriotismo continental latinoamericano

sea uno de los rasgos típicos de nuestro siglo. Ello no se condice con la interpretación negativa del título e intención de mi texto; al contrario, ello respondería, si acaso, en forma afirmativa a la pregunta inicial: ¿existe América latina? Y ya contesto con seguridad y vehemencia: claro que existe, que empieza a existir y ¡con qué extraordinario vigor! Dicho sea con perdón del lector que atendido al rótulo, soslaya o violenta la tesis que inspira las páginas siguientes.

Lima, 1961.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.

ADVERTENCIA EDITORIAL

La Editorial Losada, de acuerdo con el autor, ha resuelto reemplazar el título ¿Existe América latina?, con que este libro apareció en su primera edición, por el más categórico de Examen espectral de América latina. Considera el autor que al hacer tal cambio anula las interpretaciones antojadizas ocasionadas por el primer nombre y acerca de las cuales habla en el segundo prólogo de esta nueva edición.

AL LECTOR

(DE LA PRIMERA EDICIÓN)

“A griegos y a bárbaros, a sabios y no sabios, soy deudor.”

SAN PABLO, *Epístola a los Romanos*, I, 14.

Con este libro doy cima a una ambiciosa y largamente acariciada empresa intelectual: concretar en el menor volumen posible algunas de las mayores inquietudes que nos preocupan y corroen a los americanos.

La primeras notas para las páginas que siguen fueron tomadas durante uno de mis destierros, en Quito, Ecuador, el año de 1932. De entonces data su plan casi definitivo. La primera vez que formulé ante un público docto el tema entero fué en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, 1936. Sucesivamente provoqué discusiones, a través de conferencias sobre algunos capítulos, en las Universidades de Santiago de Chile, 1937; Concepción, Chile, 1939; El Litoral y Cuyo, Argentina, 1940; Sucre, Bolivia, y en la Unión Panamericana de Washington, EE. UU., en 1942. La primera redacción fue hecha en Santiago de Chile, durante el verano de 1943; la segunda, en East Lansing, Michigan, EE. UU., bajo el invierno de 1944; la final, en Panamá, en las postrimerías del otoño del norte, cuando agoniza la primavera en mis pagos, al sur de la línea ecuatorial aquel mismo 1944.

No por vanidad ni puntillista afán de pormenores, refiero lo anterior. Es que la historia de este libro se halla tan ligada a otra historia mía —y de muchos (personas e ideas)—, que me parecería incompleta su estructura, si no refiriese las circunstancias en qué fue pensada y sentida, y si no expresara, desde el umbral, mi profunda gratitud a los hombres, mujeres, libros y lugares que hicieron posible este por muchos años anhelado diálogo conmigo mismo.

L. A. S.

Noviembre de 1944.

CAPÍTULO PRIMERO

EL PROBLEMA DE LA FISONOMÍA

¿EXISTE AMÉRICA LATINA?

“El hombre está hecho visiblemente para pensar; en ello reside toda su dignidad y todo su mérito; y todo su deber consiste en pensar como es debido. Pues bien, el orden del pensamiento debe comenzar por sí mismo, y por su autor y sus fines... El hombre no es sino una caña pensante, la más débil que hay en la naturaleza; pero es una caña pensante... El hombre seguirá siendo más noble que aquello que lo mata, porque sabe que ha de morir... Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento.”

BLAS PASCAL.

A primera vista, la pregunta resulta un disparate. ¿Cómo no ha de existir *América latina*, si tanto se habla de ella, de su personalidad, su esfuerzo, su raza, sus peculiaridades, su unitario credo religioso, su sentimental literatura, su porvenir? Mas, esta apresurada impresión se transforma en duda no bien empezamos a escarbar las entrañas mismas del concepto. Si *América latina* existe, ¿por qué la tratan en los hechos como a cosa vaga, heterogénea, nula, aquellos que precisamente afirman con mayor estruendo su indestructible unidad? ¿Cuál es la razón por la que, hasta hoy, suelen abocetarse conflictos entre sus miembros? ¿De dónde, el furor nacionalista y las disputas fronterizas, políticas y comerciales entre república y república que nos sobrecogen de vez en cuando? ¿Por qué se llega, con ejemplar inconsciencia, hasta a plantear violentas discrepancias de razas, entre pueblos que, sin embargo, se dicen hijos del mismo tronco, columnas del mismo destino?

Cuando uno reflexiona en esto, y piensa en el visible interés con que poderes extranjeros subrayan, reiterada y enfáticamente, nuestras disparidades, bien para convertirlas en arietes contra la unidad del continente, bien para mantener la supremacía de una parte del Hemisferio sobre la otra, no se pueden evitar amargas sospechas.

Cierto, si, vivimos inter-incomunicados y, a menudo, recelosos. Mas, ¿será la incomunicación tan profunda como para invalidar todo posible acuerdo y quebrar el esqueleto de nuestra identidad?

Hace algunos años, Ricardo Rojas, en una página de su *Eurindia*, comparaba la constitución de América latina con la de un hogar, donde cada uno de los hijos poseyera su timbre de voz propio, sin mengua del tono común a todos los de la casa; su fisonomía característica también, pero sin perjuicio de ciertos rasgos comunes, o sea el "aire de familia", identificador de la estirpe.

En realidad, entre los países que integran la llamada América latina existen tantas diferencias como entre las provincias que constituyen los Estados Unidos, y menores que entre las naciones de Europa. Si alguien

arguyera que no se puede equiparar la fundamental distancia entre el descendiente de europeos que mora en la Argentina, y el descendiente de los cafres que pueblan Haití, con la que reina entre los diversos Estados de la Unión, yo le replicaría mostrándole un irlandés de Boston, un "Dutch" de Pennsylvania, un judío de Chicago o del Bronx neoyorquino, un negro de Harlem, un mulato de Puerto Rico, un mestizo de indio de Nuevo México o de Oklahoma, un vaquero de Arizona, un ítalo-americano de la "Little Italy" y un asiático-americano de California, y veríamos hasta qué punto se hace posible hablar de la homogeneidad norteamericana.

Si bien es verdad que, frente a fenómenos decisivos como el ataque a Pearl Harbor, todos esos personajes tan desiguales se juntaron en un solo impulso, no deja, por su lado, de ser exacto que, antes de aquello, y no obstante el hundimiento de algunos barcos mercantes yanquis, en los Estados Unidos reinaba una viva discusión entre pacifistas y belicistas, no muy distinta de la trabada entre rupturistas y antirrupturistas, en Chile, antes de enero de 1941 y en Argentina hasta el presente (1944).

En los Estados Unidos, por lo demás, reinó profunda discrepancia frente a los problemas de la cesantía, el "New Deal", la ley antialcohólica y el asunto del negro, tanta como la enrostrada a la "América latina" a propósito del corporativismo brasileño, la índole de la propaganda religiosa argentina, la reforma agraria de México, el Frente Popular de Chile, el Apra del Perú, la actuación de la Standard Oil en Bolivia, el auge liberal en Colombia, la prolongada neutralidad de Chile y Argentina, etc.

Pero, esas discrepancias, lejos de constituir obstáculos para la unidad, son, al contrario, elementos que contribuyen a robustecer su esencia.

Cuando alguien, sobrestimando tales diferendos, enuncia enfáticamente la imposibilidad absoluta de que América latina sea un Continente, en un sentido superior al geográfico, me asalta el recuerdo de un episodio revelador: el de Sandino. Entonces, entre 1926 y 1934, toda la América latina vibró de entusiasmo al ver la tenaz resistencia del guerrillero nicaragüense, y se adhirió a él. César Augusto Sandino representaba no sólo lo visible, sino lo invisible de nuestra alma: en él se concentraban el rencor colectivo contra la dura penetración imperialista, el chafado orgullo del criollo ante el invasor rubio, la afirmación de nuestra autonomía política y espiritual, en suma, lo más cernido

Examen espectral de América latina

de nuestra beligerancia. Igual repercutía ese nombre en la pampa argentina que en la sierra mexicana, en la puna de Bolivia que en el litoral peruano. En torno suyo, tuvo el general Sandino —llamémosle así con auténtico respeto— soldados de todos los países americanos; en su loor encendieron sus lámparas los mejores poetas y escritores desde Río Grande hasta Patagonia. Aquél realmente “bandolero divino” unificó a la América latina, al pueblo y a la inteligencia de “América latina”. Los propios conservadores rindieron su simpatía al heroico y joven combatiente juntando, acaso por primera vez, sus votos a los de los revolucionarios de izquierda. Las opiniones que, a pesar del ambiente oficial, se levantaron en la Conferencia de La Habana, en 1928, contra la hiriente jactancia de Charles Evans Hughes, no eran otra cosa que resonancias del gesto de Sandino.

Otro episodio podría, también, servir de índice para apreciar la efectividad de nuestro vínculo continental indoibero: la guerra emancipadora. No hubo entonces extranjeros en ninguna de nuestras patrias chicas. Si es importante que en la batalla de Ayacucho estuvieron presentes generales, oficiales y soldados de Perú, Argentina, Gran Colombia (incluyendo a los bolivianos de ahora), México y Chile, más trascendental fué el hecho de que el primer Congreso Constituyente de mi país, el de 1823, contara entre sus diputados a individuos de todas las procedencias americanas, considerados como nacionales. Flores, que había nacido en Venezuela, gobernó Ecuador; La Mar, oriundo de Cuenca, gobernó Perú, así como Santa Cruz, nativo de la actual Bolivia; Irisarri, guatemalteco, y Bello, venezolano, fueron prohombres de Chile, y Rocafuerte, ecuatoriano, lo fué de México. Los Carreras, de Chile, lucharon en tierra argentina como en tierra propia. Los dos grandes libertadores ejercieron el mando, por corto o largo plazo, en varias repúblicas recién creadas, y uno de ellos no dirigió su propio país de origen.

Tampoco hubo discrepancias de tipo nacional, años más tarde, cuando los ataques de la flota española (1863-66) en el litoral del Pacífico. Nadie dejó de apoyar a México durante su heroica resistencia frente a la expedición europea, afanada en convertir en emperador de aztecas al melancólico Maximiliano de Austria. La guerra entre los Estados Unidos y México, por causa de Texas, halló el rechazo de todas las naciones latinoamericanas, solidarizadas con su hermano del Anáhuac.

Sin embargo, desde entonces, dos intereses comanditarios, uno externo y otro interno, actuaban ya de consuno contra la solidaridad

continental: en 1826, cuando el Congreso de Panamá, ideado por Bolívar, se vió que los propósitos de los entonces gobernantes de Estados Unidos e Inglaterra coincidían con la miopía de algunos oligarcas de reciente data, en el plan de no contribuir a aquel propósito. A lo largo de la historia republicana, el episodio volvió a repetirse, si bien no tan al desnudo.

Valiéndome de una referencia gráfica, yo tuve la sensación cabal de nuestra unidad, al volver de Estados Unidos, en mayo de 1942, con la guerra ardiendo ya en nuestros umbrales. La primera impresión de que había dejado atrás un mundo dispar la recibí en una calle panameña. Eran las cuatro de la tarde. Por las aceras, saliendo del colegio, circulaban parvadas de chiquillas color canela, trajeadas de blanco, los libros bajo el brazo. En una esquina había cuatro muchachos, la camisola abierta sobre el pecho, triguños, las mangas más arriba del codo. Hablaban abriendo mucho la boca, como locutores de radio, manoteando como náufragos. Aquello no era diverso a lo visto en algunos barrios de los Estados Unidos; pero, cuando pasaron ante ellos dos de las jovencitas, erecto el floreciente seno bajo la levísima blusa, y ondeando grácilmente la grupa en vaivén tropical, la lujuria hecha piropo se desató implacable a los oídos de las chicas. Hasta Chile no me abandonaría ya el espectáculo de la galantería callejera y picante, mucho más evidente al norte que al sur; renacida en Argentina con tanto fuego y menor gracia que en el trópico.

Confieso que no se trata de una muy encomiable señal de personalidad, ni como tal la menciono. Cito el hecho y pido al lector que extraiga, por su cuenta, las correspondientes consecuencias.

A otra categoría, sin duda más halagadora, pertenece una sagaz observación de Ratzel. Refiriéndose a las edades prehistóricas, advierte que, mientras el hombre europeo empleaba el hierro (metal de laboreo, duro y fuerte), el americano prefería el oro y la plata, con lo cual invistió a su civilización de un aire de suntuosidad, distinto al predominantemente utilitario de las otras culturas. Algunos pueblos de América no empleaban sino el oro para sus instrumentos cotidianos, a pesar de tener el bronce a su alcance. Así ocurrió en algunas tribus de arawacos, entre los mayaquichés y en no pocas zonas de la selva del Marañón, en Perú, según lo exhiben recientes descubrimientos. "Otros signos de la idealización de los valores industriales es la importancia que llegó a asumir la producción de artículos ornamentales", escribe Natalicio González refiriéndose a los guaraníes del Paraguay; y añade:

“La actividad social se dirige en este caso no ya a satisfacer ciertas necesidades ineludibles, sino a dar expresión al espíritu del lujo”¹. Si, como afirma Werner Sombart, la fuerte del capitalismo está en el lujo, y no a la inversa, tendríamos como peregrina consecuencia que la inédita raíz del capitalismo universal surgió de tierra americana, no del comercio con Oriente, a través de las Cruzadas ni de los grandes viajes del Renacimiento.

Todo ello justifica la reciente tesis de José Gaos, quien, al caracterizar nuestra cultura actual, la califica de eminentemente estética². Según lo dicho, somos pueblos suntuarios, unidos por un denominador común, que sólo disminuye en ciertas tribus nómadas, de zonas desérticas. En ese rasgo coinciden tanto el Piel Roja de Norte América, como el llamado araucano de Chile y algunos de los charrúas y patagones de la zona del Plata y Magallanes.

La innegable existencia de ese ambiente especial, decorativo, que plantea el problema de algo así como un estilo *prebarroco*, típicamente americano; y del estoicismo que proyecta nueva luz sobre el análisis del fatalismo —hizo ya decir al Conde Keyserling, en cuanto tomó contacto con nuestro mundo: “Apenas respiré su atmósfera, bauticé a Suramérica con el nombre de Continente de la Tristeza”³. Desde luego, para un hombre fáustico, y hasta orgiástico, como el jefe de la Escuela de la Sabiduría de Darmstadt, propenso a las doctrinas “de la sangre” que tanto complacen a Herr Ronsenberg, un núcleo de hombres silenciosos y serenos, con apariencia de contemplativos e indiferentes, tienen que ser hijos de un “Continente de la Tristeza”; pero cuando uno observa qué reacción de profundo goce provoca en tales individuos sus para nosotros lamentosas melodías, comparables a la felicidad que experimentan árabes y chinos y aun los propios andaluces cuando escuchan sus cantos típicos, para nosotros también sombríos y nostálgicos, caemos en la cuenta de que la apreciación sobre su “tristeza” es un concepto enteramente subjetivo, y que lo dicho por Keyserling refleja la homogeneidad de sentimientos, la existencia de una actitud espiritual genuina, que él comprueba en todo hombre de América latina.

Otro observador europeo, André Siegfried, anota en una página lúci-

¹ NATALICIO GONZÁLEZ, *Proceso y formación de la cultura paraguaya*, Buenos Aires, 1938, p. 36.

² JOSÉ GAOS, *Caracterización de la cultura americana*, Cuadernos Americanos, 6. México, nov.-dic., 1942.

³ KEYSERLING, *Meditaciones suramericanas*, Madrid, 1933, p. 303.

da: "Después de repetidas visitas a México y a Cuba, un rápido periplo me ha permitido recorrer las Antillas, Venezuela, el istmo de Panamá, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil; y he tenido la impresión de que todos estos países ofrecen rasgos comunes que hacen posible agruparlos en una atmósfera latinoamericana igualmente común"¹.

Sin embargo de tales afirmaciones y de otras muchas a las que se suscriben hombres de la talla de Francisco García Calderón y Waldo Frank, José Enrique Rodó y Clarence Haring, Pedro Henríquez Ureña y Dana G. Munro, Federico de Onís y Samuel Guy Inman, Haya de la Torre y John A. Mackay, nos hallamos con que, precisamente, en los momentos en que más se vocea la solidaridad continental y más urge que ella sea realidad, despunta la insistente y peligrosa teoría de "tratar a cada uno de los países según sus propias necesidades", cuyo corolario es el siguiente: "más fácil será que los Estados Unidos se entiendan con cada república de América latina, que éstas entre sí".

Sin embargo, los que así piensan no titubean en entenderse con Europa, tratándola como si fuera un todo homogéneo, compacto, sólido, unitario. ¡Contradicción flagrante!, puesto que, ante la uniformidad latinoamericana, la mitad de Europa apenas si llega a los umbrales de una remota hipótesis.

Los hechos tienen una elocuencia irrefragable. Hace sólo dieciséis siglos que Europa existe. Antes del 400 había un imperio sobre el Mediterráneo, imperio más bien africano que septentrional. Con la instalación de los germanos en Roma y sus colonias, empezó a existir realmente Europa. Su primera etapa se llamó la Edad Media. Durante ella se entronizaron Cristo, el régimen feudal y el individualismo. Simultáneamente emergieron, pues, la guerra y la paz. El mundo, golpeado por semejantes contrastes, se endureció, igual que el cuerpo humano bajo la antagónica y alternativa acción de gélidos inviernos y veranos ardorosos.

Desde entonces, Europa ardió en continua guerra. Los pueblos se entretenían, y entretienen, en lanzarse los unos contra los otros. En un mismo país, las minorías raciales engendraban interminables conflictos. Las fronteras se convertían en campos de batalla, germen de interminables litigios. Porque, nadie negará que el mestizaje de francos y tudes-

¹ ANDRÉ SIEGFRIED, *América latina*, trad. de L. A. S. Ed. Ercilla, 1934, p. 7, Santiago de Chile.

cos, italianos y austríacos, eslavos y germanos, ha costado más tragedias que nuestra apacible mixtura de indios, blancos y negros. Cada nación europea mantuvo y mantiene discrepancias irredimidas. Dentro de sus fronteras patrióticas cada país del Viejo Mundo sufre a causa de la imposibilidad de llegar a una definición propia. Por eso, nadie coincidió con nadie cuando se trató de fijar las características del genio francés, en una célebre encuesta promovida por un diario de París¹. Asimismo, tocante al genio alemán, no hay dos pensadores que estén de acuerdo.

Más aún: aparte de los problemas bélicos entre los estados, Europa sufre el drama de la división entre las culturas latinas y germanas (claridad y oscuridad, según la caprichosa Madame de Staël, inventora del distingo), a las que habría que añadir la eslava. Como si esto no fuera suficiente, Europa ha alentado no solamente patéticos antagonismos religiosos: católicos, protestantes, luteranos, calvinistas, puritanos, anglicanos, eslavos, ortodoxos, musulmanes, sino también sangrientos antagonismos raciales, cuyas máximas expresiones fueron la persecución del musulmán contra el cristiano, del cristiano contra el musulmán, del católico contra el protestante, del católico contra el hugonote, del calvinista contra el católico, del anglicano contra el católico, del nazi contra el judío.

A un continente así, que ni siquiera se ha desasido de Asia (la cual aparece unida por el espinazo ruso) se lo considera, sin embargo, como un ente homogéneo. Cuando se habla de Europa se quiere significar algo compacto, definido, con una sola mentalidad, con un solo norte, como si las antinomias mencionadas no existieran, como si pudieran fundirse en un todo, la psicología y los métodos británicos, franceses, italianos, alemanes, rusos, españoles y balcánicos.

Sin embargo, Europa es Europa a pesar de todo; pero quienes aceptan este hecho, pretenden, contra natura, que América latina no sea América latina, tan sólo porque mantenemos todavía, entre nosotros, algunas diferencias accidentales, a menudo azuzadas por los mismos que parecen gozosos en negar nuestra unidad esencial en aras de mezquinos intereses momentáneos, gentes incapaces de recapacitar en que, para la próxima etapa del mundo, será necesaria la cooperación completa, pero de igual a igual, entre esos dos bloques ricos, homogéneos y, a la vez, discrepantes: la América anglosajona y la América indoibera.

Una lógica elemental, sin lugar a dudas, diría así: si existe Europa,

¹ JEAN FINOT, *El prejuicio de las razas*, resume esta encuesta.

pese a sus múltiples incompatibilidades, la América latina, que no las tiene en tal grado, existe con muchísima mayor razón. El asunto estaría, pues, en precisar la clave, el común denominador de nuestra estirpe. ¿Se ha realizado alguna labor desinteresada y heterodoxa con semejante fin? Si no, ¿es tiempo de hacerla? ¿Se cuenta con elementos para ello?

Siempre me he jactado de ser un impenitente mandatario del Hombre de la Calle. Vuelvo a utilizar su investidura al plantear algunas preguntas, a mi juicio básicas sobre la fisonomía común de los países de América latina. Pero, antes, surge una cuestión previa: ¿es realmente *latina* la América que se extiende entre el Río Grande y el Cabo de Hornos, bañada por el Atlántico, el Pacífico y el Caribe?

Desde luego, no. La subsistencia de tal mote no significa sino una concesión más al europeísmo ambiente, un acto más de sumisión de los Estados Unidos ante el genio de Francia.

Ni nuestra cultura es latina, sino esencialmente indoibera, con método y revoques franceses; ni lo español es latino, por cuanto fenicios, romanos, godos y árabes que plasmaron la Península representan, en conjunto, un aporte superior al latino; ni el indio, nuestra raíz, encarnación humana de lo telúrico, tiene nada de latino. Como reacción contra España, durante un período de nuestra historia, la denominación de América latina tuvo fortuna; hoy la disfruta sobre todo a guisa de facilitar el pensamiento de europeos y norteamericanos... y satisfacer el orgullo de franceses y afrancesados.

Como ocurre casi siempre, estas generalizaciones resultan peligrosas o inexactas. Tal cual el término "latino" aplicado a nuestra cultura encierra una jugosa ironía, de idéntica manera referirse a los Estados Unidos como una civilización definidamente "anglosajona" no deja de ser disintente.

Cierto: los primeros pobladores de Virginia y Boston venían de Inglaterra, pero, con ellos, o muy poco después, llegaban fuertes núcleos de irlandeses, escoceses-irlandeses, alemanes, irlandeses puros, holandeses, suecos, franceses, y, más tarde, africanos, españoles, polacos, rusos, hispanoamericanos, italianos, judíos, árabes. La estadística tiene elocuencia impar al respecto. De los 133 millones de ciudadanos que formaban la colectividad norteamericana en 1944, 14 eran negros, 6 alemanes, cerca

Examen espectral de América latina

de 5 judíos, 3 canadienses, 1 asiáticos, 3 "latinos", o sea un total de 31 millones de aporte extranjero, sin contar los irlandeses ni los descendientes de flamencos (F. D. Roosevelt, entre ellos). Entre los 178 millones de hoy las proporciones no han variado mucho, de suerte que no habría exageración en afirmar que el 30 % o más de los Estados Unidos está al margen de lo anglosajón. Además, recordemos que el historiador norteamericano Bolton ha dicho que su país tiene que reconocer dos orígenes o fundaciones: la de los *Pilgrim Fathers* en el Este, y la de los Conquistadores Españoles, anteriores a aquéllos, en California, Texas, Florida y New México, al Oeste.

Nuestro latinismo es sin embargo más endeble aún que el sajonismo de los Estados Unidos. Y si en Buenos Aires, la cuarta ciudad judía del mundo, resalta, indudablemente, el aporte iberoitálico, ¿qué decir de Chile, república menos india que otras, pero en cuyo Sur los aportes étnicos de alemanes e ingleses imprimen un sello absolutamente distinto a lo latino? ¿Por qué hay innegables diferencias en el contenido y rumbo de la educación de un chileno, un argentino y un peruano, etc., a pesar de ser hijos de la cultura latina, sino es porque la orientación sintética de los afrancesados programas pedagógicos de estos dos últimos, carece de la tendencia analítica germana del primero?

Sin embargo, tal divergencia, así como el diferente valor que al factor religioso se asigna en Ecuador y Venezuela, en Uruguay y Colombia, no constituye una valla insalvable; apenas se trata de un matiz que contribuye a destacar mejor la unidad del cuadro.

En 1943 había en Estados Unidos casi 23 millones de católicos (hoy, 1960, pasan de 40); el protestantismo se encuentra dividido en numerosas sectas más o menos tibias; esto, lejos de resquebrajar la unidad espiritual del país, la fortalece. Los "Dutch" de Pennsylvania, los irlandeses de Boston, los vaqueros de Arizona y Nuevo México, los petroleros de Oklahoma, los negociantes cosmopolitanos de Nueva York, los aún feudalistas agricultores del Sur, los granjeros del Medio Oeste, los negros de Harlem, los judíos de Bronx, los desharrapados del Bowery, los indios de Texas, guardan entre sí distancias mayores que las existentes entre peruanos, argentinos, chilenos, mexicanos, bolivianos, venezolanos, colombianos, uruguayos, centroamericanos. Sin embargo, los Estados Unidos existen; *son*. ¿Por qué, pues, no va también a existir, a *ser*, la América latina?

Fácilmente comprende uno que haya jactanciosos ciudadanos de países más evolucionados, en donde se practique, con pueril petulancia, el

ejercicio del amor a sí mismo y el desdén al prójimo. Fácilmente se entiende además que haya interesados en subrayar nuestras disonancias, para frustrar nuestra unidad. Pero, ante todo, hay que explicar en forma lógica la existencia o no de dicha unidad, y, sobre todo, en qué consiste, y ver si pueden aceptarse como correctas algunas explicaciones basadas, por lo general, en el prurito de adaptar nuestra vida —*hecho* en sí— a los cuadros teóricos europeos de los cuales participan a veces los norteamericanos.

Así sucede con algunos típicos fenómenos colectivos, tales como la geografía, la tradición, la raza, la cultura, el lenguaje, la religión, la ley, la ciudad, el Estado, el capital nacional y el extranjero, etc.

En torno a tales temas, recreando en parte su contenido, prescindiendo de lo habitual, revitalizándolos para salvarlos de la cotidiana muerte que los agobia —y nos desorienta—, se podría intentar una nueva teoría de América en auténtico propósito de precisar sus alcances y definir sus debatidos contornos.

Los pensadores son, casi por antonomasia, estudiosos que, encallecidos por viejos cavilares, tratan de circunscribir la actividad pensante general al patrón de sus pasmados logros personales.

El pensador europeo —u occidental— ha eliminado de su terminología los aproximativos (*casi, muy cerca de, acaso*, etc.) para ceder el paso al tono dogmático. A su turno, el dogmatismo cierra el paso a la meditación. De donde, las palabras pensador y padrino de la ignorancia y de la pereza mental suelen ser sinónimos.

A propósito, recordaré un episodio: el año de 1936 se reunió en Buenos Aires el Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs. Acudieron a la cita eminencias universales, entre ellas Jules Romains, Georges Duhamel, Stefan Zweig, Emil Ludwig, Mario Ungaretti, Filippo Marinetti, etc. A poco de empezados los debates, se advertía en ellos con respecto a los latinoamericanos una actitud semejante a la que un cuarto de siglo antes tuviera Anatole France con los "porteños". De paso: invitado a Buenos Aires, el autor de *Historia cómica* llevó consigo un grupo de conferencias sobre Rabelais que no interesaban especialmente a nadie en la Argentina; pero el maestro occidental se consolaba con-

tando las robustas monedas y saboreando los succulentos “bifes” de sus agasajantes transoceánicos, conducta muy intelectual y civilizadora...

En 1936, pese a que ya Italia había devorado a Etiopía, que ya estaba en marcha la guerra de España, y fusilado García Lorca, los impasibles rectores del pensamiento mundial —y en medio de una silenciosa adhesión de los escritores judíos presentes, tan “occidentales” ellos como nosotros somos “latinos”— sacaron a relucir los mismos prejuicios de un siglo antes, sin avanzar nada sobre lo que Montaigne y Malherbe dijeran cuatrocientos años atrás acerca del Nuevo Mundo.

En una de las asambleas o *entretiens*, se trató de la fisonomía de la cultura americana. Naturalmente, los franceses lucieron por su sordo menosprecio a todo lo ajeno. Fue entonces cuando, vocero del continente, Alfonso Reyes pronunció las palabras que siguen: “Y ahora digo yo, ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros”¹.

Han pasado apenas siete años. Nuestra ciudadanía universal no requiere ahora graciosos reconocimientos. *Es*. Y tan *es*, que sin ella fracasarían todos los planes de reajuste material y moral de Europa y no podría ser posible el futuro equilibrio de las grandes potencias, entre las cuales se alza ya, a condición de perfeccionar su unidad, “Latin America”, el “Continente de la Tristeza” como lo llamaba Keyserling; o, mejor y con más razón, el Continente de la Esperanza.

¹ ALFONSO REYES, *Notas sobre la inteligencia americana*, “La Vanguardia”, Buenos Aires, 23 de mayo de 1937.

CAPÍTULO II

PENDENCIA Y CONCILIACIÓN DE LA
GEOGRAFÍA Y LA HISTORIA

"La Nación es un plebiscito cotidiano."

RENAN.

A mediados de 1931, el sociólogo y economista francés André Siegfried, llevó a cabo un viaje de circunvalación a nuestro continente, de lo cual nació su libro *Amérique Latine*, donde asevera enfáticamente la unidad del Nuevo Mundo. Pese a la dualidad religiosa entre el Norte protestante y el Sur católico “mediterráneo”, Siegfried afirmaba que: “No hay en una y otra parte, otra cosa que americanos”¹.

“Es evidente —agregó— el parentesco (entre las dos Américas), y el panamericanismo, si no como doctrina, al menos como realidad, corresponde, según me parece, a un hecho observable. Si los políticos tienen interés en ignorar este *hecho* o, al contrario, exageran su aspecto, no por eso el simple viajero desdeñará o perderá de vista tal unidad, que la geografía estaca a pesar de cualquier oposición.” “Recordaremos aquí —concluía— que, en el Nuevo Mundo, la geografía tiende a unir lo que la historia tiende a separar”; “el origen histórico las separa, pero la geografía tiende a aproximarlas”.

Había yo olvidado casi por completo tan sagaces apuntes, cuando, diez años más tarde, tuve que viajar por los Estados Unidos. El tiempo que empleé en recorrer el país y tratar de compenetrarme con sus diversos ambientes, no hizo sino convencerme de nuestra esencial unidad. Si, por un lado, sobre todo desde el punto de vista superficial y de las “Creaciones del hombre”, sólo cabe anotar diferencias, hechos más profundos y, sobre todo, los que directamente se refieren a la tierra, contribuyen a identificarnos. La conclusión de Siegfried me pareció, no sólo válida, sino luminosa. Lo que el científico europeo, neutral en asuntos americanos, había dicho, lo corroboraba yo desde mi ángulo de sudamericano poco adicto a lo “yanqui”. En gran parte, por eso, escribí mi libro *Un sudamericano en Norteamérica*, y ando pergeñando las cuartillas preliminares de un estudio acerca de las analogías entre el des-
envolvimiento cultural de ambas Américas.

¹ ANDRÉ SIEGFRIED, *o. c. passim*.

Mas el hecho que aquí interesa, es la identidad geográfica de todo el continente. Así, viajando por el centro de Estados Unidos, encontré enormes, interminables y polvorientas llanuras análogas a la majestuosa y triste pampa argentina; desiertos en Nevada y Arizona, tan desapacibles y agobiadores como los eriazos costeros del Perú y el norte de Chile; ásperas montañas en Colorado, Nevada y Montana, como un retazo de los Andes; bosques frondosos y aire azul en Nueva Inglaterra y el estado de Washington, semejantes a los del sur de Chile; transparente y luminosa atmósfera brasileña o antillana en California, y, viniendo a lo más pegado a la tierra, color ocre verdusco en los productos nativos (hombres y plantas); abundancia de maíz dorado, de jugosos choclos o mazorcas, y mucho pómulo saliente y nariz afilada y ojos ligeramente rasgados, y cabellos negros y tiesos, no sólo en Texas, San Antonio, Laredo, Oklahoma, Kentucky, Montana, San Francisco, Los Ángeles, Miami, sino también en Chicago, en San Luis y, desde luego, en Nueva York; y mucho pelo motudo y tez de ébano o acanelada, doquiera. Advertí que las mujeres de todas las razas amaban allí los abalorios, las vistosas joyas y los trajes de colores vivos, ni más ni menos que las "nativas" de América del Sur; y que los hombres, sobre todo los trabajadores agrícolas, son una curiosa mezcla de silencio y locuacidad, de desconfianza y entrega, auténtico mestizaje del hosco mutismo indio y la ostentosa seguridad del colonizador.

Una mañana, al despertar en San Francisco, después de emborcharme los ojos de cielo y sol, de colinas y árboles, me desconcertó oír junto a mí una lengua que no era la mía. Por un instante había escapado de California para volver a mi Pacífico Sur. Discutiendo de esto en New Haven, con varios amigos, entre ellos Germán Arciniegas y Hubert Herring, el primero insinuó una ingeniosa explicación: América no se dividiría, según él, en la del Norte y la del Sur, sino en la vertiente del Pacífico y la vertiente del Atlántico. Las comarcas situadas en la primera se parecen entre sí; igual ocurre con las segundas. De donde, habría más semejanzas entre California y Chile, pese a la distancia, que entre California y Massachussets, aunque pertenecientes al mismo país; y entre Nueva York y Buenos Aires, que entre Buenos Aires y Lima.

Cierto, se trata de un tema tentador. No sólo porque suministra materiales inéditos para una interpretación longitudinal y costera del continente, sino porque convalida la preeminencia del factor geográfico sobre los otros. De ello dimana el eminente valor de lo telúrico para determinar de modo lento, pero seguro, los tipos morfológicos humanos;

y, por tanto, se hace así posible proporcionar una base tangible y sólida a la idea de unidad continental por encima de las vagarosas declaraciones a que suelen apelar políticos demasiado políticos y poetas demasiado poetas.

Algo más: aplicando ese concepto, se facilitaría la explicación de algunos misterios de la historia: por ejemplo, la extraordinaria semejanza entre las costumbres de los Pieleros Rojas, de Norteamérica, y los Pampas, de Argentina, y, acaso, hasta la singular forma de "civilizarlos" (a tiros y mandobles) puesta en práctica por el presidente Andrew Jackson de U.S.A y el general Julio Roca en Argentina, así como la intensidad y alcance de la resistencia aborígen en ambos lugares, no ya por medio de acciones en masa, sino de "malones" o asaltos de tropes irregulares y vandálicos, único género de guerra conveniente a tribus aisladas y nómadas, independientes de espíritu y escasas de subsistencias, al revés de los grandes y compactos núcleos aborígenes de México, Perú y Colombia.

Exclamaba Rubén Darío, refiriéndose a la faja de tierra en donde luchan afanosamente las cinco repúblicas centroamericanas: "Dios eterno y único haga que lo que es un hecho en Literatura (la unidad) pueda realizarse para Centro América en Política, por ley histórica y por necesidad de nuestra civilización" ¹. Parodiando al poeta diremos: "Dios eterno y único haga que lo que es un hecho en la geografía —y en el pasado más remoto y, por tanto, más telúrico— pueda realizarse para América en Político, Cultura y Economía, por ley histórica y por necesidad de nuestra civilización".

Porque la geografía, es decir, el medio ambiente, exige imperativamente la unidad. Ella nos dio un suelo semejante, climas y frutos análogo (maíz y papa, cuyas condiciones alimenticias superan en varios aspectos a las del trigo) y una capacidad de arraigo extraordinario. Los europeos durante algunos años en íntimo contacto con América, no vuelven a recuperar nunca, plenamente, su primitiva personalidad. He conocido a muchos alemanes que, de regreso a su patria, eran mirados como extraños e, ineptos ya para reasimilarse, volvían aquí jubilosos. Igual ocurre entre españoles, árabes e italianos. Quizá, los más resistentes, por su tremendo jingoismo, sean los británicos y, a menudo, los franceses. Francisco García-Calderón, escritor nada sospechoso de demagogía americanista, residente cuarenta años en Europa,

¹ RUBÉN DARÍO, *Laurel solariego*.

reconoce en su famoso libro *La creación de un continente*, la existencia indudable de un sello americano, visible en todo el que vive entre nosotros por algún tiempo. García-Calderón subraya la vigorosa influencia de lo telúrico americano. Tal vez haya una relación directa entre la virginidad de un medio y su influencia sobre el habitante. La impronta de las islas Marquesas sobre Herman Melville, reflejada en su *Typee*, y la de Tahití sobre Paul Gauguin, patente en su pintura y en su libro *Noá-Noá*, son definitivas. Puede, además, significar algo el hecho de que, entre los países que en el menor tiempo dejan más profunda huella en sus residentes, sean los Estados Unidos y, en general, América. Sin ésta, el romanticismo europeo habría vivido de remembranzas y en viejas casonas, sin el aire libre que Chateaubriand y el Abate Prevost se llevaron de nuestra naturaleza.

Cuenta cierto misionero alemán que un "caballero extranjero" se extravió con dos señoras entre los araucanos. Los indios dieron muerte al primero, y las damas quedaron, "en Boroa, según se dice", durante algún tiempo. "Allí se acostumbraron de modo que, cuando más tarde sus parientes vinieron a llevárselas, no quisieron irse; prefirieron seguir viviendo con los indígenas."¹

Los casos de Livingstone en África, de T. E. Lawrence en Arabia, de Cunningham Graham y H. W. Hudson en Argentina, y el de D. H. Lawrence en Australia y México, por citar sólo a británicos, dicen mucho acerca de la magia de lo telúrico. Esta magia es, en América, tan poderosa que se la siente desde el primer momento, bien sea a través de la transcendentalista sensibilidad de Keyserling y sus *Meditaciones suramericanas*, o bien a través de la superficialidad turística de Paul Morand, en sus *Air Indien* y *Magie Noire*.

América —no sólo América latina sino América toda— existe, pues, como un todo, *en función de su geografía*. El territorio *la nivela*, le da unidad y personería. Poco importa que el paisaje, emanación de la geografía, no atraiga directa y concretamente, como objetivo inmediato, a sus escritores; mucho más importante y decisivo es que ese paisaje, o, mejor, la fuerza de la naturaleza, imprima su marca sobre los individuos, selle con su sello a la literatura americana, explicable sólo a través de la clave de su ambiente físico. Tanto es así que la novela latinoamericana no ha podido sacudirse de la férula del pano-

¹ P. ERNST WILHELM VON MOESBACH, *Vida y costumbres de los indígenas araucanos*, Santiago de Chile, 1930, p. 12.

rama. Cada escritor nuestro actúa como un sonámbulo, bajo el hechizo del paisaje. Sin la naturaleza nuestra no existirían *La vorágine*, ni *Doña Bárbara*, ni el preámbulo de *Facundo*, ni la poesía de Chocano, ni *Don Segundo Sombra*, ni los romances de Rubén Romero, ni la embriaguez selvática de Uribe Piedrahita, Zalamea Borda, Ciro Alegria y Antonio Arráiz, ni la angustia geográfica de Neruda, ni *Suave patria* de López Velarde, citando al azar, sólo aquello que tengo más presente en la memoria.

Geográficamente, América latina existe, no sólo ya por la presencia de los Andes, ese inmenso zurcidor, la pampa múltiple, la altimeseta solemne, la selva tutelar, el Amazonas, el Orinoco, el Plata, el Guayas, el Magdalena, el Bío Bío, el Río Grande, sino por la viviente conjugación de la diversidad con la unidad en el panorama; por el influjo definitorio del ambiente sobre el individuo; por los frutos de la tierra, los celajes del cielo, la flor de las laderas, la feracidad uniforme de sus valles y la insolente soledad de sus picachos.

Ha sido *la historia*, criatura de los hombres, quien introdujo un factor de desconcertamiento entre los americanos del Sur y los del Norte, y entre los propios indoamericanos entre sí: *la historia*, insisto, y no la protohistoria, si aceptamos que la historia comienza ahí donde se descubre un documento escrito. Porque, en nuestra protohistoria, vivíamos en función geográfica y, por tanto, vinculados íntimamente a la naturaleza; éramos una sólida unidad telúrica.

Sin embargo, hay quienes, exagerando el análisis hasta convertirlo en pulverización, sostienen algo distinto. El historiador peruano Jorge Basadre, llevado de un excesivo rigor analítico, afirma que, primero, "la existencia de la raza indígena implica una unidad meramente aparential, porque entre los indios hay grupos étnicos, idiomáticos y culturales de los más variables"; y, segundo, que los factores geográficos fueron en América del Sur, adversos a la unidad (macizo de los Andes, selva tropical), al revés de los Estados Unidos. Y añade: "En el sur, el gran macizo de los Andes cumple una misión de separación irremediable"¹.

Con el mismo argumento con que Basadre niega la unidad de los indígenas de América por haber sido variados, se podría negar la unidad de los blancos en Europa, o, más aún, la de los británicos en su isla, o de los alemanes y españoles en sus respectivos territorios. No son muy favorables a una interpretación unitaria las divergencias entre un ruso y un italiano, entre un irlandés y un galés, entre un bávaro y un pru-

¹ J. BASADRE, *Historia de la República del Perú*, Lima, Imp. Gil, 1939, pp. 4 y 8.

siano, entre un catalán y un andaluz. Sin embargo, existe un común denominador blanco-europeo; existe la Gran Bretaña; existe Alemania; existe España, y, repitiendo un argumento anterior, existe también una curiosa analogía entre los indígenas que poblaban los desiertos de Norteamérica y los que moraban en los desiertos de la Argentina; entre los caribes de las Antillas y los tupíes del Brasil; entre los nazcas de Perú y los mayas de Centroamérica.

Ni siquiera resulta válido el argumento separatista que se funda en la ausencia de un mismo idioma (recordemos a Irlanda, Gales y Escocia; Cataluña, Vasconia, Andalucía y Galicia, etc.; Provenza, Marsella, Bretaña y París; el Cáucaso, Estonia, Ucrania, Turquestán, etc.). La falta de unidad idiomática depende de la falta de intercambio, o de la prevalencia de tradiciones locales muy fuertes, síntoma a su vez de aislamiento. En España se hablan el catalán, el vascuence, el gallego y además el castellano... en varios lenguajes. Los dialectos rusos no impiden la unidad soviética. En cambio, entre los indígenas de nuestra protohistoria, había ya serios esfuerzos para unificar la expresión El Ruma Simi de los Incas lo revela. En cuanto a los "desequilibrios culturales", de que habla Basadre, bastaría mirar a Europa o al Asia para tener una respuesta satisfactoria. La exacerbación del análisis conduce a aquilatar tan desmesuradamente las diferencias que, a la postre, no quedarán como unidades válidas sino el individuo, la mónada, o, quizás, el electrón.

En cuanto a la "separación irremediable" que crea el macizo andino, peca de extremista como concepto y de hiperbólico como adjetivo. Por muchos otros caminos se ha demostrado que nada hay "irremediable" en la vida de los pueblos, mucho menos en una cadena de montañas con sus correspondientes sistema orográficos, que unen más de lo que dividen, a punto tal que se ha creado en torno de ello una especie de teoría política o religión demosocial titulada "el andinismo".

No; ha sido después, en plena vida histórica, después de la conquista y, más señaladamente, después de la independencia, cuando se agravaron las disensiones. Será suficiente recordar que cuatro virreinos se convirtieron en veinte repúblicas; que donde había sólo una raza, se reunieron y proliferaron varias razas y subrazas; que cada una de éstas se subdividió en clases (explotados y explotadores), sin mengua del carácter general de explotador que tomó para sí el blanco y su clientela; que el caudillismo provincial, típico ya en el conquistador, hizo crisis en el caudillo republicano, y en el boss o capitán de industrias. El interés político y la voracidad económica destrozaron la labor de la geografía y la

ya incipiente unificación consciente —la inconsciente no se borra nunca— de la protohistoria. Cuando algún vidente —Miranda, Bolívar, San Martín— quiso reparar los yerros de la esterilizante atomización, le salieron al encuentro la incomprensión, el aturdimiento, la deslealtad, arrojándolos al presidio, al ostracismo y a la muerte.

Fue tal la obra disociadora de la historia *a partir de la Independencia*, que no vaciló, por de pronto, en pegar un tajo entre la América anglosajona y la latina, en los albores mismos de la República. Se habló de diversos caracteres religiosos, de diferentes retóricas, de distintos destinos. Luego, el interés, el “national interest”, hizo lo demás. La guerra contra México y la supervigilancia del Caribe eliminaron por entonces la posibilidad de todo entendimiento sincero entre los dos bloques. El caudillismo, el personalismo atomizante, la mezquindad crematística acentuaron la tarea de disolver uno de los bloques, el nuestro; a ello no fue extraña la codicia del otro bloque: Estados Unidos. Tal es la obra de la historia intercontinental desde 1844 hasta nuestros días. Una centuria de *concertados esfuerzos disolventes*, resistidos y sobrepujados sin embargo por la unidad esencial, invívita e invulnerable de América —de “América latina” en este caso.

Entre muchos episodios para demostrar la obra desunidora de la historia sería quizás útil mencionar uno. Ocurrió en Venezuela el año de 1867. Don Antonio Leocadio Guzmán, después de la cruenta Guerra Federal, dijo entonces al Congreso de su patria con cínica simpleza: “No sé de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la federación, cuando no sabe ni lo que esa palabra significa. Esta idea salió *de mí* y de otros que nos dijimos: *supuesto que toda revolución necesita bandera, ya que la convención de Valencia no quiso bautizar la constitución con el nombre de bandera, invocamos nosotros esa idea, porque si los contrarios, señores, hubieran dicho federación, nosotros hubiéramos dicho centralismo*”¹.

Retengamos la expresión: “El pueblo (de Venezuela) . . . no sabe ni lo que esa palabra significa”.

En Perú sucedió algo muy semejante. He recogido la anécdota, sin ser rectificado, en un libro mío. El jefe del partido popular “demócrata”, don Nicolás de Piérola, fue entrevistado por cierto escritor costumbrista, apellidado Abelardo Gamarra. Piérola, miembro de una fa-

¹ Citado por LISANDRO ALVARADO en *Historia de la guerra federal en Venezuela*, y por PEDRO ARCAJA, *Estudios de sociología venezolana*, Madrid, s/a., p. 105.

milia linajuda, se había educado en el Seminario. Capiteaba un partido opuesto a los “ricos” civilistas (o conservadores). “¿Por qué fundó usted el partido demócrata?”, interrogó el periodista. La respuesta fue: “Pardo (adversario de Piérola) se rodeó de los ricos, fundó el partido civil y yo no tuve más remedio que hacer otra cosa”. El malicioso periodista insistió aún: “¿Y si hubiera pasado lo contrario?” El caudillo Piérola, sin contestar, le alargó un cigarro y cambió de tema.

Ambas anécdotas tienen de común: primero, que las “ideas” de que se habla en ellas, corresponden a posiciones o intereses personales, oportunistas; segundo, que el pueblo recibía consignas que no comprendía; tercero, la ignorancia popular era explotada por la ambición de los cultos. De manera que *la educación asume una importancia fundamental como elemento de unidad*. Habiéndose hecho nuestra historia a base de explotar las pasiones primarias de masas analfabetas, resulta que ella se ha desarrollado a base de la incultura popular, o sea que esto —analfabetismo e incultura— constituye el mejor clima para que fructifiquen propósitos y consignas divisionistas.

Naturalmente, problema tan complejo como éste no cabe en una fórmula tan simple. Con todo, subrayar el desentimiento gubernativo hacia la educación popular en América latina —¡especie de paradójico y vergonzoso denominador común! —puede abrir perspectivas a un debate fecundo.

Sería injusto culpar sólo a la historia de esta tarea disolvente; pero su responsabilidad es, sin duda, enorme, y lo es más aún, la de quienes la dirigen, enemigos de lo autóctono, cuya raíz se hunde en la naturaleza. La llegada de la alfabeta Clío se produjo aquí en circunstancias anormales. Cuando los ingleses desembarcaron en la India, se encontraban en un período de afirmación. Cuando conquistaron Transvaal y Orange, atravesaban el minuto cenital de su desarrollo. Cuando los franceses conquistaron África del Norte, tenían ya resuelto su problema interior. Pero, cuando ingleses, españoles, portugueses y franceses se lanzaron sobre América, se hallaban sufriendo graves disidencias en sus propios organismos, no vivían en edad de plenitud, sino la del caos. América, por donde se la mire, fue producto de la desorbitación europea, emergió a los ojos europeos —a la cultura blanca— en una “época de crisis de la civilización (blanca) occidental”.

Subrayemos el hecho: la conquista europea de América —española, inglesa, francesa, portuguesa, holandesa— se produjo en un instante en que la civilización europea se hallaba en crisis.

Examen espectral de América latina

Esta crisis se presenta, por lo menos, de dos maneras:

Primero, en el aspecto religioso y moral, tanto España, como Inglaterra, Francia y Portugal, asistían al nacimiento o muerte —en todo caso, a la agonía— de sus conflictos espirituales; luchas con los moriscos recién vencidos y con judíos a punto de ser expulsados, en España; choque entre anglicanos, católicos y puritanos, en Inglaterra; entre hugonotes y católicos, en Francia; entre judaizantes, moriscos y católicos, en Portugal; entre luteranos, católicos y calvinistas en Holanda.

Segundo, luchaban el feudalismo declinante y el individualismo naciente, germen éste del liberalismo. América se estructuró “entre el dualismo de lo corporativo frente a lo individual, de aquel dualismo cuya pugna vino a tener su total solución en Europa con la Revolución Francesa de las postrimerías del siglo XVIII”¹.

Si América hubiera sido conquistada por los europeos a fines del siglo XVIII o principios del XIX, es decir, si la conquista hubiese ocurrido en la fecha de la Independencia, seguramente nuestra historia habría sido más compacta, constructiva, dinámica, *de acuerdo con la geografía*. Notemos, si no, que en esa época el americano descubre su territorio, su geografía, y se enorgullece de ella, pero ya pesaban sobre él trescientos años de educación deformadora. Trescientos años durante los cuales, coactiva y sistemáticamente, se le sustrajo de la economía agraria, propia de su protohistoria, único sistema económico adecuado a sus posibilidades *de entonces*, para lanzarlo a la economía mercantil, de tipo extractivo y forastero.

La característica sustancial del americano ha sido y es su apega-
miento a la *tierra*. La conquista blanca sustituyó la tierra con el alma. Para el americano nativo, el alma carecía de sentido sin el apoyo de la tierra. Si los muertos sobrevivían, si admitían que el cuerpo encierra un soplo eterno, inmortal, éste requería, para perpetuarse, el contacto con la tierra y hasta alimentos de la tierra. De ahí —más que por la simplicidad de sus mentes— la costumbre de colocar en los sepulcros, junto al cuerpo inánime, vestiduras y alimentos.

La Conquista (historia europea) rompió aquel íntimo consorcio entre el hombre y la tierra —entre la historia propia y la geografía—, desarraigó a aquél, desamparó a ésta, y dio vida a un sistema postizo sin geografía, adventicio (con las raíces al aire como la enredadera). Si el criollo quiso la libertad fue más que por un propósito económico

¹ L. CHÁVEZ OROZCO, *Historia económica y social de México*, México, 1938, p. 31.

y político, por una vaga e inconsciente inspiración geográfica. La primera forma de *patriotismo continental*, el primer programa histórico propio, nació de la *geografía*. A fines del siglo XVIII despierta en toda América, en México igual que en Chile, en las Trece Colonias igual que en Brasil, en Nueva Granada igual que en Lima y Buenos Aires, un agudo sentimiento de la tierra. No es vana coincidencia que el caballero Crevecoeur y Phillip Frenau, en la América sajona, y José Manuel de Lavardén, en Buenos Aires, Francisco Xavier de Caldas, en Bogotá, enaltecieron casi al mismo tiempo al indio y a la naturaleza. Aparte del eco que del romanticismo francés, pudo haber en ello, hubo también un creciente sentimiento de orgullo nacional, y, como siempre, este orgullo buscó el soporte de la *tierra*, es decir, de la *geografía*.

Sin esa precisa vuelta a la tierra, sin ese espontáneo *nacionalismo* geográfico, tal vez no se hubiese producido la Independencia entonces.

Pero tan tardía reconciliación del hombre con el suelo (historia y geografía) encontró al primero deformado y a éste sin amparo. Fue como la restauración de un matrimonio deshecho por un forzado divorcio, y que, al volver a la casa antañera, encontrase a la familia dispersa y hasta a las propias paredes vacilantes. Sobre tales ruinas fue preciso recomenzar la vida, con fe, pero sin rumbo.

Un joven y penetrante escritor ecuatoriano, muerto antes de llegar a la madurez, resume semejante *status* con una frase patética: "Virtualmente —dice— los individuos de esta generación (se refiere a la nacida hacia 1900), confrontamos una suerte de desorientación en materia limítrofe (léase geográfica L. A.-S.). Antes, respecto del Ecuador estaba Colombia, al Norte, Perú al Sur y Brasil al Este. Hoy ocurre que también hay Colombia por el meridión y Perú por el septentrión; precisamente, la cuestión de Leticia se planteó en tierras que un ciudadano del 900 no habría vacilado en sostener que pertenecían irrefragablemente a la República (del Ecuador)"¹.

Se podría aplicar a los demás países. Los límites entre Estados Unidos y México sufrieron muchos cambios radicales después de la adquisición de Florida y de Luisiana y de las guerras de Texas y California, etc. El Amazonas, hoy río prácticamente vasallo del Brasil, pertenecía a varias naciones. En general, los hombres (la historia en marcha) dispusieron antojadizamente del territorio no bien los tuvieron en sus

¹ JOSÉ DE LA CUADRA, *El Montuvio ecuatoriano*, Ed. Imán, Buenos Aires, 1937, p. 13.

manos, según los intereses locales, sin miras a una futura unidad, a una reintegración, capaz de ingresar a una sin duda, ya desde entonces previsible, época de grandes conglomerados humanos. Entre tanto, la geografía, traicionada por la historia, seguía predicando unidad en vano.

En el caso del Perú, el divorcio entre ambos factores tiene una elocuencia formidable.

Durante el Imperio, el Perú —es decir, el Tahuantinsuyo— hizo descansar su poderío en la sierra, zona agrícola. El Coloniaje penetró en la cordillera buscando metales preciosos; por eso sentó plaza en Huancavélica, Potosí, Cuzco y Ayacucho, pero su principal interés estaba en el litoral, desde donde podía comunicarse con la metrópoli y vender sus mercancías. Este espíritu de ganancia *inmediata*, de rápida economía *extractiva*, pasó a la república. Al descubrirse los yacimientos de guano, en las islas del litoral, hacia 1842, esto es, veinte años después de la emancipación política, la economía peruana se volcó artificialmente sobre la costa. “Estudiando la significación que el guano tuvo en la historia del Perú, hállase que fue principalmente la acentuación del carácter costero de la vida republicana, la gestación de la crisis y de la bancarrota fiscales, después de una pasajera bonanza, y el encumbramiento de una nueva clase social que se enlazó con parte de la antigua nobleza genealógica”¹.

Sin embargo, la verdadera riqueza nacional derivaba de la sierra. Pasó la era del guano y la del salitre, y la tierra siguió imperando desde los Andes, en sus valles y sus cimas. La geografía, inescuchada, hizo pesar a poco su inexorable imperativo, pero, como en la alegoría helena, los dioses (en este caso la historia occidental injertada a viva fuerza) cegaron a los hombres a quienes querían perder.

La importancia primordial —aunque *de ningún modo exclusiva*— de la geografía, se aplica a cualquier pueblo. Si bien nadie podrá negar que una nación se define por su estilo, tampoco se deben confundir sus necesidades reales con el interés de las minorías, llámenselas oligarquías, plutocracia, nepotismo o autocracias. Jamás será dable identificar el concepto de interés nacional y permanente con el de interés particular y pasajero. La geografía, es decir, la presencia de lo telúrico, la acción del territorio, encarna sin duda el mayor de los intereses nacionales y permanentes. Cuando se olvida el imperativo geográfico, es porque imperan intereses meramente particulares y pasajeros.

¹ J. BASADRE, *ob. cit.*, p. 199. vide: WATT STEWART, *The Chinese Bondage in Perú*, North Caroline University Press, 1951.

Durante muchos años —aún hoy mismo, dentro de ciertos círculos— se ha vivido en América de espaldas a la tierra, atentos a un arquetipo intelectual, imaginario o sentimental, desconectado de nuestra tradición *geográfica*. Ese arquetipo fue —y es— Europa, y, más concretamente, la Península Ibérica.

Reaccionando como él sabía hacerlo, Sarmiento escribía en su ancianidad, contra todo lo que significara una limitación a los poderes recibidos por América de manos de su “tradición auténtica”: “Uno de los más poderosos cargos que como publicistas americanos hemos hecho siempre a España —decía— “ha sido habernos hecho tan parecidos a ella misma.” Y precisando su desdén hacia los improntus ibéricos, ironizaba: “Un español o un americano del siglo XVI debió decir con más verdad: ‘Existo, luego no pienso’”¹.

Por muchos aspectos, la característica de nuestra historia ha sido proceder sin deliberación, atenta a la ganancia del día, ajena a toda idea de ahorro, o previsión. Esa historia, que así procedía, estaba monopolizada por unos pocos, generalmente blancos; la otra, la india, mestiza, negra, criolla, se mantuvo junto a la tierra (la mina, el sembrío, el ingenio azucarero, etc.), desalentada, envileciéndose. Si alguien es responsable del lesivo bajo nivel de las masas autóctonas o semiautóctonas de América, no son ellas, sino precisamente quienes se lo echan en cara. Pecado vitando, porque no sólo atentó contra las masas, sino contra la justicia en sí, contra la verdadera historia y, por tanto, contra el estilo de nuestro continente sin lo cual se hace difícil emprender nada duradero y positivo. En pocos días se vio tan a toda luz dicho drama como en aquellos en donde el aporte europeo fue más numeroso: Argentina, Uruguay, parcialmente, Chile y Brasil.

“Había —dice Sarmiento en otro libro— antes de 1810 en la República Argentina dos sociedades distintas, rivales, incompatibles; dos civilizaciones diversas: la una, española, europea, civilizada; la otra, bárbara, americana, casi indígena; y la revolución de las ciudades sólo iba a servir de causa, de móvil, para que estas dos maneras distintas de ser de un pueblo se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen, y después de largos años de lucha, la una absorbiesen a la otra.”²

Sarmiento, que fué siempre un “bárbaro americano”, por su estilo, su carácter y sus ideas, era un hombre de cultura auténtica, no un “civilizado” de repetición, señala así una de las características de

¹ SARMIENTO, *Conflictos y armonías de razas*, ed. Bs. Aires, “Cultura argentina”

² SARMIENTO, *Facundo*, p. 2.

su país, y, a la vez, uno de los motivos por los cuales, después de un auge rápido, se estancaría en forma desconcertante, paralizándolo el crecimiento de su población, que ha sido velozmente superada por la del Brasil. No se produjo ello tan sólo por falta de inmigración sino, quizá, a causa de ésta. Entregada Argentina a Europa, por su sociedad “española, europea, civilizada” (usando los términos de Sarmiento), descuidó sus valores permanentes, la necesaria audiencia a la geografía, la necesidad de romper los moldes feudales que el latifundio dejó intactos, de dar a las palabras “civilización y cultura” su único sentido constructivo posible, o sea hacerlas derivar del hombre en comunión con la tierra, del hombre en función de ser que piensa, siente, produce y consume. Se le miró nada más que como hombre “que está solo y espera”, según la frase de Scalabrini Ortiz; adosado, como la enredadera, a un muro urbano, las raíces al aire, sometido a los caprichos del viento.

Semejante antagonismo, repetido con más o menos intensidad en toda América, sin excluir a los Estados Unidos, significó una merma de nuestra personalidad. Es, pues, urgente reaccionar. Volver, como se hizo a fines del siglo XVIII, a redescubrir nuestro territorio, a normar nuestros pasos por lo que el suelo tiene de perenne, y, llegada la oportunidad de modificar, emprender la tarea paralelamente —hombre y naturaleza—, conservando el ritmo indispensable entre el sujeto y su escenario. Tal como sería absurdo representar el *Prometeo encadenado* de Esquilo en un proscenio decorado como para el *ballet* de *Copelia*, así es inadmisibles pretender que una nación de vasto territorio deshabitado no se pueble eficientemente. Y se condena a sus habitantes —hombres libres— a vivir bajo curatela de unos cuantos latifundistas. La tierra no siempre se resigna a servir; también impone sus exigencias. Desoírla, por inercia, conduce al fracaso, o, por la rebelión, al caos.

Los Estados Unidos se dieron cuenta de ese flanco vulnerable de su personalidad; por eso, no trepidaron en reaccionar enérgicamente apenas hubo ocasión. Si el espíritu colonial pretendió constreñir al país entre los bordes del Atlántico y el nacimiento de los ríos que en él desembocan, la previsión republicana se lanzó contra ese prejuicio y proyectó sus esfuerzos sobre el Oeste. Ahí la vida, de acuerdo con la índole pupular y aventurera de los *pioneers*, empezó siendo dura, desapacible y hasta viciosa; los puritanos tuvieron allí como rivales, durante un buen tiempo, a los legendarios mormones; allí se organizó

una existencia sin atadura. Por eso, según dice Turner, mientras que el Este de los Estados Unidos es todavía colonial y europeo, en cambio a partir de Middle West principia un mundo indiscutiblemente norteamericano. Frente a Boston, clásico, puritano y evocador, alza sus rascacielos Chicago, ciudad de transición y esfuerzo, y San Francisco, puerto feérico, tan cosmopolita como Nueva York, pero americano y asiático, no europeo¹.

Alberdi, el rival de Sarmiento, hombre menos inspirado pero más pragmático, concretaba el esfuerzo nacionalizador latinoamericano del modo siguiente: "Una nueva era se abre, pues, para los pueblos de Sud América, modelada sobre la que hemos empezado nosotros, cuyo doble carácter es: *la abdicación de lo exótico, por lo nacional: del plagio por la espontaneidad: de lo extemporáneo, por lo oportuno; del entusiasmo, por la reflexión; y, después, el triunfo de la mayoría popular, sobre la minoría*"².

Cada uno de los términos enumerados por Alberdi, como contrapartida a lo europeo, lleva indisolublemente implícito el sentido de *la tierra*, de la geografía.

Igual movimiento, "sin prisa ni reposo", se opera, desde tiempo atrás, y cada día se perfila con más nítidos contornos. Algunos tratan de contenerlo, esgrimiendo lo europeo a modo de insuperable tope, como si no tuviéramos a la vista el ejemplo actual de los Estados Unidos, modelando ya su cultura dentro de propios cánones; el de la China milenaria que elaboró la suya antes de que Europa dejase de ser bárbara, y la mantiene; del imperio de los Incas, cuya metodización estadual no ha tenido igual en la historia de la humanidad.

Defendiendo certeramente la colaboración occidental a nuestro desarrollo, decía Luis de Zulueta que la cultura europea "en su fondo perenne no es europea, sino humana. Sócrates, Marco Aurelio, Dante y Goethe no hablaron para el ateniense o el romano, para el mercader florentino o para el pequeño burgués de Francfort o de Weimar, sino para el hombre universal del Antiguo o del Nuevo Mundo. El evangelio no conoce fronteras. Shakespeare o Cervantes son tan clásicos en Boston o en Bogotá como en Stratford-on-Avon o en Alcalá de Henares"³.

Lo malo es que los preceptos del *Zend Avesta*, de Buda y Confucio,

¹ TURNER, *The Frontier in American History*, N. York, 1920, *passim*.

² ALBERDI, *Estudios jurídicos*, tomo I, p. 40. Ed. de J. González, Buenos Aires, s/a.

³ LUIS DE ZULETA, *América frente a Europa*, "Revista de Indias", 2ª época, 1, p. 11, Bogotá, Colombia, diciembre de 1938.

los textos del *Ramayana*, el *Popol Vuh*, las *Confesiones* de San Agustín, el *Martín Fierro*, los *Cantos de vida y esperanza*, etc., tampoco fueron escritos para Kopán, Pekín, Susa, las orillas del Ganges, la ciudad de Hipona, Buenos Aires ni León de Managua, sino para el hombre universal, para el ciudadano del Mundo (ni “Nuevo” ni “Antiguo”, distingo que los no-europeos difícilmente entendemos y aceptamos). Y sin embargo, el libro sagrado de los Mayas, tan formidable como el Génesis, y el robusto poema de la pampa argentina, tan poderoso como el *Quijote*, y los *Cantos* de Darío, tan intensos como los de Verlaine y Shelley, han fracasado en sus propósitos —si los tuvieron— de ser también clásicos para la gente de Stratford-on-Avon y Alcalá de Henares.

¿Por qué? No por falta de empuje ni ausencia de cualidades. Simplemente, por ser de América.

La historia nos ha desviado de nuestro camino, porque nos la sirvieron cocida en hornos que no eran los familiares, con salsas indigestibles para nuestros estómagos hechos a otra mesa, no menos complicada, pero, sí, de diferente condimento. De tal suerte se nos desvinculó primero, del suelo, y, luego, aventados como mieses, no sobre el surco, sino, al azar, cual bolos de lotería, cada cual cayó en un rincón distinto y distante, incomunicado y desconocido, y ahí acarició el único sueño permisible a su forzada insularidad: el de ser amo absoluto de su parcela —o súbdito incondicional del señor del latifundio.

Los años y los hechos, los contrastes, han abierto sin embargo su camino. Las posiciones varían; hoy se vuelve, en literatura es axiomático ya, a la tentativa de reconstruir sobre y con la tierra lo que el ansia de cielo hizo olvidar o posponer estérilmente.

Una maestra y escritora de Chile, país sin duda a menudo tocado de insistente jingoismo, escribía de vuelta de un periplo continental: “Retorno de un viaje por las Repúblicas hermanas. Salí llevando muy adentro de mí misma, la orgullosa convicción de que Chile es “distinta” y los chilenos “superiores” a los otros pueblos del continente. Lo que he visto a lo largo de la Costa del Pacífico, desde el Perú a México, me ha convencido de que esa superioridad no es tan absoluta, porque cada nación posee algunos rasgos de que enorgullecerse con justicia, y porque a todos, absolutamente a todos, nos deprimen idénticas miserias. He regresado no menos chilena, pero sí, más americana”¹.

¹ AMANDA LABARCA, *Chile en el panorama de América*, en “Revista Cubana”, nº 22-24, abril-junio, 1937, p. 59.

Idéntica expresión se encuentra en un conocido escritor argentino, representativo —y la Argentina ha sido y no es menos arrogante y aislacionista en su soberbia—: “De extremo a extremo de este continente está recorrido por un grito, por una inmensa vibración que busca su forma. Y la forma es el espíritu en plena posesión de sus vías”¹.

Yo rectificaría tan solo: “La forma es el espíritu y la tierra en plena posesión de sus vías”. O mejor aún: “La forma es el espíritu y la tierra en perfecta comunión”.

Cuando lo comprendamos así (y esta guerra nos empuja a ello al combinar en un solo hecho democracia y cultura, necesidad y mayor consumo), se acercarán esos dos términos aún alejados e impenetrables; historia y geografía. El imperio de ésta, riqueza que nadie puede arrebatarnos, dará rumbo preciso a aquélla. Paradoja singular: la tierra será el alma, no el cuerpo, de la América recuperada.

1 EDUARDO MALLEA, *Conocimiento y expresión de la Argentina*, Buenos Aires, 1935.

CAPÍTULO III

EL RACISMO CONTRA LA UNIDAD
Y ESENCIA DE AMÉRICA

“No hay griego, ni judío, bárbaro ni escita, siervo ni libre.”

SAN PABLO: *Epístolas a los Colosenses*. Cap.
III, versículos 2, 9, 11.

Cuando se habla de raza y racismo, el profano tiende a relacionar ambos conceptos con el nazismo y las polémicas ideológicas del penúltimo tiempo. Las hubo de tiempo atrás y, lo peor, las hubo entre nosotros, los latinoamericanos, hasta donde, por nuestra secular condición mestiza, es irrisorio que alcance semejante ejercicio sofisticante.

Es irrisorio por cuanto, sustancialmente, la razón fué, para nosotros una preocupación de segundo o tercer orden. ¿No hemos leído, acaso, en Edgar Quinet que, conforme a investigaciones de Darwin, Rollin, Andrew Murray, Eliseo Reclus y Quatrefages, en las islas Malvinas (Falkland) los caballos se vuelven más chicos que sus progenitores europeos?; ¿que las cabras americanas tienen mamas más pequeñas que las australianas y europeas?; ¿que nuestros cerdos son también de menor estatura, y que, tocante al hombre mismo, después de pocas generaciones, el británico trasplantado a los Estados Unidos, sufre visibles transformaciones: empalidecimiento y rugosidad de la piel, plitud del cabello, agresividad de los pómulos, sin contar los cambios espirituales? ¹

Keyserling, a su turno, escribe: “En México y en el Perú, el español se indianiza; tales países estaban habitados por pueblos de civilización más antigua que la del español, y, por consiguiente, puede esperarse de ellos un Renacimiento de los Indios. En cambio, en Chile se europeiza el araucano, pues éste carece de civilización propia” ².

Tal es la capacidad modificadora de nuestro ambiente que el mismo Eliseo Reclus reconoce que, en los países sudamericanos, bajo la corteza española, subsiste vivo y alerta el indígena. Basándose en ello, el historiógrafo rumano Xénopol nos negó rotundamente el derecho a llamarnos

¹ E. QUINET, *La Création*, I, 276; QUATREFAGES, *L'Espece Humaine*, p. 180; ELISÉE RECLUS, *Geographie Universelle*, XVI, p. 88.

² KEYSERLING, *o. c.*, p. 131.

“raza latina”, como nos calificaron Gustavo Le Bon y los afrancesados y aristócratas del continente ¹.

Spengler sostiene que ninguna raza se traslada de un Continente a otro: tendría necesidad de trasladar consigo todo el medio físico circundante. Según el antropólogo Franz Boaz, corroborado por Baxter, gentes de diversas procedencias tienden a adquirir iguales caracteres antropológicos (igual apariencia racial) a poco de residir en un lugar dado, uniformándose exteriormente bajo la acción del medio físico.

Seguramente, de no haber actuado la avalancha europea del siglo XVI, el concepto de raza —y su derivado el racismo— habría aquí sido inoperante. Entre los indígenas existían diferencias de *casta* y *nación* más que de raza. Y, aunque sea algo especioso discernir nítidamente entre las dos últimas ideas, nadie podría identificarlas sin cometer deliberado dislate.

El europeo se caracteriza por su mentalidad eminentemente crítica, de un analismo implacable. En ese punto coinciden los católicos (totalizadores) y los protestantes (individualistas). Europa es, por antonomasia, un continente racionalista. En ello consiste su miseria y su grandeza. Frente al aborigen americano, de tendencias antagónicas, sincretista, místico, emotivo, los europeos presentan caracteres opuestos. Mientras el indio trataba siempre de absorber, y, por eso, terminaba sus conquistas favoreciendo traslaciones íntegras de pueblos con sus inevitables mestizajes, el blanco trató de aislarse, se mantuvo al margen, mezclándose sólo por concupiscencia, con arrogancia, sin entregar el alma, aunque prestara el cuerpo. De tal manera se abrió un abismo entre esos dos grupos humanos —conquistadores blancos y conquistadores cobrizos—, abismo no colmado por el mestizo, puesto que las discrepancias étnicas que él sintetiza, residen más en el alma que en la sangre. Bien dice al respecto don Ricardo Rojas: “La raza, en sentido antropológico, puede individualizarse en caracteres somáticos, pero la raza en sentido histórico es un fenómeno espiritual de significación colectiva, determinado por un territorio y un idioma... Hay, pues, una patria de las almas, y esto es lo que interesa a la cultura”.

De paso, vale la pena notar, como Gilberto Freyre lo recuerda, y conforme a lo aseverado por Cannon y Keith, que hay fuerzas psicofisiológicas actuando sobre las sociedades, además de las fuerzas económicas.

¹ E. RECLUS, *o. c.*, XVII, 112; XÉNOPOL, *Teoría de la Historia*, Madrid, 1911, p. 208.

Europa, regida por el individualismo, empeñada en crear nacionalidades independientes, acentuó las diferencias particulares entre sus componentes. De un tronco singular, surgió esa plural floración de celtas, visigodos, ostrogodos, sajones, helvéticos, normandos, francos, etc. Cada uno de ellos, provisto de patente celestial para oprimir a los vecinos. ¡Contrabandista Dios, el de los europeos, el cual otorga a cada uno de sus hijos el derecho de hostilizar, en nombre suyo, a sus mismos hermanos! ¿Cómo no volverse escéptico después de quince siglos de semejante juego?

Quizá, si los indios americanos practicaron también una especie de racismo, éste fue de estricta índole económica y religiosa. Ocurrió entre ellos lo que ahora mismo entre los blancos de Europa: unos pretenden ser superiores a los otros con vistas a fines extra-étnicos, ajenos al origen sanguíneo, más bien vinculados a ciertos objetivos como son riqueza y poder. Por ejemplo, los Incas constituyeron una tribu superior a las demás del Imperio del Tahuantinsuyu, y, según parece, los miembros de la familia real se casaban entre sí para evitar el contacto con grupos o razas "inferiores". El Sol, Inti, no dispensaba el don de su estirpe sino a los nobles y orgullosos "orejones".

Pero, con la llegada de los españoles se abrió un terrible abismo étnico cuyo puente acabó siendo el mestizo. Ni la ley, ni la arrogancia europeas quisieron reconocer a éste. Uno de los primeros racistas, *malgré lui*, fue el P. Bartolomé de las Casas. El generoso Apóstol de las Indias, por tratar de socorrer al desvalido indio, rubricó una fatal e injusta sentencia contra el negro, condenado a ser criatura inferior de por vida y por derecho natural . . . y divino. De todos modos, habría sido igual. El europeo, en su afán de legitimar su conquista, creó el mito de la raza que tanto ha contribuido a retardar la formación definitiva de la personalidad americana. Al menos, es mi punto de vista.

El racismo, pues, debilitó y sigue debilitando a América. Es una superchería de origen económico y político. Eliminarlo aquí significaría dar un gran paso hacia la verdadera unidad del continente. Pero, sucede —y es pintoresco sin duda—, que, por lo general, los racistas americanos suelen ser enemigos del Nazismo y de su racismo . . . en Europa, aunque lo practiquen de hecho en América. Gentes de América hay que vocean un ardiente credo democrático, y, sin embargo, no transigen con el indio, el mestizo, el negro ni el judío; ni tampoco con la igualdad de oportunidades, ni con la tolerancia religiosa. Ellos son quienes, con su *Nacismo implícito* —contribuyen a socavar la Democracia, invento

americano antes que griego, aunque se enfade Cronos—, no sólo en sus aspectos exteriores, sino sobre todo en sus raíces sustanciales.

Yo he asistido, en un país de los Andes, al siguiente proceso.

Hasta el segundo año de la Guerra Mundial Número Dos, había un grupo de hombres ricos, blancos y “blanqueados”, algunos de abolengo virreinal, fervientes partidarios de la política represiva de tipo nazi-fascista, con todas sus consecuencias, excepto la de proclamarse abiertamente tales. El pueblo de aquel país estaba contra estos señores, identificándolos con Hitler. Después del ataque a Pearl Harbor y de la reunión de Cancilleres de Río de Janeiro, aquellos auténticos partidarios del Nazismo —racistas por tanto— se convirtieron en oratorios aunque no reales, corifeos de la Democracia sin abdicar, por cierto, de su desprecio a las “razas de color”. El pueblo, automáticamente, paralizó su entusiasmo por las Naciones Unidas, a causa de lo cual destacados elementos populares, realmente democráticos, fueron tildados de nazistas precisamente por aquellos que llevan en el corazón y ostentan en sus prácticas, como inconfundible marca totalitaria, el abuso del poder, la intolerancia ante la crítica, el predominio de una raza sobre las otras y el desprecio a los no-arios, excepto a los judíos, cuya inmigración suele representar pingüe negocio.

El problema del *racismo implícito y explícito* en América latina debe ser considerado, pues, atentamente. De él depende en mucho el de nuestra unidad. Tanto más cuanto que por “raza” suele entenderse entre nosotros algo muy sutil y paradójico: lo mismo el origen étnico, irrevocable, que la cambiante condición económica y el más transitorio aún poder político.

Nuestro racismo es, pues, un arma de doble filo. Resolverlo aquí y en Norteamérica, lleva implícita la solución del problema de la unidad del Hemisferio y el cumplimiento de una efectiva democracia.

Por eso, basta exponerlo con la mayor parquedad posible. Otro procedimiento significaría aumentar sus peligros, tanto más cuanto que el concepto de raza, si bien constituye una atrayente consigna de combate, dista en cambio mucho de poseer un claro contenido conceptual. El profesor Lipschütz dice al respecto: “No existe medida del valor biológico racial en la especie humana. Para ello “tenemos que entendernos arbitrariamente”. “Desde el punto de vista del primer Rothschild o de Pierpont Morgan, el valor biológico de los hombres se mide por la capacidad de formar fortuna; desde el punto de vista de un entusiasta del atletismo, la medida del valor biológico racial será probable-

mente muy distinta de la de un entusiasta de la filología castellana. Cada época, cada clase social y hasta cada profesión tiene su propia medida del valor biológico racial. Así no nos queda otra cosa que atenernos a lo que nosotros *nos gusta* en cosas biológico-raciales”¹.

Agrega que una cita de Tácito acerca de los germanos podría aplicarse exactamente a quechuas y araucanos, y que *entonces*, en los tiempos romanos, los hombres del norte eran salvajes y bárbaros.

Surge, aquí, una segunda cuestión, acaso única en el mundo, y que marca una diferencia radical entre el modo de enfocar los problemas étnicos en Europa y América.

Tal como entre nosotros a partir de la interferencia hispana, primero vino la ley y después la costumbre, primero la liturgia y después la fé, primero la pragmática y después el idioma, primero la lírica y después la épica, primero el metal precioso y después el útil, primero el Estado y después la Nación, primero el imperialismo y después el capitalismo; de igual manera en América latina, contra toda norma, la evolución social es anterior a la evolución biológica.

El hecho abraza, por igual, a la América hispana y a la portuguesa y —aunque menos— también a la anglosajona.

Así, Euclides Da Cunha, en su memorable *Os Sertoes*, plantea perentoriamente el hecho en Brasil: “Cremos que esto [se refiere a los estudios sobre el tipo étnico brasileño—S.] ocurre porque el objeto esencial de estas investigaciones se ha reducido a la indagación de un tipo étnico único, cuando en verdad, *hay muchos. No tenemos unidad de raza. No la tendremos tal vez nunca.* Estados destinados a la formación de una *raza histórica* en un futuro remoto, si lo permite un dilatado tiempo de vida nacional autónoma. Invertimos, bajo este aspecto, *el orden natural de los hechos.* Nuestra evolución biológica reclama la garantía de la evolución social”².

Concordante con esto, el profesor Lipschütz observa en un trabajo sobre sus experiencias en Bolivia, que allí había oído la expresión “más cholo”, queriendo significar “más pobre” o “más desamparado”.

González Prada, refiriéndose al indio peruano, lo definía, desde 1904, como “raza social”. Cualquiera puede *volverse* indio o semi-

¹ ALEJANDRO LIPSCHUTZ, *Indoamericanismo y raza india*, Santiago, 1937, pp. 33-34.

² E. DA CUNHA, *Os Sertoes*, Trad. Buenos Aires, Biblioteca de Autores Brasileños, 1938, tomo I, p. 118.

indio, o “como indio”, si sus condiciones económicas desmejoran notoriamente¹.

El venezolano Arcaya corrobora este criterio al escribir: “El término *blancos*, más bien que indicativo de raza puramente de este color, era una *calificación legal* que abarcaba así a los individuos de casta europea como a los mestizos, esto es, a las personas que tenían sangre indígena mezclada con la blanca *legítimamente o por bastardía*. Subdividíanse los blancos en nobles y del estado llano (en el que predominaba el mestizaje), grupo cuyas fronteras estaban indecisas”².

Subrayo: “*El calificativo de blanco era una denominación legal que abarcaba también a los mestizos*”. Los mestizos “lograban obtener de las autoridades que se les declarase en posesión del estado de blancos” mediante ciertos requisitos *ordinariamente de tipo financiero*³.

El historiador mexicano Luis Chávez Orozco anota, en una clasificación que él propone según el tipo de la producción durante la colonia, que el blanco era asimilado por los realmente blancos o por los mestizos, y viceversa, según su condición social.

En el Perú es frecuente el calificativo de “blancos” a los que mandan (sobre todo en boca de negros y mulatos).

A conclusiones análogas llegan Haya de la Torre (1927) y José Carlos Mariátegui (1928)⁴.

También en el Brasil se prohibía a los negros, durante la época colonial, el uso de “ornatos de cierto lujo”⁵.

En suma, el concepto de raza sufre en América latina una interpretación varia y hasta contradictoria: raza biológica, *raza social* (identificando a la gente por su posición económica) o *raza legal* (por su condición social y política). Esta última, por lo demás, constituye un *estamento* antes que una clase o una raza, pero el uso ha consagrado el último de estos términos, y es así como se la reconoce en el lenguaje corriente.

Ya desde la época colonial se advertían tales fluctuaciones. En

¹ M. GONZÁLEZ-PRADA, *Horas de Lucha*, art. “Nuestros indios”, Lima, 1908. Reed. Callao, 1924.

² ARCAJA, *Estudios de sociología venezolana*, Madrid, Ed. América s/a, p. 121.

³ *Íd.* p. 65.

⁴ HAYA DE LA TORRE, *Por la emancipación de la América latina*, Buenos Aires, 1927. MARIÁTEGUI, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, 1928.

⁵ G. FREYRE, *Cosa grande e Senzala*, Buenos Aires, 1932, p. 72.

la *Novísima recopilación* aparecen notas sobre los trajes que debían usar los súbditos de los virreinos. Según eso, el empleo de la manta se reservaba a los nobles, de donde deriva el nombre de “mantuanos” dado en Venezuela a los españoles de cierto linaje. Esto explica también el sentido social del episodio de los “caballeros de la capa”, como se denominó en el Perú de 1540 a los partidarios de Almagro, porque no tenían sino una capa con qué salir a la calle; y era que un hombre reputado de noble o asimilado a tal, no podía salir sin aquel atavío revelador de su alcurnia social¹.

Una ley de 1571 corrobora esto. Decía así: “Ninguna negra, libre o esclava, ni mulata traiga oro, perla ni seda; pero si la negra o mulata libre fuese casada con español, puede traer unos zarcillos de oro, con perlas y una gargantilla, y en la saya un ribete de terciopelo, y no pueden traer ni traigan mantos de barato ni de otra tela, salvo mantenillas que llegan poco más abajo de la cintura, pena de que se las quiten y pierdan las joyas de oro, vestidos de seda y mantas que trajeren”².

El historiador José Agustín García confirma lo anterior en lo referente a la Argentina: “El factor *económico* actúa en el alma colonial desde los primeros años, dividiendo a criollos y españoles”³.

El general Mitre, a quien no se puede tildar de exagerado en sus juicios sobre mestizos e indígenas, reconoce que prácticamente sólo hubo tres razas en la América colonial ibérica: (1, españoles europeos, 2, *criollos hispanoamericanos* y *mestizos* y 3, indios y negros) y agrega: “Los españoles constituían la raza privilegiada, conquistadora, que, por la simple razón de su origen, tenían la preeminencia política y social”; mas “los criollos representaban el mayor número, y... la potencia civilizadora de la colonia”⁴.

Si bien las Leyes de Indias establecían procedimientos humanitarios uniformes para la población nativa, no se puede negar que rara vez se cumplían del todo. El primer virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela, pagó con la cabeza su osadía de pretender ponerlas en

¹ *Novísima recopilación*, libro VI, “De los trajes y vestidos y uso de los muebles y alhajas”.

² Citado por GIL FORTOUL, *Historia Constitucional de Venezuela*, Berlín, 1907, p. 51.

³ J. A. GARCÍA, *La ciudad Indiana*, Ed. Claridad, Buenos Aires, s/a., p. 87.

⁴ MITRE, *Historia del Gral. San Martín*, Ed. La Nación, Buenos Aires, 1907, tomo I, p. 58.

práctica (1544). El vulgo llamaba, por eso, a tales leyes “hostias sin consagrar”: eran disposiciones que “se acataban, pero no se cumplían”, según la especiosa fórmula jurídica adoptada por los magistrados. Ante tales eufemismos, un poeta andaluz de nacimiento, pero limeño de corazón, Juan del Valle Caviedes, decía zumbonamente hacia 1680 refiriéndose a un médico jorobado:

más torcido que *una ley*
cuando no quieren que sirva...
 ... Porque las *leyes torcidas*
 piden testigos *jibados*¹.

Así como existieron campos de concentración en los países racistas, entonces había en las afueras de las ciudades las “reducciones” y “cercados” donde obligatoriamente debían residir los indios, costumbre que rigió entre los romanos y que dió origen a esa palabra de antagónico sentido y una sola raíz: *hostil* y *hostelero*.

Hasta hoy se conserva en Lima el barrio del Cercado que fué el sector de indios, al lado exterior de las antiguas murallas. Los ejidos, en torno a las ciudades, eran, en cierto modo, lo mismo.

En la casa de Bolívar de Caracas, como en todas las mansiones solariegas americanas, hay dos patios de esclavos, uno para los varones y otro para las hembras, a fin de que, a costa de evitar o regular el apareamiento, se conservaran mejor las fuerzas de los trabajadores.

Un hecho ocurrido en México revela hasta qué punto este sistema traía consigo injusticias e incalificables abusos.

Desde 1598, se había dispuesto que los indios se reuniesen en pueblos y congregaciones, a fin de facilitar la cobranza de los impuestos y el despojo de sus tierras. Dichos pueblos de indios no tenían más de 600 varas de radio. Lógicamente carecían de toda propiedad individual; era forzoso el cultivar colectivamente los bienes concejiles. La comunidad tenía su Caja; pero el Reglamento de Intendencias estableció que los naturales no podrían recibir auxilio de esa Caja sin permiso de la Junta Superior de Real Hacienda, cuyos trámites eran tan enredados y morosos, que los tales préstamos resultaban ilusorios; de modo que lo colectado convergía hacia las Cajas Reales. Pues bien, en 1798, o sea al final la colonia, sólo el Intendente de Valladolid (México) remitió a Madrid 40.000 pesos fuertes, por

¹ CAVIEDES, *Dente del Parnaso*, Lima, 1899. Citado por L. A. SÁNCHEZ, *Poetas de la Colonia*, Lima, 1921, pp. 194-195.

no haber quien reclamase su propiedad, pero diciendo que se trataba de un don "gratuito y patriótico que los indios de Michoacán hacían al soberano para ayudarlo a continuar la guerra contra Inglaterra". ¡Pero los pobres indios ignoraban qué era Inglaterra y, mucho más, en dónde se hallaba!¹

Desde 1530, los indios no podían poseer caballos. Lo dicho respondía, por cierto, a una política uniformemente hostil para todo lo que no fuera español ni católico.

Sumamente aleccionante es, por eso, el edicto contra los judíos, promulgado por los Reyes Católicos en 1492, el año del primer viaje de Colón a las Indias Occidentales. "Mandamos a todos los judíos e judías —dice— de cualquier edad que sean, que viven e moran e están en los dichos nuestros Reynos e Señoríos, así los naturales dellos como los non naturales... que salgan... con sus fijos e hijas e criados e familiares judíos, así grandes como pequeños" pudiéndose llevar consigo "sus bienes e haciendas... con tanto que no saquen oro ni plata ni moneda amonedada ni las otras cosas vedadas por las Leyes de nuestros Reynos, salvo mercadería, e que non sean cosas vedadas o en cambios".

El criterio crematístico de tal disposición, concuerda con el objeto de la concesión que de la actual Venezuela Carlos V hizo en 1528 a los alemanes Enrique Ehinger y Jerónimo Seyler, así como con los posteriores otorgamientos de la calidad de "blanco" a todo mestizo que pagara determinados censos, cánones o donativos.

Repetimos, durante el gobierno de Carlos V (quien, acentuó premeditadamente su españolismo, como contrapeso a su cuna germánica) las diferencias sociales fueron más de índole económica que de sangre o de nación, pero se trocaron después del gobierno de Felipe II en diferencias de tipo pronunciadamente religioso y político.

Posteriormente, hacia 1700, con el cambio de dinastía que abrió las puertas de España a lo francés; con la paz de Utrecht, que reinicia el contacto oficial con los británicos, y con los reinados del liberal Carlos III y del forzosamente libertino Carlos IV; el criterio se hace más realista, más *terre à terre*. Ya no son los grandes ideales sino los pequeños intereses y prejuicios los que rigen la vida de las colonias. El racismo experimenta, desde luego, las fluctuaciones consiguientes.

Así, el Padre Prefecto, fray Miguel de Olivares, que redacta una

¹ A. TEJA y ZABRE, *Historia de México*, México, 1937, p. 255.

“Noticia del Estado en que han tenido y tienen estas misiones de capuchinos de la Provincia de Caracas, desde el año de 1658 hasta el de 1745”, confiesa con adorable candor: “Los naturales conservan de padres a hijos la memoria de las crueldades que hicieron con sus antepasados los primeros españoles”.

A su turno, los hispanos pagan en la misma moneda aquel prejuicio tradicional de los indígenas. Un acta del Ayuntamiento de Caracas, correspondiente al 14 de abril de 1796, establece: “Los pardos, mulatos o zambos cuya diferencia en la común acepción no es conocida o casi es ninguna, tienen el *infame origen* de la esclavitud y el torpe de la ilegitimidad”¹.

Después de esto se necesita muy poco para fijar criterio acerca del racismo virreinal en América. “El infame origen de la esclavitud” (que se refiere concretamente al negro) y el “torpe de la ilegitimidad” (que comprende a indios y sobre todo a mestizos) señala con marca de fuego a las razas *inferiores*, pero, muy claramente, por causas sociales. Además de la desventaja de haber nacido en América, de vivir en “cercados” o “reducciones”, de no poder contraer matrimonio sino bajo determinados estatutos, de no ser dueños del suelo que trabajaban, tenían sobre sí el estado de esclavitud y de ilegitimidad.

Pero, las Cajas Reales habían enflaquecido mucho a raíz de las derrotas guerreras. A punto estuvo España de perder hasta la isla de Cuba. La Habana fue ocupada por los ingleses, y Buenos Aires llegó a verse invadida por los mismos. Entonces todo se volvió negocio.

El 3 de agosto de 1801, una Real Cédula autorizó que los hijos de padres no conocidos (el “torpe origen de la ilegitimidad”) pudieran servir el oficio de escribanos, siempre que pagasen 6.000 reales de vellón; podrían aspirar al privilegio de la hidalguía, si oblaban 107.000, y usar el distintivo de Don, si abonaban 1.400; 700 reales costaba la “dispensación de la calidad de pardo”. Si se trataba de “quinterones”, debían pagar 1.100 pesos de exención².

¿Qué queda ya de los fundamentos teológicos, jurídicos y políticos del racismo, sino un mero espantajo que se desvanece a cambio de unos cuantos doblones? ¿En qué se funda la arrogancia de las llamadas “razas superiores”, si un puñado de oro basta para aclarar el color de un

¹ FORTOUL, o. c., I, pp. 41 y 52.

² FORTOUL, o. c., I, p. 54.

pardo y atenuar, si no borrar el “torpe origen de la ilegitimidad” y el “infame de la esclavitud”?

Por esos años, entre los extranjeros ilustres y acuciosos que visitaron América, aparece uno de excepcional mérito, Alejandro von Humboldt.

Humboldt vino a estas tierras como una especie de enviado extraordinario de aquel rey sin corona que dominaba el mundo intelectual europeo de esos tiempos: Johann Wolfgang Goethe. Las observaciones de Humboldt, hechas en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, constituyen aporte fundamental para el conocimiento de América. En uno de los vigorosos libros que publicara sobre nuestro continente, apunta lo que sigue: “En las Indias Occidentales se distinguen siete castas, a saber: 1º los españoles nacidos en Europa; 2º los españoles nacidos en América, llamados criollos; 3º los mestizos descendientes de blancos e indios; 4º los mulatos, descendientes de blancos y negros; 5º los zambos, descendientes de indios y negros; 6º los indios y 7º los negros, con las subdivisiones de prietos, productos de negros y zambos; cuarterones, de blancos y mulatos; quinterones, de blancos y cuarterones, y “saltoatrás”, la mezcla en que el color es más oscuro que el de la madre”.

Y agrega lo siguiente que parece reflejar los escalones del racismo: “En Venezuela, a todas las personas que no eran de raza pura se les llamaba habitualmente “pardos”, casta que, a fines de la Colonia, componía *la mitad de la población total*. Los domingos y fiestas podían verse en los templos un cuadro vivo de las castas. A la Catedral concurrían preferentemente los blancos; a la iglesia de la Candelaria, los isleños, de Canarias; a Altagracia, los pardos, y a la ermita de San Mauricio, los negros”¹.

Explicando este fenómeno y sus conexiones, más graves aún, sigue diciendo: “La ley prohíbe la mezcla de castas; prohíbe también a los blancos establecerse en los pueblos de indios, y a éstos domiciliarse entre los españoles. Esta distancia puesta entre unos y otros estorba a la civilización. Las castas descendientes de negro esclavo están dotadas de infamia por la ley y sujetas a tributo. Dotados estos hombres de color de un carácter enérgico y ardiente, viven en un estado de constante irritación contra los blancos; siendo maravilla que su resentimiento no los arrastre con más frecuencia a la venganza”.

¹ A. VON HUMBOLDT, *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, París, 1825, 2ª ed., t. I, pp. 344-353.

¿No vemos aquí una postiza institución racista, que erige especies de *ghettos*, con la agravante de que los estableció *para el nativo*? ¿Qué diríamos de los ingleses si éstos hubieran fundado *ghettos* en la misma Palestina, patria de los judíos?

A través de las perspicaces observaciones de Humboldt, vemos el cuadro general de las *castas* —razas— de América hispana en las visión, disimulo, doquiera; en suma, nada de cordialidad entre los miembros de un mundo sin embargo de origen y destino comunes.

La rebelión del negro Miguel y sus hermanos de raza en Coro, el año 1797, fue un síntoma. Aquella ingenua república “a la francesa” carecía de base real, pero le sobraban fundamentos sentimentales; en suma, psicológicos y económicos.

Muchos indios continuaron sirviendo a los españoles en la guerra por la emancipación; pero los negros no: ellos formaron batallones para defender la causa que, en muchas partes, inició su tarea por devolverles la libertad.

Consciente de ese drama, latente en toda la América hispana, Bolívar, profundo conocedor de los problemas del continente, lanzó su proclama para la “guerra a muerte”. Recordemos sus términos:

“Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables”¹.

En suma, la lucha se planteaba dentro de los dilemáticos términos de americanos versus ibéricos, una raza contra otra, a pesar de que los liberales hispanos secundaban el movimiento insurreccional de los criollos de América, y en cambio los latifundistas criollos se resistían a perder sus privilegios económicos, aunque para eso tuvieran que sacrificar la independencia política de su patria de origen.

Hasta ahora hay quienes, para desventura nuestra, piensan y obran así.

Resumiendo: el advenimiento del europeo creó —o hizo vivo— el problema racial en América latina. Eso significó una expresa negación del cristianismo, a cuyo amparo, sin embargo, se desarrollaba la Conquista. Como el varón ibérico vino sin mujeres —o muy pocas— tuvo que mezclarse con las indígenas. Rara vez fue esto un mestizaje de amor. La acción de la madre indígena acentuó los rasgos psicológicos en su

¹ BOLÍVAR, *Discursos y problemas*, Paris, 1912. *Obras completas*, Caracas, 1947, t. II, reed. Lex, La Habana, 1950. t. II.

prole; la ley, en cambio, trató de asimilar al mestizo. Económicamente, éste trató de inclinarse hacia su rama paterna y subconscientemente no pudo evadirse de la materna. Producido el mestizaje, la única razón válida para mantener la separación de razas fue de índole *social* o *legal*. Tuvimos, pues, diferencias de razas, social y legalmente hablando, *no biológicamente*. Por tanto, ese racismo es superpuesto; fruto deliberado, no espontáneo ni orgánico. Como en todos los problemas de la raza, también lo deliberado tiende a desunir a América; pero el mestizaje, fruto espontáneo y antirracista, mantiene y acentúa la unidad esencial sobre la que descansa nuestro futuro.

CAPÍTULO IV

ATAQUE Y DEFENSA DEL INDIO

Aquí descansa Manongo
De pura raza latina:
Su abuelo emigró de China,
Su madre vino del Congo.

M. GONZÁLEZ-PRADA, *Grafitos*, París, 1937,
p. 175.

I

“¡Oh, Indias, madre de extraños, abrigo de forajidos y delincuentes! . . . ¡Oh, Indias, madrastra de vuestros hijos y destierro de vuestros naturales!” —exclama un cronista del siglo XVI, al contemplar el doloroso espectáculo de América. “Madrastra de vuestros hijos”, “destierro de vuestros naturales”, “madre de extraños”— he aquí tres calificativos que podrían servir de base para una Letanía al Nuevo Mundo, que da tan continuas pruebas de su exuberante generosidad para el foráneo y de desatención —cansancio pueril— para lo propio.”¹

Entre los elementos que más nos diferencian de Europa, no figuran sólo la cultura, la historia y la raza, sino también la psicología. Carecemos del orgullo con que los franceses lucen a sus salvajes abuelos, los druidas celtas y los guerreros francos; los alemanes, a sus rudos germanos; los italianos, a esa parvada de bárbaros soldados de la Antigua Roma, y a sus *condottieri* y *banditti* del Renacimiento. Nosotros, como pueblos donde quienes llevan la voz cantante son los que menos derecho poseen a llevarla, nos mostramos olvidadizos respecto a nuestro pasado autóctono, y unilaterales e intransigentes respecto al ibérico.

Cualquiera que haya recorrido América latina sabe esto de memoria. En un Seminario de Estudios Sociales Interamericanos, reunido bajo los auspicios de la Universidad de Denver, Colorado, en Nueva York, del 2 al 6 de diciembre de 1941, Jesús Silva Herzog, el eminente economista mexicano, propuso adoptar la siguiente conclusión: “El continente americano se divide en dos partes: pueblos bien nutridos y pueblos mal nutridos”. En los primeros existen optimismo, seguridad, salud, alegría, industria, riqueza; en los segundos, pesimismo, desconfianza, enfermedad, tristeza, agricultura primitiva, minería y, sin embargo, pobreza. La ma-

¹ DORANTES, *Suma y relación*, citado por ALFONSO REYES en *Sobre Mateo Rosas de Oquendo, poeta del siglo XVI*, Madrid, 1917, p. 361.

por parte de los Estados Unidos, las orillas del Plata, parte de Colombia, Sao Paulo, son los prototipos de la primera clasificación. El resto de América queda íntegramente comprendido en la segunda. (De paso, participaron en aquel seminario el vicepresidente Henry A. Wallace, John Dewey, Lawrence Duggan, Charles Thomson, Hubert Herring y un puñado de indoiberos.)

Por su parte, doña Amanda Labarca resume así nuestra situación: "Hibridación ética y social incompleta, población insuficiente dada la extensión del territorio, miseria profunda en las clases populares, ausentismo espiritual o material en las superiores y producción menor de la necesaria para costear el proyecto de las masas, se hallan en todos" (los pueblos indoamericanos) ¹.

Los extremos de ésta son, según la misma escritora, "arriba una (capa social) que blasona de blanca inmaculada; abajo, una cobriza pura".

El profesor Siegfried había escrito antes con franqueza ejemplar: "Las clases superiores —no me atrevo a decir 'las clases dominantes'— son de tipo europeo, seguramente como asimismo una especie de clase media en formación, que trata de liberarse de la herencia indígena; pero el fondo de la población es aborigen. Sea en Bolivia, sea en Ecuador, en Perú, Venezuela, Colombia, aun en Chile, en donde el 'roto' (hombre andrajoso) mestizo no podría ser considerado de ninguna manera como miembro de nuestra raza. A despecho de afirmaciones contrarias, el viajero que sabe ver, no se engaña a este respecto: sabe bien que se encuentra ahí en presencia del indio. Entre estos mongoloides, cuyo tipo introduce en este lejano hemisferio no sé qué aspecto del Extremo Oriente, la raza blanca pura no se halla representada sino por algunas familias españolas provenientes de la colonización original, aristocracia terrateniente, y hasta ayer todavía directora, la cual no constituye sino un porcentaje ínfimo de la población" ².

El conde Keyserling, al señalar la taciturnidad, como elemento constitutivo de la psicología sudamericana (carácter que hace que "cuanto más grave es el conflicto más retenga la voz") recuerda que en Sudamérica el factor hombre descansa sobre una inmemorial base india; y, puesto ya a divagar respecto a las altimesetas bolivianas, el Conde agrega: "A mi juicio, estos indios son mucho más antiguos de

¹ AMANDA LABARCA, *art. cit.*, p. 60.

² SIEGFRIED, *o. c.*, pp. 14-15.

lo que la investigación histórica admite. ¿Por qué viven a tan insensata altura? Sin duda, se refugiaron aquí arriba cuando por el Este y el Oeste se hundieron en el Océano continentes enteros o gigantescas islas”¹.

(Keyserling fue, sin embargo, uno de los filósofos del nazismo, devoto de Hitler y sustenta la “teoría de la sangre” —o sea el arianismo puro.)

Una reciente viajera norteamericana opina así de los indios chilenos: *“In these modern days, Araucanians, like so many peoples complacently considered inferior, are producing individuals quite equal to whites in creative imagination and ability to conceive abstract ideas”*².

Desde otro punto de vista, considerado cuantitativamente, el indio cubre en realidad la América latina. Si, en tiempos de Humboldt, éste anotaba que frente a 3.276.000 de supuestos blancos había 7.530.000 indígenas, sin contar 420.000 salvajes (prácticamente, 8 millones), hoy día la diferencia es mucho más marcada.

Concretándonos a México, donde cuando llegó Humboldt se calculaba (¡esos cálculos criollos!) a los indios puros en 3.700.000 y a los blancos en 1.230.000, hoy (1943) las cifras, comprendiendo entre los indios a los mestizos, son sobre 20 millones de población total, 20 % de blancos, 40 % de mestizos de indio y blanco y 30 % de indio puro³. Entonces se daba a Perú y Chile una población de 1.030.000 indios contra 465.000 blancos, sin contar a los negros y sus derivados. Hoy entre ambas repúblicas pasan de 12.000.000, y sólo en Perú hay alrededor de 5 millones de indios y mestizos aindiados, y en Chile, más de 100.000 indios y un número inmensamente superior de mestizos aindiados, muchos de ellos considerados blancos.

Un cálculo sumamente modesto de Ángel Rosenblatt señala en 1492, 1 millón de indios en Norteamérica, 5.600.000 en México, América Central y las Antillas y 6.785.000 en América del Sur, totalizando 13 millones 385.000⁴.

En 1930, sólo al sur de Río Grande la población indígena era de 15.132.744, y la mestiza de indio de 30.933.335, cálculos sumamente modestos, superados por la realidad.

Antes de la llegada de Colón y sus secuaces, América era una co-

¹ KEYSERLING, *o. c.*, p. 23.

² ERNA FERGUSSON, *Chile*, Ed. Knopf, New York, 1943, p. 85.

³ En 1961 se estima en 38 millones la población de México.

⁴ ROSENBLATT, *Población indígena de América, en tierra firme*, Madrid, 1935, número 3, p. 110.

briza masa humana, diferenciada, según el nivel económico y cultural y las modalidades del territorio que ocupaban. Los nómadas del desierto, sea en las Montañas Rocallosas y los desiertos de Arizona, como de Nevada y Utah, la región de los Grandes Lagos en el Norte, los de la pampa argentina y los llanos de Venezuela y los bosques brasileños, llevaban vida semejante. En cambio, los hombres de las altiplanicies (actuales Bolivia, Perú, México y la meseta de Cundinamarca), pegados a la entraña del Ande, lograron constituir vigorosos núcleos civilizados.

Hubo sustancial unidad étnica, pero no así cultural ni idiomática. Sin embargo, resulta demasiado exagerada la ya citada afirmación del historiador peruano Jorge Basadre, cuando según vimos, dice: “la existencia de una raza indígena, implica una unidad meramente aparental, porque entre los indios hay grupos étnicos idiomáticos y culturales de los más variables”¹.

Las mismas diferencias, si no mayores, hubo y hay entre los grupos blancos que pueblan Europa: rusos, polacos, lituanos, estonios, eslovacos, húngaros, magiares, austriacos, checos, prusianos, bávaros, flamencos, galos, celtas, bretones, meridionales, anglos, sajones, normandos, escandinavos, visigodos, latinos, iberos, fenicios, mozárabes, levantinos, judíos, etc. Difícil *puzzle*, que, lejos de frustrar la unidad europea, la robustece.

Considerar, revaluándolos, estos problemas referentes al indio, suele conducir a posiciones polémicas, a menudo caprichosas. Unos se enamoran de lo ibérico o europeo, cerrando ojos y oídos a lo autóctono. Otros, exagerando a su manera la nota, subrayan en demasía el aporte indio, otorgándole una calidad belicosa y dialéctica. Algunos, más superficiales que profundos, se contentan con mirar lo indio desde un punto de vista episódico. A eso alude Aída Cometta Manzoni al establecer un distingo fundamental entre los “indianistas” que consideran al indio “como un ente abstracto” —paramental, agregó yo— y los “indigenistas” que lo juzgan como un problema “humano” —social, añadido por mi parte².

Este llamado “indigenismo” ha sido confundido arbitrariamente en los últimos tiempos con el marxismo.

Mas no es sólo un fenómeno económico y político: posee también

¹ J. BASADRE, *o. c.*, p. 4.

² COMETTA MANZONI, *El indio en la poesía de la América Española*. Buenos Aires, 1939, p. 20.

su contenido psicológico, que se revela en modos de ser y de expresar, de suerte que un oído experto diferencia, fácilmente, al oriundo de México del colombiano, al peruano del boliviano, al argentino del chileno, etc.

“El chileno de hoy —escribe Haya de la Torre, que conoce bien los pueblos de América latina— es tan enérgico y fuerte como el araucano de ayer. Así, el mexicano, como el pacífico peruano (boliviano, ecuatoriano, nordargentino y sudcolombiano). En Costa Rica hay indios apenas, pero existen mucho en la psicología indígena, de mejor y más pura. Alguna vez observó a yucatecos y guatemaltecos que en ambos pueblos se habla castellano con entonación maya.”¹

Puede pensarse de lo anterior cuanto se quiera, pero no hay cómo negar la exactitud de los hechos en que se funda. La prioridad del indio y del mestizaje aindiado (o telúrico, diría yo) está vigente. Moisés Sáenz afirmaba que “los hechos del mundo americano incluyen tanto al indio como a las aportaciones occidentales; y, al trasplante español, el indio no ha muerto ni morirá, ni aun si se le quisiera matar no moriría”².

Más tajante e irónico, el educador y ex ministro mexicano J. M. Puig Casauranc hacía esta amarga reflexión: “Seríamos injustos hasta llegar a lo absurdo si aquí, donde aceptamos y recibimos todas las sangres, la única que nos pareciera despreciable e indigna fuera la sangre autóctona de nuestra América, la que hizo las glorias genuinas de la civilización americana”³.

En realidad, y aunque parezca inconcebible, existen quienes sostienen el absurdo señalado por Puig Casauranc.

II

En general, ningún observador extranjero niega la prevalente concurrencia del indio en la composición étnica y social de América latina. Menos aún la del mestizo. Sin embargo, algunos latinoamericanos se afanan en rechazarla o disminuirla sistemáticamente. Es como si

¹ HAYA DE LA TORRE, *construyendo el Aprismo*, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1933, p. 12.

² M. SÁENZ, *Del indio peruano y su incorporación al medio nacional*, México, 1933, p. 282.

³ J. M. PUIG CASAUANC, *El sentido social del proceso histórico de México*, Buenos Aires, 1935, p. 170.

se sintieran manchados por un pecado de juventud, y se esforzaran en borrarlo a costa de una metódica y cerrada negativa.

No se conoce peor azote del católico que el abjurante. Los frailes que cuelgan los hábitos suelen destacarse por su voraz radicalismo. El caso de Ernesto Renán es ilustrativo. Se podría agregar el de Francisco de Paula Vigil, en el Perú. Uno de los libros contemporáneos más fría y documentadamente destructores del dogma católico que he leído últimamente, es el titulado *La crisis de la fe religiosa*, por el ex sacerdote Armando González.

Lo propio pasa con los comunistas que dejan de serlo. Nadie tan enconado como Jacques Doriot, hombre que evolucionó de la extrema izquierda y la III Internacional hacia el fascismo y a la colaboración con el invasor nazi.

Mussolini, ex socialista, se tornó el peor verdugo de sus ex correligionarios una vez que los hubo abandonado. Al revés, un conservador tan circunspecto como Ángel Ossorio y Gallardo, removido por la guerra de España, se destaca, sin mengua de su acendrada fe católica, como un liberal rayano en el radicalismo.

Cuando un indio sin contextura moral, o un negro sin médula, alcanza altas posiciones, suelen convertirse en los peores enemigos de su raza. En Felipillo, el intérprete felón, que tergiversó conscientemente las declaraciones del Inca Atahualpa hasta llevarlo al patíbulo, se encarna el indígena Judas americano que los mexicanos simbolizan en Malitzin, o Malinche, la princesa tlascalteca que se entregara a Hernán Cortés.

Por otro lado, la novedad de ser blanco seduce con el mismo señuelo que la cosa recién adquirida, las oropelescas amistades y el auto flamante al que nunca supo de tales expansiones, al nuevo rico. Suele éste exagerar su inexistente aristocracia y caer en la chanza, olvidar a sus amigos y familiares de antaño, y hasta sacrificando su fuero íntimo, en el ara de su vanidad de advenedizo. El *parvenu* no vacila en comprar títulos nobiliarios y hasta prescinde de sus propios padres, con tal de recibir los tratamientos que para él significan el más caro ideal de una existencia.

Con el blanquismo y el antindigenismo de algunos indoiberos o latinoamericanos ocurre igual. Hasta se agregan el vergonzante rechazo a lo nativo y una repugnante adulación del "improvisado" a la raza que supone superior. Con lo cual no se borran los hechos. La terca realidad se impone a los sentidos valiéndose de esos cabellos duros como cerdas, de esos pómulos salientes, como ménsulas, de esas bocas carnosas y sensuales, de

esos ojos acechantes y sombríos, de esos largos silencios observadores, frecuentemente desconfiados, de esos tórax anchos y combos, de esa implícita malicia en la sonrisa parca, de esa taciturnidad aparente, tras la cual retoza una socarronería corrosiva.

El indio pervive, a través de todos los embates, gracias a la succulenta cooperación del medio y de la historia.

Entre los países en donde frecuentemente se rechaza la idea de toda vinculación con el indio, o se tiene de éste una idea peyorativa, sobresale Argentina. Su inmigración traída en gran parte con el objeto de desplazar al trabajador criollo, con otro más barato y más fuerte, pretende cerrar el paso a la historia; su proximidad a Europa trata de cubrirse de un occidentalismo que se esfuma en cuanto surge la congénita afición a “patotas” y “cachadas”.

“Puede ser que en nuestra capital —dice una porteña— y aun en las grandes ciudades del interior, se manifieste un cierto despego por lo autóctono, pero existe un subconsciente indio que aflora a la superficie en el correntino que entona en guaraní sus dulces cantares o en el norteño que llora en la quena sus penas más hondas. Hay reminiscencias indígenas en la joven de Santiago, Catamarca y La Rioja, que trabaja en sus telares con los motivos de decoración de sus antepasados quechuas, y en el alfarero de Salta y Jujuy, que pinta en el lenguaje de algunos, influido por una misma cadencia regional, derivada de los idiomas quechua, y en el color cobrizo de muchos rostros que no son tostados por el sol. Y, en fin, palpita el indio en la música popular de tierra adentro y en las páginas literarias de Ricardo Rojas.”¹

El hecho de que aún subsistan 50.000 indios puros en el Chaco argentino y 100.000 en la Pampa, es menos elocuente que lo arriba dicho. Cuando uno recorre no digo ya la Argentina, sino las mismas calles de Buenos Aires, y examina los tipos humanos, encuentra, sobre todo en la clase más baja y en la más alta ciertos rasgos (el pelo duro y nigérrimo, los pómulos salientes, cierta visible desconfianza, “a la defensiva” decía Ortega y Gasset, y a la vez cierta contenida crueldad) propios del indio nómada y perseguido, en más de un rostro de gente que sale del Jockey Club y del Círculo de Armas.

Pero, por lo común, los argentinos suelen considerar como indio sólo al salvaje o analfabeto. Los industriales de Jujuy no quieren considerar como indio al obrero ‘coya’ porque es “*cristiano y civilizado*”.

¹ A. COMETTA MANZONI, *o. c.*, p. 11.

Los informes escolares de Jujuy también se niegan a llamar indios a los alfabetos. La confusión no puede ser más evidente¹.

Un trabajo sobre algunos rasgos psíquicos del niño argentino en la escuela, pinta a éste como un ser "huraño, desconfiado, apático y perezoso", que a menudo se siente "gente aparte" y que en los recreos permanece pegado a la pared, en actitud de acecho. Varias profesoras explican esto como caso de "inconsciente colectivo", es decir, porque las razas aborígenes "guardan todo el dolor ocasionado por la pérdida de sus tesoros culturales y sus tierras, desde luego. El indio siente su derrota como raza; algunos, como los coyas, hacen que la quena lllore su tristeza infinita. Es esa derrota secular la que ha determinado en el alma del indio actual, esa indiferencia y falta de iniciativa, que no manifestaron sus antepasados. "Hablar del indio (en la Argentina) es hablar de su miseria."²

En recientes años, más concretamente, desde que Ricardo Rojas inició su campaña autoctonista, han surgido muchos escritores que estudian y valoran el aporte indígena a la cultura argentina. Las obras clásicas son, sin duda, *El país de la selva*, *Blasón de plata*, *Eurindia*. Siguiendo sus huellas han aparecido glosadores estéticos de lo indio como Ángel Guido, ensayistas como Ezequiel Martínez Estrada y Pablo Rojas Paz, folkloristas como Bernardo Canal Feijóo, Félix Molina Téllez, L. Gudiño Kramer, Juan Draghi Lucero, poetas como Rafael Jijena Sánchez, etc.

Esta tendencia hacia la revaluación de uno de los factores de la nación argentina, ha ganado también a sectores de marcado europeísmo. Don Juan B. Justo, el fundador del Partido Socialista argentino y el italiano Enrico Ferri (quien lo expresó sin ambages en un acto público durante su visita a Buenos Aires) J. B. Justo, digo, escribía en 1926, respondiendo a una nota de la Federación Indígena Obrera Regional Peruana: "No concebimos el desarrollo del socialismo en la América de lengua española sin que sus beneficios alcancen, en primer término, a la población trabajadora e indígena, la más explotada, la más llamada a luchar por su emancipación social"³.

¹ ROSA B. CRUZ ARENAS, *Contribución al estudio del desenvolvimiento y evolución espiritual del indio argentino*. Folleto del Ministerio del Interior. Comisión Honoraria de Reducción de Indios. Publ. § 3, Buenos Aires, 1933, pp. 110-121.

² ROSA B. CRUZ ARENAS, *art. cit.*, pp. 22 y 23.

³ Citado por DARDO CÚNEO en *Juan B. Justo*, Ed. Américalee, Buenos Aires, 1943, p. 295.

Habría que averiguar qué dosis de indio hay en ese hombre moreno, taciturno, silencioso, reconcentrado y anguloso que, de pie, en la esquina de Corrientes y Esmeralda, dio origen a la figura perdurable del “hombre que está solo y espera”¹.

III

“Los chilenos no tienen ya nada de latinos —afirmaba Keyserling—. Nace allí un pueblo nuevo que tiene más de araucano que de español, por ser claramente el tipo araucano el que mejor corresponde a aquel paisaje.”²

Las observaciones biológicas de Alejandro Lipschutz, especialmente en *Indoamericanismo y raza india*, convienen con esa apreciación.

Siegfried asevera categóricamente: “En el fondo, la población [de Chile] es aborigen”. “El ‘roto’ no es un mestizo; no podría ser considerado de ninguna manera como miembro de nuestra raza. A despecho de afirmaciones contrarias, el viajero perspicaz (recordemos a Erna Fergusson, a MacBride, etc.) no se engaña a este respecto: sabe muy bien que se encuentra ahí en la presencia del indio.” Y agrega que la raza pura española se halla representada en las altas esferas sociales, sólo por algunas familias³.

Sarmiento, que vivió más de veinte años en Chile, escribía: “La historia de Chile está calcada sobre *La Araucana*, y los chilenos que debían reputarse vencidos con los españoles, se revisten de las glorias de los araucanos, a fuer de chilenos éstos, y dan a sus valientes tercios los nombres de Carampagüe, y a sus naves el de *Lautaro*, *Colocolo*, *Tucapel*, etc.”⁴.

A su turno, el general Mitre, también largo tiempo en Chile, observa: “Los rotos chilenos en que prevalecía la sangre indígena, formarían con los argentinos los sólidos batallones para medirse con los regimientos españoles vencedores de los soldados de Napoleón, en la guerra de la Península”⁵.

¹ RAÚL SCALABRINI ORTEZ, *El hombre que está solo y espera*, 7ª ed. Buenos Aires, 1936.

² KEYSERLING, *o. c.*, p. 116.

³ SIEGFRIED, *o. c.*, pp. 14-15.

⁴ SARMIENTO, *Conflictos y armonías de razas*, ed. cit. p. 107.

⁵ MITRE, *Historia de San Martín*, ed. cit., 1907, t. I, p. 62.

Apelando al testimonio de los propios chilenos, Nicolás Palacios, el pintoresco autor de *Raza chilena*, identifica al araucano con el godó, y, por poco más, hace del chileno un ario puro¹.

Un historiador tan objetivo como Domingo Amunátegui Solar, advierte que “*la clase social más numerosa en la colonia sin disputa fue la de los mestizos, o sea los descendientes de padres españoles y de madres indígenas, y los descendientes de unos y otros*”².

Un narrador araucano se lamenta de que sus connaturales se vayan chilinizando “*olvidándose del designio y de la índole de nuestra raza*” (vale subrayar que no dice europeizándose)³.

Una educadora contemporánea, que ha viajado por toda América y Europa, Amanda Labarca Hubertson, no vacila en asentar: “*Mientras la clase alta [en Chile] se supone blanca y tiende a lo europeo, los estratos ínfimos hunden sus raíces en lo primitivo autóctono*”... “*Arriba una [capa social] que blasona de blanca inmaculada; abajo, una cobriza pura*”⁴.

No se necesitan más citas. Si he abusado algo al referirme a Argentina y Chile, se debe a que ambos países alimentan una marcada corriente adversa a la influencia del indio como elemento de su personalidad física y moral. Por mi parte, tengo algunas observaciones acaso útiles al respecto.

Una reiterada observación durante nueve años, me hace pensar que, psicológicamente, uno de los pueblos inconfundiblemente indios es el chileno. Sus apariencias externas pueden despistar, pero las psíquicas y sociales no.

El chileno del pueblo (y buena parte de la clase media) es taimado, observador, cazarro, violento, sin gran impulso interior; aficionado a la fiesta, al alcohol, despegado de su trabajo mismo; desconfiado; brillante para la burla. La mujer suele trabajar más que el hombre; es ella quien dirige la vida hogareña.

Los indios de Ecuador, Perú y Bolivia no son muy diferentes. En la expresión, “*para él no hay mañana*”, escrita por el oidor Juan de Matienzo

¹ N. PALACIOS, *La raza chilena*, Valparaíso, 1904.

² D. AMUNÁTEGUI SOLAR, *Historia de Chil.*, Ed. *Nacimiento*, t. I, p. 168. Santiago, 1933.

³ Prólogo de Pascual Coña, narrador, a *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX*, por el P. ERNESTO WILHELM DE MOESBACH, Santiago, 1930, p. 11.

⁴ AMANDA LABARCA, *art. cit.*, pp. 614-619 respectivamente.

en 1600, se compendia esa actitud presentista y desesperada del indio: su silencio, su mordacidad, su alcoholismo, su desconfianza, son otras tantas formas de resistencia ante el amo. Sus estallidos de violencia responden a idéntico acicate.

Se dirá que así son todos los pueblos sometidos de la tierra. Ciertamente, son así, no obstante la larga práctica autóctona e individualista; los agricultores del sur de los Estados Unidos poseen muchas de estas características. Los aldeanos rusos, africanos y chinos, también. En suma, los oprimidos. De donde habría que llegar a una pregunta de que se tratará más adelante: ¿hasta qué punto las llamadas razas humanas son tales ya que, especialmente en América, la india resulta una *clase*, más que una raza, puesto que ella abarca a mestizos y hasta a blancos venidos a menos, a "pobres blancos", según la expresión de Estados Unidos, tan popularizada en una novela de Sherwood Anderson?

Si nos referimos ahora a los uruguayos, éstos, como sus vecinos argentinos, suelen despreciar al indio, pese a que el poema máximo de su literatura es el *Tabaré* de raíz india, y disfrutan de una considerable poesía negrista. Ella obedece principalmente a razones literarias. Aunque insólito, las contorsiones de Josephine Baker y el auge del arte negro no son extraños a esa moda uruguaya.

Se destacan, claro, dos Uruguayos: el de Montevideo y el rural. Aquél concentra casi un 50 % del país y se halla sobre el mar, abierto a la inmigración. El otro, empobrecido, se apega a la tierra. Pero, no obstante todas las afirmaciones contrarias, en el uruguayo del interior priman el color bronceado y la psicología recelosa del indio. Cualquier novela de Viana, Magariños, Reyles, Amorim y Zavala Muniz, lo corroboran.

Se dice que el menosprecio al indio charrúa (en ello no concuerda Zorrilla de San Martín, el autor de *Artigas* y *Epopéya Patria*) se debe a que cuando llegaron los españoles el indio vivía en condición de salvaje; y a que especialmente el minuano, de Montevideo, asumió una actitud agresiva contra el español, en vez de resignarse a ser agredido¹.

Como quiera que sea, el indio fue el alma del Uruguay colonial, y su obediencia al jesuita en las "reducciones" fronterizas provocó, a fines del siglo XVIII, la guerra con el Portugal. Muchos de los rasgos del uruguayo de hoy convienen más a la psicología indígena que a la española.

¹ E. AZAROLA GIL, *Los orígenes de Montevideo*, Lib. La Facultad, Buenos Aires, pp. 151-

Sus propios caudillos, Artigas, Rivera, Oribe, Batlle, tan magníficamente anárquicos y soberbios, a lo ibérico, destacan su resaltante relieve tumultuoso y bravío de cabecilla de malón.

El indio dejó una huella profunda y vasta en el Paraguay.

Algunos escritores, especialmente los pertenecientes a la europeísta generación de 1900, dieron en la moda de negarla totalmente. Así, Manuel Domínguez, uno de sus líderes, escribía: "En el Paraguay no existe este fantasma [el del indio]. Este pueblo es blanco, casi netamente blanco" . . . El Paraguay era superior al invasor [se refiere a la guerra tripartita de 1866-70] . . . hasta en físico que dijo Thomson, en el número de blancos, que digo yo"¹.

Pero Domínguez, chauvinista que confunde patriotismo con blanquismo, cae en tales exageraciones que desacreditan su dictamen. Él es de los que, repitiendo a Azara, dice que "un guaicurú vale por veinte mejicanos o peruanos", de los que se jactan de que el paraguayo es "mejor hombre" que el de Buenos Aires y el resto del mundo, etc. Su indio será, pues, también el mejor de todos².

Aunque toda hipérbole carece de rango científico, subrayamos el hecho para relacionarlo con la actitud de Domínguez y su escuela. En cambio, Natalicio González, el más serio estudioso contemporáneo del Paraguay, declara enfáticamente su orgullo de ser guaraní y se afana en demostrar la raíz india de su patria³.

En efecto, los indios del Paraguay fueron un pueblo guerrero que llegó hasta a enfrentarse a los Incas y detenerlos en las tenebrosidades de la selva tropical. Bajo la severa dirección de los jesuitas, trabajaron y combatieron sin tregua elaborando una cultura mestiza, cuasi autóctona. En mil oportunidades demostró su capacidad para el trabajo y la guerra, bien contra el conquistador del Perú o de España, bien contra la Triple Alianza de 1866-70. Ciertamente que ahí, también, en Paraguay, una minoría blanca ocupa el lugar que le corresponde a la raza nativa o, mejor, al mestizo de la raza nativa. Ciertamente que los mestizos se sienten puros. Ciertamente que el blanco se india. En plena Asunción, capital de la República, es tan frecuente ver a gente con los pies descalzos como en otras ciudades perfectamente aborígenes. Durante la guerra del Chaco,

¹ MANUEL DOMÍNGUEZ, *El alma de la raza*, Asunción, 1918, p. 47.

² MANUEL DOMÍNGUEZ, *o. c.*, pp. 25, 33, etc.

³ NATALICIO GONZÁLEZ, *Proceso y formación de la cultura paraguaya*, Buenos Aires, 1938.

factor decisivo de la campaña fue la perfecta adecuación del paraguayo a la selva, es decir, su identidad telúrica (aindamiento en sí). Ello significó el triunfo del guaicurú, el guaraní y el tupí. Su vida política se asemeja mucho a la boliviana, con su vigente secuencia de caudillos y golpes de Estado desde arriba. Entre algunos mandatarios de la posguerra, como los coroneles Franco, paraguayo, y Busch, boliviano, existen analogías que llegan casi a la identidad. A pesar de tener sangre extranjera, ambos se comportan y sienten como indios o mestizos. Puede influir la mediterraneidad de ambas repúblicas; pero debiera diferenciarlas la profunda distinción entre una nación completamente blanca, como el Paraguay de que se jacta Domínguez, y otra absolutamente india y mestiza como es Bolivia, pese a Alcides Arguedas. En todo caso, de ser cierta la aseveración de Domínguez, nada favorece a los blanquistas, puesto que, no obstante ese supuesto predominio europeo, Paraguay se halla a un nivel de evolución inferior a otras repúblicas de declarado abolenjo indo-mestizo.

Es innecesario esforzarse en demostrar la prevalencia del factor indomestizo en México, América Central (excepto Costa Rica), Brasil, Perú, Ecuador, Bolivia. Lo es también en cuanto a Colombia, cuyos indios del interior, los de Boyacá, tienen la tez blanca, y cuya costa resalta por su aporte negro. Lo es en cuanto a Brasil. Acerca de Venezuela, aparte del testimonio de los ojos y el trato, agregaría el de Pedro Arcaya, quien refutando a Gil Fortoul —tan europeísta, tan 1900, tan *art nouveau*— sostiene que el factor indígena es “el más importante en su número”, y confirma: “La raza india, es, pues, la que mayor aporte tiene en la nueva raza mixta venezolana. Gran número de los individuos que figuraban como blancos en los últimos censos de la época colonial eran, en realidad “*mestizos*”¹.

Una vez más, la misma canción: la del mestizo.

Si se menosprecia al indio, con lo cual lejos de inferírsele un daño se lo coloca contra América misma, y así se disminuye injustificada y curiosamente (el *nouveau rich* y el *art nouveau*, no otra cosa) al tipo representativo del continente, el mestizo de indio e ibérico con notorio porcentaje adicional de negro. Un entreguismo y una jactancia absurdas conducen a tales despropósitos. El verdadero europeo no se avergüenza de sus orígenes, por bárbaros que sean (que lo fueron). Los asesinatos “artísticos” de los Borgia, lejos de ruborizar a los italianos, les dan realce estético. La

¹ PEDRO ARCAYA, *o. c.*, pp. 11-15.

corte de los Heristal o la de los Childericos, y, antes, las hordas de Ataulfo y Alarico, mostraron tanta ferocidad como un bárbaro de la selva tropical. Ni siquiera se puede cargar en la cuenta de éstos la antropofagia, puesto que la practicaron parcialmente y, después de 1500, a veces con participación de indios o paralelamente, algunos conquistadores españoles. Los mediterráneos, lejos de avergonzarse de Moloch Baal, a quien sacrificaban inermes criaturas, subrayan su valor litúrgico. Los "europeos" de América principian por olvidar que uno de los rasgos del verdadero europeo consiste en amar sus tradiciones, pero no a uno de ellas, sino a todas, sin excepción, por primitivas y feroces que fuesen.

IV

La primordial convivencia entre indios y españoles, y el subsecuente problema del "aindianamiento" del blanco y el "blaqueamiento" del indio, tiene fundamental importancia para el estudio del hombre y el medio.

De manera general, en él se compendian las características básicas del indoibero o "latinoamericano". Lo que ocurrió después, por muy decisivo que parezca, fue por añadidura.

La Conquista puso en contacto a ambas razas. Los efectos del primer choque resultaron mortíferos para el autóctono. No sólo se le persiguió con flechas, arcabuces y caballos: también con perros, como a fieras. Los "aperreamientos" en las Antillas, de que tan violenta pintura hace el Padre Las Casas, constituyen una página negra de la historia de España en las Indias Occidentales.

Hubo otros hechos de trágica elocuencia.

Si bien algunos magistrados de la talla del oidor Matienzo, no vacilan en atribuir al indio toda clase de vicios y defectos, hay otros, sobre todo religiosos, que opinan de modo opuesto. Tal el Padre Aguilar, quien en un Memorial dirigido a principios del siglo XVIII a Felipe V, primero de la dinastía de Anjou, dice lo siguiente: "Si se permitiese a los españoles tratar inmediatamente con los indios, éstos recibirían daño irreparable con el mal ejemplo de aquéllos, ejemplos absolutamente contrarios a las buenas costumbres y a las santas leyes del cristianismo"¹.

¹ MATIENZO, *Gobierno del Pirú*, Buenos Aires, 1910, cap. 4º, AGUILAR, *Memoria*, cit. por SARMIENTO, *Conflictos y armonías de razas*, p. 264.

Es verdad que los españoles habían triunfado rápida y rotundamente sobre los hombres de cobre, pero ello no acusaba sino un solo hecho: que los habían derrotado militarmente. En cambio, desde el campo intelectual, no se proveyó a alfabetizar en el nuevo idioma a los naturales; en el económico, no se mejoró el laboreo de la tierra, sino que se avasalló al peón con el propósito de obtener ganancias inmediatas; en el moral, se le habituó —y ahí la queja del Padre Aguilar— a vivir bajo la injusticia. Si sufrió opresión bajo sus caudillos paganos, estaba muy lejos de encontrar benevolencia bajo los conquistadores cristianos y barbados.

El primer contacto fue, pues, de tipo estrictamente *militar*. La victoria demostró que España poseía armas desconocidas para los naturales. He escrito alguna vez, comparando la caída de Francia bajo el alud nazi en 1940 con la del Tahuantinsuyu y los Aztecas bajo el hispánico. Ninguno de esos casos demuestra superioridad espiritual del triunfador. Diferencia, sí, pero sólo en grado, no en calidad; técnica, pero no cultural.

Los conquistadores conocían el caballo, el arcabuz, la coraza de acero, como si dijéramos, la aviación, la artillería y la infantería mecanizadas; en tanto que el indio se defendía con sus hachas, sus flechas y sus petos de algodón. Tenía que vencer el mejor instrumental¹.

Con cuánta razón arguye el profesor Lipschutz, refiriéndose al mismo hecho, que la victoria ibérica sobre el nativo americano no acusa ninguna superioridad biológica, sino sólo "habilidad en el manejo de combinaciones políticas y en el uso de las armas"².

La historia continuó así. La Legislación Indiana refleja un ininterrumpido choque de criterios en torno a las relaciones entre indios y españoles: iniciado con la célebre disputa del Padre Victoria en Salamanca, y la polémica entre Las Casas y Sepúlveda, continúa durante el gobierno de Carlos III y se prolonga hasta nuestros días.

Se formaron así dos corrientes paralelas que hasta ahora subsisten en el campo ideológico: hispanistas e indigenistas, a quienes se podría personificar en el virrey Toledo y Tupac Amaru, en Sarmiento de Gamboa y Huamán Poma de Ayala, respectivamente, o en Cortés y el cura Hidalgo, en Juan José Flores y Lázaro Cárdenas.

Hacia 1812, ya en marcha el juntismo en casi toda América y con la rebelión mexicana ardiendo, un diputado de Buenos Aires ante las Cortes de Cádiz, don Fernando López Lisperguer, afirmaba categóricamente:

1 L. A. SÁNCHEZ, *Historia General de América*, 1942, t. I, arte I.

2 LIPSCHUTZ, *o. c.*, p. 31.

“Nada hace al hombre más estúpido y pacato que la opresión e injusticia; nada hace triunfar más al despotismo que mantener a los pueblos en la ignorancia. Este es el sistema que se ha observado con los indios . . . En tiempos de los Reyes Católicos se dictaron Leyes para mantenerlos en la ignorancia y opresión en que están . . . Un país de abundancia es para ellos una madre cruel que cría frutos para otros”¹.

Producida, poco después, la independencia, los mestizos y blancos criollos triunfantes no se apresuraron a realizar sus teorías rebeldes. Por eso, acaso, el indio, tan celoso de la libertad en México y Alto Perú se hizo aliado de España en el Perú. Sabía, con esa oscura intuición de los perseguidos, que su suerte no estaba en juego, sino la de sus nuevos opresores blancos y mestizos blancoides.

El divorcio entre indio y blanco continúa a través de la República. Salvo contadas excepciones, y con el ejemplo marginal de México a través de la Reforma hacia 1865, y a partir de 1910, a través de la Revolución, la condición bajo la República fue exacta a la Colonia.

V

Trescientos años de convivencia, de dominio hegemónico de españoles y portugueses, más ciento cincuenta años de predominio mestizo blancoide, dentro de una misma religión y usando un mismo idioma, produjeron un aparente triunfo de lo ibérico (salvo en la selva inaccesible).

Nadie duda de que “el predominio de la tonalidad ibérica en todos los países de la América latina es resaltante”. Es también indiscutible que “lo que podría amenazar ahí la integridad de la personalidad inicial es, no tanto la influencia de inmigrantes oriundos de cualquier país de Europa, como las influencias locales o bien exóticas, la del indio, por ejemplo, cuando nos acercamos a los Andes, o la del negro en tanto que se está en las cálidas riberas del Atlántico”².

Esta innegable mixtura, en la que el señorío ibérico se ve amenazado por el hombre local (indio), o exótico (negro) antes que por los otros inmigrantes europeos, se advierte doquier. El mismo Siegfried califica a los que encuentra a su paso en Lima, de “indios vestidos casi siempre a la

¹ *Diario de Secciones de las Cortes de Cádiz*, t. I, pp. 331 y 432. Véase J. LEÓN SUÁREZ, *o. c.*, Buenos Aires, 1917, pp. 41-42.

² SIEGFRIED, *passim*.

europaea, pero cuyo aspecto mongol evoca curiosamente al Extremo Oriente" . . . "Étnicamente, la conquista y la asimilación no están consumadas."

El profesor Lipschutz, quien ha observado algo análogo en Santiago de Chile, refiere que, una vez, encontró en un Juzgado de Temuco a un indio. Su figura le pareció al instante conocida. Luego, haciendo un esfuerzo de memoria, vino a caer en la cuenta de que el tal indio le era familiar porque había visto un rostro semejante, pero con corbata y cuello, es decir, vestido a la europea, en las calles de la capital. De seguro, por esto, se consideraba absolutamente blanco.

Reforzando esta importante inter-influencia entre el medio y la indumentaria, recordemos cómo define Sarmiento al gaucho: "especie de árabe o cosaco modificado por el clima, y poseído del mismo fatalismo del uno y de la fortaleza del otro", definición que Mitre hace suya. En realidad, el gaucho, mezcla de indio y blanco, poseía el caballo del árabe y del cosaco, pero su fatalismo y su fortaleza eran completamente indígenas.

El blanco, por lo demás, constituye sólo el 20 % de la población de la América latina. El núcleo principal de ésta lo forman los indios, a quienes la conquista no pudo eliminar, y los mestizos, hijos del choque.

No escapan a tal regla ni siquiera los países llamados "blancos". Don Ismael Edwards Matte me proporcionó un dato muy elocuente: de las investigaciones genealogistas de su hermano, don Guillermo, experto en la materia, resultaría que es muy rara la familia chilena que no cuenta con un indígena entre sus antepasados¹.

Amanda Labarca, que conoce a fondo su país, afirma sin rebozo: "Por casi todas las familias de rancio abolengo (las de Chile y América) corren hilillos de sangre autóctona. Y aunque aquellas que, por arribar a estos países en tiempos relativamente modernos, podrían jactarse de su pureza, son diferentes —sin que lo sepan y lo admitan— de sus parientes europeos; que no en vano residen en un medio geográfico y social distintos. Son criollos, mal que les pese . . . Si en ellos se ha terminado la hibridación de sangre, conservan aún los rasgos psicológicos del mestizaje. Discrepantes, contradictorios, inquietos, inconstantes. Orgullo del varón español. Vergüenza de la antepasada indígena. Afán de singularizarse por su altivez aristocrática, para olvidar el lado plebeyo. Sublimación idolátrica por lo europeo. Afán incontenible por lo lejano y descono-

¹ Dato comunicado al autor en Santiago de Chile, el 7 de setiembre de 1937.

cido: Europa. Desdén y olvido de lo próximo, lo nuestro, lo autóctono. Quieren vivir en europeo: a la moda de unas sociedades que imagina conocer porque han leído sobre ellas, de una civilización que les es ajena y que suponen el arquetipo de toda humana perfección”¹.

¿No es éste un retrato cabal del *blanco* latinoamericano?

Si Bunge hubiera podido escribir su estudio sobre “*nuestra América*” *europoide*, habría tenido que poner como lema de su obra las anteriores palabras de la escritora chilena.

Uno de los hechos que más contribuye a obliterar el criterio de no poca gente culta al considerar el fenómeno del ‘aindianismo’ de los blancos o el ‘blanqueamiento’ de los indios, es decir, el predominio mestizo, en virtud de la combinada acción del medio tropicalizante y del hombre autóctono aindiante, es el prurito de dar primacía al número. Tanto en uno como en otro sentido éste suele ejercer una influencia desequilibradora.

Obviamente, el indio y el mestizo de indio y blanco forman la mayoría numérica de América latina, pero su importancia se basa en su mayor acción psicológica y ética.

El indio es el recipientario o intermediario entre el factor telúrico y el hombre. Él encarna la tradición geográfica, el plasma territorial y atmosférico.

Tanto es así que en países como Chile, donde el indio sólo es numéricamente el 2 % de la población, su presencia resulta sin embargo ubicua. Esa reducida proporción numérica “explica por qué el chileno no advierte que influye sobre su destino actual la consecuencia del mestizaje y tiende a considerar su raza ‘distinta’ y ‘superior’... Mas en la mezcla no interviene exclusivamente la sangre, sino también las costumbres. La clase popular chilena no es superior a la del resto de América, y, además, la madre del pueblo fue, por lo general, la india, ‘más conservadora, menos expuesta a las influencias venidas del contacto con técnicas de trabajo civilizado’ ”².

Gabriela Mistral ha antedicho, ratificado y ampliado este concepto muchas veces: y no se puede tildar a la eximia poetisa de desamor a su tierra, de falta de universalidad ni de inexperiencia cosmopolita.

Desde luego, la tendencia a adoptar solamente los usos europeos —o el blanqueamiento del nativo— es algo que fácilmente se descubre

¹ AMANDA LABARCA, *art. cit.*, pp. 65 y 66.

² AMANDA LABARCA, *art. cit.*, pp. 63-64.

doquiera y que no logra ocultar la raíz vernacular, según se desprende de las observaciones transcritas.

El hombre primordial jamás desapareció del todo: mucho menos dentro de un ambiente tan definidor como el nuestro, en donde las condiciones objetivas son aún más poderosas que las subjetivas.

VI

Como primera conclusión debemos, pues, confirmar la visible potencia del ambiente.

En América, ello se destaca por singular manera.

Cierto refrán popular dice: "El padre pulpero, el hijo caballero, el nieto pordiosero". La evolución económica así compendiada entraña también un proceso de adaptación al ambiente. De acuerdo al tipo colonial, implícito en toda nuestra cultura, el inmigrante tiende a ser hidalgo o servidor, pero el señoritismo depaupera al individuo y a la colectividad empujándolos a la ruina. El prurito de aparentar más de lo que se tiene, tan ibero, desemboca en la miseria.

Nadie se escapó a esta avalancha, desde que el primer blanco sentó su planta en nuestro territorio.

Cristóbal Colón, tan europeo, una vez que descubre las Indias Occidentales, se vuelve el más español de los españoles, y, luego, a través de su lenguaje, abre el camino del americanismo. Lo propio le ocurre en la América del Norte a John Smith, el capitán de los Pilgrim Fathers de Jamestown. Ambos salpimentan sus relaciones históricas de giros imprevistos en sus respectivos idiomas. Por eso, Menéndez Pidal, en lo tocante a Colón, y H. L. Mencken, en lo que se refiere a Smith, señalan que los primeros promotores del americanismo idiomático fueron ellos, los pioneros, Colón y Smith (y Cabral, añadido yo).

No fue caso único. Los alemanes de Tierra Firme experimentaron también el embrujo de la tierra.

Bernal Díaz del Castillo cuenta en su *Verdadera crónica*, que muchos soldados españoles, entre ellos Gonzalo Guerrero, prefirieron quedarse entre los indios, antes que volverse con sus compatriotas a la Península.

Esa actitud identifica la conducta de los fundadores de Jamestown y Plymouth con la de los conquistadores del Perú y México.

Un obispo de Tucumán reclamaba "una evangelización más activa porque he observado que los castellanos prefieren vivir entre los indios".

El famoso dramaturgo "español" Juan Ruiz de Alarcón, mexicano de nacimiento y temple, no pudo evitar que su obra traicionara su mexicanidad, según vino en descubrirlo Pedro Henríquez Ureña (1913), a quien confirman Alfonso Reyes y en parte Antonio Castro Leal.

Aplicando estas reglas a otros poetas, como Mateo Rosas de Oquendo, perulero, infiere Reyes que "el español americano se diferencia desde el siglo XVI, del español peninsular"; y pronto —añade— "se establece esa pugna que (manifestada primero en las luchas de independencia) ha de resolverse más tarde en una renovación de la lengua literaria y de los procedimientos de la poesía española"¹.

El mismo Reyes, en otro ensayo, afirma que "cincuenta años después de la conquista española, es decir, a la primera generación, encontramos ya en México *un modo de ser americano*". A ello no es ajeno el sentimiento de propiedad que robusteció al geográfico².

Igual fenómeno se observa en Perú. Francisco de Carbajal y el mismísimo Gonzalo Pizarro eran ya americanos, *españoles aindiados*, en sus usos, opiniones y objetivos. Carbajal pensaba en la independencia de Nueva Castilla, mitad con aire de caudillo hispano, mitad porque se sentía definitivamente miembro de la nueva "nación" en cierne.

Desde luego, en ello pesan, repito, sentimientos tan diversos como lo son los de propiedad, rebeldía, autoridad y adaptación a la blanda ternura indígena, matriarcalizada y conyugal.

El puñado de españoles que, en 1541, se levantó defendiendo los derechos del mestizo Almagro el Mozo (símbolo de muchas cosas, inclusive de la nueva raza americana) trata de romper la cadena que une el Perú con España.

Comprendiendo que el interés económico era un aliado de América (a pesar de que, por otra parte, encarnaba su mayor peligro), el licenciado La Gasca, apenas vence a Gonzalo, instaura un nuevo sistema de repartimiento e imitando, en Guaynarima, los procedimientos que los normandos usaron con las propiedades de los sajones en Inglaterra, las redistribuye entre sus adeptos.

De tal suerte, vincula al hombre extranjero con la tierra nativa, y, de tal guisa, lo que la urgencia sexual y a veces la mal disimulada ternura

¹ A. REYES, *Sobre Mateo Rosas de Oquendo*, Madrid, 1917, p. 347 (tirada aparte de la "Revista de la Filología Española", t. IV, 1917, reprod. en "Capítulos de Literatura Española", t. I.

² A. REYES, *Notas sobre la inteligencia americana*, ed. cit.

que todos, hasta el soldado, llevamos dentro, había conseguido con la india y el blanco, lo tuvo que hacer la “encomienda” en lo tocante al indio y al blanco.

“La acción del medio físico, acrecentada por la edad de los conquistadores, tuvo el auxilio de dos colaboraciones... la distancia a que se hallaba la metrópoli y la suspensión de contacto con el mundo civilizado, y la ausencia de mujer.”¹

Ocurrió, además, algo que Ratzel ha descrito en su *Geografía del hombre*: las zonas tórridas cambian más al individuo de zonas frías o templadas, que las zonas frías al hombre del trópico. El blanco, pues, “se tropicalizó”, en tanto que el andino —caso de Garcilaso, de Blas Valera, etc.— jamás pudo “frigidizarse” al verse transportado a España.

Durante el Coloniaje estos fenómenos se acentúan más.

Muy entrada la República, sobreviene un nuevo aluvión europeo. Traía un plan de acción que les permitiría actuar sin perder un ápice de su intimidad.

Fracasaron.

Hay varias novelas, especialmente argentinas y brasileñas, que tratan del problema. En una de ellas, *Madre América* por Luis María Albamonte, se retrata el fenómeno. El inmigrante, a pesar de que arma su vida visible en la ciudad, al fin se ve derrotado por el medio sutil, disolvente de toda resistencia psíquica. Si en las ciudades ocurre tal —y ahí consiguen resistir mejor los extranjeros, armando sus barrios *ad hoc*—, en el campo el inmigrante es absorbido al punto que cae vencido. Esos “gauchos judíos” de que habla Alberto Gerchunoff; esa “pampa gringa”, que describe Alcides Greca; ese medio anarquista ibero que pinta Mateo Booz, y aquellos gauchos sajones de H. W. Hudson, se mezclaban más y más con el ambiente en la medida en que se alejaban de las ciudades, si bien el sajón permaneció más indemne que los otros.

“Al cabo de cierto tiempo, los nuevos inmigrantes hacen como todos los demás que viven en su derredor: por lo menos, sus hijos ya adaptados cesan de seguir el ejemplo de sus padres, cuya mezquina prudencia desprecian: ya se han convertido en americanos.” Y añade Siegfried que ha escrito lo anterior: “Las mismas etapas para la asimilación se observan con asombroso paralelismo en los Estados Unidos. El

¹ TERÁN, o. c., p. 65, etc.

italiano de Chicago, el portugués de Boston, que primero habían ahorrado, no se transforman menos en la segunda generación que el inmigrante latino de Buenos Aires: el medio triunfa limpiamente de la herencia, en la especie”¹.

Ningún caso más elocuente al respecto que el de H. W. Hudson. Lo recordaré en pocas palabras. Era Guillermo Enrique Hudson, hijo de ingleses, nacido en una estancia cerca de Buenos Aires, entre ombúes, chingolos y avestruces. Durante los primeros treinta y tantos años de su vida, no conoció otro mundo que el de la pampa argentina. Tuvo luego que marcharse a Inglaterra, su patria legal, pero hasta allí le persiguió, marcándole para siempre, la nostalgia americana. Su obra literaria, escrita en un estilo tan asombrosamente puro como el de ese otro extranjero también encallado en Britania, Joseph Conrad, o como el de Georges Santayana, español que no pudo librarse espiritualmente de Estados Unidos, es un canto constante a la flora y la fauna argentina, a veces a la uruguayana y hasta a la venezolana y guayanesa. *El ombú, Allá lejos y hace tiempo, Tierra purpúrea, Mansiones verdes*, son obras duales, de alma americana en idioma europeo, ojos de América con mente de Europa. Mas acaban siempre triunfando los sentidos y el alma sobre la mente y el idioma, y hasta este mismo, sin mengua de su pureza, adquiere esa pastosidad y soltura que en castellano tuvieron la lengua del Inca Garcilaso, Juan Ruiz de Alarcón, la Madre Castillo y Sor Juana Inés de la Cruz.

Impresionado por comprobaciones de tal laya, visibles hasta en el propio Juan Manuel de Rosas —hombre de ojos azules, cabello rubio, tez sonrosada, inteligencia sutil, temperamento ondulante, enemigo del desorden criollo, pero por medios indígenas—, escribió Sarmiento —quizá mirándose al espejo del alma— estas frases lapidarias:

“¿Somos europeos? Tantas cosas nos desmienten. ¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querían ser llamados. ¿Somos nación? Nación sin amalgama de materiales, sin ajuste de cimientos. ¿Argentinos? Hasta dónde, y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello. Ejerce tan poderosa influencia el medio en que vivimos los seres animados,

¹ SIEGFRIED, o. c. p. 38.

que, a la aptitud misma para soportarlo se atribuyen las variaciones de razas, de especie y aun de género.”¹

El caso de Hudson es el de Paul Groussac, Cunningham Graham, parcialmente el de Humboldt, el de Tadeo Haencke (o Bauzá), Mutiz, Domeyko, Lenz. En los hijos de los inmigrantes —Korn, Ingenieros, Pellegrini y otros mil— se advierte más pronunciadamente aún la presencia avasalladora de la geografía, venciendo al mito de la sangre.

VII

A medida que fue concentrándose la población en agrupaciones urbanas, ocurrió un fenómeno contradictorio. Si bien, por una parte, a causa de la vida sedentaria, crece la influencia de la madre (y esa madre o esa ama era casi siempre india y negra, lo cual trae como consecuencia un profundo aindamiento colectivo), por otra parte, en las ciudades se dió a imitar los usos europeos, de suerte que se produjo una *aparente europeización* o blanqueamiento. Pero en el fondo, lo esencial conservaba las peculiaridades del medio; solamente lo aparential se plegó a las modalidades de los pueblos dominadores.

J. B. Terán llega a afirmar que, por ser la ciudad americana de tipo provisional, la familia fue provisional también. “La influencia de la mujer india y, luego, mestiza, al ejercerse en la familia, se propaga en la sociedad en la forma sutil de impregnación que es su característica, y embebe a la sociedad entera de su sentimentalismo.” De paso, Terán, que llegó a ser Rector de la Universidad de Tucumán, era un católico fervoroso y de ideas sociales conservadoras. Sus expresiones no pueden ser tachadas de indigenismo, marxismo ni antihispanismo. Un católico americano prácticamente, difícilmente puede estar contra España y su estirpe².

Tres siglos antes, fray Reginaldo de Lizárraga, obispo del Río de la Plata, conocedor de gran parte de América del Sur, observaba que los hijos de los españoles acomodados recibían, cuando niños, el cuidado de amas negras o indias.

El mismo fenómeno es observado por los viajeros extranjeros que nos visitaron durante el siglo XVIII.

¹ SARMIENTO, *Conflicto y armonías de razas*, ed. cit., p. 63.

² TERÁN, *o. c.*, p. 81.

La situación no se altera en el XIX. Más bien, a fines de ese siglo y principios del actual, podríamos decir que desde 1890, algunas familias acomodadas buscan como amas e institutrices a mujeres inglesas, francesas o alemanas, engendrando así un europeizamiento mucho más temprano que el hasta ahí vigente. Pero ya el mestizo cubría el vasto territorio americano.

El nuevo europeo-americano, a diferencia del europeo auténtico, adoptó, como buen advenedizo, una postura despectiva respecto al aborigen. “Creo no equivocarme —dice Lipschutz— al opinar que en los relatos de los conquistadores, como en el de Hernán Cortés, no hay desprecio por la población indígena, sino que *orgullo* por el éxito de la lucha.” En realidad, salvo el punto de vista jurídico que hizo chocar a los Oidores, se observa a veces admiración por la grandeza de la civilización vencida y por el valor desplegado en la resistencia. Aquellos que hoy reciben el desdén de sus propios compatriotas y descendientes —los viejos charrúas, araucanos, tupíes, aztecas y arahuacos— merecieron rendidos homenajes de sus auténticos vencedores. En Bernal Díaz, como en Cieza, el propio Sarmiento, Schmidel, en Gómara y Herrera, se encuentran expresiones laudatorias para el indio primitivo. El blanco auténtico pensaba con criterio más libre, noble y humano que el “blanqueado” de hoy. Cuando se comprueba que ni siquiera el cholo (mestizo de india y blanco) ha conseguido mantenerse en estado de relativa pureza (si es dable hablar de un “mestizaje puro”), debemos convenir en que la arrogancia racista de recalitrantes indigenistas y de blanquistas ultrarradicales, no pása de un mero “acto fallido”.

En medio de disputas tan absurdas y peligrosas como ésta, siempre en contra de alguien (contra lo indio, contra lo ibero), los hombres de América latina crecen más taciturnos que los de América anglosajona y de la Europa anterior al racismo. “El niño —dice un escrito refiriéndose al cholo de Eten, en Perú— llega a los diez años sin haber tenido infancia. Un cholo a los diez años ya es un hombre.”¹

Lo dicho se aplica, por igual, al niño mestizo de todo el continente meridional. Porque, no obstante su orgullo de indio, el niño mexicano tiene que chocar también con un medio en evolución, cambiadizo y contradictorio.

En el fondo, toda esta disputa contra indios y contra blancos descansa sobre una base inconfesada: la economía. Despierta, sin preten-

¹ JOSÉ MEJÍA BACA, *Aspectos criollos*, Lima, 1937, p. 91.

derlo acaso, un problema ajeno a nuestra índole, pero capaz de producir, antes de tiempo (ya que no disponemos de brazos suficientes para crear y mantener nuestra riqueza) conflictos inter-estatales, sólo explicables en zonas tan superpobladas como las de Europa y Asia.

A base de una fanática cruzada contra el blanco de hoy, emblema de todos los blancos del pasado, los japoneses han conseguido movilizar a los amarillos, alistándolos en ejércitos de ocupación y agresión, o en ejércitos de sabotaje, como los que entregaron los territorios de Filipinas, Borneo, Java, Sumatra, Birmania e Indochina.

No se dan cuenta los arrogantes blancos y “blaqueados” de Nuestra América de que su desdeñosa actitud tiene, como siempre, su peligroso reverso. Y que extremarla como lo hacen algunos dueños de eficientes medios de publicidad, ha producido por reacción, un sentimiento agresivo (forma de defensa) en las mayoritarias razas de color. Censuran la belicosidad del indigenismo, precisamente aquellos que llevan a cabo una sistemática propaganda antiindia; ¡gruesa equivocación! Quienes proclaman a Europa como el *desideratum* de la justicia —olvidando que América ha sufrido su injusticia—, provocan una actitud de rechazo intransigente, pero lógica. Todo esto es sencillamente erróneo y lamentable.

En ninguna parte menos que en Nuestra América cabe suscitar problemas raciales. Sólo un prurito ficticio, mimético, puede atreverse a erigir en este continente mestizo murallas históricamente inexistentes; a prolongar el estado colonial bajo el que una minoría blanca, de civilización forastera, regía omnímodamente a un vasto pueblo cobrizo, de milenaria cultura autóctona.

VIII

Realmente, pues, nos encontramos hoy ante un fenómeno de origen social y finalidades políticas.

En virtud de ello, los blanquistas (europeizantes colonialistas e ibe-ristas) defienden el latifundio y a menudo se adhieren al falangismo ibérico.

Al revés, los indigenistas suelen ser socializantes, antieuropeos, revolucionarios, antifascistas, partidarios de la democracia.

Los ricos propietarios y las aspirantes a aristócratas de sangre nueva (esa caprichosa superioridad occidental), abominan del indio sistemáti-

camente, aunque vivan a expensas de su trabajo. Pero cuando un indio asciende la escala económica, se lo asimilan, previa declaratoria de su autoblanqueamiento.

Los ricos propietarios, los aspirantes a aristócratas de sangre nueva, parte de los empleados y de las clases medias, miran con recelo al blanco *socialmente hablando*. Pero cuando un blanco desciende la escala económica se lo asimilan (trocado ya en mestizo, cholo, lépero o indio) sin declaratoria previa.

Blanco equivale a señor; indio, a siervo o peón. “Se cristalizan aquí funciones sociales en aspectos biológicos-raciales.” Tal es uno de los mayores tropiezos para que un extranjero pueda entender el problema o *puzzle* racial americano.

Como, además, existe el mestizo, y él constituye la mayoría del pueblo, lejos de iluminar la cuestión, la entenebrece. Mas no por causa de sus “degeneraciones” (existentes sólo en la mente de los sociólogos de 1900) sino porque, al atenuar la ruda discrepancia de pigmento, el mestizo acentúa y complica el antagonismo social. El mestizo es un blancoide a quien se acepta o rechaza entre los blancos o indios, según sus características *psicológicas y económicas*. . . Suele ser señor o peón, y más principalmente, artesano y empleado. De esta manera, un esquema *grosso modo* de América, puede ser el siguiente:

blanco — propietario y alto funcionario;

mestizo — artesano, pequeño propietario, empleado, obrero, funcionario de segundo y tercer orden.

indio — peón y a veces obrero.

Por tal causa, cuando de razas se trata, el debate se coloca en términos tradicionales.

Ha dicho Haya de la Torre que los vocablos “América española”, “América latina”, “Panamérica” e “Indoamérica”, corresponden a Colonia, Revolución de la Independencia (y protorrepública), Imperialismo y Liberación respectivamente¹.

Podría darse otra interpretación a tales vocablos desde un ángulo social: América española representa el colonialismo de ayer y el falangismo actual, de tipo latifundista y oligárquico; América latina, un colonialismo afrancesado, con ínfulas universales, aristárquico, de “élite”, anti-democrático; Panamérica, una victoria de la burocracia en conexión con los Estados Unidos, término casi exclusivamente de funcionarios; e In-

¹ HAYA DE LA TORRE, *Ideario y acción apristas*, Buenos Aires, 1930

doamérica, expresión no muy exacta, representativa de un movimiento reivindicatorio de los explotados contra sus explotadores.

Un comentarista extranjero, Lipschutz, ha entendido el punto mucho mejor que algunos criollos: “Indoamericanismo —dice— es reivindicación de derechos económicos y culturales de ciertas agrupaciones sociales, económicas y políticamente más fuertes.”¹

La mejor prueba de que en todo el debate entre supuestos blancos puros y supuestos indios también puros, se ocultan finalidades sociales y políticas, se demuestra por un hecho:

Los Estados Unidos constituyen un país al que se puede llamar blanco, pese a sus millones de elementos de diversas razas. Al menos, lo es en mucho mayor grado que la Argentina y Chile.

Pues bien, en Estados Unidos hay más indios que en Argentina (casi 400.000 contra 100.000, y ese número crece). Además, nadie oculta ni pretende ocultar el impacto indígena en la conformación física y mental de muchos norteamericanos. Por último, las medidas del gobierno que afectan a los indios de los EE. UU. son infinitamente más comprensivas, democráticas y creadoras que las de Argentina. Entre el “radical” John Collier, Alto Comisionado de Asuntos Indígenas, y cualquier funcionario “latinoamericano”, hay una diferencia enorme.

Existen, a veces, criterios un tanto exóticos y estridentes acerca de las relaciones entre indios y españoles. No obstante su furioso hispanismo, o, mejor, a causa de él, José Vasconcelos asienta una curiosísima teoría: la que indios y españoles no se diferencian en nada, porque se educaron (?) juntos y porque el indio deja de ser tal no bien recibe las aguas del bautismo. Acaso, para un tribunal extraterreno así sea, y lo deseo de todo corazón; pero, los hechos que presenciamos están muy lejos de alentar semejante optimismo.

Llevado de su ira no sólo contra el imperialismo sino sobre todo contra el protestantismo “yanqui”, Vasconcelos agrega: “Los educadores españoles, en el siglo XVI, después de ensayar la creación de Institutos, resolvieron que era mejor educar juntos a indios y españoles. . . Y eso evitó que entre nosotros aparecieran problemas terribles como el del negro en los EE.UU. Por otra parte, les dije: ‘Si hacemos *reservación* como en los EE. UU., ¿quién va a distinguir al indio del que no lo es? Todos tendríamos que meternos a la *reservación*. Por fortuna aquí de-

¹ LIPSCHUTZ, *passim*.

jamos de ser indios desde que nos bautizan. El bautismo dió a nuestros ancestros, categoría de razón, y basta”.

¡Ojalá tuviéramos en América latina la “reservación” como medio de incorporar al indio a la universalista vida mestiza! Algo así fue lo que ensayaron los jesuitas en sus misiones, y el Estado español en sus “reducciones”; eran reservaciones, pero de origen predominantemente religioso, más cuidadosas del alma —aunque discutida en el caso del indio— que de su esperanza terrena. Tuvimos, pues, “reservaciones” al modo ibérico. Pero, mientras en las norteamericanas está prohibido, por ejemplo, beber alcohol, la educación es obligatoria, hay exoneración de impuestos, es potestativo usar trajes vernáculos, y no se coarta el libre ejercicio de los credos religiosos nativos; en las reservaciones, digo *misiones* y *reducciones* hispánicas se procedía a la inversa, salvo en cuanto al alcohol, combatido por los jesuitas, a quienes, pese a su agresiva intolerancia, nadie puede negar, sin incurrir en palmaria injusticia, el título de civilizadores.

Por otra parte, equiparar al indio de esta América con el de Estados Unidos acusa ligereza, incluso en el caso argentino. Sarmiento, siempre tan zahorí como precipitado, decía lo que sigue: “La influencia del caballo ha sido tal que, en los países que no lo poseen en abundancia como en Bolivia y en el Ecuador, las indiadas conservan su carácter secular y su secular fisonomía; y aun en los Estados Unidos, donde el bosque los protege y la adopción del rifle los defiende contra la raza blanca, no han cambiado de ser en contacto con los blancos, con excepción de los sioux y los comanches que viven en llanos, por lo que vagan a caballo. Por el contrario, en Venezuela y la República Argentina, los llaneros y la montonera han ejercido suprema influencia en las guerras civiles, habilitando a las antiguas razas a mezclarse y refundirse, ejerciendo como masas populares de a caballo, la más violenta acción contra la civilización colonial y las instituciones de origen europeo, poniendo barreras a la introducción de las formas en que reposa el gobierno de los pueblos cultos”.

Como siempre, Sarmiento, indio de alma, violento, agresivo y hasta bárbaro por su incontrolada impetuosidad, exageraba el carácter del empuje civilizador, tal vez como un correctivo de sí mismo.

Lo que no dice ninguno de los detractores involuntarios y, sin embargo, sistemáticos de lo indio y mestizo, es que bajo la violencia

bárbara o pagana, fermentaban viejos rencores provocados por la dureza con que el blanco ejerció su dominio.

Ello comenzó desde la conquista misma, desde los aperreamientos hasta las incursiones del Presidente Jackson sobre el West, del Presidente Roca sobre el desierto y del coronel Saavedra sobre el sur de Chile.

En la crónica del tudesco Schmidel encontramos, por ejemplo, estos términos que estremecen por su cínica e inconsciente crueldad (se refiere a los guaraníes o carios): “así dimos muerte a los hombres, mujeres y aun a los niños”... “quemamos todos los pueblos que encontramos e hicimos a ellos un gran daño”. Al hablar de los mayas agrega: “se dice frecuentemente que en muchas ocasiones, el inocente debe pagar junto con el culpable, así sucedió también aquí que en esta escaramuza quedaron prisioneros, y muertos más de 3.000 personas, entre hombres, mujeres que no eran muy viejas, pues yo no he mirado a las gentes viejas, sino buscado siempre las gentes jóvenes”¹.

Reduciendo a su límite natural las exageraciones de Las Casas, de Cristóbal Molina, el almagrista Bernal Díaz del Castillo, tenemos que en México y Perú se reprodujo idéntico cuadro. Lo curioso es que personas que atacan a Italia por sus tropelías en Etiopía, y a los nazis por lo que cometieron en Francia y Polonia, encuentran no sólo excusable, sino laudable el procedimiento de los conquistadores blancos de América. Si la caridad empieza por casa, bueno sería que se quitaran la viga del ojo para siquiera dar base lógica a una actitud polémica. Si en algunos lugares no se extremó la política de represión cruenta tan patente en los Estados Unidos republicanos y en la Argentina independiente y colonial, fue debido, más que al espíritu cristiano, a la necesidad de utilizar al indio como elemento creador o conservador de la riqueza nativa.

“El exterminio de los indígenas”, dice un publicista y educador boliviano, “constituiría la ruina de la economía rural que nutre a la población”. El mismo califica de “bella fantasía” la idea de reemplazar al indio con inmigrantes, porque juzga a aquel capital humano “irreemplazable” en aquellos parajes².

Lo mismo habría que decir del obrero agrícola y minero en casi

¹ SCHMIDEL, *Derrotero y viaje a España e Indias*, ed. de E. Wernicke, Rosario, 1938, pp. 75 y 142.

² R. REYEROS, *Caquiaviri*, La Paz, 1936, p. 46.

la totalidad del continente. Trabajador irremplazable por su adaptación al rudo medio, por su frugalidad y por el bajo costo de su mano de obra, pero, mediante su resignación a la vida de siervo, es que ha podido perdurar el feudalismo republicano.

IX

Desde luego, esta actitud a la defensiva ha desarrollado una dramática psicología y ética indígena.

Se tilda al indio —y en parte al mestizo de indio— de manso e hipócrita.

Con su acostumbrada clarividencia, Sarmiento definía el primero de dichos caracteres en una sola frase: la mansedumbre del indio americano fue “simple efecto de la conquista” española, no su causa. La conquista lo amansó, a fuerza de castigo; él no fue anteladamente manso¹.

Para Keyserling, el indio es un ser “taciturno”, impenetrable, más hechicero que héroe; paciente y pasivo hasta que, llegado el momento de decidirse, lo hace con la rapidez del rayo; rencoroso, vengativo, intrigante, tenaz y, bajo una superficie cortés, es friamente cruel; en suma todo aquello que la palabra *taimado* significa en Suramérica, aunque no en España: dichos caracteres convienen en general a todos los suramericanos, sin exceptuar al blanco o blanqueado de las altas esferas.

El indio no era así, como queda descrito, antes de entrar en contacto con los europeos. Hay un aleccionante pasaje en los *Naufragios* del conquistador Cabeza de Vaca. Cuenta el valeroso e inquieto navegante que, al alejarse de unas tierras de indios cierta barca tripulada por españoles, fue volcada por un tumbo. Murieron varios de los nautas, y los demás perdieron sus ropas y vituallas, quedando desnudos e inermes. Los indios, al verlos regresar así, se entristecieron mucho “de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros, y con el gran dolor y lástima que hobieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos a llorar recio, y tan de verdad que, lejos de allí, se podía oír, y esto les duró más de media hora; y cierto, ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que

¹ SARMIENTO, *Conflictos y armonías de razas*, ed. cit., p. 107.

en mí y en otros de la compañía creciese más la pasión y la consideración de nuestra desdicha”¹.

En la conquista de México, los tlascaltecas abrieron su corazón a Hernán Cortés, brindándole ayuda y hasta una espléndida mujer, Malitzin, llamada después doña Marina, la traidora Malinche, verdadera providencia del conquistador, a quien, sin embargo, el caballero dejó caer en el olvido, no obstante de que, en la “Noche Triste”, a ella y sólo a ella debió la vida.

Durante el coloniaje, las rebeliones de indios fueron numerosísimas, desmintiendo así su fama de mansos. Desde Enriquillo, el célebre caudillo de Santo Domingo, hasta Tupac Amarú, desde Caupolicán y Lautero, los audaces caciques chilenos, hasta Guautémoc, el legendario héroe de México; desde los Catari de Alto Perú hasta —ya flor de ingenio y rebeldía interior— ese magnífico doctor Espejo, de Quito, la historia del virreinato estuvo sacudida por la incesante marejada de la insumisión indígena. Mitre, perteneciente a un pueblo orgulloso de su blanquismo, confiesa que los Andes del Alto Perú mantuvieron viva, por más de diez años, la insurrección en su territorio, a pesar de la derrota de las armas de los independizadores².

Con hartísimo fundamento escribía el Virrey Guirior, explicando todo este proceso: “Siempre he tenido por mal fundada la razón que se pretende tomar de la pereza de los indios para colorir el manejo y trato que con ellos se observa, porque desvanece este modo de pensar lo que todos ven en los sujetos de aquella nación que moran en esta ciudad. Aplicación conocida a las artes y oficios; trabajo constante y regalado, costumbres civiles, aseo, limpieza y aun gala, pendiendo esta cultura de que a sombra de los españoles y en su compañía procuran imitarlos, y nadie les hace vejación impunemente, ni despoja el fruto de sus sudores, que les queda a salvo para emplearlo en su provecho. En opuestos motivos estriba la miseria de los mismos naturales que habitan las provincias de su primer domicilio, donde nada se puede decir que tienen propio, y su trabajo ha de ceder precisamente en ajenas ganancias”³.

Antonio de Ulloa y Jorge Juan en sus *Memorias secretas* pintan también cuadro semejante⁴.

¹ CABEZA DE VACA, *Naufragios*, ed. CIAP, Madrid, s/a., pp. 58-59.

² *Historia de San Martín*, I, pp. 62-63.

³ GUIRIOR, *Memorias de Gobierno*.

⁴ A. DE ULLOA, *Noticias secretas de América*, Londres, 1826; hay reedición en la Col. Ayacucho, Ed. América, Madrid s/a. (¿1919?)

Muy entrada la República, hacia 1910, los europeizantes y blanquistas de las capitales sudamericanas, la emprendieron contra el indio, su legítimo abuelo. Uno de los más eminentes miembros de aquella generación, no titubea en confesarlo paladinamente: “Dentro de lo hispanoamericano, los que me quedan cerca, todavía se lamentaban de haber nacido en zona cargada de indios; el indio era todavía un fardo y no todavía un altivo deber y una fuerte esperanza”¹.

Reyes, de exquisita cultura europea, hispanista eximio, ha sabido siempre armonizar este hispanismo esencial, no adjetivo ni politiquero, con una honda comprensión de lo genuino. Por eso, él, cultor de Proust, Mallarmé y Valéry, del teatro clásico español y de Góngora, rescata el señorío del indio y el mestizo americanos.

No pertenece a esa estirpe de renegados que “abandona su traje propio para vestir a la moda de los blancos”, “se convierte en enemigo de su raza”, y resulta “el peor verdugo de los suyos”².

Reyes, como ese “nuevo indio” cuya definición ha intentado José Uriel García, es un ser con el “alma mestiza” del “americano total”, que ya vislumbraba el dominicano José Joaquín Pérez, a fines del siglo anterior; que anunciaba Moisés Sáenz, mexicano, y que yo mismo afirmé algún día, contradiciendo el súbito indigenismo de ciertos mestizos, con palabras de que no me arrepiento, a pesar de que han pasado más de quince años desde que las dije: “Valcárcel proclama a pulmón lleno su indigenismo; yo proclamo con igual franqueza mi totalismo”³.

Una novela mexicana cuyo autor, Mauricio Magdaleno, pertenece a las filas católicas, imprecisa a sus paisanos de esta guisa:

“Recuerden que tienen un deber que cumplir: probar al mundo que los indios son tan aptos como los hijos de cualquier otra raza.”⁴

Un argentino, de los mejores, escribe al mismo tiempo, refiriéndose cierto, a otra época:

“Silverio haría entre los indios lo que todos los criollos alzados... Moverlos a la rebelión, animarlos al levantamiento... ¿A qué cree

¹ REYES, *Notas sobre la inteligencia*, cit.

² RIGOBERTO PAREDES, *Mitos, supersticiones y supervivencias populares de Bolivia*, La Paz, 1936, 2ª ed. Imp. Atenea, p. 99.

³ SÁENZ, *Del indio peruano, etc.*, p. 277. URIEL GARCÍA, *El nuevo indio*, Cuzco, 1930, p. 126. L. A. SÁNCHEZ, *Colofón a Tempestad en los Andes*, por LUIS E. VALCARCEL, Lima, 1928, p. 113.

⁴ M. MAGDALENO, *El resplandor*, México, 1937, p. 33.

usted que responden estas noticias de revueltas de indios por todo el continente?"¹

Ninguno de estos escritores pertenece a la pura raza indígena, ni cultivan el paganismo ni la barbarie, ni son comunistas ni marxistas. Son individuos sensibles y avisados, nada más. Gente que se da cuenta de la necesidad de armonizar la vida espiritual y material de América, agrupando en un todo sus diversos elementos.

La integración del indio a la nación, como suele llamarse a tal maniobra, representa, en otras palabras, sólo la coordinación del esfuerzo de todos los pobladores, el abandono de los prejuicios europeistas y exclusivistas.

Me impresionó hace algunos años, a raíz de la muerte de Teresa de la Parra (la magnífica novelista venezolana, mujer bella si las hubo, de alta alcurnia, europeizante, de finura ejemplar, crecida y muerta en Europa), el retrato que de ella hiciera Gabriela Mistral:

“El derrumbe cumplía en su cara (de Teresa de la Parra) un curioso trabajo; aparecían los rasgos indios de la criolla en los pómulos ahora ostensibles. ‘Gabriela, ya soy indita para su gusto; ahora cualquiera me conoce, mirándome, la doble vertiente de sangre’. Yo miraba la faisana muestra, la gala de mi raza, con una ternura deshecha y una ternura indecible.”²

¡Infatigable tarea de la raza nativa que se abre paso a través de todo cuanto lo foráneo trajo como carnadura y disfraz!

El general argentino Lucio Mansilla, hombre blanco, europeísta y aristocrático, reconocido como uno de los tipos más elegantes de Buenos Aires, parisién de espíritu, refiere esta anécdota cosechada durante su breve permanencia entre los indios ranqueles:

“Era un sargento (indígena o mestizo): el sacerdote lo instaba a confesarse; no quería hacerlo.

—¿Qué? ¿No temes a la muerte?

—Padre —contestó con marcada expresión— la muerte es un salto que uno da a oscuras sin saber dónde va a caer³.

¹ CANAL FEIJÓO, *Pasión y muerte de Silverio Leguizamón*, Buenos Aires, 1937,

² GABRIELA MISTRAL, art. en *Repertorio Americano*, septiembre 26, 1936.

³ L. MANSILLA, *Una excursión a los indios ranqueles*, ed. Anaconda, Buenos Aires, p. 71. Obra escrita en 1875.

El fatalismo del americano auténtico es de esta laya: “un salto que uno da a oscuras sin saber dónde va a caer”.

El problema de blancos e indios en nuestro continente es también un gran salto “que uno da a oscuras sin saber dónde va a caer”.

Aunque tengo para mí que se trata más bien de un aterrizaje forzoso en lo mestizo, verdadera encarnación de América.

CAPÍTULO V

LLEGADA DEL EUROPEO Y NACIMIENTO DEL MESTIZO

"¡Qué grandiosa perturbación causó América a la vieja historia del mundo!"

GUILLERMO FERRERO, *Entre los dos mundos*.

"La inmigración pacífica y mercantil de la era moderna da otros frutos e imprime otros caracteres. A la arrogancia y al culto del valor de la formación militar ha opuesto el cálculo y el afán de lucro. Fueron ambas, aunque en distinta proporción, especialmente masculinas y por tanto ninguna ha tenido el culto del hogar."

TERÁN, *El nacimiento de la América española*, p. 138.

I

EL EXTRANJERO Y EL MESTIZO

El 27 de marzo de 1528 el Emperador Carlos V daba "licencia y facultad" a los súbditos alemanes Enrique Ehinger y Jerónimo Seyler, por sí y por Ambrosio y Jorge Ehinger, para que pudieran "descubrir y poblar" los territorios de la costa comprendidos entre Cabo de Bela y Maracapana (actual República de Venezuela, entonces llamada Tierra Firme).

De origen tudesco, Carlos V era archiduque de Austria, como hijo y heredero de Felipe el Hermoso; rey de España, por ser hijo y heredero de Juana la Loca, reina de España, y, mediante un cuantioso desembolso de dinero en competencia con Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra, llegó a ceñir la corona de Emperador de Alemania.

Ambrosio Ehinger (o Alfinger, según le llamaban los españoles) figuraba como Factor del celeberrimo Welser, prominente banquero de Augsburgo, uno de los financiadores de Carlos V en la competencia por la corona imperial. Carlos, agradecido y necesitado, tuvo siempre como columnas económicas de su poderío a los Fugger, en los asuntos de Europa, y a los Welser, en los de Indias Occidentales.

Cuando se promulgó la arriba mencionada "licencia y facultad", no habían pasado sino 36 años de la primera llegada de Colón a la Isla Española; 15 del descubrimiento europeo del Mar del Sur; 8 del primer viaje de circunvalación de Magallanes y del descubrimiento del Brasil por Cabral; 1 del primer arribo de españoles al reino del Perú: en realidad empezaba la conquista. Fueron, pues, los alemanes copartícipes de la empresa al mismo tiempo que los ibéricos. En ciertos territorios, la colonia se abrió bajo el doble auspicio de alemanes y españoles. No una, sino dos razas, llegaron simultáneamente a nuestro continente: la una de fé católica, la otra eco de protestantismo.

Entre los alemanes que entonces llegaron a América, figuraba un hermano de leche del propio emperador Carlos V, el llamado Carolus Doberin, oficial de caballería, quien trajo sus propias monturas y se dirigió, acompañando al capitán Pedro de Mendoza, al Río de la Plata, donde falleció en 1541. Antes que él, ya recorría el actual territorio de la República Argentina, otro tudesco, Hans Brunbecher, el cual vino y se marchó con la expedición italo-inglesa de Caboto, para regresar, más tarde, también en compañía de Mendoza. El doctor Wernicke, de la Universidad del Litoral (Argentina), denomina a Brunbecker "primer inmigrante germano" (en ese país, se entiende). Otro alemán prominente y dicharachero, entonces residenciado en el Plata, fue el soldado Ulrich Schmidel, cuyo *Derrotero y viaje a España y las Indias*, es una de las crónicas más sabrosas del siglo XVI¹.

Este mismo Schmidel nos refiere que, por aquel tiempo, tenía sentados sus reales en Sevilla cierto alemán, Cristóbal Raiser, factor de los famosos Fugger (o Fúcar, según la fonética hispana), quien "le había escrito a Sebastián Neithardt, por orden de mi hermano, si sería posible que se me ayudara a salir, como él lo hizo fielmente"².

Está de más insistir en que los alemanes como Alfinger y otros realizaron numerosas proezas en Venezuela, reino que vivió bajo su estricto dominio durante buena parte del siglo XVI; y que la ciudad de Santa Fé de Bogotá estuvo a pique de ser fundada por otro alemán aventurero, Nicolás Federmann, quien, al mando de su partida, llegó a los llanos de Cundinamarca, al mismo tiempo que Sebastián Belalcázar y que Gonzalo Jiménez de Quesada.

En suma, los alemanes estuvieron presentes en la conquista de las que hoy son repúblicas de Colombia, Venezuela, Argentina, Uruguay y Paraguay. Para las autoridades virreinales de entonces, no eran extranjeros. El monopolio *racista* aparecería después.

Algo semejante ocurrió con los irlandeses, pero ya por muy diversa causa.

Felipe II, hijo de Carlos V, estuvo casado con María Tudor, en virtud de cuyo matrimonio pretendió ceñirse la corona del Reino Británico, entonces momentánea y oficialmente recuperado a la disciplina de la Santa Sede. Frente al cisma de Londres, Irlanda, igual que Escocia,

¹ SCHMIDEL, o. y ed. citadas, p. 61 y nota n° 181 a la misma página. VIDE, ARCINIEGAS, G., *Los alemanes en América*, Buenos Aires, Losada, 1941.

² SCHMIDEL, o. y ed. citadas, pp. 164 y 165.

opuso su profunda y firme fe católica, apostólica y romana. Más tarde Escocia, en donde florecieron por igual Cromwell, el puritano, y María Estuardo, la católica, vióse obligada a aceptar la primacía de Inglaterra. Irlanda en cambio se mantuvo al margen, intocable, arisca, como hasta nuestros días.

A mérito de su indoblegable celo católico, los irlandeses, pese a que pertenecían a distinta raza, recibieron trato de iguales en España y sus colonias. Muchos irlandeses desempeñaron cargos públicos en América. Uno de ellos, después de haber sido Capitán General de Chile, asumió la virreïnatura del Perú: Ambrosio Higgins. De su sangre y de sus amores con la criolla Isabel Riquelme, habría de nacer uno de los máximos fundadores de la independencia latinoamericana: el Capitán General Bernardo Higgins (u O'Higgins), conocido en su juventud como Bernardo Riquelme.

Sobre el aporte germano a la conquista, ha escrito ya un libro Germán Arciniegas; poco he leído acerca del aporte irlandés, en torno al cual se ha dicho casi nada. Pero, sabemos lo bastante para afirmar que, además de indios e ibéricos, entraron a mezclarse con la población colonial, alemanes e irlandeses, amén de muchos italianos, a quienes se consideraba pueblo fraterno, medio asimilado a España, ya que el rey de Madrid era también monarca de las dos Sicilias y de Nápoles. Bastaría decir que uno de los más divulgados libros de medicina durante aquel periodo fue el del médico italiano Bottoni, acerca de la circulación de la sangre, libro reimpresso entonces en Lima.

Si establecemos que tuvimos, desde el principio, abundancia de griegos (desde Pedro de Candia, compañero de Pizarro), italianos (Colón, Cabotto, Vespucio), portugueses, especialmente al comenzar los viajes colombinos, y, más tarde, cuando durante medio siglo, España y Portugal constituyeron un solo Estado, veremos que el racismo ibérico fue menos constante y absoluto de lo que se cree, y que "América latina", durante su época de coloniaje político, recibió diversos aportes étnicos aunque, en síntesis, se la deba caracterizar como *indo-afro-ibera*.

Durante el siglo XVII, la afluencia de extranjeros a América quedó casi paralizada. La Corona, una vez que logró normalizar su dominio sobre los nuevos territorios incorporados a su soberanía, y pudo aquietar la rebeldía de los conquistadores, trató de robustecer y ampliar su monopolio.

Sin embargo, hubo muchos partidarios del libre establecimiento de extranjeros en América española. Sin mencionar el criterio del Padre

Las Casas, sólo favorable a la importación de mano-de-obra-barata, bajo la forma de esclavos negros, recordemos que los padres de la Orden de San Jerónimo y el famoso Licenciado Zuazo fueron, desde el comienzo, ardientes defensores de una política inmigratoria.

No encajaba ello en la mentalidad del hierático y severo Felipe II, quien reaccionando contra la actitud de su padre y predecesor acerca de los alemanes, dictó en 1621 una ley que ordenaba expulsar a los extranjeros de América, "excepto a los que sirvieran oficios mecánicos útiles a la república"¹.

En vista de que, a raíz del entronizamiento de la dinastía francesa de los Borbones y del reconocimiento del derecho a comerciar en favor de ciertos países extranjeros (asiento de negros y navío de permiso) se produjo una notoria afluencia de franceses y británicos hacia América, la Corona de Madrid —en pleno siglo XVIII— expidió una ley para que los bienes de los extranjeros muertos en América pasaran al monarca español².

Los extranjeros no tenían, por tanto, ningún acicate para venir a instalarse a estas tierras cada vez (aparentemente) menos ricas en metales preciosos. Los que llegaban pertenecían a la marina, a empresas comerciales, a expediciones científicas. Deslumbrados, volvían a Europa, no teniendo lengua para alabar las maravillas que habían descubierto en su viaje a las regiones equinociales.

Dato significativo es el siguiente: cuando en 1767 se produjo la expulsión de los jesuitas, de los 6.000 que salieron del Perú, sólo 13 eran extranjeros, es decir, no criollos ni peninsulares.

Sin embargo, en vista de que aumentaba el número de europeos inquietos por los misterios del Nuevo Mundo y que se habían producido ya las revoluciones de Estados Unidos (1776) y Francia (1789), Carlos IV dictó, el año de 1801, un decreto fijando elevadísimos *impuestos* para los extranjeros que pasaran a América española.

No alcanzó a muchos. Así, Humboldt refiere que, durante su estada en México, no conoció más que a un alemán³.

En un censo realizado en Chile, el año de 1809, aparecen sólo 80 extranjeros⁴.

¹ *Recopilación de las Leyes de Indias*, lib. IX, título 27, ley 9.

² *Recopilación de las Leyes de Indias*, lib. IX, título 28, leyes 1 al 37.

³ HUMBOLDT, *Travels*, VII, p. 441.

⁴ BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, VII, p. 463.

Examen espectral de América latina

En más o menos grado, tal proporción es la que rige para toda América.

Al revés, los Estados Unidos registraban una elevada proporción de inmigrantes en su pequeño territorio. De tal *aparente* mixtura saldría una gran nación, democrática y emprendedora.

Uso el vocablo "aparente" porque, aunque, en verdad, el reducido ámbito de las "Middle Colonies" cobijaba a ingleses, irlandeses, escoceses-irlandeses, alemanes, suecos, holandeses y franceses, lo cierto es que cada agrupación tenía su propia sede y ley. Más justo que considerar a las trece colonias del Atlántico como una entidad sería mirarlas como trece unidades distintas, cada una dueña de sus propios métodos, mientras que la América española y la portuguesa eran, al revés, una sola entidad, pese a la subdivisión cuasi póstuma que dio vida a los virreinos de Buenos Aires y Nueva Granada.

Así, los holandeses predominaron largo tiempo en Nueva Amsterdam, donde luego se fundaría Nueva York; los ingleses, en Nueva Inglaterra; los franceses en Luisiana, lado a lado de las Carolinas; los suecos en Delaware; los irlandeses, en Maryland y Boston; los alemanes en Pennsylvania.

Cuando estas entidades, diversas en su fundación, administración y proceso, aunque reunidas bajo el comando político de Londres, se fundieron para la empresa emancipadora, transformaron su pluralidad en unidad, dieron vida a un solo cuerpo nacional de origen cosmopolita, pero de voluntad continental.

Nuestro proceso, a la inversa, se empeñó en ahondar el espíritu localista, y, sin medir sus fuerzas, pretendió más de lo posible. Nos desmembramos. Perdimos unidad y posibilidades.

II

Hemos visto que desde que la Colonia se estabilizó, ya no hubo puerta abierta para el extranjero. Pasada era la hora del tudesco banquero y explorador. Había empezado su implacable marcha la catolización de un mundo pagano y moreno, fetichista en su fondo, aunque monoteísta en su liturgia.

Mientras llegaba la hora del "navío de permiso" y "el asiento de negros" (1705), los africanos fueron los únicos extranjeros tolerados, pero, ¡ay!, a condición de azote y ergástula. Sin embargo, por ser lo no-

vedoso, sobre ellos cayeron las miradas fatigadas de tanto cobre y alabastro: los sentidos sedientos de admirar —y saborear— canela y ébano. El negro, que hoy es considerado como nativo, era entonces un *forastero*. Sobre sus hombros pesaba la tarea agrícola. Entre los campos blancos de copos de algodón, y entre arrozales y cañaverales, destacaban su oscura silueta: sobre las blancas sabanas, también. E igualmente entre el moreno y picante perfume de los tabacales. El agro fructificó a fuerza del sudor y de la sangre de los negros.

Entonces surgió la inquietud foránea del corsario. “Algunos, como Juan de Castellanos, creyeron ver signos de simpatía de los indígenas por los filibusteros, y la explica porque el triunfo de los ‘tales luteranos’ ofrecía la esperanza de volver al fetiquismo que la evangelización borraba.”¹

Había más que eso. Los españoles y los criollos también simpatizaron a menudo con los corsarios que abrían la ruta del ensueño y la aventura, cerrado ya el ciclo de las grandes conquistas. Los negros, por cierto, fueron en esto más decididos que los indios. Cuando Oxenham, el teniente de Drake, saqueó las ciudades del istmo de Panamá, tuvo como vanguardia a los negros cimarrones, según refiere Miramontes y Zuázola en su poema *Armas antárticas*².

A Drake lo habrían recibido en palmas los negros de Lima, que se fugaron de sus casas, al saber que se acercaba a puerto; pero el corsario no se atrevió a desembarcar. Los indios no quisieron ser menos, pero tuvieron mayor cautela.

Hawkins halló un alegre recibimiento en 1568, al llegar a la perlera isla de Margarita.

En el siglo XVIII, encallecida la retina del hombre colonial con la frecuencia de visitantes europeos, no ibéricos, los corsarios perdieron sus prestigios. Además, ya se les sabía agentes oficiales, no hijos de sus obras. Entre Sharp o el Olonés, y el almirante Vernon o los generales Whitelock y Berresford, hay un abismo para la sensibilidad nativa y criolla. Primero, porque los últimos traían ejércitos regulares; segundo, porque habían dejado de encarnar la novedad —la novelería.

Traducido esto en términos literarios diremos que el corsario había cesado de ser novela, para trocarse en política e historia. Y a los pueblos, sobre todo a los pueblos privados de esa fantasía indirecta que se

¹ JUAN B. TERÁN, *o. c.*, pp. 236-237.

² LUIS A. SANCHEZ, *A los poetas de la Colonia*, Lima, Euforion, 1921; 2ª ed. Lima, PTCM., 1947.

nutre en los libros, les gusta recibirla de los hechos, libremente, sin regulaciones de tráfico.

Este culto a la aventura, a lo imprevisto, complicaba también a la ley.

Solórzano Pereira dice, en su *Política indiana*, refiriéndose a los fueros otorgados a ciertos comerciantes coloniales: "No deben gozar ni gozan de los privilegios e inmunidades referidas, los que estándose en sus casas y tiendas, *sin exponerse a navegaciones y otros peligros*, compran y venden por menudo y vanean por sus personas, sino los que cargan y venden por grueso y trafican por esto de unos reinos a otros por mar o por tierra . . . *los que venden por menudo no se pueden con propiedad llamar mercaderes, sino venalizadores*".

Estarse quieto, vivir sedentariamente, proporcionaba ganancias, cierto, pero sin la simpatía del pueblo ni el apoyo del magistrado. América era tierra para conquistadores, para pioneros, para bandeirantes, para escampavías, para *pathfinders*; para el arriesgado; para el que, en vez de estarse, andaba; para buscadores de caminos en la tierra y en el alma. ¿Qué de raro tiene, entonces, el celo con que la Corona limitó las afluencias de andariegos navegantes, portadores de gérmenes extraños en su conducta, en su verba y en su sangre?

Por eso, en contradicción con el menosprecio a los "venalizadores", a trueque de protección a los "mercaderes o viandantes", la *Recopilación* declaraba en otra parte: "Para honrar las personas, hijos y descendientes de los que se obligaron a hacer población y la hubieran acabado, y cumplido su asiento, los hacemos hijosdalgo de *solar conocido*"¹.

Y comenta Arcaya, precisando ese sentido de implícita protección al aventurero: "Aunque esta ley sólo favoreció a los jefes o caudillos de la conquista, la costumbre amplió sus disposiciones, de modo que, en las informaciones de nobleza de los criollos venezolanos, se hacía comúnmente mérito de descender el postulante de *los conquistadores y primeros pobladores de estas tierras*, como prueba de calidad"².

¹ *Recopilación de Indias*, ley VI, tit. VI, lib. IV.

² ARCAYA, *Estudios de sociología venezolana*, Madrid, s/a. ed. América, nota a las pp. 40 y 41.

III

Apenas declarada la independencia de Tierra Firme, y cuando llegaba a su climax la lucha contra el inmenso poder peninsular, Bolívar lanza un decreto invitando a los *extranjeros* a establecerse en Venezuela y ofreciéndoles todo género de garantías y ventajas (1813).

No olvidemos que, al lado de Bolívar, igual que al de Miranda, colaboraba una gloriosa pléyade de militares británicos, irlandeses y franceses. La Europa liberal se puso al lado de la América liberal sin excluir a los propios españoles, ya que la sublevación de Riego, en 1820, tuvo como uno de sus fundamentos principales, respetar y secundar el impulso emancipador de los americanos.

Por esos mismos años, Camilo Henríquez publicaba en Buenos Aires y Santiago su *Camila o la Patriota de Sudamérica*. En esta obra aparece un cacique el cual presenta al Primer Ministro un pliego en que dice: "1º para remediar la lastimosa despoblación de América y su atraso en las artes y agricultura, es necesario llamar a *extranjeros* con el atractivo de unas leyes imparciales, tolerantes y paternas; 2º si la América no olvida las preocupaciones españolas y no adopta más liberales principios, jamás saldrá de la esfera de una España ultramarina, miserable y oscura, como la España europea"¹.

Conviene subrayar que, para la "inteligencia" de entonces, los términos "artes y agricultura" son sinónimos. El extranjero tenía, pues, una doble misión, ajena a toda ortodoxia: poblar (demografía), fomentar las artes (pedagogía, literatura y ciencia) e incrementar la producción agrícola (economía). Poco después, en 1829, Andrés Bello, venezolano y educado en Inglaterra, llegaba a Chile y con él nacía la vida universitaria. Hacia 1848, Vicente Pérez Rosales lanzaría la consigna de importar agricultores alemanes, merced a cuyo esfuerzo se convirtió en jardín el adusto y temido territorio de los araucanos.

Tal vez, México sea una excepción en este campo. Pero desde la revolución emancipadora ese país tuvo características singulares. A diferencia de los otros, México debió su independencia al pueblo, es decir, a indios y mestizos. Contra el ímpetu popular se coligaron los ricos sin distinción de pigmento, y casi todos los extranjeros. Más tarde, el mexicano vio hollado su suelo por ejércitos franceses, españoles y de los Esta-

¹ A. COESTER, *Historia Literaria de la América Española*, Madrid, 1929, p. 69.

dos Unidos; por un conato de emperador austríaco, y por varios proyectos de cuasi virreyes norteamericanos. El extranjero no fue a México a fomentar las artes y la agricultura, sino a defender el latifundio y a restablecer el coloniaje.

IV

La gran corriente migratoria al Nuevo Mundo se inicia poco antes de mediados del siglo XIX. Entre los europeos, alemanes e italianos fueron los primeros en venir en masa, tanto por necesidades económicas (y fue lo decisivo), como también por escapar a persecuciones políticas y religiosas en sus respectivas patrias. Se repetía, en plena edad contemporánea, lo ocurrido durante los siglos XVI y XVII en Francia, España e Inglaterra: el éxodo para defender la doctrina profesada.

Los programas inmigracionistas americanos, sobre todo en los Estados Unidos, Uruguay, Brasil y Argentina, fueron activos. Junto a gentes urgidas de mejores oportunidades, llegaron otras de auténtica estirpe intelectual. El padre del novelista norteamericano Teodoro Dreiser (Dresser, en realidad) fue uno de ellos; el del filósofo argentino Alejandro Korn, otro: ambos vinieron por causas políticas: el primero evadiendo el servicio militar; el segundo, la coacción ideológica. El padre del sociólogo argentino José Ingenieros, oriundo de Italia, también llegó huyendo de la reacción antiliberal. Alemanes fueron los padres de Wendell Wilkie, candidato republicano a la presidencia de los EE. UU., los de John D. Rockefeller, el magnate del petróleo; de George Kayser, el gigantesco constructor naval, etcétera.

Más tarde se agregó a esta espontánea inmigración, otra hecha según planes gubernativos. Fue un aluvión de técnicos, principalmente pedagogos. Su aporte a la cultura sudamericana ha sido excelente. Algunos de ellos, como Rodolfo Lenz, Ignacio Domeyko, Eduardo Habich, han dejado su estatua viva en el corazón de sus discípulos sudamericanos.

Entre los grandes promotores de la inmigración europea sobresalen Vicente Pérez Rosales y Juan Bautista Alberdi. Aunque la tarea del primero fue denodada y fructífera, la figura del segundo tiene más resonancia.

Oigámoslo cómo fundamenta su célebre apotegma de "gobernar es poblar":

"Lo que hay [en Argentina] es poco y malo. Conviene aumentar el

número de nuestra población, y, lo que es más, cambiar su condición en sentido ventajoso a la causa del progreso. Con tres millones de indígenas cristianos y católicos, no realizaríais la República ciertamente. No la realizaríais tampoco con cuatro millones de españoles peninsulares, porque el español puro es incapaz de realizarla allá o acá. Si hemos de componer nuestra población para nuestro sistema de gobierno, si ha de sernos más posible hacer la población para el sistema proclamado, es necesario fomentar en nuestro suelo la población anglosajona.”¹

Alberdi fue, siempre, un hombre muy preciso. Quizá, demasiado concreto. La conciencia de su superioridad lo empujaba al axioma. Su estilo denuncia a menudo a un predicador, casi a un inspirado, que se viste de científico. Tenía una mentalidad monista. Su rica cultura fracasaba en cuanto se adhería a una idea, porque sacrificaba todo lo aprendido en aras de ese solo principio: era un monocausalista.

Él vislumbró como nadie el gran problema de la escasez demográfica de América, y convirtió el vago impulso poblacionista en algo substancial y sistemático, otorgando preferencia a los anglosajones. No hizo distinciones entre cultos e incultos; ni se limitó a una raza. Empero, el rechazo a España, propio de esa época de transición, le condujo a un error vitando: suponer que la afluencia hispánica era algo concluido. Treinta años después otra avalancha ibérica se internaría hasta los más remotos vericuetos de la República, fundando prácticamente —aunque ya preexistiera— la ciudad de Rosario al principio indígena y criolla, luego anarquista e hispánica, después capitalista, triguera, italiana, con algo de judía. El prejuicio antiindígena de Alberdi, lo llevó a considerar a ciertas condiciones adjetivas (nomadismo, territorio desértico, ausencia de facilidades de vida y, por tanto, de cultura) como sustantivos e inherentes a la calidad del indio. Tanto valdría suponer implícito en la condición de blanco el ser brutal y provinciano, sólo porque los mineros galeses, los vaqueros de Arizona, los petroleros de Oklahoma y los franceses de Indochina lo son, y en considerable grado.

Sarmiento, que también creía en la urgencia de poblar más densamente el territorio, amplió el apotegma de Alberdi.

Con respecto al extranjero y a la “tradición civilizada y libre” que era su obsesión, escribe: “Desgraciadamente, los emigrantes, afanosos por mejorar su condición y enriquecerse, *mal preparados como vienen* para

¹ J. B. ALBERDI, *Bases y puntos de partida para la organización política de la Rep. Argentina*, 1852, Ed. Claridad s/a., Buenos Aires, p. 212.

la vida pública, por no haberla ejercitado en sus respectivos países, agravan el mal, al parecer, lejos de remediarlo”¹.

Medio siglo después, un forastero que penetró mucho en el problema argentino, corroboraría esto diciendo: “Los emigrantes (europeos) se llevan consigo el cuerpo patrio, pero no el alma. Por eso, las dos Américas no comprenden en absoluto nuestros problemas condicionados por el pasado, pues éste no vive ya para ellos”¹.

Pocas críticas más certera y profunda que ésta contra el snobismo europeizante de nuestros “metecos” criollos. Pocos rechazos más fundados que éste a la teoría de que se mejora europeizando, siendo así que el verdadero europeizamiento es casi imposible fuera del solar europeo, es decir, fuera del alcance de las tradiciones europeas que plasman el modo de ser del Viejo Continente.

Sarmiento combatió contra ciertas indebidas soberbias de los extranjeros que tratan como casa deshabitada el continente donde vienen en busca de riqueza y amparo, o, lo que es peor, la miran como poblada por individuos inferiores. En su arrogancia, pretenden juzgarnos según sus prejuicios, y obligar al generoso hospedante a que adopte sus puntos de vista, sin más ni más, omitiendo las tradiciones nativas y el poderoso molde del medio ambiente.

Cuando se recorre la Argentina y el Brasil, se da uno cuenta inmediatamente de que el proceso de adaptación de una raza no se puede realizar de un día a otro. Igual ocurre en los Estados Unidos.

La constitución de un pueblo no es una mera suma ni mezcla física; es una fusión, una combinación química. Un uruguayo, retoño de alemán, Francisco Curt Lange, advierte que “el extranjero venido a incorporarse a la vida nacional, por falta de precaución de las autoridades municipales y por descuido del gobierno federal, se aparta y se aísla”, y añade que el atraer extranjeros sin selección alguna, desorienta².

Análogo problema se presenta en Brasil y Chile. En un pasaje de la célebre novela *Canaán*, del brasileño Graça Aranha, el autor compara a un personaje mulato con un inmigrante germano. “Admirábase Lentz de la manera corriente con que el mulato hablaba el alemán, aunque llenara y rellenara las frases de vez en cuando con vocablos brasileños. Y dirigiéndose a los trabajadores alemanes, les preguntó si hablaban el

¹ SARMIENTO, *Conflictos y armonías... ed. citadas*, p. 423.

² F. CURT LANGE, *Impresiones andinas*, Montevideo, 1938, t. I, p. 20.

idioma del país: le contestaron que no. Felicísimo observó a este propósito: —Vea, no se admire de que no lo hablen estos hombres que están aquí hace un año. Hay gente que ha venido hace más de treinta años a la colonia, y no sabe una palabra de brasileño.”¹

En otro pasaje, el escribano Pantoja, al recorrer las casas de los colonos inventariando sus bienes, exclama: “—También ustedes viven aquí en esta tierra toda la vida, y siempre están las mismas —dijo el mulato—. Vengo por aquí recorriendo estos pagos de casa en casa, y siempre me encuentro con el mismo programa: ninguno sabe nuestra lengua... ¡Qué raza dura!”².

Don Federico Quintana refiere amenamente su experiencia juvenil en una estancia inglesa, donde nadie hablaba castellano, ni quería hablarlo. Era como hallarse convertido en Robinson Crusoe... pero rodeado de gente fumadora de pipa y bebedora de whisky³.

Las colonias alemanas, inglesas y norteamericanas se mantienen, con diferencia de grado, en un soberbio aislamiento respecto de los “nativos”, a quienes miran con desdén. Los latinoamericanos que tampoco entienden al foráneo, en vez de desdén, les consideran con emulación y envidia.

Los italianos y españoles en cambio se funden con el criollo. El francés también, pero sin perder cierta leve jactancia de su cultura, aunque se trate de un modesto marsellés que hable en *patois* meridional e ignore en absoluto las excelencias de Racine, Molière y Rousseau. Parece como que el solo hecho de venir de Europa, diera patente de cultura, aunque se trate de un analfabeto.

¿Hasta qué punto ha podido esto hacer progresar a América?

Desde un ángulo *materialista o pragmático* no cabe duda que la *tecnificación* de los obreros inmigrantes ha incrementado la industria en los países que les abrieron sus puertas.

Pero, desde el punto de vista espiritual, es distinto.

Muchos inmigrantes europeos, representantes implícitos de una vieja tradición, en realidad no la encarnan, ni conocen, ni transmiten. Pero, al tomar contacto con una tradición diferente —la americana— optan, como todo hombre inculto, por menospreciar lo *diverso*. La tradición genuina, desorientada por aquella superioridad sólo aparente, y por la

1 GRAÇA ARANHA, *Canaan*, trad. de B. Sánchez, Ed. Ercilla, 1935, pp. 81-82.

2 *Ibid.*, p. 165.

3 FEDERICO QUINTANA, *En torno a la Argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1941.

mayor pericia manual tangible, aceptaba sumisa una superioridad mental intangible. Surgió así un complejo de inferioridad, reflejado en el prurito de imitación. Ambos, europeos y criollos, vivieron, pues, desadaptados, creando un ambiente heterogéneo, renuente a la unidad. La tendencia congénita al individualismo de los caudillos españoles y criollos, se agravó con la incomunicación traída por el inmigrante. Como el proceso es muy reciente, los observadores superficiales suelen inferir de ello que América latina es un continente desunido o que simplemente no existe, en el sentido de una personalidad compacta. Mas, lo propio pudo decirse de la Europa de los siglos V al X; de los Estados Unidos entre 1800 y 1880, cuando se definía su fisonomía nacional. Con el aceleramiento progresivo de los fenómenos sociales, América latina, en cuanto a homogeneización biológica, atraviesa la etapa que los Estados Unidos atravesaron en 1880. La unidad no consiste en identidad de rasgos fisionómicos (no la hay en Estados Unidos donde abunda toda clase de tipos), sino en una fusión espiritual que acabará imprimiendo su sello a los rostros y hasta a los ademanes.

Ahora bien, la influencia de los núcleos extranjeros ha sido muy variada en América latina. Precisamente, los anglosajones cuya presencia urgía con tanto ardor Alberdi, han sido los más desvinculados de la población criolla.

En México, extranjero ha sido durante décadas sinónimo de sajón y enemigo del pueblo.

Porfirio Díaz no habría podido mantener su dictadura sin el apoyo de los capitales inglés y norteamericano. Las revoluciones de Huerta y Carranza, según testimonio de los propios yanquis —*La diplomacia del dolar*, por Joseph Freeman y Scott Nearing, por ejemplo—, fueron financiadas alternativamente por petroleros de Inglaterra y Estados Unidos. En una novela norteamericana —*Tampico*— por Joseph Hegenheimer, aparece la sociedad mexicana agobiada por la intervención de los imperialistas vecinos. Por otra parte, la desaparición de los restos de Hernán Cortés, y la imposibilidad de levantarle una estatua —“asesino del emperador nativo Moctezuma”, según el sentimiento popular—, la resistencia a los españoles (al menos hasta 1939), patente incluso en el hispanísimo espectáculo de los toros donde se aplaudía lo mexicano ante todo, demuestra las dificultades del mestizaje cuando él viene apareado a excesivos intereses financieros.

En el Perú existe visible irritación contra los yanquis de Talara, Cerro de Pasco, La Libertad; contra los alemanes de Casa Grande; con-

tra los ingleses de la Peruvian Corporation, porque, además de realizar sus negocios al amparo de leyes arrancadas de cualquier modo, mantienen en sus concesiones una especie de derecho *extraterritorial*, vejatorio para el ciudadano del país.

Lo propio acontece en Chile, con respecto a los yacimientos de Chuquicamata, Sewell, Pedro de Valdivia, etc. Hay un libro que lleva por título el de *Chuquicamata, estado yanqui*. Los alemanes del Sur han sido más dúctiles, aunque sin perder su orgullo racial.

Nada tan enojoso como la actitud despectiva de los anglosajones de la Zona del Canal, Jamaica, Barbados, Belice, Bermudas, con respecto a los nativos. Los antecedentes de prepotente arrogancia de los británicos y franceses en la Argentina de Rosas, la captura y retención de las Malvinas (o Falkland), contribuyen mucho a dividir nuestros países, ya que tal clase de extranjeros, lejos de venir a trabajar la tierra o en la industria, y comulgar con el suelo que les da asilo y bienestar, asumen una actitud protectora, a pesar de ser ellos los protegidos y hasta injustamente mimados.

Es preciso recalcar que, entre todos los europeos, el italiano es el que menos prerrogativas reclama, aunque, durante el régimen fascista, intentó, también, disfrazarse de "imperator" y crear virtuales protectorados ahí donde invertían su dinero.

V

La inmigración anglosajona ha conservado, pues, irreductiblemente, un carácter insular, reacia a todo mestizaje legal, aunque no tanto al mestizaje efectivo. En menor escala que el español, cuya libido carecía del férreo control de la voluntad puritana, el anglosajón se dejó arrastrar a menudo por sus ímpetus sensuales: así nació un tipo especial de mestizo. Todos los mulatos de Norteamérica provienen de ese mestizaje irregular. La ley, especialmente en los Estados sureños, prohibía el comercio sexual entre blancos y negros; sin embargo nacían hijos color de canela. Un inflexible y ciego prejuicio los condenaba a irredimible bastardía. Igual en la América latina colonial.

Pero, fuera de esos arrebatos exclusivamente carnales, el anglosajón permaneció aislado, seguro de su divinidad étnica, orgulloso del mito de su sangre.

El italiano, en cambio, sintió el aguijón de la carne y del corazón.

Buscó una compañera de lecho y de alma. Como en casi todos los otros casos, fue el varón, no la hembra, extranjero quien buscó. La conquista de la tierra y el pan es obra de pioneros y soldados; en todo caso, de hombres.

También los franceses y alemanes se unieron a las criollas, aunque tal vez con menos entusiasmo que los italianos. El menor número de mixturas francoamericanas se debió en gran parte a un hecho muy sencillo: a que Francia no era ya un país superpoblado sino, al revés, despoblado. El control de la natalidad suele ser un eficaz aunque peligroso antídoto contra la locura por el espacio vital.

Desde luego, el español y el portugués fueron los elementos europeos determinantes del mestizaje. Si el italiano hubiese venido con ellos se habría llevado la palma. Porque él, a semejanza del vasco, se da entero en el trabajo, la alegría y el amor.

Mientras, en la Colonia, el mestizaje tuvo como pilares al indio, al español, al portugués y al negro, durante la República se añadieron el italiano, el alemán, el árabe, el chino, el judío y, en escasa proporción, el japonés, el anglosajón, el francés y los escandinavos. Esto en lo que se refiere a América latina.

En suma: a medida que aumenta el contacto con Europa y Asia, el mestizaje en América latina, como en todas partes, es cada vez más complicado. De suerte que si, como pretendían los nazis, el mestizaje significara retroceso, este retroceso aumentaría, a medida que aumentan nuestras relaciones con el resto del mundo, incluyendo Europa.

André Siegfried —citémosle de nuevo, pues se trata de un europeo— afirmaba que a través del mestizaje se ha formado en nuestro continente “un tipo indefinible que desafía toda clasificación”¹.

“En los países andinos —continúa— es muy difícil hacer la distinción entre blanco e indio, así como en el Brasil, entre negro e indio, porque muchos indios o negros tienen un poco de sangre blanca, y muchos blancos, un poco de sangre india o negra, sin hablar de las combinaciones de zambos que mezclan el negro con el cobrizo . . . Por eso, en la mayor parte de los americanos del Sur se afirma la presencia *dominante* de una de las razas en cuestión.”²

Una estadística referente sólo a América del Sur (excluyendo a México y a la América Central), dio en 1931 los siguientes resultados: América brasileña tropical (menos 4 estados del sur): 31.130.000 habi-

¹ SIEGFRIED, *o. c.* p. 17, ed. cit.

² SIEGFRIED, *o. c.*, p. 26 en la edition du Trident, Buenos Aires, 1944.

tantes; América andina (Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile): 26.777.000; *América blanca* (Argentina, Uruguay y los cuatro estados del sur del Brasil): 24.843.000.

Estas cifras (de 1931) necesitan, desde luego, rectificación, sobre todo respecto al último rubro. Sin embargo, notemos que la "América blanca" (en Argentina y Uruguay hay muchos mestizos), representa ahí apenas el 28 % de la América del Sur, sin contar que Siegfried no visitó el norte argentino, ni el Paraguay, donde el mestizo predomina, y que si esa cifra la referimos al total de la población latinoamericana, incluyendo los 20 o 21 millones de mexicanos, de los cuales 16 son indios o mestizos de indios, y los de Centroamérica, cuya proporción es análoga, el porcentaje de blancos queda reducido a menos de un 20 %. Además, esos mismos blancos son, a su vez, descendientes de iberos, francos, germanos, latinos, sajones, judíos, eslavos, árabes. Por tanto, mestizos también ¹.

América latina, como quiera que se la mire, es, pues, un continente *mestizo*. El mundo entero, salvo uno que otro antigua país, aislado del mundo, también lo es.

Si entre los animales, según está probado, el cruzamiento de razas produce mayor vigor, entre los hombres ocurre igual. Ciertamente que hay especies seleccionadas, pero todo lo que crece tiene su virtud y su defecto. A más esbeltez de líneas y mayor velocidad no suele corresponder mayor resistencia. Los tipos más bellos de ciertos mamíferos no son los de carnes más suculentas. Hasta hoy, los tipos mejor dotados de América fueron mestizos. En un tácito comicio democrático como es nuestro proceso histórico, no podía resultar de otra manera. La Nación —recordemos a Renán— no es sino "un plebiscito cotidiano".

Hay gente a quien le duele ser mestizo, sin duda, porque teme ceder sus privilegios, comprende la potencia de los competidores recién llegados y quisiera poseer algún sortilegio para detener aquella marejada. Pero olvidan, pese a su cultura, que el progreso del conglomerado humano, lejos de partir del grupo exogámico hacia el endogámico, actúa al revés. El rapto de las Sabinas significa una necesidad exogámica, esto es, de mestizaje. Los grandes estadistas han seguido ese ejemplo. Unificar un imperio, como el alemán en 1870, representó reunir en un todo a los cuasi latinos de Baviera, a los cuasi sajones de Prusia, a los cuasi eslavos de

¹ El explosivo crecimiento demográfico de América hace estas cifras absurdas en 1961, en que América latina pasa de los 180.000.000 de habitantes.

Pomerania y a los cuasi celtas del Rin. Para dar grandeza a su Estado, los romanos permitían en su territorio la convivencia de todos los cultos religiosos de sus vasallos, y las relaciones carnales de sus miembros. La pureza de sangre suele florecer en frutos tan refinados que acaban debilitándose; espíritus ultra analistas, que concluyen en el ergotismo; mentes sutiles que epilogan en la anemia; caracteres soberbios, que acaban en la insensibilidad social, y aceleran, por tanto, a contrapelo, las revoluciones que, precisamente, quisieran impedir.

Durante un período de la historia latinoamericana, prosperó la tesis de la “degeneración” mestiza. Eran los días de Rodó y los arielistas. A fuerza de pretender crear una Grecia —o una Francia— imposible en nuestro suelo mestizo, se perdió de vista la realidad y se convirtió en doctrina sociológica lo que no pasaba de ser un sueño literario. César Zumeta publicó por aquel entonces su *Continente enfermo*, saturado de esos engorrosos cientificismos a lo Lombroso, Nordau y demás fatalistas de la llamada escuela positiva. Alcides Arguedas lanzó su *Pueblo enfermo*, condena implacable contra su patria boliviana, por ser indígena y mestiza. Uno de los síntomas de elegancia espiritual y clarividencia científica consistía en abominar del mestizo. Naturalmente, quienes así pensaban eran mestizos que habían olvidado mirarse al espejo.

En el caso de Arguedas, su antimesticismo, lo condujo, en 1934, al implícito nacismo de *La danza de las sombras*. Muchos políticos y sociólogos bolivianos siguieron sus huellas, los unos por pretenderse blancos puros, descendientes de virreyes; los otros, por defender su abolengo indio, suponiéndose herederos directos de Manco Cápac.

La reacción contra Arguedas ha surgido de Cochabamba, región boliviana típicamente chola, o mestiza¹.

Pero las teorías están de más cuando se trata de cuestiones tangibles como las étnicas. Así como el propio Arguedas, pese a sus teorías, es un mestizo, lo es también el gran poeta de su patria, Franz Tamayo, a quien Fernando Díez de Medina ha bautizado con el epíteto de “El Hechicero del Ande”.

Tamayo es un mestizo. Su ascendencia indígena la tiene muy de cerca —y le enorgullece con satánico orgullo. En R. Jaymes Freire, quizá hubo alguna gota de sangre mora o africana, no sólo por sus cabellos y ciertos rasgos físicos de su persona, sino hasta por el lujo rítmico de su poesía, tan sensual y plástica.

¹ Las *Obras completas* de Arguedas han sido publicadas en 2 volúmenes, México, Aguilar, 1960 y 1961.

Los más grandes escritores del Perú, con excepción de González-Prada, José María Eguren y algunos más, fueron mestizos: así el Inca Garcilaso de la Vega, hijo de un capitán español y una princesa quechua; Juan de Espinosa Medrano, Ricardo Palma, José Santos Chocano, Abraham Valdelomar, José Carlos Mariátegui, César Vallejo, para nombrar sólo algunos de los muertos. El mayor caudillo del Perú, Ramón Castilla, también fue un mestizo, igual que Agustín Gamarra, jefe del Estado Mayor que ganó la batalla de Ayacucho.

Mestizos fueron Rivadavia, el primer presidente de Argentina; José Hernández, su máximo poeta; Ricardo Rojas, su mejor historiador literario; mestizos también, de europeo y criolla, fueron Bunge, Justo, Almfuerte, Ingenieros, Korn y gran parte de la Argentina actual, aunque suela decirse que el nuevo cruzamiento no es mestizaje.

Mestizos fueron Rubén Darío y Amado Nervo. Mestizos, Diego Rivera, Orozco, Sabogal, Pedro Henríquez-Ureña, Francisco A. Encina, José Antonio Encinas, Armando Solano, Lázaro Cárdenas.

Negro retinto fue Maceo, y mestizo de negro es Nicolás Guillén, como lo fueron "Plácido" y Juan Clemente Zenea.

Mestizo fué Machado de Asis, el más grande escritor brasileño.

Sin embargo, los apresurados sociólogos europeizantes, más fieles a sus deseos que a sus comprobaciones, la emprendieron contra el mestizo, poniendo en el Debe de éste, todos los errores y delitos provenientes de la organización feudal y la ausencia de espíritu cristiano, característicos de la política gubernativa, tanto bajo el virreinato como bajo la República.

El mayor teorizante de esa escuela fue Carlos Octavio Bunge, argentino. Su libro, *Nuestra América*, cuya primera edición data de 1903, es un auténtico "tratado del pesimismo". No lo aceptan, por eso, los latinoamericanos nacidos después de 1914. Los fundamentos "científicos" en que se basa Bunge han sido superados con exceso. Sin embargo, su diagnóstico —él habla de "casos clínicos" y "enfermedades" colectivas—, apenas resiste el más ligero examen: mucho menos si se lo coteja, no ya con los principios generales de la sociología, sino con los modestos hechos a la vista.

Para Bunge, la mezcla de las razas primordiales de América latina deja sólo un saldo degradante. Hijo de alemán, desarraigado él mismo, habiendo heredado el cuerpo, pero no el espíritu de su progenie, desvinculado del ambiente histórico que explicaría sus juicios, proyectando su pronóstico sobre un medio diferente al que correspondía, ampli-

fica, bajo repaje positivista, las intuiciones de Alberdi, extendiéndolas a una América que no conocía. *Nuestra América*, por eso, debió llamarse *Mi América*. Y quizá mejor aún, *Mi Argentina*, cosa distinta a "la Argentina".

Escuchemos algunas de sus apreciaciones:

"La composición *psíquica* de estos ingredientes podrá representarse así: los españoles nos dan arrogancia, indolencia, uniformidad teológica, decoro: los indios, fatalismo y ferocidad; los negros, servilismo, malabilidad, y, cuando entroncan con los blancos, una cierta sobreexcitación de la facultad de aspirar que bien podría llamarse *hiperestesia de la aspirabilidad*. El estudio de esas sustancias o calidades psicológicas es complejo, especialmente en su nomenclatura: ¡hay tantos matices y tantos hombres para cada uno de ellos!"¹

No surge una sola cualidad positiva de todo lo dicho. No se habla de la imaginación y la dignidad hispánicas; de la tenacidad, la discreción e ironía indígenas; de la aguda sensibilidad, la capacidad estética y la fidelidad del negro. Puesto a descubrir enfermedades obvio es huir de la salud. Bunge, como sus contemporáneos, cuando se refiere a Europa, se muestra idealista; cuando trata de América, luce como naturalista, en el sentido zolaense del vocablo. Allí descubre nada más que bellezas; aquí sólo fealdades.

Sin embargo de su desdén hacia el mestizo, Bunge reconoce que aunque los mestizos americanos son muy prolíficos, propenden siempre a constituir un tipo exclusivo: blanco y europeoide en los climas fríos; moreno, autoctonista en los cálidos. Pese a la supuesta hibridez de este mestizaje, su creciente fecundidad echa por tierra la teoría de Bunge acerca de la degeneración progresiva del "latinoamericano".

Las contradicciones en que abunda este Rosenberg criollo, superan lo previsible. Veamos algunas: 1º, si el clima determinara la tendencia del mestizaje a ser blanco o moreno, tendríamos que el clima (lo telúrico) y no la raza (la sangre) sería lo fundamental en la tipología humana: en tal caso la superestimación étnica cae por su base, y con ella la teoría sobre el mestizaje y su fatalidad; 2º, si el mestizo americano tiende a crear un tipo europeoide, el clima estaría lejos de desempeñar el papel que Bunge le asigna: la raza sería la determinante, no el medio telúrico; Bunge confunde, hablando en términos vulgares,

¹ C. O. BUNGE, *Nuestra América, Ensayo de Psicología Social*, 4ª ed., Buenos Aires, 1911, p. 102.

la nariz con la corbata, o sea que llama europeización a la educación europeizante que se imparte deliberadamente en las escuelas, y a los trajes europeos que se usan en las ciudades, lo cual no afecta a la personalidad física ni psíquica del hombre, sino a su ilustración o alfabetismo y a su presentación o envoltura; 3º, si la degeneración y hasta la infecundidad, característica de la hibridez, provienen del mestizaje creciente entre “mestizos semejantes”, Europa y los Estados Unidos deberían haber desaparecido hace tiempo; ¿hay acaso mestizos más “semejantes entre sí” que los anglosajones, irlandeses, alemanes, escandinavos, escoceses, holandeses, franceses, italianos, españoles, y latinoamericanos que forman el sustrato de la población norteamericana? 4º, por modo contradictorio, Bunge da y quita la razón a Hitler y su apóstol Rosenberg, detonantes portavoces de H. S. Chamberlain, y del Conde de Gobineau: porque si el mestizaje “entre semejantes” causa degeneración, la raza aria es la degeneración en sí (argumento contra Hitler), y, en cambio, si todo mestizo es un degenerado en potencia, Hitler tendría razón.

Es tan inconsistente la actitud de Bunge, que llega a aseverar que el presidente chileno Balmaceda fue vencido (1891) a causa de la “absoluta inferioridad de raza” de sus partidarios (p. 170); o que “cuánto más débil y servil se hace un pueblo con sus enemigos extraños, tanto más desleal y pérfido se muestra, en la vida interna, con sus propios hombres”. El caso de Alemania e Italia bajo el totalitarismo probaría precisamente todo lo contrario.

Frente a la fobia antimestiza de Bunge, se levantó la devoción hacia el mestizo de Nicolás Palacios, autor de *La raza chilena*. Pero, incurriendo también en extremado subjetivismo, definió a ésta como un mestizaje entre godos (germanos) y araucanos, desechando los demás elementos de la hispanidad.

Nada de semejante *imbroglio* etnicista sobrevive al cabo de ocho lustros (1944). El abuso de esos conceptos con fines políticos, ha movido a los estudiosos a realizar más serias investigaciones en torno al problema. Se ha demostrado, sin lugar a duda, que ni biológica ni socialmente existe razón para hablar de degeneración del mestizo; y hasta se llega a incurrir en el extremo opuesto como cuando el profesor Alejandro Lipschütz escribe que uno de los tipos humanos más aptos que ha hallado en sus andanzas fue un mulato brasileño.

El mismo profesor recuerda respecto al mestizaje algo que los empíricos olvidan: ¿quién puede arrogarse el derecho de determinar

cuándo un mestizaje es provechoso o no? ¿Con arreglo a qué canon se fijará el índice de progreso o degeneración de las mezclas de razas y cuál es el prototipo de la raza superior?

Quando se trata de las especies zoológicas con las cuales se identifica a menudo el proceso humano, la situación es muy diferente. Se puede convenir en que la mejor raza de gallinas sea la que pone más huevos; de vacas, la que da más leche; de ovejas, la que da más y mejor lana, pero llegando a la escala humana, ¿cómo se caracterizaría al *mejor hombre?*” Estoy consciente —repito una cita— de que esto es muy arbitrario y traduce sólo *mis propias simpatías* para cierto tipo humano. Desde el punto de vista del primer Rotschild o de Pierpont Morgan, el valor biológico de los hombres se mide por la capacidad de formar fortuna; desde el punto de vista de un Napoleón, la medida del valor biológico-racial es la capacidad guerrera; desde el punto de vista del atletismo, la medida del valor biológico racial será probablemente muy distinta de la de un entusiasta de la filología castellana. Cada época, cada clase social y hasta cada profesión tiene su propia medida del valor biológico racial. Así no nos queda otra cosa que atenernos a lo que a nosotros *nos gusta* en cosas biológicas raciales”¹.

Podrían agregarse muchos otros ejemplos: los japoneses sonríen ante el orgullo de los blancos acerca de su superioridad racial; su concepto de la vida es de una eficacia probada en sus muchas guerras, inclusive en el asalto a Pearl Harbor y las Indias Neerlandesas. Mucha gente piensa que plástica y musicalmente, lo más valioso en los Estados Unidos, son sus negros; al revés, otros los consideran factores de retroceso. Los indios y los indigenistas juzgan al blanco un animal de presa, de bajos instintos, detentador de instrumentos de cultura, que niega a las demás razas. Los latinos suelen pensar que el sajón carece de delicadeza. Los sajones miran al latino como a una raza inferior, impráctica. Los griegos pensaban de los romanos que constituían un conglomerado de bárbaros. Los romanos tenían a los germanos (los arios de hoy) como semisalvajes. El chino del Gran Siglo sentía profundo desprecio por el europeo y, desde luego, por el japonés.

Simón Bolívar no admiraba a Washington porque fuera blanco, sino por sus actos en defensa de la soberanía de su patria, pero sin conceder mucho a su altura espiritual. Lincoln, que apoyó la igual-

¹ A. LIPSCHUTZ, o. c.

dad de blancos y negros, es mucho más grande que el blanco y aristocrático Douglas, esclavista furibundo.

Si lo distintivo de una raza reside en sus cualidades morales, y se adjudica la doblez como rasgo fundamental del mestizo, no está demás recordar un juicio irónico y certero de Germán Arciniegas:

“El mestizo es considerado repugnante por su falsía, por la doblez de su alma, y es allí en donde está justamente su virtud. ¡Claro que el mestizo es doble! Y si se fomentan nuevas corrientes de inmigración, la doblez aumentará, y con la doblez, la inestabilidad y el equívoco. Más embusteros que los europeos de la Edad Media no lo hemos sido nosotros nunca, ni más dobles ni triples. Pero, por inconveniente que esto resulte para quien trata a los mestizos y aun para los mestizos mismos en su régimen interior, no hay que olvidar la grandeza, lo estupendo, de ese proceso en que un alma se dobla, se duplica, llega al filo de la montaña para ver a diestro y siniestro, a oriente y a occidente, con ansia de plenitud”¹.

Con razón advierte Gilberto Freyre, que más les valiera a los pesquisadores de “manchas” de mestizaje, señalar las de “sífilis” que no respetan razas y son más mortíferas y degenerantes².

Más hipócrita que el mestizo americano, y sin sus razones defensivas, es el levantino, el hombre del Mediterráneo. Pero nadie discute sus valores tradicionales, su calidad humana. San Pablo, que conocía bien las grandezas y miserias de los hombres, y había sufrido en carne propia a causa de la hipócrita excusa —“¡judíos!”— que daban los romanos para perseguir a los cristianos, había sentenciado ya *ab aeternum*: “No háy Griego ni Judío... bárbaro ni escita, siervo ni libre”. En suma, no hay sino hombres, y lo demás no es sino avidez y codicia disfrazadas de estúpido científicismo.

En América, como en todas partes, sólo hay una raza: la americana, esencialmente mestiza como lo fue siempre todo porvenir hecho carne o espíritu.

VI

Sería injusto cerrar este capítulo sin mencionar, de nuevo, uno de los elementos fundamentales de la formación étnica del continente: la mujer. Si hubiesen llegado muchas con los conquistadores, como

¹ GERMÁN ARCINIEGAS, *América tierra firme*, Ed. Ercilla, Santiago, 1939, p. 42.

² GILBERTO FREYRE, *Casa Grande y Senzala*, trad., Buenos Aires, 1942.

ocurrió en la América del Norte, el mestizaje indoibero habría sido, acaso, más lento y tenue. Aunque se persiste en disfrazar de generosidad cristiana el origen de la fusión de razas, hubo en ello un imperativo biológico; de índole sexual, de fuerza decisiva: la ausencia de mujeres blancas.

Entre los muchos hechos que la historia recoge al respecto, quisiera destacar tres: la espantosa ingratitud de Hernán Cortés para con Malitzin, o doña Marina, su salvadora y manceba, mujer de real estirpe, de quien se valió para cubrirse, a diferencia del inglés John Rolfe que, en América del Norte, hizo su esposa a la princesa Pocahontas; la deslealtad del capitán Garcilaso de la Vega y Vargas, descendiente de Jorge Manrique y el Marqués de Santillana, para con Isabel Chimpu Oclo, doncella de sangre real, a quien hizo madre del insigne mestizo Garcilaso Inca de la Vega; la de Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, que, después de haberse sostenido a costa del heroísmo y la abnegación de su concubina Inés de Suárez, la pospuso para no perder sus prerrogativas de capitán y ricohome.

El mestizaje nació, pues, si no degradante, degradado por la actitud nada caballeresca ni cristiana, nada española, de los conquistadores blancos.

Cierto, ello se explica, en parte, por la carestía de mujeres y la superabundancia de soberbia y de prejuicios en los reciénvenidos. En el Perú, por ejemplo, prácticamente sólo desde Vaca de Castro, en 1542, o sea a los quince años de iniciada la campaña, la ley obligó que los hombres casados viajaran desde España con sus esposas e hijas. Inés de Muñoz, mujer de Francisco Martínez de Alcántara, mediohermano de Francisco Pizarro (hembra diligente y laboriosa, a quien se atribuye haber traído los primeros granos de trigo a Lima, y que fundó, luego de su segundo matrimonio, el Convento de la Concepción) era una excepción a la regla. Igualmente lo fué Inés de Suárez, única mujer blanca a lo largo de los primeros años de la conquista de Chile.

Más tarde, la mujer evoluciona y, en ciertos instantes, impone su señorío. Los nombres de Sor Juana Inés de la Cruz, la Madre Castillo, la Perricholi y la Quintrala, encarnan, por diverso modo y en distintas épocas, modalidades típicas del espíritu colonial.

Pero, ya esto pertenece a otro aspecto del problema.

Baste concluir diciendo: 1º, que la política de abrir las puertas a los extranjeros, después de la República, complicó el problema racial

latinoamericano incrementando el mestizaje; 2º, que los europeos asumieron dispar actitud según su procedencia, respecto a los criollos; 3º, que el medio ambiente plasma día a día un tipo característico del hombre de América, tanto en el Sur como en el Norte; 4º, que este hombre es esencialmente un mestizo, tanto mayor cuanto más numerosos son los aportes que de otros pueblos sobrevienen al Continente; 5º, que los prejuicios en torno a la degeneración proveniente del mestizaje carecen de todo fundamento científico y se reducen a meras simpatías, es decir, a valoraciones *subjetivas*; que el mestizo (neoindio, neoeuropeo o neoriental) es y ha sido el elemento dirimente y representativo de la cultura y la organización americana; será también él quien conduzca en lo futuro los rumbos del continente.

CAPÍTULO VI

LOS NEGROS

Dios hizo al blanco y al negro
sin declarar, los mejores;
les mandó iguales dolores
bajo de una misma cruz;
mas también hizo la luz
pá distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie;
ni se trata de ofender;
a todo se ha de poner
el nombre con que se llama,
y a naides le quita fama
lo que recibió al nacer.

JOSÉ HERNÁNDEZ, *Martín Fierro*.

I

Tanto el movimiento indigenista como el hispanista representan contradictorios y vanos intentos de recapturar lo vernáculo. Dejando aparte el contenido estrictamente histórico o ampliamente social de ambos, no se puede negar que el primero encierra algo de lo que se ha denominado “primitivismo mágico”, y el segundo un anacrónico colonialismo falangista y *pompier*.

Pero, el caso del africano se diferencia radicalmente de ambos. “El negro —dice un comentarista— se encuentra *de visita* en América; es una raza desligada de su centro nutricional, que no ha podido apagar la llama quemante de la selva, ni ha logrado sustraerse al decreto de su sangre.” Singular posición: raza sin ligamen con el medio, atada sólo a su remoto y extraño ancestro.

Por cierto, semejante planteamiento dista de ser definitivo. Si el negro fuese del todo indemne al medio, se habría establecido en la propicia región cordillerana; no lo hizo. Sus grandes núcleos tanto por el género de producción costera (azúcar, arroz, tabaco) como por la analogía con el clima del África, se hallan en el litoral y algunos valles calientes americanos. Raza de visita, procuró establecer aquí una sustitución climática, de selva por selva, desierto por desierto, sol por sol. Una novela retrospectiva negrista *Matalaché*, por Enrique López Albújar, presenta un cuadro africano en el norte del Perú. Los espejismos del Sahara se reproducen en los eriazos de Colán, en el tablazo de Piura, donde un esclavo fogoso y una linajuda y voluptuosa dama salvan las distancias raciales y se entregan, sin rebozos, a un amor cuyo epílogo será la espantosa muerte del esclavo.

Pese a la condición adventicia del negro, al principio transeúnte y hoy parte integrante de América, existe un rasgo que lo mancomuna con el indígena, raza generatriz: su condición ante el trabajo.

Ramón Guirao, con neto sentido poético y no poca información

histórica, asevera algo que no admite debate: "El indio se salva por el color, el negro por el ritmo. Indios y negros en Hispanoamérica, equiparados socialmente por los encomenderos y colonizadores, comparten, desde los primeros años de la gran aventura de la conquista, un destino común". Aunque los caracteres fisionómicos sean más inconfundibles en el negro que en el indio, veremos de nuevo cómo este problema étnico se reduce también en última instancia, a un problema social.

Por lo demás, en los Estados Unidos, el caso presenta grandes analogías con el nuestro. Por razones más concretas, el negro constituye también allá, en muchos aspectos, una "raza social". Lo prueban varios hechos: 1º, que basta una gota de sangre negra para hacer de un individuo blanco en apariencia, un negro en realidad; 2º, que los negros, aunque cultos y acomodados, deben situarse en una escala inferior al blanco; 3º, que si en el Sur esto es más agudo que en el Norte, y el habitante blanco es el mismo en todo el país, de ello se deduce que la diferencia descansa en el criterio subjetivo de los espectadores, no en los hechos objetivos.

Como quiera que se mire, el negro constituye grave problema; todos los países con población de origen africano han sufrido sus efectos. Algunos que ya no cuentan con su presencia tangible y cuantiosa, olvidan que la tienen en sus múltiples mestizos, y que la ausencia del negro lejos de constituir un motivo de orgullo, representa una demostración de pauperismo (puesto que sólo tuvieron esclavos quienes pudieron sostenerlos); y, además, una amputación sensorial, puesto que el lirismo y el ritmo entroncan con el negro en tal proporción que la poesía modernista sudamericana tanto como el Hot-Jazz de los yanquis, la devoción por el Señor de los Milagros de Lima, la del Padre Divino de Harlem, el aire diabólico de los candombes montevideanos, las cumbias panameñas, el tango argentino y la machicha brasileña, la conga cubana, la zamueca peruana y el cake walk de las Carolinas, revelan la ardiente presencia del negro con su cotejo de sensualidad y dramático humorismo.

II

El negro inició su inmigración al Nuevo Mundo el año de 1501. El cubano Saco, que ha estudiado con tanto ahinco el punto, admite la posibilidad de que desde fines del siglo XV hubieran traído un corto número de ellos a América. Los había en la Península Ibérica desde mucho antes. Sabemos que, por lo menos, hacia 1447 —o sea 45 años antes del primer viaje de Colón— los tripulantes de una carabela portuguesa capturaron a 48 negros de Cabo Rescate, y que, en esa misma época, el navegante Diego Gil regresó a Portugal, desde el Río de Oro, con 51 negros que obtuvo trocándolos por 18 moros¹.

Hacia 1460, la Compañía de Lagoa importaba anualmente unos 700 u 800 esclavos negros a Portugal.

España absorbió parte de ese número. Cuando Colón realizó su hazaña, y, en el empeño de poblar La Española, solicitó la cooperación de los Reyes Católicos, éstos le autorizaron a llevar delincuentes y desterrados de la justicia a esa isla (22 de junio de 1497). Luego, en 1501, se dictó la Real Orden permitiendo que se introdujesen esclavos negros al Nuevo Mundo. Para aquel entonces, Bartolomé de las Casas no había iniciado aún su propaganda en pro de los indios y, por tanto, en contra de los negros.

El hecho se hizo más ostensible cuando una Real Orden de 3 de septiembre de dicho año 1501, designó a Nicolás de Ovando gobernador de La Española: la única restricción al tráfico de esclavos, fue que éstos hubiesen nacido en poder de cristianos, sin cuyo requisito no podrían pasar a América.

Protegidos por dicha concesión, los negreros introdujeron a La Española negros africanos, cuya congénita rebeldía los llevaba a huir a las montañas incitando a los indios a imitarlos. Por eso, la reina Isabel la Católica revocó el permiso para importarlos. Pero el rey Fernando no tardó en autorizar de nuevo la trata de negros, cuyo gran mercado estaba en Lisboa.

En el Brasil, dependiente de la corona de Portugal, la afluencia de negros fue ininterrumpida.

Entre 1510 y 1511, el rey Fernando el Católico autorizó a la

¹ SACO, *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo*, reed., Habana, 1938, I, 48.

Casa de Contratación de Sevilla para mandar 50 esclavos negros africanos —ya no nacidos entre cristianos— a América, y favoreció el tráfico con las “piezas de ébano” procedentes de Guinea.

Sólo en 1515 fue que se realizó la entrevista antiesclavista entre el P. Las Casas y Su Majestad. El rey murió en seguida, de suerte que la influencia del dominico fue nula en este aspecto¹.

El año 1517, los sacerdotes de la Orden de San Jerónimo se presentaron a la corte solicitando permiso para comprar esclavos africanos.

De acuerdo con la teoría de Las Casas, los sacerdotes de Cristo (quien jamás hizo distingos de raza, y en cuyo Santoral figuran santos negros y eminentes doctores y patriarcas africanos) estimulaban el nefasto tráfico. No se les puede medir con vara contemporánea. Dentro del racismo imperial de los europeos, aun de los europeos de tez olivácea como los lusitanos y andaluces, aquello era lo normal.

Isabel la Católica autorizó el tráfico de 4.000 negros esclavos, mediante licencia otorgada al contratista Lorenzo Gomenot (francés, no español, bueno será decirlo para que nadie pretenda lavarse las manos), el cual los vendió a los genoveses (los italianos también entran aquí) por la suma de 2.500 ducados. No se negaron al infamante tráfico los alemanes; mucho menos los portugueses. Cigner y Sailler (1528), entre los primeros, y Gómez Reynal (no sé bien si lusitano o español) llevaron a cabo pingües negocios de carne prieta. Entre 1580 y 1640, en que España y Portugal se mantuvieron unidas, las utilidades crecieron mucho: sólo en nueve años logró Reynal introducir a los dominios ibéricos la respetable cantidad de 38.250 esclavos negros.

De esta manera se realiza la esforzada campaña de Las Casas, defensor de indios, pero esclavizador negro².

La mayoría de los negros fueron dedicados a los trapiches. Las grandes haciendas de Santo Domingo no habrían podido desarrollarse sin aquel aporte de ébano. Las minas de Buria, Tierra Firme, mucho menos; como que trabajaban en ellas desde mediados del siglo XVI ya ochenta negros. Más tarde, obedeciendo a las órdenes del famoso régulo negro Miguel, se alzaron contra las autoridades blancas³.

¹ NAVARRO LAMARCA, *Historia de América*, I, 485-7. HERRERA, *Décadas*, *Década I*, lib. IX, cap. V.

² SACO, *o. c.*, *passim*. CASAS, *Historia de las Indias*, t. IV, pp. 380-81.

³ ARCAYA, *o. c.*, p. 170.

Por lo demás, los alemanes, en Coro, tenían a sus órdenes, desde 1529, 780 esclavos, muchos oriundos de Nueva Guinea.

En general, el negro se aposentó en tierras americanas casi al mismo tiempo que el blanco, aunque sin su influencia; lo cual no quita que, so capa, la tuviera, y mucha, a través del hogar, en cuya formación intervino inconscientemente, por medio de amas, criados y, a menudo, las concubinas.

Doquiera, hubo una especie de implícita unión afro-ibérica contra el indio.

Así, la más vieja ciudad de los actuales Estados Unidos, San Austin de Florida, tuvo entre sus fundadores a un negro. En Chile, que se jacta de su ausencia de contacto africano, también le llegaron cafres con la conquista. Cuando los araucanos destruyeron Quillota en 1542, de la hecatombe realizada por los indios sólo escaparon un español y un negro. Era el negro "horro", llamado Juan Valiente¹.

Como verdugo de Sancho de la Hoz, rival de Pedro de Valdivia, actuó un negro. Otro negro y tres cristianos fueron los únicos sobrevivientes de un navío que los araucanos asaltaron en el norte de Chile².

El despenador del primer virrey del Perú, en Iñaquito, el año 1546, fue también un negro.

Las familias más ilustres, sobre todo en la zona del Caribe, anduvieron complicadas en el comercio de negros. Un Briceño, don Sancho, obtuvo en 1560 exención de derecho para introducir 200 "piezas de ébano"; un Bolívar, don Simón, pedía, en 1590, permiso para introducir 3.000. No es raro que sólo en Caracas hubiese, hacia 1812, cuarenta mil esclavos africanos sobre los 62.000 de toda Tierra Firme.

"Colombia vio igual cosa desde su iniciación. Hay un instante en la vida del fundador de Bogotá, don Gonzalo Jiménez de Quesada, en que todos le abandonan: cuando él regresa de España y pretende proseguir sus intentonas para llegar a Eldorado. Entonces —refiere Arciniegas— el capitán Gonzalo Macías intenta fugarse con unos negros y negras. Sorprendido, resuelve suicidarse."³

La proclividad a la insurgencia, si bien traída por los españoles, parece que se avivó con los africanos siempre levantiscos. El poeta Mi-

¹ C. ERRÁZURIZ, *Don Pedro de Valdivia*, Santiago, 186, t. I. MENDIBURU, *Diccionario histórico y biográfico del Perú*, ed. Lima, 193, t. X.

² VALDIVIA, *Cartas*, Ed. José Toribio Medina, Sevilla, 1928, p. 65.

³ GERMÁN ARCINIEGAS, *Gonzala Jiménez de Quesada*, Bogotá, 1939, p. 280.

ramontes y Zuázola nos presenta a una colectividad de esclavos del istmo de Panamá, guiando a las huestes del pirata Oxenham, segundo de Drake.

Duro peón de faena el africano. Con él no rezan exenciones ni siquiera teóricas. Una ordenanza de 24 de noviembre de 1601, establece en México que los indios trabajen en los obrajes, aun cuando compartieran la compañía de negros, pero que, en último caso, se recurriría sólo al esfuerzo de los africanos¹.

Tan valioso era el músculo del esclavo del Congo y Nueva Guinea, que, hacia 1612, un rico propietario de la Banda Oriental del Plata (hoy Uruguay) dio como dote a su hija "32 piezas de esclavos negros y negras, 40 carretas, 100 bueyes, cadenas de oro y perlas, joyas", etc.; de todos modos "le quedaron como es notorio, 50 negros, mucha plata labrada, 150 bueyes, etc."².

La minuciosidad del sistema había establecido un cálculo preciso sobre el valor de producción de cada negro, como si se tratara de una máquina. Juan Agustín García escribe al respecto: "Calculando el precio de un negro adulto en cien pesos, y en cinco o seis por ciento el interés del dinero, cada *pieza* debía producir nueve o diez mensuales, comprendiendo esa renta la amortización gradual del capital y los gastos. El negocio debía ser muy bueno, dado lo que se disputaban los cargamentos de negros"³.

En efecto, entre los 300.000 habitantes que la actual región de Argentina contaba a fines del siglo XVIII, había por lo menos unos 30.000 negros, sin contar a los morenos o mestizos, según entiendo, es decir, una proporción exacta a la que hay en los Estados Unidos de hoy: 13.200.000 negros sobre una población de 133.000.000. Al menos, es lo que respecto a Argentina afirma Lucas Ayarragaray.

En Venezuela a principios del siglo XIX (más o menos por la misma época) sobre un millón de habitantes los componentes eran como sigue: 200.000 blancos criollos y mestizos (más mestizos que blancos), 120.000 indios puros; 400.000 pardos (en Estados Unidos se diría negros), 72.000 negros esclavos y 12.000 blancos. En suma, un 7,2 % de negros y un 40 % de pardos o seminegros, es decir, un 47,2 % de población de origen africano⁴.

¹ C. CHÁVEZ OROZCO, *Historia económica y social de México*, 1938, p. 36.

² AZAROLA GIL, *Los orígenes de Montevideo*, Buenos Aires, 1932, p. 20.

³ J. A. GARCÍA, *La ciudad indiana*, ed. Claridad, s/a., Buenos Aires, p. 129.

⁴ ARCAÑA, o. c., I, p. 250.

En Paraguay, hacia 1790, sobre 92.480 habitantes, sólo había unos pocos negros: 644 en Tapaby y 840 en Emboscada, es decir, un total de 1484, o sea alrededor de 1,6 %¹.

En el Perú, sobre 400.000 habitantes, el 11 % era de españoles y criollos; el 64 % de indios, el 20 % de mestizos y castas libres (comprendidos mulatos y zambos) y el 5 % de esclavos. No es aventurado suponer que la mitad de los mestizos eran de negros, de suerte que el volumen de éstos sería en total de un 10 %. La última partida de negros llegada al Perú fue en tiempos del virrey Abascal (1809-10), ya dentro de condiciones más humanitarias.

Tal mejoría consta del llamado "Código Negro", que el rey de España promulgó hacia 1795. Era una mejoría teórica, pues, en realidad, so pretexto de protegerlos, se les tenía en peor situación. Por ejemplo, se les privaba del descanso del sábado. Tan incongruente resultó la algaraza acerca del nuevo código y sus efectos, que los negros de Coro (Venezuela) se sublevaron, seguros de que alguien les ocultaba y torcía la verdadera voluntad del rey a quien suponían propicio a ellos².

Era natural aquel celo de propietarios y magistrados. Cuando vemos que, en el propio Cabildo de Buenos Aires, en 1677, se levantaban voces pidiendo la concesión de algunos navíos de negros "pues en ella no ai otros labradores ni trabaxadores que cultiven la tierra", se da uno cuenta del terrible problema económico y social que planteó la afluencia africana, tanto más grave cuanto más ricas fueron las tierras, así como el consiguiente drama humano y político que sobrevino³.

En el Brasil (más que en Venezuela y Cuba) la presencia del negro se manifiesta poderosa. Las más de las intentonas emancipadoras reconocen su participación. Debido a su esfuerzo creció la fortuna de los "señores de ingenio" y de los mineros. A fuerza de esa afanosa tarea y ese dolor inagotable, Brasil pudo alcanzar y mantener su abundancia.

Las colonias menos ricas tuvieron menos esclavos que las más prósperas. Chile, por ejemplo, al estallar la revolución emancipadora, apenas contaba con unos 20.000 entre negros y mulatos. Los mismos jesuitas apenas poseían allí alrededor de 2.000 esclavos, cifra irrisoria en com-

¹ NATALICIO GONZÁLEZ, *Proceso y formación de la cultura paraguaya*, Buenos Aires, 1938, pp. 116 y 117.

² ARCAÑA, *o. c.*, p. 196. SACO, *o. c.*, p.

³ J. A. GARCÍA, *o. c.*, p. 75.

paración con la de otros países, pero no era efecto de virtud sino de pobreza¹.

Sin embargo de ser tan escasos en número, los negros en Chile supieron imprimir su sello supersticioso y fetichista a las ceremonias religiosas de Semana Santa, y así, de las doce solemnidades que se realizaban entonces, entre el Miércoles y el Sábado Santo, una era de negros o morenos².

Los datos que anteceden y siguen son meros respuntes para dar idea de lo que el negro significó numérica y económicamente para el Continente, sin ánimo de ahondar mucho el tema, pues lo escrito por Saco, Ortiz, Ramos y Freyre es definitivo.

De todos modos, es útil consignar que una ciudad tan tenida por blanca, tan cosmopolita, como Montevideo, encerraba entre sus murallas hacia el año 1843, en plena lucha contra Rosas, unos 31.000 individuos, de los cuales sólo 11.000 eran nacionales. De estos 11.000 nacionales la mitad eran negros, criollos o africanos emancipados. Los otros 20.000 pobladores provenían de Argentina, Brasil, Francia, Italia, España, Norteamérica, Portugal e Inglaterra. La Legión argentina se componía de 500 plazas³.

Asimismo, tanto en el Río de la Plata como en Tierra Firme, algo menos en México y Perú, mucho menos en Chile y Paraguay, los negros determinaron muchos sentimientos familiares. El cronista Azara decía ya: "apenas nacen los niños los entregan sus padres por precisión a negras y pardas que los cuidan seis o más años, y después, a mulatillos a quienes no verán ni oirán cosa digna de imitarse, sino aquella falsa idea de que el dinero es para gastarlo, y que el ser noble y generoso consiste en derrochar, destrozarse y en no hacer nada, inclinándolos a estos últimos la natural inercia mayor en América que en otros pueblos"⁴.

III

Sin embargo de tan pesimistas vaticinios, los negros aportaron un elemento primordial en toda democracia: su insumisión. Traducido en

¹ AMUNÁTEGUI SOLAR, *Historia de Chile*, t. I, pp. 169 y 170.

² AMUNÁTEGUI SOLAR, *o. c.*, t. I, p. 94.

³ B. MITRE, art. sobre Garibaldi, citado en "Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel Rosas", Buenos Aires, 1938, § 1, año 1, p. 62.

⁴ AZARA, *Crónica del Río de la Plata*.

otros términos eso viene a significar capacidad crítica, audacia revisoria.

En otro libro mío he pasado revista a las más notables de las insurrecciones de esclavos durante la Colonia. No pasó año sin alguna. Ciertamente, los negros venían levantiscos desde su embarque y se irritaban más con las terribles travesías marítimas. Por eso los piratas ingleses los contaron como sus mejores aliados. Desde México hasta Buenos Aires y Valdivia, desde Brasil hasta Virginia, este proceso fue idéntico.

En ocasiones, alguno de esos movimientos revistió caracteres teóricos: la insurrección de Coro, en 1797, prometía en su proclama inicial instalar una república "a la francesa", poniendo así toda su esperanza en seguir las huellas de los "sans culotte" que derribaron los muros de la Bastilla. A eso conducían las conversaciones de sobremesa de los amos y la confianza familiar en que admitían a sus esclavos, considerándolos seres incapaces de recoger un mendrugo de pensamiento.

Con el siglo XIX se acentuó el cambio. El primero en demostrarlo fue el haitiano Toussaint l'Ouverture.

El heroico "Napoleón negro" enfrentóse resueltamente a las tropas de Francia. Sólo fue vencido mediante engaño después de innumerables batallas.

A partir de entonces la historia de Haití y Santo Domingo, bajo el imperio negro, fue una verdadera pesadilla. Se inculpa eso a la ingénita anarquía y crueldad de los africanos. Seguramente, si se les hubiera educado durante los trescientos años de vida colonial, todo habría sido diferente. La diferencia que existe entre el negro norteamericano culto y el negro medio del mismo país o de las Antillas es tan enorme que parecen pertenecer a dos razas diferentes. Hay más afinidades entre un negro y un blanco de cierto nivel cultural, que entre un negro analfabeto y otro ilustrado. Sin embargo, unidos bajo el denominador común del menosprecio blanco, liman sus diferencias, juntan sus rencores.

Los levantamientos de negros en Haití, Santo Domingo y Venezuela se propagaron a Colombia, de la que entonces formaba parte Panamá. Cuba tampoco quedó al margen. En febrero de 1812, los esclavos de los ingenios azucareros de La Habana, Trinidad, Bayamo, Puerto Príncipe y Holguín, es decir, todas las Antillas, bajo el capitanazgo del negro José Antonio Aponte, alzaron pendón de rebeldía. Vencieron los sol-

dados del gobierno y los caudillos cafres fueron decapitados y sus exangués cabezas expuestas miserablemente en el puente de Chávez.

Poco después, el presidente negro de Haití, Pethion, tendió su generosa mano al Libertador Bolívar, y, mediante este auxilio, fue posible dar cima a la independencia de América.

A la par, algo semejante ocurría en el Sur. “Los negros emancipados de la esclavitud —dice Mitre— dieron su contingente a la infantería americana, revelando cualidades guerreras propias.”¹

Un negro célebre monopoliza la atención de los poetas patriotas del Plata: el sargento Falucho, a quien canta Rafael Obligado.

En la batalla de Maipú que, prácticamente, selló la libertad de Chile, nadie combatiría mejor que los esclavos. “Más de la mitad de los negros de Cuyo —dice Mitre— quedaron en el campo de batalla.”

Poco antes de salir de Mendoza con el Ejército Libertador de Chile, hubo un “despejo, o desfile marcial, en el que se lucieron los negros, moros gauchos e indios de las tropas. San Martín exclamó: ‘La Patria necesita de estos locos’”².

El secreto de esas proezas era bien sencillo: “Aquí me avisan que si nos derrotan los godos, van a vender a nuestros negros libres en el mercado de Lima. Pero no podrán vender a los que sepan combatir”, había dicho, según parece, el propio San Martín en Plumerillos el año de 1818.

Pronunciadas o no, tales palabras explicaban por qué los esclavos manumisos combatieron con tanto ardor por la Patria.

De ahí que uno de los primeros decretos de Bolívar, en Caracas, en 1811, fue el que dio libertad a los esclavos. Igual se haría en otros puntos de América.

Casi ningún núcleo de negros se mantuvo ajeno a la campaña emancipadora. Cuba, todavía sometida entonces, vio a sus negros convertidos en incansables guerrilleros. El año de 1826 se produjo un conato de rebelión en La Guaira; en 1835 hubo otros en Matanzas, Jaruco y La Habana; en 1843, nuevamente los negros alzan pendón de insurrección contra los abusos de los encomenderos españoles del ingenio “Alcancía”, movimiento que se contagió a otros núcleos azucareros y cafetaleros. La célebre conspiración de La Escalera se basó en elementos negros. Por eso, el gobernador O'Donnell desencadenó contra éstos todas sus iras. No obstante la fecundidad de la raza y la continua compra de esclavos, la población

¹ MITRE, *o. y ed. citadas*, I, p. 62.

² R. ROJAS, *El Santo de la Espada*, Buenos Aires, 1937, p. 165.

cafre sufrió la merma de 17.400 individuos. El gobierno español había vuelto en Cuba al viejo sistema de las "perrerías" de los tiempos de Colón. Las famélicas jaurías se lanzaban ladrando pavorosamente sobre las huellas de los infelices cimarrones. A menudo volvían con el hocico cubierto de sangre, llameantes los feroces ojos, agitado el ijar.

Represalia por todo ello: en la campaña por la definitiva libertad de Cuba figuraron como jefes dos negros insignes: los hermanos Maceo. Uno de ellos, Antonio, compañero y amigo de José Martí y de Máximo Gómez, tiene su estatua en El Prado de La Habana.

En otras latitudes los negros siguieron actuando anárquicamente, siempre despreciados a causa de su color.

Ellos rodearon a Rosas, especie de infernal vengador, contra el señoritismo porteño.

Liberales en el Ecuador y adversos al conservatismo feudalista, rodearon fervorosos al caudillo Eloy Alfaro.

Demócratas en el Perú, siguieron las huellas de Nicolás de Piérola, dos veces presidente, antagonista de los grandes latifundistas.

En el litoral colombiano fueron también liberales, secuaces del general Uribe y Uribe.

En el Brasil, se alzaron contra el Imperio, en la lucha por la República.

Partidarios de Lincoln en los Estados Unidos, hoy integran una vasta proporción de los efectivos comunistas de aquel país.

¿Cómo decir, entonces, que históricamente el negro nada representa en el conjunto de América sólo porque así lo quieren unos cuantos países que en apariencia se han librado de su influencia? Pero, será mejor, previamente, elucidar otros aspectos.

IV

"Desde Río de Janeiro hasta el territorio norteamericano de la Guerra de Secesión, pasando por el mar Caribe, se dibuja toda una zona en la que el negro sin ser predominante, constituye, sin embargo, en todo momento, un aporte apreciable. La costa brasileña en Río y al norte de Río, sobre todo en Bahía, está totalmente penetrada por la influencia de color, tolerándose y aun alentándose el mestizaje por la costumbre; con el negro reinan la alegría, la sensualidad, el dejar hacer, el buen humor fácil, todo lo cual forma una atmósfera muy diferente de la que

se muestra bajo la impregnación de la tristeza española y de la incurable reserva indígena.”¹

Estos negros compartieron un destino común con los indios cuando la conquista, pero dentro de características antagónicas. Sarmiento describe así, gráficamente, la diversidad: “Reyes de África [los negros] no se contienen en soltar el llanto al romperles algún juguete o vaso regalado por un europeo aun en presencia de ellos. Uno lo hacía por un polichinela, cuyos hilos rompió por falta de destreza al hacerle hacer cabriolas. Un indio las presencia en silencio, sin mostrar grandes síntomas de interés”².

El ejemplo no puede ser más perentorio: extraversión y puerilidad, de un lado; introversión y adustez, del otro: juventud y ancianidad.

En un trabajo sobre el negro el profesor Lipschutz advierte:

“El negro, después de haber estado tan sumiso en los siglos pasados, se inclina a presunción ilimitada; está convencido de su propio poder y grandeza, con lo cual toda la humanidad se encamina hacia nuevas fases de desarrollo, cuyo verdadero carácter nadie puede prever entre los blancos, y nadie entre sus hermanos de cobre.”³

De estos hechos extraía C. O. Bunge conclusiones nefastas. Igual habría sido condenar a eterna niñez a un chiquillo por el hecho de no guardar la compostura de un adulto. Los términos “degeneración” y “decadencia” requieren la preexistencia de un período de apogeo y madurez. “¿Cómo va a decaer quien nunca llegó a la cima?”, se preguntaba con razón Manuel González Prada. Cuando no, la evolución se halla en marcha, es un ciclo abierto, no un ciclo cerrado.

Tal vez ningún mejor ejemplo que el del negro norteamericano, en quien se dan cita la presunción infantil y la contención indígena. Por ser tan grande su número y tan reciente su libertad, él condensa lo que es el indio en Sudamérica y el negro, en cualquier parte.

Pero, evidentemente, a la sombra de lo uno y de lo otro, se ha dado vida a un “*patriotismo de color*”, cuyas consecuencias escapan a todo cálculo y comienzan a preocupar a los sociólogos de Estados Unidos, como problema número uno.

Entre muchas, yo he asistido a una reunión de universitarios de la

¹ SIEGFRIED, *o. c.*, p. 16.

² SARMIENTO, *o. y ed. citadas*, p. 77.

³ LIPSCHUTZ, *Sobre el problema del negro*, revista “Adelante”, Habana, año III, § XXXV, abril de 1938, p. 26.

aristocrática universidad de Princeton, en que discutían el tema del estudio de seminario del año 1942. Después de ardiente debate triunfó éste: el negro. En Sudamérica deberíamos decir: el indio.

V

Ahora bien, a esta altura debiéramos tratar ya de establecer qué es un negro.

La definición por el color de la piel resulta demasiado simple; exactamente igual a la del indio. Así como el indio rico pasa a ser cholo y hasta blanco por la mera acción del poder económico, sin que el pigmento varíe, así, también, he visto en La Habana a negros ricos que, en sus clubes privados, mantienen mayor relación con los blancos acomodados que con los negros proletarios. Un sociólogo venezolano apuntaba, por eso, que el nombre de negro sólo se aplicaba al esclavo. El negro criollo libre, que no era ya de pura raza africana, se convertía en pardo, no obstante de que su tez seguía siendo tan oscura y reluciente como antes.

Los pardos, según vimos, podían adquirir el derecho de ser considerados como blancos mediante el pago de determinado canon. El blanqueamiento se aceleraba en virtud de elementos distintos al étnico.

Los norteamericanos, dentro de una concepción más ceñida y aristárquica del color definen como negro a todo aquel que tiene una sola gota de sangre africana en sus venas. En cambio, el indio puede legalmente dejar de serlo, si renuncia a la protección que el Estado otorga a sus hermanos de raza en las "reservaciones". El asunto se plantea, por tanto, sobre bases absolutamente diversas.

Sarmiento, que tan tumultuosa y genialmente juzgaba todo cuanto caía bajo su observación, suele confundir a veces el problema étnico con una cuestión legal de gobierno. Así, en una página de su *Conflictos y armonías de razas* admite que hay mezclas "abyectas", pero en seguida afirma que todo puede solucionarse afortunadamente dentro de las formas de gobierno, siempre regidas por la parte "más influyente de la sociedad". De donde resultaría que el problema de negro e indio es insoluble si un Estado está dirigido por blancos que imprimen su carácter a cualquier amalgama racial¹.

¹ SARMIENTO, *o. c.*, p. 178.

Más adelante, el mismo Sarmiento acepta, como tantos tratadistas de nuestra historia, que “el negro, aunque esclavo, era el amigo del joven criollo, su amo, con quien acaso se había criado en la familia, y de cuyos juegos y gustos había participado”. Y extremando la condición, declara que el negro “es fiel y entusiasta de raza”, después de lo cual elogia a los magníficos Batallones números 7 y 8, célebres en la guerra de la Independencia de Chile y el Perú; el 9 y el 10, que formaron el ejército de Desaguadero; “el 2 que volvió del Brasil, y una compañía de estos valientes veteranos con la cara negra y la cabeza blanca, que murió en la laguna de Guanacache, en 1831, con el comandante Castro, sorprendido por las fuerzas de Quiroga”¹.

Agregaremos que el Regimiento 369 de los negros de Harlem, conocidos en Francia como “Les Enfants Perdus” fue el mejor cuerpo de ejército norteamericano en la guerra 1914-1918.

Juzgado así, a la luz de antagónicos sentimientos y predilecciones, el negro llega a América, se instala donde quiera, se rebela, transmite sus supersticiones, se convierte en instintivo y hogareño educador de sus amos, y les comunica su extraordinaria capacidad de fantasear. ¿No ha dicho acaso Ricardo Rojas que Rubén Darío tenía alguna sangre negra, y que el Modernismo con su exaltación del ritmo debe mucho de su carácter a su parentesco negro? ¿No florece un magnífico arte negro en las Antillas, creando una poesía sensual, de color y música inimitables en pos de cuya clave se afanan grandes poetas de ultramar —García Lorca y Alberti— tratando de contagiarse de esa locura extravertida? ¿No aparece el negro en mismísimo ente escénico clásico de España —desde el Arcipreste— y a ratos comunica su locura verbal a estrofas de Góngora y aun a pasajes de Cervantes? ¿No encarna él la pasión desbordada en el *Otelo* de Shakespeare? ¿Cómo nace el arte surrealista si no es con un marcado sello africano, quizá comunicado por los bravos senegaleses que combatieron en Europa durante la Gran Guerra o por aquellos “Enfants Perdus” de Harlem que resistieron ciento un días continuos bajo el fuego alemán? ¿Fue o no Josephine Baker una revolucionaria de la danza blanca hace dos décadas? ¿Qué aporte ha traído a la música universal el ritmo sincopado, el *hot jazz*, el lánguido “spiritual”, el romántico *banjo*, nacidos en las riberas del Misissipi o a la luz de la luna sobre las majestuosas aguas del Potomac, en Virginia? ¿Cómo es que, pese a

¹ SARMIENTO, o. c., pp. 120-121.

la maldición blanca lanzada sobre el negro, el Brasil se va convirtiendo en potencia de primer orden, sobrepujando a muchas naciones europeizadas, blancas y blanqueadas?

Si todos sabemos lo que al negro debe el arte contemporáneo, no siempre recordamos, en cambio, cuál es la deuda que para con él tiene la ternura, en general.

Según el profesor Fernando Ortiz, cuando el blanco traía negros a América desde el seno del África, adoptó respecto a éste una política de marcadas etapas. Al principio fue de ataque y despojo, puesto que lo arrancaba de sus tierras y le privaba de sus posesiones (*época hostil*). Traído bajo cadenas, el esclavo se convirtió en sujeto de explotación, a manos de su amo, que lo cuidaba sólo con vista a su capacidad de rendimiento (*transigente*).

El negro extrajo de esa convivencia involuntaria decisión de imitar al blanco (*época de adaptación*), en que “el mestizo se hace blanco por ley”. Por fin, en nuestros días, el hombre de color empieza a recuperar su dignidad (*época de reivindicación*)¹.

Pero, éste es sólo el aspecto exterior del proceso.

“Los negros —recuerda Ortiz— trajeron con sus cuerpos, sus espíritus, pero no sus instituciones ni sus instrumentos”; a pesar de lo cual, “la música les pertenece”. Nadie, ni siquiera el racista Gobineau se atrevió a negar a los cafres sus innatas cualidades rítmicas. Tampoco se puede negar que en el terreno religioso, la desconfianza hacia el credo de sus explotaciones, les haga agnósticos, fetichistas y a menudo teosofistas. Por lo general, danza y liturgia se funden: danza, liturgia, canto, vida, color; climax plástico y musical del continente, incluyendo los ambientes blancos, sobre todo desde 1920. ¿Alguna raza sojuzgada y despreciada ha realizado más en tan poco tiempo?

Los sudamericanos reconocemos la contribución negra a nuestra sensibilidad; en vez de hacer de esto un problema más sobre los muchos que soportamos, hemos integrado con él nuestro modo de ser, a punto de que, como ocurre en Bolivia, en el valle de Yungas cercano a La Paz, hay grupos íntegros de negros que, vestidos a la usanza aimará, dan la extraña sensación de una inverosímil mezcla que ha vencido prejuicios y deshecho teorías absolutamente ajenas a nuestra esencia.

¹ FERNANDO ORTIZ, *Por la integración de blancos y negros*, conferencia del 12 dic. 1942, publ. “Ultra” revista Habana n° 77, enero 1943, pp. 69-76.

Si el problema del indio nos crea conflictos y discusiones, en el fondo idénticas a los que origina el explotado en cualquier parte del mundo (llámeseles "pobres blancos", "mujiks", "peones", "léperos", "rotos", "cholos", "gauchos", etc.), en cambio el negro carece para nosotros de tan trágicos perfiles.

No hemos sufrido una definida guerra racial como los Estados Unidos entre 1861-65. Nuestras discrepancias étnicas no pasan de la superficie, sin llegar a la violencia de la ley Lynch.

Por tanto, nuestros debates raciales son ante todo diferencias económicas. La raza jamás levantó muros insalvables entre nosotros. Siempre se hallan éstos a merced de la voluntad de poder (de surgir) que tengan los de abajo, y aunque perdure una reducida aristocracia colonial, más recalcitante en sus prejuicios a medida que pierde real prestigio, no vacila en admitir, llegada la hora del balance, que con ella se mezclan hijos de modestos inmigrantes oriundos del Po y el Tíber, rudos peones de Asturias y Galicia, broncíneos descendientes de los aztecas e incas o (en la zona negra) con eléctricos nietos de Mozambó y Baruala siempre que hayan alcanzado éxito financiero.

Salvo las diferencias de origen económico, sobrevivientes porque no hemos aprendido aún a dar a la oportunidad el valor que tiene en los países anglosajones, estamos, desde el punto de vista de la sangre, más congénitamente preparados que nadie para la implantación de una verdadera democracia, y debemos ser, por definición y destino, adversarios de todo totalitarismo y racismo. Sin embargo, tenemos racistas. Pero eso no nació en América; eso vino desde afuera, y hacia afuera tendrá que volverse.

CAPÍTULO VII

¿EXISTE LA TRADICIÓN?

“14. Entonces, uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los príncipes de los sacerdotes.

15. Y les dijo: *¿Qué me quereis dar y yo os lo entregaré?* Y ellos le señalaron treinta piezas de plata.”

SAN MATEO, *Evangelio*.

“Lo inmediato es lo que nadie ve, porque la convención y el pensamiento transforman la existencia en ideas, tan pronto como les es posible; un hombre que descubre lo inmediato parece profundo, y, sin embargo, su profundidad no es otra cosa que *inocencia recuperada* o una especie de renunciación intelectual.”

GEORGES SANTAYANA.

I

Cuando se afirma que "América latina" posee una personalidad compacta, porque, por debajo de cualquier discrepancia, cuenta con el sólido esqueleto de *una tradición*, se incurre en un vicio teórico. Por tradición se entiende, generalmente, la fusión de los diversos legados nacionales de una colectividad; pero, entre nosotros, al revés, tradición es el punto de divergencia de aquellos legados. La tradición, en vez de reunir, aparentemente separa, porque cada uno de los grupos beligerantes trata de que prevalezca sólo su propio criterio acerca de ella. Para contrarrestar semejante jactancia, los adversarios atacan, no a la tradición particular de sus antagonistas, sino a la *tradición* en su totalidad. Nuestros antitradicionalistas no se alzan, pues, contra todo el pasado, sino contra un aspecto de él, esgrimiéndolo como razón ancestral para justificar vejámenes presentes. A su turno, los tradicionalistas se empeñan, en verdad, no en defender el pasado pleno, sino la parte que se conecta con sus pequeños intereses hereditarios y dinásticos. Por lo común, tradicionalista, entre nosotros, es un hijo de casa grande, que no quiere perder sus privilegios ni abrir los ojos a las necesidades contemporáneas.

El desconcierto provocado por este concepto unilateral de la tradición, y el absurdo prurito de identificar *tradición* y *tradicionalismo*, suelen confundir a los observadores y deformar la personalidad de América. Si ya, por nuestra compleja estructura étnica, económica y cultural, somos un problema intrincado, la agregación de torcidas interpretaciones aumenta el caos y refuerza el sospechoso argumento de quienes nos niegan toda unidad, interna y externa, o sea que, implícitamente, afirman que "América latina no existe".

Es muy útil, por consiguiente, revisar, de primera mano, los temas centrales de nuestros debates básicos: la tradición entre ellos.

¿De qué Tradición se trata cuando alguien la invoca pretendiendo

erigirse en su vocero? ¿Existe alguna razón seria que otorgue la propiedad y monopolio de *la Tradición* a una clase, raza o época determinadas? Ninguna. Ciertamente que muchos la identifican con la "Hispanidad", la "Catolicidad", la "autoridad de los selectos". Todo esto es incompleto y beligerante; político y clasista, en provecho de un sector, o sea que es una tradición hecha para defender a quienes menos hondas raíces tienen en América (excepto los bienes raíces, desde luego...); a quienes espiritual y socialmente se consideran menos-americanos. En suma, una tradición que encubre la falta de tradición.

América latina se encuentra constituida por alrededor de 130 millones de individuos (escrito en 1944), de los cuales sólo un 20 a 25 por ciento es blanco. La Tradición, tal como se entiende comúnmente, no compromete sino a ese 20 ó 25 por ciento. Sin embargo el restante 80 ó 75 por ciento debe aceptarla como suya, a viva fuerza.

¿Qué diría un francés, si alguien, mediante un *coup d'État* histórico, restringiera los linderos de la tradición francesa, a nada más que a la época de Francisco I, prescindiendo de Vercingetórix y Santa Genoveva, de Clodoveo y Carlo Magno, de Santa Juana y Bonaparte, de Luis XIV y Robespierre, de Anatole France y de Rousseau? Si a un norteamericano lo obligasen a aceptar como tradición nacional exclusivamente la de los holandeses de Nueva Amsterdam, sin incluir en ella a puritanos y cuáqueros, baptistas y católicos, alemanes e irlandeses, sajones y africanos e indios, ¿no rechazaría, acaso, con justa vehemencia, semejante mistificación? Pues, ése es y debe ser nuestro caso.

Algunos creen que tal actitud se explica sólo en los pueblos de clara mayoría indígena (95 millones de individuos en América), pero la encontramos también en los llamados pueblos más blancos del continente. Como la mayoría de los españoles avecindados, por ejemplo, en Argentina, Chile y Uruguay (países blancos) pertenecen a la clase media o proletaria, su presencia pigmental dista mucho de justificar predilección alguna por una tradición absolutista, que no les pertenece, que les fue siempre hostil. Además, dentro de los mismos núcleos de hispanos de América, coexisten tradiciones y legados espirituales antagónicos. Igual sucede en el Brasil, donde el sustrato lusitano, aunque mucho menos extenso y penetrante que el negro e indio, es, sin embargo, más compacto y unitario que la plural presencia del español en el resto de América.

Si los republicanos de Estados Unidos se arrogasen el derecho de

Examen espectral de América latina

encarnar, ellos solos, la "Tradición nacional", la gran masa del país sonreiría despectivamente. ¿Cómo convenir entonces en que la Tradición latinoamericana pueda ser reducida a tan estrechos límites como algunos pretenden?

Nadie entre los 13 millones de negros de América "latina"; nadie entre los más de 90 millones de indios y mestizos se siente representado por una tradición *blanca, europea, virreinal y absolutista*. Sin embargo, éstos son los rasgos visibles que a la "Tradición latinoamericana" asignan nuestros tradicionalistas. Los rechazan, desde luego, el pueblo y las élites intelectuales progresistas. Los aceptan, en cambio, las élites feudales, "restauradoras" y "retardatarias". La Tradición, así caracterizada, se convierte en arma de conservadores y falangistas, y, al menos hasta donde yo estoy enterado, ni falangistas ni conservadores representan el sentimiento determinante del continente.

Algo más.

Por tradición hispana se conoce solamente la vinculada con el Imperio de Carlos V y su complejo vástago, don Felipe II. ¿Hasta qué punto se compadece ello con la esencia íntima del pueblo español? Lejos de ser el amor al absolutismo tudesco del nieto de Isabel la Católica, es la incansable y celosa defensa de los fueros individuales, y comunales, encarnada en Padilla. Creo que la hallamos mejor representada en Durruti que en Francisco Franco, en Unamuno antes que en Ortega, en Galdós antes que en Valera, y en todos ellos, desde luego, pero con proporciones menos favorables a los absolutistas. Hay, en última instancia, dos Españas: la popular y sustantiva, cuya expresión típica es individualista y a menudo anárquica; y la autoritaria y aparatosa, al servicio de uno, contra y sobre los demás. Nuestros tradicionalistas resultan, por consiguiente, herederos del Virreinato, pero no de España; de los Encomenderos, pero no de los españoles.

El virreinato español se alzó sobre los pilares del monopolio como todo sistema colonial. En última instancia regían ahí la voluntad de encomenderos y corregidores, por encima de leyes y Cédulas Reales. Tal voluntad no puede, no debe identificarse, tampoco, con el espíritu ni la tradición hispánicos. Representan la tradición y el espíritu de todo sojuzgador de pueblos, a quienes el legado espiritual del vencido le resulta sobrante. Si acaso, el Virreinato personifica una tradición colonial, nada apetecible para pueblos que empiezan a ser libres.

Tampoco el régimen político que Carlos V trasladó a América era, exactamente, peninsular. Educado en Alemania, por sus consejeros

juveniles, aunque se adaptó desde los 17 años a todo lo hispánico, trajo consigo algo más rígido y jerárquico. No obstante haberse decidido por Roma en el conflicto suscitado por la Reforma, hubo instantes en que jugó a otras posibilidades y hasta amenazó al Papa con un Concilio General, al que deberían concurrir los príncipes protestantes y católicos, ambos sus vasallos; y titubeó entre la doctrina de un imperio sólo cristiano o de un Imperio Universal. Además, para triunfar en la Península fue preciso que Padilla —el comunero, representante de la tradición popular, individualista, regional y soberbia— pereciera de afrontosa manera.

Carlos V, que venía de una Alemania tensa por el estallido reformista, hizo de la religión católica el núcleo de su política conquistadora. La Tradición con que se inicia nuestra vida colonial, es decir, la influencia española en América, es una tradición *mestiza* y *politizada*.

Si, de un lado, la presencia de indios, negros y mestizos, amén de blancos de diverso origen, impide aceptar como única a la Tradición española en nuestra América, de otro lado, el hecho de que los propios españoles aparezcan como superados por una modalidad en parte exótica, y divididos, por lo menos, en dos grandes grupos —los coloniales absolutistas del Seiscientos y sus nietos, y los inmigrantes liberales del Ochocientos y sus hijos—, niega autoridad a simplismos tan maliciosos. Lo propio se aplica al Brasil, tanto en lo que se refiere a la composición del núcleo portugués, como en lo tocante a los cruzamientos afroindígenas. Por igual concepto, nadie podría atribuir una tradición gala a Haití —tan africano—, por el mero hecho de su idioma francés.

La Tradición es un concepto típicamente plural. No existe unidad exclusivista ni siquiera en sus más simples ingredientes.

Así cuando se habla de la Tradición "latinoamericana", identificándola con el catolicismo, se incurre en una exageración. Sin duda, la Iglesia Católica ha influido en nosotros mucho más que las Metrópolis políticas. Los jesuitas que organizaron la instrucción en Brasil, Canadá, Paraguay y el Alto Perú; los dominicos y franciscanos, que desde los tiempos del Almirante, plasmaron el espíritu antillano, dieron fuerza a la Tradición religiosa, y determinaron que la inmensa mayoría de los latinoamericanos fuese y sea católica. Pero, escudriñando el tema, descubrimos que los hombres más representativos del Continente, desde la Emancipación hasta hoy, con rara uniformidad, han vivido al margen de la Iglesia, lo que no impide que ésta y aquéllos sean parte vivísima de nuestra Tradición.

La mayoría de los próceres de la Independencia fueron “librepensadores” y masones, por tanto censurados por la autoridad eclesiástica. Las altas cimas de la Iglesia se opusieron a la libertad Americana; el bajo clero, no. Miranda, el Precursor, miembro de una Logia europea, organizó para América una logia especial, y en 1806 juramentó en ella a Bolívar. Ante las mismas aras serían iniciados el sobrio coronel don José de San Martín, el ardiente Bernardo Riquelme, u O’Higgins, el sagaz Vicente Rocafuerte y el petulante Carlos de Alvear: flor y nata de los emancipadores del continente. ¿Es que estos hombres, los padres de nuestras patrias, no constituyen también parte principal de nuestra Tradición? ¿No fueron, acaso, también librepensadores y masones el rebelde Tiradentes y el egregio José Bonifacio de Andrada e Silva, héroes de la libertad brasileña? Y si esos hombres y sus ideas forman parte de nuestro acervo continental; si ellos son lo más representativo de nuestra Tradición, ¿cómo queremos reducir ésta a nada más que la corriente eclesiástica de la colonia, prescindiendo del pensamiento emancipador?

Además, durante el siglo XIX y principio del XX, los más altos representativos de la personalidad americana —llámense Francisco de Paula González Vigil, Juan Montalvo, Benito Juárez, Lucas Alamán, Manuel González Prada, Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria, Domingo Faustino Sarmiento, Juan B. Justo, José Batlle Ordóñez, José Enrique Rodó, Alejandro Korn, Justo Sierra, José Ingenieros— fueron antiabsolutistas (y en ese sentido antiespañoles), librepensadores y casi todos anticatólicos. Si, como algunos pretenden, la Tradición de América latina fuese nada más que española, colonial y católica, aquellos prohombres quedarían al margen de nuestra cultura, como innecesarios y exóticos injertos.

No olvidemos que, cuando se produjo la Reforma (al principio mero movimiento de protesta “contra los abusos y en pro de la reforma de las costumbres”, “reacción medieval contra la licencia renacentista”), dos grupos se arrogaron la representación cabal de la tradición católica: el de los humanistas, con Erasmo de Rotterdam, y el de los pragmáticos, con Lutero. Los dos contra otra tradición de la Iglesia: la encarada por el Sumo Pontífice de Roma.

Si, como decía Navarro Monzó, ya convertido al catolicismo, “ninguna forma particularista es católica”¹, ¿qué pensar de los tra-

¹ NAVARRO MONZÓ, J., *La tradición Católica*, en “La Nación”, Buenos Aires, 26 de junio de 1938.

dicionalistas que, precisamente en nombre de la Iglesia católica, pretenden localizar en un solo campo y para un solo grupo, la prerrogativa de ser la única tradición de América?

Además, en lo referente a la Tradición ocurre una perturbación que lleva a considerar permanente lo efímero, trascendental lo pasajero. Así, para muchos, la Tradición ibérica se circunscribe a lo "flamenco", es decir, a lo aparatoso, a lo "resalao". Para ellos caracterizan a dicha tradición las corridas de toros, la jota, la charla de café, el piropo y la mojigatería. No se compaginan con esa idea, aquellos valores eximios, sintetizados por el Cid y Raimundo Lulio, Ignacio de Loyola y Padilla, Cervantes y Felipe II, Riego y Hernán Cortés, Velázquez y Unamuno. Un agudo viajero francés del siglo XVIII (Frezier) decía que, en ciertas ciudades de la América española, era más difícil hallar mujeres asiduas en las procesiones religiosas que damas resignadas a soportar las durezas de un ayuno. Con la tradición hispánica pasa algo igual. Muchos la toman como un adorno, sin considerar su aspecto trascendente. Sobretudo, en nuestras ciudades de mayor raigambre colonialista, lo español se identifica no con la independencia y la dignidad, sino con el cante jondo y el toreo.

Por esta duplicidad de criterio —puramente versus esencia— es que las contradicciones se suceden con desquiciadora frecuencia.

¿No resulta incomprensible que, mientras empingorotadas familias bonaerenses son a la vez ultramontanas y unitarias, otro sector de la misma aristocracia se nombre a sí misma delegado de la Iglesia y, a la par, del rosismo? ¿No es desconcertante que mientras la Iglesia rinde pleitesía a Franco en España, luce contra Hitler, en Alemania, sea liberal en Chile y los Estados Unidos, y reaccionaria en Perú y Argentina? ¿No llena de turbación asistir al espectáculo de la pugna entre el Nuncio Papal, en Colombia, con un presidente conservador, y, en cambio, a la celebración de un acuerdo entre aquél y el régimen liberal subsiguiente?

Difícilmente se puede hablar de la Tradición católica como algo uniforme y de contornos precisos. Dentro de la dogmática, Latinoamérica es, sin duda, católica; también lo es, dentro de la liturgia, pero en cuanto al sentimiento cristiano y la actitud social (Iglesia Militante) las variantes son muchas.

Las viejas capitales virreinales, especialmente México y Lima, poseen una tradición diversa de la que predomina en las provincias. Entre Rosario y Santa Fe, Santiago y Valparaíso, Lima y Callao, Quito y

Guayaquil hay diferencias profundas, pese a la cercanía en que se hallan: los grupos dirigentes en cada lugar reclaman un significado específico y especial para la Tradición que defienden. ¿Cuál está en lo justo? ¿O es que no existe una tradición, sino meras tradiciones?

Para finalizar esta especie de introducción al tema, anotemos una de tantas otras falacias. Cuando se nos habla de la “tradición colonial” se la identifica con una era de quietud, de paz, pariente de la muerte. Empero, las investigaciones de nuestros días demuestran que la Colonia estuvo en constante sobresalto, conmovidos por los numerosos motines y asonadas de criollos, indios, negros y de los propios españoles. Por tanto, urge, también, rectificar el contenido de semejante “tradición”.

II

El asunto adquiere mayor importancia práctica cuando encaramos la faceta nacionalista de nuestra supuesta “tradición”. Los campeones del “tradicionalismo” han sido y son vehementes propugnadores de los antagonismos nacionalistas. Al acentuar los pseudo caracteres específicos de la “peruanidad”, la “argentinidad”, “la chilenidad”, etcétera —no obstante su grito de orden: “Viva la tradición hispánica común”— siembran discordias, y a menudo avalan el fascismo. ¿Quién les habría dicho a aquéllos que, para controlar y absorber nacionalmente el alud inmigratorio al Río de la Plata, subrayaron con exceso el tono nacional de Argentina, que, andando el tiempo, esto se entendería como una invitación al más arrogante jingoismo a manos de una oligarquía armada?

No. La tradición del continente, hispánica, indígena o mestiza, se basa, ante todo, en un voraz criterio unitario. Dende había sólo dos virreynatos y un rey, subsisten ahora veinte repúblicas. Con ello hemos debilitado nuestra posición frente al resto del mundo. De donde resulta otro peregrino dislate: proclamar la unidad tradicional de América para, en su nombre, hacer más honda la desunión.

Sí; existe una vieja tradición unitaria americana anterior a la conquista ibérica; rehecha por la Colonia; revitalizada por la guerra emancipadora; ratificada en muchas oportunidades frente a peligros comunes —1863, 1898, 1942— por citar sólo tres casos. Se funda en el mandato de la geografía; en la hermandad de las razas aboríge-

nes; en la homogeneidad de la inmigración europea; en la escasa población y la inmensa e inerte riqueza territorial del continente; en el mestizaje nivelador; en la poderosa mixtura de ideales, esfuerzos y miras que fue la Independencia; en la oposición a toda invasión extranjera, desde la de Whitelock hasta la de Maximiliano, desde la de Isabel II hasta la de Pershing. Todo eso constituye nuestra tradición unitaria, enriquecida previamente por los Incas, con su formidable empresa colonizadora que abarcaba desde Colombia hasta Chile; de los aztecas, en México; de los chibchas, fundadores de un fuerte reino, todos ellos corroidos por la desunión política cuando llegó la hora de la Conquista.

¿Cómo conciliar esta tradición unificante con los iracundos nacionalismos de los “tradicionalistas”? Si no se tuviera en cuenta el interés de clase, sería imposible explicarse la sagrada furia en que los mismos abogados de la Tradición hispánica y católica, prescinden de la época de nuestra emancipación —que es cuando empezamos a tener personalidad propia—, y caen en un separatismo parroquial, oponiendo tradición a tradición, acaso para probar, *ad absurdum*, que América puede llegar a la identidad estimulando sus divergencias.

Tan caóticas tendencias desembocan, sin duda, en conclusiones sorprendentes. Veamos de enumerarlas: 1) Si la Tradición americana fuese la hispánica y católica, estarían demás los nacionalismos recalitrantes y agresivos; 2) Si la Tradición americana fuese homogénea, su cetro se hallaría en manos de los mestizos, de quienes dimana nuestra concordancia unitaria; 3) Si la Tradición americana residiera en los nacionalismos frenéticos, no podría reclamar el amparo de España, ni de la Iglesia, ni del Virreinato, sino la de los cismas locales y personales de la República; 4) Si la Tradición americana estuviera sostenida sólo por corifeos del absolutismo y la autocracia, se negaría a sí misma y demostraría que los tradicionalistas son incapaces de entenderla; y 5) El tradicionalismo constituye una deformación de la tradición, como el clasicismo lo es de lo clásico.

Además, también la tradición tiene sexo. La hay varonil, andante y batalladora; y la hay femenina, sosegada y contemplativa. Dos nuevas facetas del problema; nos atreveríamos a decir, el anverso y el reverso de él.

III

Aunque el estudio de la Tradición parezca tema académico, es, sobre todo, una cuestión política y social. En ella se resume lo característico de todo agregado humano: familia, ciudad, provincia, nación, estado, continente. En épocas indecisas como la nuestra, nada tan natural como que el concepto de Tradición experimente los vaivienes de todos los demás valores sustantivos en debate. Si estamos revisando a sangre y fuego, y a palabra y tinta, las bases mismas de nuestro nacimiento de una *cultura autóctona*. Conocemos sus elementos, pero que atenerse a los resultados.

André Siegfried ha escrito que, entre nosotros, “el establecimiento de un régimen político, armonioso y durable, no (es) otro que el nacimiento de una *cultura autóctona*. Conocemos sus elementos, pero están dispersos. Hay, por eso, una tarea inmensa, cuyo llamado escuchan los mejores suramericanos”¹. En otras palabras: poseemos una tradición plural que habrá de convertirse en tradición unitaria y compacta.

Para semejante *integración* —ésta es mi palabra de orden—, no puede prescindirse de *ninguno* de los ingredientes de cada nacionalidad o cultura. Cese ya la absurda pugna entre hispanistas e indigenistas: nadie puede arrogarse el monopolio de la tradición, salvo el pueblo entero. La verdad, como siempre, se halla en el medio, no en los extremos. Y si, desde 1920, se ha cargado el acento en lo indígena, ha sido una *necesaria* reacción o contrapeso contra el exclusivismo hispano-francés que nos rigió hasta 1914.

Suele afirmarse que, en las comarcas del Plata, la hegemonía europea rechaza todo competidor. Verdad a medias. Un uruguayo, hijo de italiano, Emilio Frugoni, ha escrito que “América debe europeizarse, sin europeizarse demasiado”². Pero, en seguida reconoce que las campañas reivindicadoras del indio en México y Perú “exaltan los valores morales y espirituales del indio”, y establece un vínculo de “solidaridad revolucionaria con el aborigen esquilado y despreciado por los explotadores *extranjeros* que lo consideraron como raza inferior”. Son muchos los libros meritísimos, en Argentina y Uruguay, que defienden

¹ SIEGFRIED, A., *o. c.*, ed. cit., p. 103.

² FRUGONI, E., *La sensibilidad americana*, Montevideo, 1929, pp. 25 y 26.

lo criollo: Lucio Mansilla, Hudson, Zorrilla de San Martín, Martínez Estrada, Ricardo Rojas, Canal Feijóo, por no citar a Sarmiento, tan criollo a contrapelo, subrayan la fecunda contribución del indio y el mestizo a la tradición platense no obstante de que los tupíes, charrúas y guaraníes carecieron de la admirable organización social de Incas, Aztecas, Mayas y Chibchas. El mismo Frugoni agrega: "En vez de una cultura de América —con cosas exclusivamente de América— debemos desear una cultura *para* América, que no excluya las cosas de América". Lo malo —digo yo— es que se ha tratado de inventar una tradición (o cultura) para someter a América.

Como la tradición no se inventa, sino que brota, nadie que penetre algo en la maraña de nuestro desarrollo en marcha, se atreverá a negar que ella es para nosotros, por definición, mestiza. Indios, blancos, negros la formaron o forman y transforman. No obstante su mayoría, ni siquiera se puede otorgar prioridad a los dos primeros. Aunque sea tan respetable el criterio de Alfonso Reyes, me niego a aceptar el distingo que él propone en la siguiente frase: "No bien se acaparan las independencias, cuando aparece el inevitable conflicto entre americanistas e hispanistas, entre los que cargan el acento en la nueva realidad, y los que lo cargan en la antigua tradición. Sarmiento es, sobre todo, americanista; Bello es, sobre todo, hispanista"¹. El que propuso una revolución ortográfica al idioma español mal puede ser tenido por opuesto a lo americano, aunque a veces lo pareciera. La tradición americana está integrada por ambas corrientes o preferencias. Es inconcebible si se admite la mera sospecha de la amputación de uno de ellos. Así lo vio Rodó en su magnífico ensayo sobre Montalvo.

Refiriéndose al hecho de que los cancioneros americanos sólo recogían cantos y romances peninsulares, sin considerar los nativos y mestizos, don Ramón Menéndez Pidal escribe: "(gracias al señor Vicuña Cifuentes) la tradición americana comienza a ser conocida"², con lo que destaca que lo americano es distinto de lo español, a pesar de lo que sostienen nuestros supuestos tradicionalistas. El conde de Keyserling, en una página iluminante, subraya que, inclusive lo hispánico fue muy vario entre nosotros, imposible de ser reducido a unicidad³. Según eso

¹ REYES, A., *Notas sobre la inteligencia americana*, en "La Vanguardia", Buenos Aires, 23 de mayo de 1937.

² MENÉNDEZ PIDAL, R., *Los romances tradicionales de América y otros estudios*, B. Aires, 1939, pp. 7 y 18.

³ KEYSERLING, o. c., pp. 110-111.

—y se robustece con muchas otras corroboraciones, entre ellas las de Gilberto Freyre sobre el Brasil—, el español, el portugués, el extranjero en general, se transforman radicalmente al vivir entre nosotros, gracias a la acción implacable del medio. Por eso denominábase “indianos” a los que volvían a España, marcados para siempre por América. Esa marca no la imprimían las costumbres hispánicas trasplantadas, sino el ambiente integral del Nuevo Mundo, sus ingredientes telúricos, legendarios y positivos, la nostalgia y la esperanza, y sus mestizajes tan liberales, tan de veras democráticos, pese a las minorías racistas cuyas pretensiones chocaron aquí con la mentalidad irónica, analítica y niveladora de la gran masa morena y librepensante.

Es muy cierto que existe una interdependencia entre tradición y costumbre. Cuando los indios se visten de europeos, varían no sólo de apariencia sino de índole; la superficie plasma una como esencia diferente. El profesor Lipschutz refiere que un día le sorprendió, en el Juzgado de Indios de Temuco, la fisonomía de cierto infeliz reclamante araucano. Tuvo la sensación de haber visto antes al individuo en alguna parte. Y recordó de golpe: en las calles de Santiago de Chile, exactamente, había tropezado varias veces con un tipo casi idéntico, pero trajeado a la europea, de cuerpo y alma. Muy pocos indios mantienen, pese a su cambio de usos, sus características psicológicas integrales: Benito Juárez es una de esas excepciones. A su turno, son pocos los adalides blancos a quienes las circunstancias exteriores no cambian de alma: Lincoln podría estar entre ellos.

IV

La Tradición descansa, pues, en la pluralidad y hasta en la contradicción de sus numerosos elementos. Ora que sea un hecho múltiple, ora que haya muchas tradiciones diversas, lo cierto es que la Tradición, por excelencia, representa un núcleo *conservador y, al par, creador y propulsor*. *Conserva*, porque prolonga el ayer hasta el hoy; *crea* porque de dicha conjunción saca fuerzas y orientación para mañana.

Ahora bien —y aquí reside lo fundamental de mi tesis—, si, como dice Ossorio Gallardo, “*el elemento fundamental conservador es el pueblo*”¹, *la tradición reside también en el pueblo*. Y como el pueblo repre-

¹ ÁNGEL OSSORIO Y GALLARDO, *Agua pasada*, Ed. Ercilla, Santiago, 1938, p.134.

senta una suma de factores, *cada uno* de ellos deposita su legado y su esperanza en la Tradición.

Se dice que pocos países poseen una Tradición más típica que Francia. Sin embargo, cuantas veces se ha tratado de establecer los rasgos fisionómicos del carácter francés, nadie, ni sus más eminentes escritores y filósofos, ha podido ponerse de acuerdo. Como cada cual mira desde un ángulo propio, la Tradición adquiere mil rostros como Proteo, mil brazos como Briareo. La Tradición de Francia, como toda tradición viva, descansa en su infinita capacidad de renovarse. “En Francia —escribía Ortega y Gasset— han sido normales y continuas las tendencias más divergentes. Ninguna nación más católica, ninguna nación más anticlerical. ¡Venturoso país que puede encontrar *para todo* una larga tradición preformada dentro de sí! *De esta suerte no es fácil idiotizarlo diciendo que su tradición es ésta o aquélla. La Tradición de Francia es tenerlas todas*”¹. *Al igual que la de Francia —digo yo— la Tradición de América latina es tenerlas todas.*

Nosotros también conocemos la fecunda angustia de haber “trabajado, sufrido, gozado y creado en todas las direcciones del espíritu”, y aspiramos a dar a nuestra alma “todas las formas posibles”. Tampoco aceptamos que se nos quiera “idiotizar”, señalándonos como nuestra tradición “ésta o aquélla”. Los que lo pretenden son politiqueros capaces de rebajar a la deleznable categoría de consignas momentáneas, los valores permanentes; de reducir el cielo y la eternidad a términos de tierra y tiempo perecedero. Se arrogan, por eso, la personería de la tradición, para usufructuarla y empequeñecerla, arrebatándosela al pueblo, su único creador. La capacidad propulsora de la tradición depende de un entendimiento cordial entre pueblo y élite, obligatoriamente mancomunados, en la tarea de hacerla fecunda.

Decía don Ramón Menéndez Pidal: “Sea para mejor o para peor, la poesía tradicional se elabora y transforma mediante varias invenciones debidas a los recitadores que actúan, lo mismo sobre la idea poética en su conjunto, que sobre cada uno de los detalles en que esa idea se manifiesta”... “Cada cantor o recitador de una poesía popular la *modifica* en poco o en mucho, según en él predominan el *recuerdo* o la *imaginación*, y así la poesía tradicional se repite siempre en *variedad continua*”².

Otro español, también católico y conservador, Manuel García Mo-

¹ ORTEGA Y GASSET, J., *El espectador*, VII, Madrid, 1929, pp. 98 y 99.

² MENÉNDEZ PIDAL, R., *o. c.*, pp. 77 y 74.

rente, dice: “*Tradición* es, en realidad, la transmisión del *estilo* nacional de una generación a otra. No es, pues, la *perpetuación del pasado*; no significa la *repetición de los mismos actos en quietud durmiente*; no consiste en *seguir haciendo o en volver a hacer las mismas cosas*. La *tradición*, como *transmisión del estilo nacional*, consiste en *hacer todas las cosas nuevas que sean necesarias, convenientes, útiles, pero en el secular estilo de la nación* . . . El tradicionalismo no significa, pues, ni estancamiento ni reacción; no representa hostilidad al progreso, sino que consiste en que todo el progreso nacional haya de llevar en cada uno de sus momentos y elementos el cuño y estilo que definen la esencia de la nacionalidad”¹.

Tanto Menéndez Pidal como García Morente han estado de acuerdo con parte de la política “hispanista” de Franco, bien sea explícita o implícitamente. Sin embargo, su criterio resulta avanzadísimo para los tradicionalistas “latinoamericanos”. Tanto el uno como el otro afirman que la tradición se repite “en variedad continua” o sea que “no significa ni estancamiento ni reacción”. “No consiste en seguir haciendo o volver a hacer las mismas cosas.” ¿Qué mejor respuesta a quienes, miopes de cuerpo y alma, sostienen entre nosotros que se debe repetir el pasado colonial, sin romper el criterio de autoridad absoluta, ni airear la intolerancia ortodoxa? Esa gente, ultraconservadora según ellos, tiene su réplica en las palabras de estos dos, sí, de veras, conservadores auténticos.

Otro escritor, convertido al catolicismo poco antes de su muerte, ocurrida en 1943, Julio Navarro Monzó, ataca, con la furia de todo converso, las discrepancias latinoamericanas, en las páginas de su último libro². No obstante la facundia algo farragosa de sus conceptos, expresa, con cierta claridad, un concepto confirmatorio de la pluralidad de nuestra tradición, cuando habla del “choque inexorable de dos fuerzas fatales e igualmente legítimas, una tradición completamente contraria, sino conscientemente opuesta a los ideales democráticos; y el sueño, transformado en idea-fuerza, de unos cuantos ideólogos generosos y de buena fe que, un siglo hace, creyeron que los países de América latina estaban igualmente maduros tanto para la independencia como para la democracia”. El regalista Navarro calificaba de fuerza “ciega” al tradicionalismo, y de “indiferente a la realidad”, al antitradicionalismo. Confirma,

¹ GARCÍA MORENTE, M., *Idea de la hispanidad*, Buenos Aires, pp. 53-54.

² NAVARRO MONZÓ, J., *Los coloquios de Fu-Lao-Chang*, Buenos Aires, 1936, pp. 18 y 27-28.

así, la existencia de, por lo menos, dos tradiciones predominantes, cualquiera que sea el juicio que ello le merezca.

V

No deja de ser interesante el divorcio frecuente entre los dichos y los hechos de los tradicionalistas "latinoamericanos". Casi me atrevería, por eso, a formular una alegre regla: *a mayor tradicionalismo verbal, menos tradición real*. De tal suerte chocan de nuevo, tradición y tradicionalismo, como fuerzas antagónicas: la máscara y el rostro.

Don Federico Quintana, autor del libro *En torno a lo argentino*, me contó una vez lo que sigue. Él era Encargado de Negocios de su patria ante la Wilhelmstrasse, cuando recibió un cable de Buenos Aires, urgiéndolo a solicitar de una institución berlinesa un modelo para mataderos. Mas por obligación que por gana, pidió los datos en la oficina respectiva. El funcionario alemán, sorprendido, se hizo repetir la pregunta, y, entre mil excusas, arguyó, confuso: "Señor ministro, me deja usted desconcertado, porque, precisamente, nosotros, sabiendo que la Argentina es un gran país ganadero, íbamos a requerir de ustedes planos para nuestros mataderos".

Uno de los más fervorosos defensores de la tradición colonial, hispánica y ortodoxa en el Perú, erudito hombre de letras y meritorio investigador, invirtió buena suma de dinero, obtenido de sus propiedades en el terruño, para pagar a la corona de España los derechos de revalidación del título nobiliario que su familia usara durante la época del Virreinato.

Otro campeón del tradicionalismo, que acabó al servicio de la España de Franco, no titubea en censurar al caudillo azteca Cuautemoc su heroísmo, porque, dice, al dejarse tostar los pies, negándose a entregar su secreto, forzaba, indirecta y despiadadamente, a los demás prisioneros a dejarse matar por la misma causa.

Pretender que la alta clase es la legataria única de la tradición americana, es la mejor manera de reunir *contra la tradición, y no contra la alta clase* que la desfigura, al pueblo, padre verdadero de toda tradición nacional.

Julien Benda observaba ya que los tradicionalistas modernos, no satisfechos con recomendar la perpetuación de las costumbres, las invisten de un aspecto moral o normativo, otorgándoles prerrogativas de "cosa

justa”, más que de “cosa útil” (fundamento del derecho histórico de Alemania sobre Alsacia, del monarquismo francés, de la restauración hispánica en América, del espacio vital nazi). Tratan, así, de convertir sus posiciones meramente políticas y efímeras, en morales y eternas¹. Los tradicionalistas representan, pues, una corrupción utilitaria, en su esencia, y principista, en su forma, del perenne concepto de tradición.

Ésta, que es una fuerza en sí y por sí, resume todos los factores operantes en la estructura de un todo humano; conserva lo esencial y lo proyecta hacia el futuro, manteniendo siempre apta para recibir los nuevos aportes que cada nuevo tiempo trae consigo. El tradicionalismo, en cambio, es la ciega adhesión al pasado por pasado, a lo hecho por hecho, a lo consabido por consabido, sin espíritu de crítica ni afán recreador. Nuestra tradición, tal como se la presenta de ordinario, no pasa, pues, de un unilateral tradicionalismo; inepto para adecuarse a la época actual, temeroso de lo que ésta encierra en su inagotable seno; hipócrita y egoísta; adherido a intereses materiales so capa de fervor espiritual. Estática y estéril, en contraste con el dinámico y fecundo sentido de la tradición auténtica.

Un rápido paralelo entre nuestros modos y los de Estados Unidos, al respecto, puede iluminar la cuestión.

Los norteamericanos se esfuerzan por robustecer y hasta crear tradiciones nacionales. El prurito de fundar nuevos museos en el Oeste, región abierta a las corrientes universales, a partir del siglo XIX; la abundancia de reliquias y de monumentos a las glorias del ayer tanto blancas como indias; la reconstrucción de ciudades coloniales; la nutrida literatura histórica de sus escritores, y las frecuentes películas de igual índole, contrastan, a primera vista, con el pragmatismo presentista que, generalmente, se atribuye a los norteamericanos. Tal vez, haya entre éstos mayor respeto al pasado que entre nosotros. *Sin embargo*, son dinámicos y emprendedores.

Es que la tradición, lejos de ser un lastre, puede ser un acicate, si se la restituye a su legítima y creadora valía. Los adoradores de las pretéritas glorias de los Estados Unidos, jamás rechazaron ningún aporte del presente, ni se encogieron temerosos ante las exigencias del futuro, negándose al progreso. Entre nosotros, sí, se confunden tradición y estancamiento, de suerte que todo tradicionalista que se respete, pretenderá,

¹ BENDA, J., *La trahison des clercs*, Grasset, 31ª ed., París, 1928, p. 144. (Hay traducción castellana con el título “*La traición de los intelectuales*”, Santiago, Ercilla, 1944.)

como los *camelots du roi*, restaurar al monarca, pero sin admitir ni la más remota posibilidad de renovación en sus lemas.

Aleccionante es, al respecto, el caso de Abraham Lincoln. Mientras a Bolívar, héroe mayor por la magnitud de su tarea y las dificultades increíbles que tuvo que vencer, lo discutimos acaloradamente todavía, y hasta lo negamos, a Lincoln se le enarbola como bandera de acción. La sombra de Bolívar se utiliza a veces para ocultar contrabandos autócráticos y fascistas, y cierto panamericanismo demasiado unilateral y sumiso; la de Lincoln —parco, sobrio, granítico— no ampara sino una mercancía ideológica: la democracia. Los adoradores de Bolívar discuten con inútil fuego fechas nimias de su calendario y se afanan en esconder sus humanas debilidades, cimienta de su grandeza total; los de Lincoln exhiben cuanto detalle se conoce acerca de su vida, y proyectan ésta, con sus claroscuros, como permanente lección para todo ciudadano. Imitar a Bolívar implica realizar proezas tremendas; a Lincoln, nada más (y nada menos) que mantener la dignidad.

Una vez acaricié entre mis manos un par de botas de Bolívar, minúsculas, delicadas, de niño más que de hombre. Tardé en salir de mi asombro. Me parecía imposible que el Héroe hubiera tenido proporciones tangibles. También he acariciado reliquias de Lincoln: nada me habría extrañado más que pensar a éste como algo incorpóreo. Las estatuas de Bolívar, incluso la de Tenerani, lo presentan en actitud homérica y ultraterrena, a punto de emprender el vuelo, con expresión demoníaca. Las de Lincoln, sobre todo en el Lincoln Memorial y en la del Lincoln Park de Washington D. C., respiran familiaridad, sencillez; uno siente el deseo de acercarse a ese hombre “de todas las horas” a pedirle consejo, como a un padre. Sin embargo, desde 1865, la democracia norteamericana escucha y discute el mensaje lincolniano.

Hasta 1940, los negros norteamericanos, fieles a la *costumbre* —caricatura de la tradición—, votaban por el Partido Republicano, porque Lincoln había sido de ese partido. Pero, con los años, la tradición republicana pasó a los Demócratas. Al fin, en 1940, los negros resolvieron *mantener su tradición, cancelando su costumbre*, y votaron por los Demócratas. Las minorías blancas de nuestra América todavía no los han imitado. Prefieren seguir siendo fieles a una *traición*, no a una *tradición*, confundiendo en la práctica lo que la etimología suele confundir también. Y, si no, apelemos al Evangelio cuando relata la “tradición” de Jesús de manos de Iscariote a los soldados de Pilatos.

VI

“Los suramericanos —escribe Keyserling— iniciaron su existencia histórica en la época de Maquiavelo y de los *lansquenetes*. A esta tradición se superpuso luego, la tradición pacífica de la vieja España, y, si ya España misma no conoció Renacimiento, ni Reforma, ni siglo XVIII, mucho menos hubo de conocerlos Suramérica. A ello se agrega el influjo ejercido sobre el inmigrante europeo por el ritmo de vida de los indios y por la prolongada tradición de dominio sobre esclavos que, por el desprecio al trabajo, peculiar a la ética del caballero español, dejó huellas singularmente profundas en las almas.”¹

“América latina”, a semejanza de cuanto existe sobre la tierra, posee una tradición múltiple, heterogénea. Esta tradición está integrada por el residuo vital de cincuenta siglos, por tres o cuatro razas básicas, por media docena de distintas influencias culturales, por superpuestos y antagónicos sistemas económicos, por una sola religión interpretada de vario modo, por dos idiomas usuales y varios menos extensos; por un pasado cambiante y común; por un presente angustiado y lleno de acechanzas; por la ambición y posibilidad de porvenir mejor. Esta tradición múltiple y heterogénea pertenece a todos los que la forjaron y a los que la seguimos forjando. Porque una tradición no es patrimonio de ninguna clase social, de ninguna raza, de ningún credo, de ninguna acción. Cada uno de nosotros, cada ser pensante y actuante, conlleva su tradición —sus tradiciones— hirviendo en la retorta de su personalidad. Si alguno de esos oscuros instintos predominase hegemónicamente, el individuo caería en la locura o el crimen: las colectividades también: el caso del nacismo lo comprueba.

Nadie se jacte, pues, de poseer, por derecho divino o humano y a título exclusivo y permanente, la Tradición de América. No se cometa, por tanto, el error de malentendernos, atribuyéndonos a todos, los caracteres propios de un pequeño grupo, en una edad remota: pequeño grupo que, inconsciente de sus propios valores, no atina sino a negar el presente, en el inútil afán de clavar las estrellas en el firmamento y detener los latidos en el corazón.

Recordemos a Pascal: “El respeto que se guarda a la antigüedad —decía— llega hoy a tal punto, en las materias en que debe tener

¹ KEYSERLING, CONDE DE, *o. c.*, ed. cit., p. 133.

menos fuerza, que se hacen oráculos de todos sus pensamientos y misterios hasta de sus oscuridades: que no se pueden ofrecer novedades sin peligro, y que el texto de un autor basta para destruir las razones más fuertes. No es mi intención corregir un vicio con otro, haciendo estimación nula de los antiguos, porque se les estima demasiado". "*Los que llamamos antiguos —prosigue— eran verdaderamente nuevos en todas las cosas, y propiamente formaban la infancia de los hombres; y, como hemos juntado a sus conocimientos, la experiencia de los siglos que los ha seguido, es en nosotros donde se puede encontrar esa antigüedad que reverenciamos en los demás.*"¹

En suma: la tradición más antigua es la más moderna. En otros términos: cuanto más inapelable validez se otorga al pasado, se es menos adulto, menos sabio, más niño. La auténtica tradición conjuga mayor edad (mayor extensión) con mayor esperanza (mayor intensidad). Circunscribir la tradición a un grupo, época, clase o escuela, y confundirla con el miedo y la rutina, es, en definitiva, una *traición*, jamás una *tradición*.

¹ PASCAL, B., Fragmento de un *Tratado del vacío*, 1647.

CAPÍTULO VIII

DIÁLOGO DE LA CIUDAD Y EL CAMPO

FEUDALISMO — DEMOCRACIA — INDEPENDENCIA

“América aparece en el horizonte de la cultura cristiana precisamente en el momento en que, al declinar la Edad Media, el hombre se ha quedado sin Dios.”

EDMUNDO O'GORMAN, *Fundamentos de la historia de América*, México, Imp. Universitaria, 1942, p. 25.

I

Las ciudades, que orgánicamente son tales, nacen por un imperativo de las circunstancias, y no por un capricho del hombre. Los planos vienen después, para perfeccionar a la criatura; la realidad acaba superándolos. Las ciudades se inauguran como cabeza de puente para fundar una colonia; en la cima de un monte, como protección militar de los nuevos vecinos; a la entrada de un puerto, como factoría, para impulsar el comercio; cerca de una caída de agua para mover turbinas; en el eje de un valle para favorecer y amparar la agricultura. Los habitantes fluyen, entonces, en calidad de vasallos y siervos, a cobijarse junto al castillo, a fin de gozar de su protección. Nuestras ciudades coloniales se sometieron a dicho proceso cuando, simplemente, se aglutinaron con burgos indígenas preexistentes (Cuzco, México, Atitlán, Pará); o cuando se fundaron en torno de una fuente de riqueza material, recién descubierta (Guanajuato, Potosí, Huancavélica, Charcas), o para gozar mejor de los beneficios del comercio ultramarino (Buenos Aires, Portobelo, Panamá, Río, Acapulco, Veracruz, Cartagena, Habana, San Juan de Puerto Rico). Pero esos no son los casos más numerosos. Las ciudades americanas aparecen, por lo general, como conglomerados regulares, a veces *demasiado regulares*, a diferencia de las europeas, asiáticas y aún las africanas, cuya belleza proviene, precisamente, de su desorden visible, trasunto de un *invisible orden esencial*. En otros términos, las ciudades coloniales americanas se crearon de afuera hacia adentro, mientras que aquellas otras —y las aborígenes nuestras— se edificaron de adentro hacia afuera. Las unas obedeciendo a un impulso centrípeto; las otras, a uno centrífugo. Las primeras empezaron por la cáscara; las segundas por la yema.

Cuando viaja con atención, no puede sustraerse a una estridente sorpresa: las ciudades de América latina lucen un prolijo y rectangular

trazado de calles, con plazas simétricamente dispuestas, pero impresionan por su carencia de intimidad, por su falta de alma. Las norteamericanas (hablo de las más europeas, como New York y Boston; no de las novísimas, como Los Angeles), dan la sensación de enormes juguetes faltos aún de esa pátina del tiempo, de ese fecundo desorden engendrado por una larga y acezante historia.

Entre Cuzco y Lima, Potosí y Sucre, Quito y Bogotá, Recife y Saõ Paulo, Habana y San Juan de Puerto Rico, Santiago y Buenos Aires, Guanajuato y México, Panamá y La Plata, Guatemala y Montevideo, las diferencias visibles bastan para explicar las invisibles.

Cusco ofrece aún el aspecto de una ciudad crecida biológicamente. Lima, el de una ciudad aumentada quirúrgicamente, por yuxtaposición. Las calles del Cusco revelan un desarrollo viviente. Así como las ciudades europeas se concentran en torno a un punto estratégico, el Colcampata, fortaleza erigida por el fundador del Imperio Incaico, es el núcleo de la antigua sede del Tahuantinsuyo. El cercado ostenta inconfundible sello militar y económico. Es la llave de ubérrimos valles, a los que domina y cautela, y de los cuales se nutre, a cambio de la vigilancia que les otorga. Lima, situada también en un valle, se recuesta sobre un cerro y un río, pero su trazo revela la preeminencia del logos, del propósito de un hombre venido de otra parte. Mientras Cuzco se agazapa entre riscos y hondonadas, dispuesta a defenderse, Lima mira hacia el mar, lista para el escape. Los cusqueños no tenían por qué apelar a la fuga, pues se hallaban siempre en suelo propio; los limeños necesitaban de una puerta de salida en caso de que su cabeza de puente corriese peligro. Lo revela con claridad el P. Cobo, el más antiguo cronista de la fundación de Lima, cuando dice: "trazó Diego de Agüero *en un papel*, por orden de Pizarro, el plano de la Ciudad de los Reyes (Lima), dividido en 117 manzanas que se subdividieron a su vez en cuatro lotes, a los que se dió el nombre de solares. Pizarro otorgó un solar de éstos a cada uno de sus compañeros de armas. Pero, el favoritismo le hizo conceder a algunos de sus preferidos o parientes, como el Veedor García de Salcedo, su predilecto, dos solares en vez de uno, y a Francisco de Chaves, que era uno de sus íntimos, diez solares"¹. Las calles, naturalmente, fueron tiradas a cordel. Hasta hoy, los barrios viejos de Lima revelan su origen planeado y político; los modernos han crecido en cierto

¹ COBO, P. BERNABÉ, *Historia de la fundación de Lima*, cap. VIII.

desorden, dentro de una armoniosa arbitrariedad. La anchura y perfección de las avenidas, no logra ocultar las dos etapas de su desenvolvimiento: una, de urbanización caótica y espontánea, seguramente presidida por miras de lucro; la otra, planificada por un propósito municipal, regulador. Esos barrios, los más hermosos de la ciudad, tienen una evolución orgánica; los otros, los viejos, quirúrgica o médica.

Cuando uno sube hasta Potosí, se espanta no sólo de la audacia del Cerro Rico, destacando su perfecta mole sobre un cielo de nítido añil, y de la altura de la ciudad entera, cuya Playa Mayor se halla a 5.000 metros, sino, sobre todo, de la irregularidad de las calles, trazadas de acuerdo con las necesidades del instante y el capricho de los mineros. Potosí, como Toledo, se desenrosca en callejuelas serpenteantes, por en medio de palacios pétreos y magníficos y de covachas miserables. Hasta que llegaron los españoles, no había una intensa explotación de la minería. Los Incas hicieron algo, pero en mínima escala, igual que en Oruro. Los europeos se lanzaron enloquecidos sobre el cerro, y alzaron la ciudad. No primó la voluntad de ningún alarife, salvo la codicia. Ésta, como en los "placers" de California, impuso su ley. Potosí alcanzó a tener, en el siglo XVII, 160.000 habitantes, mucho más que Nueva York, Boston y Filadelfia de entonces, y tanto como las ciudades más pobladas de Europa: hoy apenas cuenta con 35.000. A su vera, Sucre (llamada sucesivamente La Plata, Charcas, Chuquisaca y hoy Sucre), muestra el predominio de la previsión. Ciudad, al comienzo, ficticia, hecha por los acaudalados mineros del Cerro Rico, para solazarse al pie del Pilcomayo, y descansar de la terrible presión atmosférica de sus minas. Ciudad blanca, de calles anchas, rectilíneas, era el balneario de los magnates argentíferos de la comarca. En ella se establecieron Casa de Gobierno, Audiencia, Santo Oficio, Universidad, Arquidiócesis. Un hijo de Felipe IV fue Arzobispo de la circunscripción. En sus aulas universitarias se amamantaron los mejores ingenios de Buenos Aires y Alto Perú. Pero, ya parcialmente exhaustas las entrañas del mineral, orientados el comercio y la política hacia el mar, la ciudad de Chuquisaca, obra de la voluntad humana, languideció lentamente. En cambio, Potosí conserva todavía cierto ritmo jadeante. A la entrada de la noche, son un espectáculo de brujería aquellas callejas retorcidas, bullendo de indios y mestizos de diverso origen, descendidos de las cumbres, como gamos, surgidos como zorros de sus madrigueras, inundándolo todo en un

breve y nocturno parpadeo de vida que renace después, con el siguiente crepúsculo. El río Pilcomayo constituye la puerta de escape de Sucre.

Entre Quito y Bogotá existe relación semejante. Enhiesta al pie del Chimborazo, centinela del verdísimo valle de los Chillos, Quito impresiona por sus empinadas rúas, por sus bruscos precipicios, por su apostura del nidal de aves de presa. Bogotá denuncia la voluntad del Fundador. Tendida en la sabana cundinamarquesa, se abre a la prosperidad, sin descuidar el acceso al río Magdalena que, desde Girardot, inicia su larga carrera hasta las Bocas de Ceniza, para lanzarse al Atlántico, mar por excelencia europeo.

Santiago, aunque de fundación hispánica, muestra un crecimiento más bien natural que lógico. Habían vivido ahí fieras, pero organizadas tribus indígenas. Los caciques nativos se arracimaban en torno de los cerros de Huelén (Santa Lucía) y San Cristóbal, siguiendo las aguas del Mapocho, en medio de un valle admirable. Valdivia erigió un reducto, de espaldas al cerro, cuidando la salida hacia la ruta del mar, por San Antonio y Valparaíso. Buenos Aires, en cambio, padeció dos fundaciones, porque la primera de ellas, hija de la voluntad conquistadora, no tuvo en cuenta las circunstancias naturales. Enclavada al pie del Río de la Plata, no lejos del Paraná, pareció el mejor apostadero para explotar la inmensa pampa, sin perder contacto con el mar. Como a Santiago y a Lima, un vendaval de aborígenes la tundió a Buenos Aires en sus inicios, pero, mientras aquéllas no llegaron a morir, ésta tuvo que soportar un largo eclipse. La segunda fundación porteña, fue, en parte, obra de la realidad. Los españoles encontraron entonces que los animales abandonados en su trágica retirada, habíanse multiplicado, convirtiéndose en evidente riqueza ganadera. Entonces se rehizo Buenos Aires, en una como refundación orgánica. Pero, cuando se cotejan los problemas añejos a su capitalidad, su lucha con las provincias, etc., se da uno cuenta de que sólo en virtud de poderes excepcionales, pudo lograr imponerse sobre el resto de un país hostil. Las rectilíneas calles porteñas revelan que el hombre sujetó a la naturaleza. No así Nueva York, cuyo barrio bajo, como en toda urbe nacida de urgencias inmediatas, constituye un orgánico laberinto de esquinas, plazuelas, callejas y avenidas de imprevisibles esguinces.

Panamá, ciudad relativamente nueva, es otro ejemplo de evolución biológica. Creció al conjuro del Canal. Acudieron nubes de trabajadores; se hacinaron en casuchas, alineadas de cualquier modo, y así nacieron esos pintorescos barrios de Calidonia, Chorrillos, y aun las pro-

pías cercanías de la Zona, donde el capricho norteamericano ha querido conservar un metódico desorden, para rimar con la jungla circundante. Montevideo, al revés, también establecido dos veces (una fundación real y otra jurídica, como Huánuco en el Perú), tiene un orden urbano casi perfecto, pero algo impersonal y geométrico. Mas, nada tan elocuente como el caso de la novísima ciudad de La Plata (Argentina). Su fundador, hace sesenta años, lo previó todo, hasta el lugar de los templos, que debían hallarse en el centro mismo de la ciudad. Pero, la vida tiene arbitrariedades decisivas. El burgo creció en otro sentido, y hoy el centro previsto por el fundador queda muy cerca de una de las extremidades: fracaso del hombre empeñado en sujetar la vida colectiva.

En México, las más viejas ciudades surgieron, casi todas, como un hecho biológico. Guanajuato, Taxco, Oaxaca, la capital misma, son así. En cambio, en Puebla y Cholula predomina algo planeado —y son ciudades menos inquietas, sobre todo la segunda, que aquellas otras. Casi todo México, expresión de mestizaje y convivencia, muestra sus ciudades como una victoria de la realidad ambiente sobre los discursos del hombre; ello alcanza aún a Acapulco.

En general, la sierra americana posee un abolengo más antiguo, es más poblada y sus núcleos urbanos son menos concentrados y más numerosos que los del litoral. El Virreinato tuvo que someterse en parte a la Sierra, mestizando estilos de ornamentación, vida y algunos de economía, a pesar del opuesto capricho de los gobernantes. En los alrededores de las ciudades coloniales de la costa, el Corregidor o el Alcalde ordenaban, en cambio, construir barrios especiales para los indios, especie de *ghetto*, sin odio, pero con menosprecio, a veces peor éste que aquél. Dentro de las propias casonas, señoriales, los patios para esclavos y esclavas fueron nocturno escenario de inenarrables escenas. Los amos sólo frecuentaban uno, desde luego: de donde resultaría ese extenso mestizaje que dió los mejores soldados de la libertad.

II

Un observador de estos problemas establece que la ciudad europea, “la ciudad antigua”, según la expresión de Fustel de Coulanges, nació de *la familia* y “se levanta en tierras fértiles”, donde “hay comarcas que sustentan poblaciones milenarias”. En cambio, “la ciudad ameri-

cana nació de la espada, fue un fortín, un recurso militar. La creó el decreto de un capitán, no la urdió el afán prolijo, ni nació de la pareja humana, ni la germinó el campo cultivado”¹.

Otro autor expresa: “Se asemejan a la europea las ciudades americanas, anteriores a la conquista, como el Cuzco o México, ciudades de piedra, que rezumaban esfuerzos seculares de millares de hombres, con la misma vocación de eternidad que las ciudades griegas, reveladas por sus *teocallis* e *intibuasis*, sus huacas y sus quipus, formas todas de un deseo inmenso de sobrevivir”².

Los que se maravillan de los egipcios por su formidable esfuerzo para elevar pirámides con sus propias manos, sin implementos mecánicos, debieron asombrarse más ante los constructores de ciudades de la antigua América, que, sin conocer la rueda ni el caballo, alzaron enormes muros de piedra, a veces monolitos descomunales, a costa de ingenio, disciplina y fe. Si la ciudad americana adquirió los caracteres de algo provisorio, después de la conquista, la familia que la habitaba tenía que ser, como dice Terán, también provisional: constituida por extranjeros, inspirada en lo nativo. El Obispo Fr. Reginaldo de Lizárraga comentaba amargamente, a fines del siglo XVI, el hecho de que los hijos de españoles adinerados vivieron sus primeros años bajo el cuidado directos de negras e indias. Igual pasaba en Brasil y Norteamérica. “La influencia de la mujer india y, luego, mestiza, al ejercerse en la familia, se propaga a la sociedad, en la forma sutil de impregnación, que es su característica, y embebe la sociedad entera de su sentimentalidad.”

Ciudades erigidas por decreto, las coloniales tuvieron lento desarrollo. Frente a la perezosa curva demográfica del Buenos Aires virreinal, enfrentemos el vertiginoso crecimiento de una ciudad “biológica” como el Potosí, de entonces, o Nueva York, también nacido de un impulso orgánico. Durante el siglo XVII, Buenos Aires apenas alcanzó a cerca de 10.000 habitantes. En 1754 contaba con 11.200. Entonces se activó el comercio de ganado. No bien se convirtió en intermediaria de la pampa, adquirió verdadera razón de existencia. Ya no sería más una mera “fortaleza sobre las barrancas del Río de la Plata”, “punto de apoyo y lugar de refuerzos de la nueva agrupación”, como antes. Ahora era un puerto comercial; vínculo directo

¹ GARCÍA, J. A., *La ciudad indiana*, ed. cit., pp. 300-302.

² TERÁN, o. c., p. 303.

con Europa; ansiosa de liberarse de las trabas coloniales, del monopolio; objeto de codicia de los dogos británicos. En 1770 había duplicado su población; en 1778 tenía 24.754 almas; en 1801, llegaba a las 40.000, el doble de Nueva York. En 1809, Mariano Moreno exige al Virrey, en nombre de los hacendados, plena libertad de comercio para esa urbe que estaba conquistando su propio destino. En cambio, las otras ciudades erigidas por decreto, languidecían, salvo si unían a su importancia política un significado económico. Tal fue el caso de Lima, convertida en cabeza del virreinato sudamericano; luego, sede de una república y, en fin, centro nervioso de un país desajustado. A Buenos Aires, en realidad, la fundaron tres veces: primero, Mendoza; después, Garay; luego, Moreno. Los dos primeros le imprimieron fisonomía estratégica; la tercera fue obra de Gea, la hija de Minerva: fundación natural y definitiva. De fortaleza se convirtió en emporio y puerto. Esta característica se comprueba ahora con sólo contemplar el abanico de las avenidas desde el cruce de las calles de Callao y Cangallo.

En cambio, las ciudades naturales crecieron, al principio, vertiginosamente, y, después, con enorme lentitud, siempre en círculos concéntricos, en torno al punto inicial, estableciendo un tipo de cultura específico, de acuerdo con su núcleo familiar primitivo. Pero, andemos con calma al respecto.

Hay dos tesis acerca de la ciudad americana: la que le asigna un sesgo comercial, "calculada y calculadora" (García), y la que le reconoce origen militar (Terán). De acuerdo con la teoría de Spencer, yo creo que la ciudad india tuvo dos etapas nítidas: primero, en el siglo XVI y parte del XVII, fue estratégico refugio, escape y arranque de colonización (Lima, Bogotá, etc.); segundo (fines del siglo XVII y todo el XVIII), base colonial y punto de enlace y tránsito (Panamá, La Paz, etc.).

Eran aquellos burgos, hijos de la voluntad conquistadora, simétricos como "un edificio o jardín", casi nunca "sinuosos como un río", ni "enmarañados como la selva", a semejanza de Amiens, Colonia, Rávena o Potosí, Panamá, Guanajuato, Cusco. Creadas arbitrariamente, cayeron abatidas por las capitales. El centralismo absorbió y absorbe la savia urbana de cada Estado, incluso en las repúblicas llamadas federales. En Europa, al revés, la unificación de principados y ducados bajo un solo señor, no perturbó la vida de las ciudades. La hegemonía de Prusia y el consiguiente auge de Berlín, apenas influyó en la prosperidad de Hamburgo, Bremen, Lübeck, viejos puntales de la Liga

Hanseática; Roma no absorbió a Florencia, Génova y Nápoles; ni París, a Burdeos, Lyon y Marsella. Cada ciudad europea posee —poseía hasta el cataclismo de 1940— personalidad propia, nacida en virtud de un proceso necesario. Las coloniales nuestras, obedecieron a un proceso ficticio. No obstante, los burgos prehispánicos sobreviven, porque se establecieron en puntos naturalmente propicios a ello, y se desarrollaron según las exigencias del medio.

Alberdi sostenía, al respecto, que las ciudades hispánicas de América, aunque modernizadas en la superficie, mantienen la tradición colonial y, siendo enemigas de la libertad política, “la reforma debe ponerlas de lado”¹. Sarmiento, tan europeizante, en sus dichos, encontraba, al revés, que esas ciudades eran la única semilla de libertad y progreso, y eran “una base de organización incompleta, atrasada, si se quiere”, pero una base². El historiógrafo peruano Carlos Wiesse señala que esas ciudades fueron centros de importación de ideas y artefactos europeos, y que “los indios continuaron diseminados en los campos y serranías, siendo tarea difícil reducirlos a ‘pueblos’”³. En verdad, el indio y, a veces, el mestizo, no amaban las ciudades importadas, ni creían mucho en su seguridad, deshechas en mil oportunidades por terremotos y maremotos. Los burgos indígenas se mantenían, en tanto, a salvo, cimentados reciamente gracias a la previsión de sus fundadores: fundadores auténticos.

Si, como dice Arciniegas, lo típico de la gran ciudad es que en ella se viva como en una selva, y por tanto haya que orientarse por rastros y estarse a la defensiva, nuestras urbes empiezan a poseer esos caracteres, sobre todo en lo que respecta al trato de los hombres. Pero, eso depende de las condiciones subjetivas tanto como de las objetivas. En plena colonia, eran nuestras ciudades teatro de “ardientes rencillas”. Nadie pudo evitar que en Mérida de Venezuela surgieran sangrientos encuentros entre los bandos de Gavidias y Serradas y, en Potosí, entre Vicuñas y Vascongados: tal como los de Güelfos y Gibelinos, Montescos y Capuletos, en la vieja Italia. Tampoco se pudo evitar la fragmentación del espíritu claustral, por las diferencias entre frailes peninsulares y criollos. Gérmenes de anarquía, de origen individual, y también comercial o económico, a causa de las preeminencias

¹ ALBERDI, *Bases*, ed. cit., p. 187.

² SARMIENTO, *Facundo*, ed. cit., p. 95.

³ WIESSE, CARLOS, *Historia del Perú, época colonial*, Lima, 1937, p. 104.

mundanas y las ventajas monetarias consiguientes que la victoria representaba.

Con todo, en las ciudades se acogió y robusteció algo que, andando el tiempo, sería semilla de unidad: el Cabildo, con su inevitable compañera, la autonomía municipal. Unilateral como siempre, Sarmiento afirma que ésa fue la única institución traída por los españoles a América¹. Ciertamente que los nobles se apoderan de aquellos organismos, creando una "aristocracia municipal", y que, a través del cabildo se dió forma orgánica a "behetrías" (voz árabe que significa "lugar sin cuerpo ni nobleza") o meros villorrios de tránsito. Pero, eran, con todo, células propicias a una sistematización lugareña. A una individualidad americana. Así, cuando el rey mandó que en Caracas se tributasen especiales honores al cubano don Manuel de Urbina, como noble que era, el Cabildo caraqueño, en sesión del 22 de septiembre de 1692, acordó hacer caso omiso de la voluntad real, no obstante haber sido reiterada².

La nobleza local (fortalecida desde el siglo XVII con el refloreamiento de los mayorazgos) y la clase media (orientada hacia la burocracia), formaron, a la larga, un centro de resistencia a los competidores de allende el mar. Fueron el venero de donde brotaron los cuadros rectores del movimiento emancipador. La gran masa de siervos, esclavos, agricultores, peones, pertenecían a la ciudad sólo por accidente. La guerra de la independencia sería un levantamiento *municipal* urbano, expresado por las Juntas, o sea, que sería una hija de la ciudad.

Azara cuenta que los pastores del Río de la Plata consideraban "mentecatos" a los labradores, porque si se hubieren dedicado al pastoreo, habrían evitado tener que trabajar para subsistir: las reses trabajaban por ellos. En 1734, de los 10.000 habitantes de Buenos Aires, sólo 33 eran labradores o agricultores. Los otros, incapaces de esperar, rehusaban ser "mentecatos". La "viveza" criolla empezaba a ser ley. La ciudad imponía su señuelo.

La familia descansaba en las madres y amas indias, negras y mestizas que, sin pretenderlo, moldeaban como criollos a los hijos de españoles confiados a su cuidado. Se debió ella, a la escasez de mujeres blancas durante los primeros años de la Colonia, y también a las leyes

¹ SARMIENTO, *Conflictos y armonías de razas*, ed. cit., p. 134.

² ARCAYA, o. c., p. 43.

hispánicas que, al mantener la división de bienes entre los cónyuges, fortalecieron los Mayorazgos, adversos a la solidez del vínculo familiar, resto inequívoco del régimen feudal “que estima a los capaces de llevar armas y mantener el rango de la casa”. Ese rasgo feudal de la familia y de la ciudad, influyó decisivamente en la actitud de indio y mestizo: aquél “solapado y hostil”, “acechaba la hora de agresión” contra la urbe¹. México, Lima, Santiago, Buenos Aires, Bogotá, sufrieron ataques de los indios en muchas oportunidades. Las ciudades plantadas en lugares geográficamente convenientes, de predominio mestizo e indio, presenciaron esas luchas, pero como cuestión interna, más que de afuera adentro. El indio odiaba la ciudad hispánica que lo empujaba al Ejido, la Reducción y el Cercado. La ciudad nativa que, según el arqueólogo Tello, era la mejor organizada, había sido destruida o fundamentalmente alterada por la Colonia. El heredero de aquélla miraba con prevención a su arbitrario sustituto. De ahí que para descubrir el otro lado del alma americana, sea preciso salir de la ciudad, tal como hoy la consideramos, e ir en busca del hombre, del otro hombre americano que se esfuerza y crece en el campo.

La ciudad conservó y conserva, en grado sumo, el espíritu colonial, de sumisión a lo exótico, mientras que en el campo, pese a la violenta interferencia de los capitales imperiales y caciquiles, supervive un vigoroso hálito de independencia, espontáneo, surgido desde abajo, sin intermediarios. Dicha supervivencia del espíritu colonial, imitativo se evidencia cuando observamos como, en plenos barrios del virreinato, suelen alzarse edificios abrumadores, sobrinos de Le-Corbussier; y en ciudades de trópico nos saltan a los ojos casas de tipo germano o escandinavo, característicos de climas fríos. ¿No tenemos en Lima, corazón de estío, pléyade de balcones moriscos, incompatibles con la temperatura ambiente? ¿No vemos en Santiago, junto a la frígida cordillera, *bungalows* californianos que piden sol? ¿No se mezclan, absurdamente, en México, lo más chillón de los mil estilos contemporáneos con lo más noble de lo antiguo? Todo ello revela que la ciudad continúa pendiente de los modelos exóticos, copiando lo remoto, negada a lo nativo. Como esperanza consoladora, tendemos entonces la mirada al campo. Él nos ofrece algunas tónicas perspectivas.

1 AZAROLA GIL, E., *Los orígenes de Montevideo*, Buenos Aires, pp. 151-2 y 160.

III

El latifundio está reñido con la esencia de América: vino de afuera, a destruir nuestra economía y diezmar nuestra población.

En los tiempos pre-europeos, América vivía exclusivamente de la agricultura y el pastoreo. El coloniaje, introdujo como un principio maléfico y disolvente, la locura del metal, el delirio del oro, por medio de minería y comercio. Ahora estamos tratando de volver al agro, y acentuando nuestra industria.

En ninguna de las organizaciones autóctonas se habría permitido nunca que el 77 por ciento de las tierras cultivables del Brasil pertenezcan a solo el dos por ciento de la población, ni que el 78 por ciento de las de Chile (rige para Perú, Ecuador, etc.) las dominen 2890 propietarios, o sea el 0,07 por ciento de sus habitantes; ni que 50 familias argentinas controlen la mayor parte del agro nacional; ni que hubiera un hacendado con 1.700.000 acres de su privada responsabilidad, en tanto que la masa padece en la estrechez y la miseria.

Tal deformidad vino con la conquista, con el espíritu feudal. También subsiste en el sur de los Estados Unidos, donde la influencia mediterránea y agraria fueron profundas. Nuestro feudalismo es, pues, una creación típicamente luso-hispana, que vino a destruir la tradicional economía del continente. "La conquista española —escribe Alejandro Lipschutz— trasladó el feudalismo europeo a las Américas, pero no el feudalismo en su forma orgánica o primitiva, esencialmente social, de la cual ambas partes tenían su provecho, sino que en su forma degenerada, de explotación unilateral, en correspondencia con el poder unilateral de los conquistadores."¹

En realidad, un distingo étnico se agregó aquí al económico. Desde el comienzo fueron señor el blanco; siervo, el indio, y esclavo, el negro. Los siglos alteraron ligerísimamente ese *status*.

Colón había fundado el feudalismo en América. Desde 1497, para satisfacer a los compañeros del rebelde Roldán, dividió las tierras cultivadas por los indios en áreas capaces de contener diez o veinte mil plantas de sacabe. Tales "repartimientos fueron la base de la colonización española en el Nuevo Mundo"². En marzo de 1503, el

¹ LIPSCHUTZ, A., *Indoamericanismo y raza india*, 1^a ed., Santiago, p. 24.

² CASAS, BARTOLOMÉ DE LAS, *Historia de las Indias*, II, p. 103; HERRERA, ANTONIO DE, *Décadas*, I, lib. III, c. XIII.

gobernador Ovando, cumpliendo reales órdenes, repartió a los indios en aldeas, "encomendándolos" a sendos protectores, pero prohibiendo a los autóctonos el uso de sus antiguos ritos. En octubre del mismo año, Ovando decretó algo paradójal: que los indios trabajarían "como hombres libres", pero, compulsoriamente y con salario fijado por la autoridad. "El emperador Carlos V —ilumina el punto Bolívar— firmó un pacto con los descubridores, conquistadores y pobladores de América que, como dice Guerra, es nuestro contrato social. Los reyes de España convinieron solemnemente con ellos que lo ejecutasen por su cuenta y riesgo, prohibiéndoseles hacerlo a costa de la Real Hacienda, y, por esta razón, se les concedía que fueran señores de la tierra, que organizaran la administración y ejercieran la judicatura, en apelación, con otras muchas exenciones y privilegios, que sería prolijo detallar"¹.

Dicho "contrato social" se concreta en las Leyes de Indias, cuyo mejor expositor fue, sin duda, don Juan de Solórzano Pereira, el cual define la *encomienda* así: "Un derecho concedido por merced real a los beneméritos de las Indias, para percibir y cobrar por sí, los tributos de los indios que se les encomendasen por su vida y la de un heredero, conforme a la ley de sucesión, con cargo de cuidar del bien de los indios en lo espiritual y temporal, y de habilitar y defender las provincias donde fuesen encomenderos, y hacer cumplir todo este homenaje o juramento particular". Encomienda y feudo se asemejan, dice Solórzano, "en el origen de su introducción, en su modo y derecho de gozar, en la prohibición de enajenar, en la necesidad de restituir y de acudir al servicio militar del señor del directo dominio"². Una fórmula usual de entonces, reza: "Yo, Juan Ortiz de Zárate, vecino y alcalde desta ciudad de la Trinidad, puerto de Buenos Aires... a que estoy obligado por razón del feudo y encomienda de indios en que sucedí, por muerte del capitán Rodrigo Ortiz de Zárate, mi padre..."³. En el siglo XVI, los encomenderos del Perú recibían el nombre de "feudatarios", aserto que corrobora don José de la Riva Agüero, historiógrafo nada sospechoso de enemistad para con el feudalismo⁴. El general Mitre, hombre circunspecto, afirmaba:

1 BOLÍVAR, *Cartas del Libertador*, editor V. Lecuna, Caracas, 1929, I, 192.

2 SOLÓRZANO PEREIRA, J. DE, *Política indiana*, 1948, lib. III, § 22, 23, 24.

3 GARCÍA, J. A., *o. c.*, p. 66.

4 RIVA AGÜERO, J. DE LA, prólogo a *La audiencia de Lima*, por R. LEVILLIER, Madrid, 1922.

“la España y el Portugal transportaron a sus colonias su absolutismo feudal y sus servidumbres”¹. El cauto Terán acusa al régimen de encomiendas y repartimientos de haber “corrompido profundamente la vida americana al hacer de la explotación explotativa del hombre, el motor central de la actividad económica”². El prolijo dominicano Pedro Henríquez Ureña, admirador de España, escribe: “Los hábitos señoriales iban en contra del trabajo libre: desde los comienzos, el europeo aspiró a vivir como señor, del trabajo servil de los indios y de los negros”³.

El mexicano Luis Chávez Orozco identifica a los amos de hacienda con “verdaderos señores feudales”, al referir algunos episodios del duro sistema patronal de la colonia, especialmente el que se refiere a doña María Micaela Romero de Terreros⁴. El argentino García comenta que “la sociedad colonial carecía de ideales” y que “el admirable desarrollo de la conciencia cristiana sufrió una interrupción en el medio cristiano”⁵. Ingenieros confirma que el virreinato fue un régimen predominantemente feudal, en lo que coincide Levene⁶.

Junto a las grandes ciudades americanas estaban los grandes propietarios en acecho, regando su espíritu y usos feudales. El caso de Buenos Aires es muy claro: en 1774, sobre 6083 habitantes del campo había 186 propietarios, pero sobre 10.220 de la ciudad, sólo 141. El dos por ciento de dicha población era propietaria, pero, en el resto de la Argentina la proporción fue mucho menor. En nuestros días, en región montuvia ecuatoriana el 20 por ciento de la tierra laborable es minifundio, otro 20 por ciento baldío, el 60 por ciento, latifundio⁷.

Nuestro feudalismo se importó de la Península, representa un injerto en nuestro organismo económico. El latifundio, su heredero directo, no ha hecho sino perturbar el desarrollo armónico de nuestros pueblos. Al truncar la evolución natural, ni siquiera trasladó aquí

¹ MITRE, B. M., *Historia de San Martín*, ed. “La Nación”, Buenos Aires, 1907, p. 22.

² MORÁN, J. B., *o. c.*, p. 125.

³ HENRÍQUEZ UREÑA, P., *La cultura y las letras en Santo Domingo*, Buenos Aires, 1936, p. 12.

⁴ CHÁVEZ OROZCO, L., *Historia económica y social de México*, México, 1938, p. 21.

⁵ GARCÍA, J. A., *o. c.*, pp. 45 y 75.

⁶ INGENIEROS, JOSÉ, *Sociología argentina*, Madrid, s/a., *passim*; *id.*, *La revolución*, B. Aires, 1923.

⁷ DE LA CUADRA, JOSÉ, *El Montuvio ecuatoriano*, Guayaquil, 1937, p. 7.

el proceso europeo, sino que lo caricaturizó, pues mientras allá las ciudades se hicieron fuertes contra los feudales, aquí se pusieron a su servicio. La ciudad europea, el común, dió muerte a la servidumbre feudal, pero, trasplantada a América, dió vida a un feudalismo de internadero, africano de rumbo y godo de raíz.

El campo sufrió la acción constrictora de la ciudad, erigida en fortaleza y emporio. Los labradores no prosperaron. Los nuevos señores tenían excesiva prisa en llevarse los frutos de la tierra y la subterránea. Esperar habría sido demasiado para ellos. Después del primer siglo, cierto, se rindieron en gran parte a las circunstancias, pero no en plan de convivencia cooperante, sino en el de belicoso malhumor.

IV

El feudalismo no vino a América para fomentar la típica riqueza agrícola, ni estableció ninguna industria, pero sí fue entusiasta del comercio. Como la agricultura decayó y la mina no se trabajó con método apropiado, pronto la riqueza americana cayó en manos de lo imprevisto, del azar: nueva clase de juego de envite, incremento descomunal de los intermediarios.

Distinta había sido la conducta del conquistador germano. En vez de apoderarse de *toda* la tierra de los vencidos, les dejó una parte para que la cultivasen, y él se reservó el papel de protector, desde su fortaleza. Por eso se pudo conservar la agricultura característica de los romanos, no obstante el trashumante alud bárbarico. El feudalismo se nutrió y tiñó de aquélla. Entre nosotros, el Conquistador, "desdeñó la agricultura, no obstante ser dueño de toda la tierra, pues prefirió holgar a expensas del indio"¹. No obstante de que se sabía que nuestra riqueza dependía de la tierra, prefirieron evitarse el trabajo y la espera que ella exige. Hasta ahora, somos los proveedores de maíz, café, cacao, frutales, algodón, lanas, quinina, guano, nitratos, tabaco, caucho, de antes, más el arroz, el café, ganado, trigo, y también, petróleo y minerales.

Pero, el sistema feudal desconcertó nuestra economía al injertarle el latifundio, desfiguró la producción al abandonar la agricultura. Difícil parece explicarse por qué una conquista que se adueña de la tierra se despreocupa de conservar su productividad. Pero, así ocurrió. Como el latifundio subsistió en la República, los sistemas cambiaron escasamente

¹ TERÁN, J. B., o. c., p. 191.

y dejaron abierto el campo para que el capitalismo extranjero se filtrase en América y hasta la dominase.

Tres factores —dice Siegfried— constituyen lo “esencial” de nuestra producción: “Vasta superficie territorial, escasa población y nada de carbón”. Ello no ha impedido, sin embargo, la industrialización del Canadá, y en cuanto a combustible, dueños de vastas reservas de petróleo y de inequívocas vetas de carbón, estamos en posición de desenvolver activamente nuestra riqueza, sacándola del marasmo en que feudales y latifundistas la han sumido, a veces dependientes de su propia codicia, a menudo de la ajena, imperial. Como bajo el virreinato, los gobiernos republicanos viven holgando como hidalguelos coloniales. Se sostienen a costa de empréstitos (los mercaderes judíos del siglo XVI); embellecen ciertas ciudades (el castillo de antaño) sin importarles el país, y se apoyan en una autoridad omnímoda, que convierte al dictador en secuaz del empresario extranjero. El lujo de tales magnates descansa en lo efímero. Amanda Labarca escribe, refiriéndose a Chile: “Nuestros plutócratas son pobres de solemnidad al lado del argentino o del norteamericano . . . Según los datos de 1933, sólo hay 10.192 personas en Chile que cuentan con una renta anual superior a \$ 20.000 moneda nacional”¹. Aunque este promedio ha variado en 1944, no se ha alterado en su base. La colusión de una minoría enriquecida y una gran masa pobre, sometida y grandemente iletrada, constituye clima propicio para que el latifundio y el imperialismo continúen depauperando a la Nación americana, aunque el Estado aparezca en actitud de nuevo rico. También en la patria de Washington hay algo semejante, salvada la diferencia que crea la actividad de una numerosísima clase media; en 1942 se averiguó que apenas el 0,05 (unas 50.000 personas) ganaban allá más de 25.000 dólares al año.

El latifundio, con sus inmensas extensiones de tierras improductivas, ha hecho posible la violenta penetración de los capitales sajones, germanos y nipones, en nuestra economía, primero, y en nuestra política, después. Redujo a algunos países al monocultivo, sometiéndolos a las fluctuaciones de la Bolsa extranjera. Comparte con dictaduras caciquiles y compañías monopolistas el contralor de América Central, especialmente. Distorsionó hasta pequeños aspectos del comercio criollo, como, por ejemplo, en Trujillo, Perú, donde la compañía que se adueñó de los cañaverales, no satisfecha con cubrir paulatinamente costa, sierra y hasta

¹ LABARCA, AMANDA, *art. cit.*, p. 75.

ceja de montaña, se hizo competidora de los intermediarios nativos y asestó golpe de muerte a la ciudad misma.

De resultas de ellos, los pequeños propietarios se proletarizaron. Un nuevo problema social quedó, desde entonces, abierto.

El espíritu feudal y latifundista influye en la política, favoreciendo el despotismo. No basta, como F. García Calderón lo hace, registrar que la vida institucional nuestra oscila entre la anarquía y el caudillismo: urge analizar sus causas, único modo de ponerle remedio. Y es en esta supeditación a fortiori del campo ante los caprichos del señor, que luego, en la ciudad continúa ejercitando su mismo rol opresor, donde se puede hallar mucha parte de tan inaplazable explicación.

V

El latifundismo, rezago feudal, ha favorecido la entrega de la riqueza nacional al extranjero. De un solo salto se entregó al imperialismo que le proporcionaba seguridad y ganancias. A su turno, según la aguda observación de Haya de la Torre, el imperialismo, que, dentro de un proceso lógico y normal es una resultante del proceso capitalista, entre nosotros, al revés, da vida a un capitalismo criollo, desbroza vías económicas, verdad que no por altruísmo sino en provecho propio. Lo que, según los ortodoxos marxistas, constituye la "última" o "superior" etapa del capitalismo, aparece, entre nosotros, en virtud del proceso deformante a que he aludido, como "primera" etapa¹. En vez de ser deudores al capitalista criollo, al señor feudal, de la libertad de nuestros países, tenemos que reconocer que, a contrapelo, en virtud de la mecánica de la historia, es al imperialismo, por las reacciones que despierta, a quien tendremos que reconocer notoria parte en la definición de nuestros movimientos liberadores, de auténtica independencia económica.

Ya lo reconocía Siegfried cuando escribe: "Parece evidente que la América del Sur, digamos la América latina, posee en el orden económico, una *atmósfera especial*, un temperamento, modos de actuar y de reaccionar que le son propios". En otros términos, estamos dentro del cuadro de la que él llama "juventud económica mundial"². Ello depen-

¹ HAYA DE LA TORRE, V. R., *Por la emancipación de la América latina*, B. Aires, 1927; *id.*, *Teoría y acción aprista*, Buenos Aires, 1930; *id.*, *El antiimperialismo y el Apra*, Santiago, 1936, *passim*.

² SIEGFRIED, A., *o. c.*, p. 21.

de, en gran manera, de que la mayoría del pueblo latinoamericano no consume casi, y produce sin técnica y a demasiado bajo precio. Sin caer en el extremismo de quienes creen que "el indio en el mercado de consumo no marca ningún índice", bastaría echar una mirada a las estadísticas a mano para comprobar la complejidad y agudez del problema¹.

El artesano, el pequeño comerciante, el pequeño propietario, el empleado, sustento de la economía de los países capitalistas, cuentan muy poco entre nosotros. Desde la Colonia, el buhonero o pequeño comerciante era oficio menospreciado, indigno de ladearse "con los que trafican y venden géneros"². El funcionario, lleno de prerrogativas durante el virreinato, ha disminuido en dignidad, pero no en ventajas palpables.

Un organismo sin clase media robusta ni proletariado consistente corre el riesgo de una dispersión inminente. Si los latifundistas y los capitalistas criollos, en vez de trabajar con sus propios medios, prefieren vivir holgadamente de los réditos y dejar la empresa misma a los extranjeros, nadie podrá detener la marcha de América a la pérdida de su soberanía o a la revolución cruenta. Tan cierto es esto que, cuando sobrevino el "krack" de la Bolsa de Nueva York, en octubre de 1929, los más rápidamente afectados por ese fenómeno, fueron los dictadores criollos y sus aliados, que vivían exclusivamente de la ayuda imperialista.

Los mismos autores de la entrega continental de 1920-1930, se sintieron súbitamente tocados de furioso "antimperialismo", cuando creyeron que la política fascista de Hitler, Mussolini y Franco triunfaba en el mundo. De la noche a la mañana, vislumbrando nuevas ventajas en el lado democrático, se hicieron antifascistas, pero permanecieron entreguistas, sometidos de nuevo al monopolio anglosajón. En suma, permanentemente han demostrado y demuestran su "voluntad de entrega", ajenos a todo nacionalismo constructivo, incapaces de sentir la emoción popular profunda, es decir, la verdadera emoción nacional y continental.

Este fenómeno tiene, por lo demás, larguísima historia. A la sombra de la gallarda contribución de militares británicos a los ejércitos liberta-

¹ REYEROS, R., *Caquiaviri*, La Paz, 1936, p. 64.

² POBLETE TRONCOSO, M., *El standard de vida en la América latina*, Santiago, 1936, *passim*.

dores de 1810, llegó también el capital inglés. Nuestros países adquirieron un tono de factoría, después de haber sido colonias. Pero, los nuevos amos nada dejaban tras de sí: se lo llevaron todo. Mientras los mineros españoles de Potosí nos han legado robustos y suntuosos edificios de piedra, los modernos financieros no han levantado ni siquiera una hermosa residencia en la ciudad del Cerro Rico. Aquel capital acabó sumándose al interés del vecindario; éste, sólo al de su dueño.

Sólo exportan capitales las naciones superindustrializadas. Los que los reciben principian como socios, continúan como colonos y concluyen como rebeldes. Terminarán trocándose en hombres libres, subvirtiendo su actual status económico, y entonces ciudad y campo andarán de consuno, al mismo paso, hacia el futuro. Tal es la curva histórica de los países —campo de secular civilización, momentáneamente sujetos a naciones de presa, cuya incipiente cultura los empuja a una actitud beligerante, lejos de la indiferencia hacia la conquista de toda vieja civilización.

Mientras en Europa y Estados Unidos, la necesidad creó la industria, entre nosotros, colonos aún, la industria está creando la necesidad. La frigidaire y la calefacción central son útiles, pero se están imponiendo aquí más por vía de lucimiento e imitación que de real urgencia. En aquellos Estados, el uso de la democracia, la libertad de industria y comercio, etc., dieron vida al capital financiero y el imperialismo. Aquí, la ausencia de democracia ha favorecido a los dictadores, siervos del imperialismo, pero, también, ha dado origen a una conciencia que, al rechazar lo uno, destruye lo otro. Aunque parezca paradójico, el imperialismo, socio del latifundio y fruto del espíritu de conquista, ha creado a su turno la resistencia a los conquistadores y latifundistas. A través de esta actitud, lograremos, al cabo, ensayar una más amplia y honda democracia en nuestro continente.

CAPÍTULO IX

CONFLICTO ENTRE LA COSTUMBRE Y LA
LEY, ENTRE LA NACIÓN Y EL ESTADO

“La ley se acata, pero no se cumple.”

(Fórmula virreinal.)

I

Uno de los motivos de orgullo de Inglaterra y los Estados Unidos, consiste en que para ambos, la costumbre es ley. El uso, la "Common law", constituye la fuente de las relaciones personales y colectivas. Mientras la voluntad de los hombres no adopta y sanciona, libremente, ciertos modos de actuar, la ley, implícita emanación de la convivencia humana, no les reconoce fuerza compulsoria. Como debe ser, lo biológico antecede a lo contractual. Entre nosotros, al revés: la ley antecede y hasta sustituye a la costumbre, de suerte que se convierte en esqueleto lo que nació para corteza o piel.

El Estado, pues —no obstante su natural condición de regla jurídica, o sea consecuencia de un proceso social—, surge entre nosotros antes que la Nación; y ésta se ve compelida a revolverse contra una envoltura incómoda y ajena, que embaraza su progreso. De ahí que, en nuestra América, la ley se cumpla con dificultad, parcialidad o nunca. Puesto que ella no responde a un reclamo profundo y directo de la colectividad, sino a un requerimiento artificioso y singular, toda relación entre el Estado (o el Gobierno, su órgano ejecutivo) y la Nación (o Pueblo, el mandante) tiende al divorcio y hasta a la perpetua beligerancia.

Europa nos causó, sin quererlo, ese daño cuyos frutos han sido, después, motivo de que ella nos enrostrara deficiencias que no nacieron de nuestra esencia sino del estado colonial. Nuestros desajustes jurídicos emanan de allí. Detuvieron y desviaron nuestro desarrollo lógico. Nos inyectaron un vicio que no teníamos, y del cual pretenden ahora hacernos responsables: el sofisma.

Por lo demás, el hecho ocurrió no sólo en lo tocante a la ley, sino también en campos privados y hasta domésticos. Nuestra Navidad, fiesta, por excelencia, íntima, trasunta notorio colonialismo. Mientras la calle convida a vagar, bajo el peso del estío decembrino, el *uso* nos fuerza a encerrarnos en casa, ante un Santa Claus de utilería, blanqui-

simas las barbas, la tez sonrosada y los ojos azules, cubierto de gruesas pieles, caminante por senderos seudos nevados, entre municipales pinos, en un paisaje sobre el cual destella la gloria del invierno . . . ajeno.

La conquista ibérica quebró los usos autóctonos. Impuso un modo de vivir según sus propios hábitos y prejuicios. Lo que respetó de la tradición indígena fue a título provisional y con claros objetivos de *propaganda fide*. El Inca Garcilaso refiere su asombro cuando, ya adolescente, volvió a oír en el templo antiguas canciones quechuas, aprendidas de su madre, la princesa Chimpu Ocllo, pero, ahora, en labios de neófitos cristianos y clérigos hispánicos, que las entonaban con versos en castellano, y católicos. Lo mismo ocurrió con el Coricancha, Templo del Sol, en Cuzco, y con el de Mitla, en Oaxaca, México. Si se hubiera tratado del Panteón o del Acrópolis, nadie habría osado tocarlo. Pero, era un monumento "americano", "bárbaro", "gentil", de "indios": y, pues, sobre sus pétreas y robustas murallas consagradas a los dioses locales, se elevaron gruesas paredes de adobe destinadas a albergar imágenes y oficiantes cristianos: mestizaje lleno de significado. También con fines de catequización, se importaron aquí las danzas-peleas de "moros y cristianos", todavía vigentes en nuestras aldeas andinas. Nuestros indios no habían tenido, sin embargo, ningún agravio que cobrar a los musulmanes o moriscos, a quienes aprendieron a odiar por cuenta de otros.

Los primeros colonizadores ingleses tuvieron que respetar muchas de las costumbres de los indios del actual Estado de Virginia. Los ibéricos, casi ninguna, aunque, después, cuando el mestizaje fue progresando aceptaron no pocas, por ineludible mandato de la naturaleza. Don Pedro de Valdivia refiere en una de sus *Cartas* al rey de España, sus ímprobos afanes para desterrar hasta los árboles frutales indígenas de la tierra chilena, para sustituirlos por árboles y arbustos de España. Cierto que los anglosajones fueron recalcitrantemente refractarios al mestizaje, porque trajeron sus propias mujeres al Nuevo Mundo; pero, cuando John Rolfe se enamoró de la princesa india Pocahontas, no trepidaron en autorizar el matrimonio. ¡Cuán distinta suerte la de Isabel Chimpu Ocllo: princesa de sangre real, condenada a concubinato perpetuo, madre del primer gran insatisfecho de América, el Inca Garcilaso de la Venga.

Portugueses y españoles iniciaron su aprendizaje de América con un tajo: el año de 1492 representaba para ellos la fecha en que nuestro continente *nació* —no la del "*descubrimiento*" *por y para Europa*— como si no hubiesen existido antes civilizaciones autóctonas. Abolido

así el pasado, unilateralmente, pensaron haber parteado un Nuevo Mundo, en realidad tan Antiguo como Europa. Inyectaron su civilización en las venas de otra, cosa distinta a la cultura, y proscibieron mucho de lo que, en apariencia, constituye la médula de los pueblos: sus usos y costumbres. Trajeron una ley forastera, pensada y escrita en otro idioma, desdeñosa de las tradiciones locales. Y, en fin, tampoco esa ley fue cumplida, sino en parte.

A su turno, los teólogos, implícitamente trocados en demiurgos, se arrogaban la celeste facultad de discernir si los indios tenían alma o no. Frente al ardor cristiano de un Bartolomé de Las Casas, y la ciencia también cristiana de un Francisco de Vitoria, se alzaron los impiadosos alegatos de Sepúlveda y el virrey Toledo. Como el conflicto había que resolverlo sin echar por tierra los preceptos esenciales de la Iglesia, se estableció una sutil y corruptora costumbre: diferenciar el “acatamiento” del “cumplimiento” de la ley. Si, en vez de venir desde *afuera* y desde *arriba*, la ley hubiera venido desde *adentro* y desde *abajo*, como en todo derecho consuetudinario, habría sido imposible burlarse del Derecho. Porque las leyes cuando derivan de un proceso natural que se llama costumbre, tienen que ejecutarse, inexorablemente: no basta ya “acatarlas”, sino que hay que cumplirlas. Pero, cuando las inventa el interés político o la fantasía escolástica, resultan soslayadas hasta por sus mismos autores.

Iberia nos dictó leyes excelentes: no fue posible realizarlas. Las de Burgos, que hace poco exhumó íntegramente don Rafael Altamira, son magistrales, pero también fue magistral el escamoteo que de ellas hicieron los funcionarios encargados de aplicarlas. La “Recopilación de Indias” es un monumento de previsión y caridad, válido hasta en nuestros días, pero había surgido del cerebro de Minerva, venero de luminosas teorías y bellos sueños, y no del humilde barro humano que engendra cuanto hay de perdurable sobre la tierra.

Frente a esta encrucijada, los políticos, repito, acudieron a un ardid: autorizar a los virreyes a “acatar, pero no cumplir” la ley venida de allende los mares. Así quedó resuelto, en apariencia, el conflicto entre apetitos y deberes. En realidad, nació un entredicho más profundo, en el cual vivimos hasta ahora.

“La ley teórica era admirable por su bondad caritativa; las Cédulas Reales recomiendan el buen trato, la educación y conversión de los indios; pero, desgraciadamente, en todo lo que se refiere a la América española, el estudio de la ley escrita es el menos importante e ilustrativo: el derecho, bueno o malo, crece y se desarrolla a ras del suelo, en el con-

flicto de pasiones e intereses, amparando a los más hábiles y fuertes; generalmente rastrero, estrecho y cruel, animado por sentimientos bajos y egoísmos feroces. Por encima, está la ley, una cosa puramente decorativa de la armazón social, fuera del radio de las influencias, de las aspiraciones públicas, de las necesidades del grupo, elemento perfectamente extraño, preparado en el Consejo de Indias, uniforme para todo un continente en el que no hay dos provincias análogas. Las Cédulas se repiten sin que se calme un dolor o repare una injusticia.”¹

A tales palabras de J. Agustín García, se deberían añadir las de Juan B. Terán, que fue rector de la Universidad de Tucumán: “El primer documento jurídico atañadero a América, es un pronóstico de lo que había de suceder. Nos referimos a las Capitulaciones de Santa Fe, entre los Reyes y Colón, suscritas el 17 de abril de 1492, y ratificadas, luego, dos veces”². Esas capitulaciones nunca se cumplieron, pese a la palabra real de los Monarcas Católicos. Colón fue burlado. ¡Mal comienzo para la vida jurídica de un continente, si los propios reyes dejaban de hacer honor a sus promesas!

Las “Nuevas Leyes”, dictadas en Barcelona, el 20 de noviembre de 1542, reconocían la calidad de “personas libres” a los indios; reforzaron la autoridad del Consejo de Indias; establecieron reformas administrativas, entre ellas la de prohibir la prestación de servicios personales. Protestaron contra ellas los ricos encomenderos —nuestros feudales—, parapetados en algunos cabildos (Lima, Cusco, etc.). El primer virrey del Perú, nombrado el 1º de marzo de 1543, pagó con la vida su empeño de poner en práctica la voluntad del lejano monarca, por encima de los señores indios. Nueva derrota de la ley elaborada arbitrariamente, allá, en la Península, sin directo contacto con la realidad ambiente...

Igual sucedió con muchas otras disposiciones legales, magníficamente compiladas por Antonio de León Pinelo y por don Juan de Solórzano Pereira.

Pero no fueron los españoles y portugueses ricos, los únicos en oponerse a las benignas disposiciones oficiales. Existía ya una clase de ricos criollos, o “españoles y portugueses americanos”, blancos, hijos de peninsulares. Para su codicia, más valía poseer el Estado que la Ley, y más el nuevo uso (el de unos pocos) que las seculares costumbres del país, ya mezcladas a las del elemento popular venido con los conquistadores.

¹ GARCÍA, J. A., *La ciudad indiana*, Ed. Claridad, Buenos Aires, s/a., pp. 57-58.

² TERÁN, JUAN B., *El nacimiento de la América española*, ed. cit., p. 264.

Indios, negros, cholos y mulatos sufrieron aquella doble acometida. “En tanto que la legislación española procuraba elevar la condición de los ‘pardos’ —si bien en esto entrase por mucho la necesidad de aumentar el tesoro real con la concesión de prerrogativas y títulos—, los blancos criollos se apegaban a sus privilegios, sin perder ninguna ocasión de reafirmarlos, aun contra la voluntad expresa del monarca”¹. Esta afirmación de un historiador venezolano, confirma lo dicho: la discrepancia entre Estado y Pueblo. La fórmula legal suplantaba al fondo jurídico. Para ese entonces, ya se había iniciado en España y Portugal, la enojosa “era del papel sellado” o de la burocracia implacable. Parece que la triste paternidad de aquel engendro curialesco corresponde a cierto P. Fernando de Salazar, durante el Validato del conde-duque de Olivares (1637). En América pudo, entonces, exhibirse sin falsía el mismo cartel que se luciera en Madrid, bajo la estampa de alguien disfrazado con piel de carnero: “Sisas, alcabalas y papel sellado — me tienen desollado”. En América fue mucho peor.

Tanto desajuste entre precepto y conducta empezó en desinteligencia y concluyó en abierto antagonismo. El hecho económico precipitó los abusos. “Los juristas —escribe Terán—, formulaban la teoría de la apropiación de la tierra y del derecho para esclavizar al indio, pero quienes las practicaron en América fueron condicionados por razones económicas.” Dichas “razones económicas” son las que nos pueden proporcionar una explicación plausible sobre nuestra deformidad institucional, germen de la efervescencia republicana, cuyos frutos todavía padecemos.

II

¿Cómo pudo fundarse, sobre tan deleznable bases, el orden jurídico de América? Si, desde un punto de vista meramente lógico, provoca rechazo, en el campo de los hechos aparece como un solemne embuste.

España (Portugal constituye tienda aparte en tal respecto) no se hallaba íntimamente unificada cuando se produjo la Conquista de América. La reunión de las coronas de Isabel y de Fernando significó el establecimiento de un nuevo Estado, no de una Nación. La guerra contra el Moro había ido formando ésta.

¹ GIL FORTOUL, JOSÉ, *Historia constitucional de Venezuela*, Berlín, 1908, I, 54.

Los españoles eran, sin embargo, todavía un conjunto heterogéneo: andaluces, de sangre africana; catalanes, de sangre fenicia; godos, de sangre germana; cúskaros, latinos, castellanos, astures, cada cual con su tipología peculiar. Las provincias mirábanse con recelo. A América no vino, pues, un orden íntimo, sino *varios* órdenes *consuetudinarios* entremezclados, y un solo orden *jurídico*, el que ahogó en sangre el último levantamiento popular hispánico: el de Padilla. En una palabra, fueron órdenes lugareños, trasplantados. Por eso, dice Arcaya: “Comenzamos por la anarquía, por la disgregación de la opresión, ejercida no por autoridades extrañas sobre los conquistadores, sino por cada uno de ellos o por los grupos en que se dividieron, sobre los indígenas, con la pugna consiguiente, a las contrapuestas ambiciones individuales”¹. “No era la anarquía demagógica de las repúblicas antiguas —añade—, sino el desorden de los primeros tiempos del *feudalismo medieval* que revivía.”

Semejante divorcio hace posible un conato de explicación del caudillismo y la anarquía militares republicanos, así como de la deificación de los “gobiernos fuertes” y del “gendarme necesario”², embrión de los fascismos continentales, aunque se disfracen con leyes y constituciones “democráticas”. El propio Libertador Bolívar se decidió, en 1826, por un sistema de gobierno “fuerte”. El argentino Rivadavia intentó lo propio. La Independencia mexicana desemboca en la efímera autocracia de Itúrbide, y, luego, en el luctuoso y desgraciado período de Santa Anna. Sólo a partir de 1910 comienza a actuar de nuevo y plenamente el Pueblo, aunque con claroscuros y contradicciones que requieren cuidadoso análisis espectral. Venezuela asiste a una trágica sucesión de personalismos: Páez, Monagas, Guzmán, Castro, Gómez. Don Juan Manuel de Rosas encarna análoga actitud en el Buenos Aires del 1835. Portales, Montt, y hasta Balmaceda, tratan de imponer su voluntad sobre el pueblo chileno. La secuela de “hombres providenciales” en Perú, Bolivia y Ecuador sobrecoge de inquietud. A la sombra de los caudillos fermenta la oligarquía. Amparada por ésta, prospera la plutocracia. La Nación tuvo rara vez oportunidad de enterarse de lo que ocurría en el Estado. Por tanto, casi nunca se manifestó de veras. Se lo impedía una extraña conjunción de caudillos deificados, de oligarcas criollos y sus “civilizados” socios extranjeros, los financieros imperialistas. Tan visible es esto, que un viajero presuroso, pero atento,

¹ ARCAJA, P. M., *Estudios de sociología venezolana*, Madrid, s/a., Biblioteca América, pp. 87-88.

² VALLENILLA LANZ, L., *Cesarismo democrático*, Caracas, 1918, *passim*.

André Siegfried, escribía en 1933: "En América del Sur, la sociedad continúa siendo inorgánica, y es por ello por lo que el gobierno cuando se establece, no puede nunca dejar de ser fuerte. Sin duda, sería otra cosa, si los órdenes intermediarios, recomendados por Rousseau, se hubieran constituido. Tal vez sea cuestión de edad en la vida de las sociedades". De ahí que el Estado —y el Gobierno, su símbolo— hayan vivido pendientes de las simpatías que les otorguen las fuerzas armadas, y del modo de "poseer los recursos financieros" para conservarlas.

No obstante, cuando un Gobierno surge, limpiamente, de la voluntad popular, los requisitos que Siegfried estatuye, resultan innecesarios. Ni Piérola, en el Perú de 1895; ni Battle Ordóñez, en el Uruguay de 1900; ni Alessandri, en el Chile de 1920; ni Irigoyen, en la Argentina de 1916; ni Olaya Herrera, en la Colombia de 1930; ni Aguirre Cerda, en el Chile de 1938, tuvieron que preocuparse de financiar ningún apoyo ficticio. Su origen, radicalmente popular, ligado a la soberanía nacional, les bastó para ejercer en paz el mando.

Cuando los gobiernos nacen del pueblo, mantienen su equilibrio y estabilidad. Si se invierte el proceso y se los nombra, falsifica o impone, entonces aparecen el caudillismo, la tiranía, el "desorden regulado". La falta de vínculo efectivo entre la fuente de la soberanía y su expresión —Pueblo y Estado— engendra revoluciones, y desquicia el aparato jurídico, esto es, destroza la ley.

Bolívar previó esto, desde el comienzo de nuestra vida libre: "En vano —dijo— las armas destruirán a los tiranos, si no establecemos un orden político capaz de reparar los estragos de la revolución. El sistema militar es el de la fuerza, y la fuerza no es el Gobierno"².

Un sistema político erigido sobre el interés de los menos (oligarquía y plutocracia), crea una complicada red de relaciones dolosas; socava la democracia. Aunque en los Estados Unidos ocurrió algo así desde el comienzo —y de ahí las protestas de Jefferson y Hamilton contra el modo como se aprobó la Constitución—, la feliz circunstancia de haberse tenido en principal cuenta el genio criollo, antes que el ajeno, ha permitido un progresivo reajuste de la ley al uso, es decir, al pueblo. La constitución norteamericana persigue, ante todo, "la felicidad" (hecho práctico) de los asociados: las de América del Sur mencionan principios abstractos, fáciles de escamotear a vista y pa-

¹ SIEGFRIED, A., *o. c.*, p. 81.

² O'LEARY, *Cartas del Libertador*, I, 87.

ciencia de un pueblo por esos habilísimos prestigiatadores que se llaman los abogados, verdaderos dueños del poder político.

Nuestro proceso constitucional ha sido libresco y forastero. Si los Estados Unidos hubiesen tenido tan densa población indígena como la de nosotros, habrían realizado su independencia contando con ese factor, no a sus espaldas. La marcha al Oeste proporciona una importante lección. Fronterizos y pioneros participaron de la campaña: ellos eran allá lo que el mestizo aquí. Nosotros, en cambio, elaboramos leyes para el 20 por ciento de nuestro Pueblo, sin consultar las necesidades locales, ni los usos tradicionales. Leyes para blancos; ninguna —o poquísimas— disposiciones acerca de indios, mestizos, negros. A veces, por rivalidades entre blancos criollos y blancos inmigrantes, leyes contra éstos. Por eso, cuando el desencantado sociólogo F. García Calderón afirma que la historia de nuestras repúblicas “*se réduit a la biographie de leurs hommes représentatifs*” y que “*l'Esprit National seconcentre en los caudillos, chefs absolus, tyrans bienfaisants*”¹, se le debe preguntar hasta qué punto fueron “*bienfaisants*” los tiranos, y cuál es la causa de tamaña deformidad. La historia oficial, hecha por los terratenientes y sus allegados, calla la explicación por cierto. Habrá que buscarla a través de los lazos económicos.

Nuestra dramática dualidad entre las aspiraciones teóricas de los letrados y los intereses prácticos de los latifundistas y “políticos”; la discrepancia entre la ciudad y el campo, entre la ley y el uso, entre el orden y el desorden plutocrático, llena de confusión a Bryce, quien confiesa, ingenuamente, su impotencia para clasificar nuestros regímenes dentro de alguno de los casilleros conocidos. Pero, es que América posee su realidad, la cual, a su turno, exige un método de clasificación *ad hoc*. “En el orden político —apunta, travieso, Siegfried—, el Nuevo Mundo se ha revelado creador: *ha inventado al Presidente*.” Por su parte, Europa había creado esa paradoja que es la Democracia con Rey hereditario, esa quisicosa que se denomina Caudillo, la Monarquía constitucional con Duce. El *Reich* con Canciller y la República liberal radical francesa manejada por fascistas y plutócratas.

¹ GARCÍA CALDERÓN, F., *Les Démocraties Latines de l'Amérique*, París, 1912, Ed. Alcan, p. 83.

III

Hay un hecho que revela, palmariamente, el antagonismo básico de nuestra organización jurídica.

En la correspondencia del prócer hondureño don José Cecilio Valle, vemos que Jeremías Bentham, el padre del utilitarismo, ejerció entonces cierto patronato constitucional sobre América. Andrés Bello le siguió de cerca, y se le consultaba a la distancia sobre los remedios que juzgara oportunos para nuestros pueblos. También hubo brasileños que enviaron preguntas de ese tipo a Thomas Jefferson. El Código Napoleónico fue casi literalmente calcado en nuestra legislación primeriza. Raoul de la Grasserie orientó a muchos de nuestros civilistas. Léroy-Beaulieu dirigió los primeros pasos de nuestra Ciencia Política, ya codificada. Nuestras altas clases rectoras tomaron, como el camaleón, el color de la misión extranjera que cada país recibía para adiestrarlo en el descubrimiento del mejor camino de sí mismo. A ratos hubo mezcla de colores y dual o triple influencia. Franceses y españoles, en Perú; franceses, alemanes e ingleses, en Chile; ingleses, franceses, italianos y españoles, en Argentina; norteamericanos, franceses, españoles, en México; norteamericanos y franceses, en Panamá; etc.

Cuando llegó a nuestras playas el Positivismo, por lo menos Brasil, Chile, Uruguay, México y Argentina se rindieron ante él. Los brasileños, algo más cálidos, lo convirtieron en religión. Pero, los positivistas se manifestaron, a menudo, adeptos de los tiranos, y éstos, quizá por ocultar su sinrazón, prestaron homenaje a la Razón y a Augusto Comte, su Pontífice. Guzmán Blanco, en Venezuela, Porfirio Díaz, en México, Pedro II, en Brasil abrazaron dicha moda. De nuevo, las leyes se modificaron según ajenas teorías, pero los hechos siguieron siendo los hechos. Y mientras nuestros criminólogos, seducidos por el señuelo de Lombroso y Ferri, partían en busca del "criminal nato", nuestros legisladores enarbolaban los principios positivistas para ahondar, según ellos, leyes, constituciones y espíritus. Otra vez partió una escuadrilla de adaptadores, a Europa, para importar nuevas vestiduras extranjeras para nuestros cuerpos criollos. Lo mismo en las modas femeninas que en las Cartas Fundamentales. No ha pasado la recha. En nuestros días, alguno o algunos abogados europeos se encuentran confeccionando Códigos para países sudamericanos, cuya psicología y tradiciones ignoran.

Para que nuestras altas clases se convencieran de que algo valemos, fue preciso que lo dijeran sabios extranjeros, desde La Condamine, Bompland y Humboldt hasta Uhle, Middendorf, Wiener, Tschudi, Squier, Markham, Rivet, Pietschman. En vano lo pregonaron los nativos: nadie los tomó en serio. Hasta en lo referente a nuestros tesoros idiomáticos, si extranjeros como Rodolfo Lenz, Amado Alonso no hubieran advertido las sorpresas que depara el habla popular, los técnicos habrían rechazado semejante posibilidad, pese a la tradición vernacular de los Bello, los Cuervo y los Baralt.

Nuestras altas clases vivían de prestado, de espaldas a lo genuino. A veces, se resignaron a recibir la luz de otros sudamericanos, en lugar de escuchar a sus propios conciudadanos. Los casos de Andrés Bello, Vicente Rocafuerte, Antonio José de Irisarri, respectivamente, venezolano, ecuatoriano y guatemalteco, pero creadores de cultura en Chile, México y México-Chile, lo dicen todo. En la guerra libertadora sucedió lo mismo. Bolívar, un caraqueño, independizó y gobernó a Venezuela, Ecuador y Colombia y Gran Colombia, Perú y Bolivia; San Martín, un argentino, a Argentina, a Chile, Perú y, en parte, Ecuador.

El caso de Bello tiene singularísimo relieve, porque, largo tiempo residente en Londres y apegado a lo clásico, quiso doblegar a la costumbre americana, sometiéndola a la ley que Europa le había inspirado. El mismo Alberdi, tan realista, tuvo más en cuenta sus experiencias europeas que el acaecer indígena, al escribir sus *Bases*, yema de la Constitución argentina de 1853. ¿No confesó, acaso, el argentino Rivera Indarte que *The Federalist* de Hamilton y el libro de Alberdi fueron los textos de cabecera de los constituyentes de aquella fecha? Y, volviendo a Bolívar, acaso no pretendió calcar, en la constitución del 26, el método napoleónico, no obstante de que, según sus confidencias a Perú de Lacroix, él odiaba la autocracia del Gran Corso¹. Leyes hay, de nuestros días, que, contagiadas de un súbito y sospechoso "funcionalismo" han pretendido pintorescos injertos corporativos en países criollos, hambrientos de democracia. Si se necesitara una prueba más cerca de esta angurria legiferante, al margen de la realidad, bastaría mencionar el caso del Presidente argentino, general Ramírez, quien, en noventa días de gobierno dictó nada menos que siete mil decretos-leyes, según su propio y público testimonio.

Si se pusieran en práctica, todas las disposiciones legales promulga-

¹ PERÚ DE LACROIX, L., *Diario de Bucaramanga*, París, Ollendorf, s/a. (¿1932?).

das en nuestra América, seríamos la región más progresista y humanitaria del globo; pero como en la época colonial, nuestros actuales estatutos siguen siendo "hostias sin consagrar", leyes que, por tanto, "se acatan pero no se cumplen". ¿Qué, si no, diremos al leer en un texto constitucional del Perú, el que las Municipalidades de ese país deben ser elegidas por voto popular, anualmente, y sabemos que, sin derecho alguno, desde 1922 no se verifica ahí elección municipal alguna?

Alberdi, a quien hay que volver a menudo, observaba hechos análogos, en su tiempo, según lo refiere en *Bases*, en *Estudios económicos* y *El delito de la guerra*.

Desde luego, sería absurdo pretender que los juristas de nuestra América desdeñen las legislaciones europeas sin adoptar de ellas lo conveniente. Es censurable que se limiten a calcar dichas legislaciones. y nada más. Se equivoca Siegfried cuando insinúa que el irrespeto a las normas jurídicas proviene del carácter "oratorio y lapidario" de nuestro idioma. Al revés, se apela a dicho tono "oratorio y lapidario", deliberadamente, para esconder el contrabando autocrático de nuestras pseudodemocráticas legislaciones. Sin embargo, sería injusto omitir el hecho de que, mediante el reencuentro con la economía, el Pueblo se acerca cada vez más al Estado, penetrando en el misterio de sus deficiencias y organizándose a combatirlas mediante nuevos partidos políticos de tipo popular y progresista.

Débase añadir a lo anterior que gran parte del divorcio entre la letra y los hechos, entre la ley y la costumbre, se debe a la coexistencia antagónica de dos razas primordiales, abstracta y doctrinal, la una (la india), concreta y alusiva, la otra (la liberal). El general Lucio V. Mansilla, hombre de realidades, decía, después de su pintoresca excursión a los bárbaros indios ranqueles: "Resulta de mi estudio sobre las entendederas de un indio, que el pueblo comprenderá siempre mejor lo que es la vara de la ley que la Ley. Los símbolos impresionan más la imaginación de las multitudes que las alegorías. De ahí que, en todas partes del mundo, donde haya una constitución y un Congreso, le teman más al Presidente"¹.

Pese a la generalidad del concepto, resalta su agudeza.

Por otra parte, el filósofo español (y católico) Manuel García Morente califica la "personalidad del ciudadano" de su patria, como una "personalidad mostrenca, irreal, pura forma o ficción del pensa-

¹ MANSILLA, LUCIO, *Una excursión a los indios ranqueles*, ed. Anaconda, Buenos Aires, p. 252.

miento jurídico formalista”, de lo cual deduce que “la personalidad privada es la única auténtica y real”¹. “Entre españoles —agrega—, el trato puede más que el contrato, y las obligaciones de amistad pesan mucho más que las obligaciones jurídicas. . . Entre españoles manda el que ‘puede’, no el elegido por votación. La ley tiene que ir acompañada de otras fuerzas reales, para que su predominio sea efectivo. La simple abstracción legal no tiene acceso en el ánimo de los hispanos, siempre propensos a cotejar todas las cosas con la íntima realidad de su propia personalidad individual.”²

Si al carácter artificial de nuestras leyes, se agrega que *toda ley* fue artificial para los hispánicos, entenderemos mejor las deficiencias visibles de nuestra configuración jurídica, el abismo entre la ley y los hechos que aquélla pretende regular.

Idolatría de la fórmula, embriaguez de extranjerismo, delirio por el precepto, he aquí las fuentes del inverosímil desequilibrio entre nuestro Pueblo y su Estado, nuestra Costumbre y la Ley. Ya, hablando de las Misiones jesuíticas del Paraguay, apuntaba Keyserling que en ellas, “la organización estatal va muy por delante de la organización nacional”: concepto aplicable a la realidad contemporánea. Alberdi, más perentorio, escribió: “Si las consecuencias (de la emancipación) no han sido buenas, la culpa es de los que sentaron las premisas, y el pueblo no tiene otro pecado que haber seguido el camino de la lógica. La culpa, hemos dicho, no el delito, porque la ignorancia no es delito. ¿En qué consiste esta situación? En el triunfo de la mayoría popular que, algún día, debía ejercer los derechos políticos de que había sido habilitada. Esta misma mayoría existe en todos los Estados de Sudamérica, cuya constitución normal tiende con la nuestra (la argentina) una fuerte semejanza que deben a la antigua política colonial que obedecen juntos. El día que halle representantes, triunfará también, no hay que dudar, y ese triunfo será de un ulterior progreso democrático, por más que repugne a nuestras reliquias aristocráticas”³.

Cotejemos lo anterior con la idea de Sarmiento acerca de la propensión a lo concreto en nuestro Pueblo, tan disímil del teorizantismo legislativo: “El sentido común rechazaba en abstracto la idea de las

¹ GARCÍA MORENTE, M., *Idea de la hispanidad*, ed. Espasa-Calpe, B. Aires, 2ª ed., 1939, pp. 104-105.

² GARCÍA MORENTE, M., *o. c.*, pp. 88-89.

³ ALBERDI, J. B., *Escritos Jurídicos*, ed. J. V. González, Buenos Aires, I, 39.

divisiones, aun con alambrados; mientras que el que lo proponía obedecía acaso a la sugestión del sentido común del agricultor, que no concibe propiedad sin cercado”¹. En otras palabras: otro cheque entre una idea artificiosa y el realismo que brotan del *humus* continental.

En una carta dirigida al Sheriff de Bristol, el historiador Eable Bukle decía, el año de 1777: “El verdadero fin de la legislación consiste en *seguir*, no en forzar la inclinación pública, y en dar una dirección, una forma técnica y una sanción específica a la opinión general de la colectividad”. Y, reforzando el sentido inglés de la ley, agrega: “El legislador se dará por satisfecho con estudiar lo que sucede en su derredor, y modificará sus planes, no de acuerdo con las nociones que ha heredado de sus antepasados, sino de acuerdo con las exigencias efectivas de su propia época”².

Entre nosotros, ocurrió, precisamente, al contrario. Los ibéricos llegaron con el ánimo en ristre, decididos a imponer sus modos de vivencia, no de convivencia. Desde entonces padecemos una latente incompatibilidad entre las instituciones y los hechos. De ahí la frecuencia de choques, motines, alborotos y revoluciones, desde el siglo XVII, los cuales, lejos de significar retroceso, revelan una ininterrumpida ansia de adelanto, una evidente necesidad de ajuste, una salud indiscutible. Frente a la Ley que pretende arrasar con los usos y apertencias populares e inventar absurdas costumbres; frente al Estado que trata de sustituir al Pueblo, la única actitud fecunda es la rebeldía. La paz habría sido síntoma de corrupción y muerte. Nadie sería capaz de callar su rechazo si alguien quisiera hacer cuna de un ataúd, orfanato de un cementerio. Pues, ésta ha sido, en síntesis, la pretensión de los legisladores extranjerizados; y justa, necesaria y lógica, la repulsa armada o desarmada del Pueblo. El día que Pueblo y Estado, Ley y Costumbre, Letra y Espíritu se armonicen, sintonizándose en un menos imperfecto acuerdo, habrá llegado la hora de exigir paz, paz perenne y cooperación sincera, a todas las clases y estamentos de nuestra América, hasta hoy obligada y fecundamente tumultuosa y levantisca.

¹ SARMIENTO, D. F., *Conflictos y armonías de razas*, Buenos Aires, 1915, p. 57.

² BUCKLE, E., *History of the Civilization in England*, I, 505.

CAPÍTULO X

DE LA CIVILIZACIÓN A LA CULTURA

“América no es más que el eco del Viejo Mundo...
Su vida es el reflejo de una vida ajena...”

HEGEL, *Lecciones sobre la historia universal*,
1820.

I

Fue Alberdi quien dijo: “tenemos ya una voluntad propia; nos falta una inteligencia propia... La inteligencia americana quiere también su Bolívar, su San Martín”¹; lo cual corroboraría la *intuición* hegeliana que sirve de lema a este capítulo.

De modo idéntico opinaban los próceres intelectuales de nuestro siglo XIX: Lastarria, González-Prada, Cuervo, Sierra, Acosta, Hostos, Martí, Rodó, verdad que subrayando todos la “existencia” de una forma propia de ver, lo que Alberdi, perenne proscrito, no alcanzaba a vislumbrar². Porque, “existe una cierta manera típicamente sudamericana de encarar la producción, el cambio, el gobierno. Pero, aun después de un siglo de independencia, debemos confesar que las influencias de afuera siguen siendo primordiales”³. Sin embargo, asevera Reyes, es posible ahora hablar con mayor propiedad “de una inteligencia americana, que de una cultura americana”; inteligencia, cuyas características serían las de ser “menos especializada” que la europea; más extensiva que comprensiva, y, por tanto, algo así como una “delgada corteza” en peligro de quebrarse inclusive en las “élites”, que en América son —eran, amigo Alfonso— más adictas a la violencia que en el Viejo Mundo⁴.

“Élites” de tal índole carecen del equilibrio indispensable para ejercer su saludable magisterio. Extranjerizantes y agresivas, se aferraron a París, luego de su aparente divorcio de Madrid. La frase de Rubén lo compendia, cuando escribió aquello de “Mi amada es de España,

¹ ALBERDI, J. B., *Escritos jurídicos*, ed. de J. V. González, cit., I, p. 20.

² Véanse: LASTARRIA, *La América*, Amberes, 1867; GONZÁLEZ PRADÁ, *Páginas libres*, París, 1894; ACOSTA, C., *Obras*, Caracas, 1905; RODÓ, *Ariel*, Montevideo, 1900; MARTÍ, J., *Nuestra América*, ed. de P. H. Ureña, Losada, Buenos Aires, 1940; HOSTOS, E., *Obras*, P. Rico, 1939.

³ SIEGFRIED, *o. c.*, p. 83.

⁴ REYES, ALFONSO, *Notas sobre la inteligencia americana*, informe al Instituto

pero mi querida es de París". Sin embargo, uno de los discípulos de Darío, Pedro-Emilio Coll, confesaba ya: "Lo peor es que este París 'de carne y hueso', desvanece, día por día, mi otra ciudad interior, fantástica y divina, que me empeño en evocar y que miro hundirse en el horizonte del recuerdo. Pronto, la noche del olvido caerá sobre la etérea ciudad de mi adolescencia, a donde no podré ir en romántico peregrinaje"¹.

Desde mediados del siglo XIX era visible el dilema entre autoctonismo y exotismo. Muchos de los próceres intelectuales preferían parecer europeos, aunque a nadie de Europa podía engañar su traza de criollos. Sarmiento dijo: "La independencia tuvo como único origen el movimiento de ideas europeo". Alberdi, su rival, precisó: "¿Qué es nuestra Revolución, en cuanto a ideas, sino una faz de la Revolución Francesa?"² Francisco Bilbao, el gran liberal chileno, fue devoto discípulo de Michelet y Edgard Quinet, hasta que la invasión de México por las tropas de Bazaine lo volvió a su ser natural, criollo. González-Prada, tan antiespañol, rindióse al señuelo galo. No obstante, desde antes, se gestaban movimientos por la autonomía espiritual. En el "Salón Literario" que don Marcos Sastre se atrevió a abrir en el Buenos Aires rosista, se reunían jóvenes que, como Juan María Gutiérrez, Estéban Echeverría, Vicente Fidel López y el propio Alberdi, se jactaban de que su generación estaba "dispuesta a abjurar del triple plagio político, científico y literario", y a romper con "toda política y legislación exóticas"³. El movimiento literario de Chile, de 1842, tuvo igual sesgo. El del Perú, con González Prada, en 1886, también. Desde 1816, en México se pugnaba contra las modas culturales forasteras: Fernández de Lizardi y sus novelas así lo demuestran, pero no sería hasta la época de Juárez cuando se vigorizaría el rumbo nacional del pensamiento azteca.

En general, entonces "independizarse" significaba rechazar la influencia cultural española, pero no se reparaba en que el galicismo es también una sujeción colonial. El afrancesamiento de Sarmiento, Bilbao, Lastarria, Alberdi, Prada, más tarde Darío, Casal, Gutiérrez

de Cooperación Intelectual, 1936. Publicado en "La Vanguardia", Buenos Aires, 23 de mayo de 1937.

¹ COLL, PEDRO E., *El castillo de Elsinor-Palabras*, Ed. América, Madrid, p. 36.

² SARMIENTO, D. F., *Facundo*, ed. cit., p. 93; ALBERDI, J. B., *Bases*, ed. cit., p. 82.

³ ARRIETA, RAFAEL A., *Florencio Balcarce*, El Ateneo, Buenos Aires, 1939, p. 75.

Nájera, así como el recalitrante casticismo de Montalvo o de Larreta, o el sajonismo de muchos contemporáneos, son otras tantas muestras de mentalidad colonial. “Contra el vasallaje hispano, denunciado con altanería y soberbia literal, estimulamos otro vasallaje menos concorde con las propias vocaciones culturales. El cambio de vestiduras más parece un disfraz.”¹ En realidad, fue “otro” disfraz.

Además, hubo quienes creyeron que imitar a Francia era el único medio de hacerse “occidentales”. No reparaban en que Europa —y Occidente— es un conjunto de discrepancias nacionales tan hondas, que no acierto a comprender cómo pudieron nuestros europeizantes pensarse voceros de *una* cultura, que, en verdad, implica *tantas* divergencias. “¿A quiénes nos parecemos, si ellos son distintos?”, se pregunta José Gabriel. Y, cierto, resulta por lo menos pintoresco que haya todavía americanos y europeos que, como los del Congreso de los P. E. N. Clubes de Buenos Aires, en 1936, pretenden convencernos de que somos eco de *una* cultura que no existe como unidad, sino como pluralidad, si acaso. Más perspicaz que los Duhamel, Romain, Marinetti, Ludwigs, etc., de aquella ocasión, se evidencia Keyserling cuando escribe: “Apenas respiré su atmósfera, bauticé a Sudamérica con el nombre de Continente de la Tristeza... La tristeza suramericana entraña más alto valor que todo el optimismo de los norteamericanos y que todo el idealismo de la Europa moderna... No tiene nada de trágico. Es dolor flotante, conforme a la pura pasividad de la vida primordial². Sin tanto énfasis, lo mismo emerge de *La serpiente emplumada* de D. H. Lawrence, donde también se reconoce que nuestro mundo “converge incoerciblemente hacia el indio” y la tierra.

Frente a este sólido confrontamiento, se desmoronan las aparatosas interpretaciones iberizantes con que suelen apabullarnos ensayistas inconformes, y las sajonizantes de algunos nuevos doctores en estiramiento democrático. Pero, mucho mejor que enumerar juicios ajenos, interesa averiguar, por vía directa, algo acerca del fondo cultural de nuestra América. Olvidemos, pues, el discrepante diagnóstico de tanto doctor, y atengámonos a la realidad en sí.

¹ ÁLVAREZ, J. CARLOS, artículo en rev. “Nosotros”, Buenos Aires, mayo-junio 1939, p. 75.

² KEYSERLING, CONDE DE, *Meditaciones suramericanas*, Ed. Espasa-Calpe, 1933, pp. 303-309.

II

El principal vehículo de toda cultura es el lenguaje. Cuando se logra dar nombre a las cosas, es porque se las conoce ya. Si el nombre falta, vale tanto como si las cosas no existieran. Por algo, "nombre" y "sustantivo" son sinónimos en la gramática de nuestro idioma.

Los nombres suelen pasar de la retina a la inteligencia, y de ésta a la palabra. Nosotros los adoptamos y hasta amamos, porque siempre ha sido condición del hombre amar aquello a que le debe la vida. Un vocablo que llega elaborado desde fuera, tiene, por lo menos, que resignarse a las modificaciones que el uso local determina, a fin de hacerse digno de la confianza popular. Más tarde, cuando comienzan a mineralizarse, las lenguas cuajan en Gramática. Éstas representan la adulez de los idiomas. Así, España logró coordinar la suya, sólo cuando tenía ya vencido al Moro y unificado al Nativo, punto final de su Caos. Francia dió vida a la Academia en la hora cenital de su poderío, no antes. Pero, a nosotros, nos vino primero la Gramática, y, después, pretendimos y pretendemos enriquecer y nacionalizar el léxico. Alterando normas bíblicas, primero fue la Creación, y, luego, el Caos. La corteza fue nuestra raíz, y ésta el último escalón de nuestro desarrollo lingüístico. De ahí que cada jactancia criollista no representa corrupción, sino hallazgo y voluntad de ser. Los indigenismos, lejos de fundirse y desaparecer, son hoy más abundantes. Debió haber sido al revés.

Todo idioma perdurable fue siempre una alianza o mestizaje. Cuenta Menéndez Pidal que los poetas cortesanos simbolizaban en el hinojo la unión de Isabel y Fernando, porque, en Aragón, patria de éste, hinojo se escribe con "f" inicial (como Fernando), y en Castilla, patria de aquella, con "i" (como Isabel). Tamaña argucia conceptista antecedió en dos siglos a las de Quevedo y Gracián.

Manuel de Larramendi, en *De la antigüedad y universalidad del Bascuence en España* (Salamanca, 1728), escribe: "En la misma conversación se sacó lo que solía decir Carlos V: que para hablar a su caballo siempre hablaba la lengua alemana; para hablar a una mujer, la italiana; para hablar a un hombre, la francesa, mas, para hablar a Dios, la castellana". Por herencia sabía el austríaco cuán penetrante es la fuerza del lenguaje. ¿No cuenta Nebrija, en la página 8 de su célebre Gramática, que la reina Isabel le dijo, refiriéndose a las con-

quistas hispánicas, que los derrotados “tenían necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas, nuestra lengua”, y “entonces, por este arte gramatical podrían venir en el conocimiento della, como ahora nosotros aprendemos el arte de la gramática latina para aprender a hablar?”¹.

Los Incas hicieron lo propio, con el Runa Simi, pero respetaron los dialectos locales. Los Conquistadores trajeron una Gramática unitaria, pero también sus dialectos provinciales. Ya desde esa fecha, llamar “español” al idioma castellano fue para nosotros signo de rebajamiento y vasallaje².

Con la Gramática, a guisa de piqueta, penetraron los misioneros en la maraña de las lenguas aborígenes.

La expresión de las ideas y sentimientos americanos tuvo que someterse a una forma extraña y apremiante. Flor de espontaneidad, la literatura consideró necesariamente incómodo trocar su connatural libertad de expresión en servilismo. De ahí la pobreza de las letras coloniales, y de ahí que, llegada la independencia, hasta los más celosos mantenedores de la tradición hispánica (Andrés Bello, por ejemplo) trataron de renovar los principios gramaticales, en implícito conato de subversión y autonomía. Dos grandes americanos, Sarmiento y González, trataron de crear una ortografía diferente a la ortodoxa. También Cuervo y Caro, pese a su clasicismo, cedieron a la tentación de hallar una válvula de escape, realzando la participación del genio popular sobre los antojos de los académicos. Toda una escuela literaria contemporánea ha puesto en práctica esto.

III

Antes de la llegada de los europeos, América tenía su propia expresión oral. Al par que algunos casos de enrevesamiento babélico, hubo Estados donde la tendencia a uniformar el idioma corrió parejas con la de conquistar nuevas tierras: tal el caso de los Incas. El choque con la lengua ibérica, acorazada de preceptos, fue ahí más rudo. No ha dejado todavía de existir. Algunos de los idiomas aborígenes tienen tan numerosos cultores que sería absurdo desdeñarlos. Hay cinco mi-

¹ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Los romances de América y otros estudios*, Buenos Aires, 1939, p. 142.

² ALONSO, A., *Castellano, español, idioma nacional*, Buenos Aires, 1938, p. 38.

llones de individuos que, oficialmente, se entienden por medio del quechua. Por su clientela y cohesión, éste debiera ser considerado lengua viva, con mayor derecho que el finlandés, el lituano, el estoniano, el armenio, el irlandés y el mongol. Pero, es lengua americana, lo cual explica que los filólogos europeos la consideran muerta...

Sin embargo... Hacia 1900, en Yucatán había 211.860 personas que se entendían por medio del maya: sólo 95.168 hablaban castellano. Según un escritor, los catequistas que aprenden el maya quedan sujetos a una como "hipnosis mágica"; se vuelven "hechizados" y "hechiceros", porque el maya como el hebreo posee incomparable elocuencia para expresar la angustia¹.

El P. Bernardo Haverstadt escribía, en 1777, con visible hipérbole, que "la lengua chilena supera a todas las demás, de tal modo que quien conoce bien el idioma chileno (araucano) ve todas las demás como en un espejo, muy por debajo, y comprende claramente cuanto en ellos es superfluo y cuanto les falta². En la actualidad, tanto en Cochabamba como en Cuzco, en Sucre como en Huaraz o Quito, pueblo y "élite" apelan al quechua para comunicarse cuando los exalta algún incentivo especial. Del no bien evolucionado guaraní, decía Manuel Domínguez, escritor paraguayo, modernista y europeizado: (es) "lengua llena de astucias como la estirpe india que la hablaba, rica en ironías que castigan la flaqueza humana. La formaron el canto de los pájaros, los rumores del viento, pero es reflexiva, calculadora en su raro polisintetismo. En guaraní, el pensamiento marcha de otro modo, *al revés que en castellano*, comenzando por el poseedor y acabando por la cosa poseída: de aquí que el paraguayo, en su traducción mental, tortura su pensamiento"³. Igual ocurre con ciertas distorsiones sintáxicas de los escritores bolivianos y ecuatorianos, habituados a su idioma indígena. No cabe explicarse esto dentro de las normas corrientes aplicadas a las formas dialectales o de germanía peninsular. Cuando Bunge, con su inveterado afán de generalizar, sostiene que "atorrar" y "macanear" son los dos únicos neologismos argentinos viables, incurre en uno de

¹ BAQUEIRO ANDUZE, O., *La maya y el problema de la cultura indígena*, Mérida, 1937, p. 46 y sig.

² Cit. por E. MOESBACH, W., *Vida y costumbre de los indios araucanos en la segunda mitad del siglo XIX*, Santiago, 1930, p. 8.

³ DOMÍNGUEZ, MANUEL, *El alma de la raza*, Asunción, 1915, p. 33.

esos crasos errores a que se habituaron los “científicos” de fines del siglo pasado en América¹.

Los hijos de grandes imperios indios, dueños de idioma y tradiciones propias, difícilmente se adaptan a las modalidades ibéricas: el negro, sí. Menos tradicionalista y plástico, más imitador y musical, adopta las nuevas melodías. “Hasta hoy —escribe Sarmiento en 1880— las gentes del pueblo de Lima *sin excluir a las negras* del mercado, hablan el castellano más correcto que se habla en América.”²

En resumen: *a*) el indio posee modos inveterados de expresión oral; *b*) los idiomas indígenas se mantienen, a pesar de la larga convivencia con castellano y portugués; *c*) castellano y portugués llegaron imponiendo Gramática antes que usos; *cb*) en el mestizaje de ambos con las lenguas nativas, predomina, el vocabulario ibérico, pero la sintaxis india; *d*) en la mezcla de ambos con dialectos negros, ocurre más bien modificaciones fonéticas antes que sintáxicas. Sintetizando: 1) los idiomas importados no pudieron arrasar del todo los modos de expresión americanos; 2) por medio de su actitud gramatiquera y regimentada contribuyeron a distorsionar el pensamiento genuino del Nuevo Mundo durante los dos primeros siglos del coloniaje. Nada, pues, tan saludable y necesario como las rebeldías literarias nuestras contra la férula madrileña.

Claro está, en eso fuimos a menudo exagerados. Lo fuimos también al imitar. Los propios españoles reconocen que ellos carecían de la fijeza de reglas que nuestros puristas pretendían. Si, como dice Amado Alonso, “desde Nebrija... había sido en España casi un dogma ortográfico ‘escribir como se pronuncia’ (heredado de Quintiliano), y las numerosas ortografías tratan de ser fonéticas”, ¿cómo extrañarnos de los esfuerzos de análoga tendencia llevados a cabo por Bello, Sarmiento y González-Prada?³ Juan María Gutiérrez escribía a Enrique Piñeyro: “La lengua o el lenguaje, atributo de la nacionalidad e instrumento de ideas, tiene una inmediata correlación con el pensamiento, y nadie tiene el derecho de dar reglas sobre cómo ha de expresarse el pensamiento, mucho más cuando son reglas de un código, dictadas en otros siglos y bajo el influjo de unas ideas que el progreso ha dejado atrás como vestidos antiguos”⁴. El joven Florencio Balcarce, mucho

1 BUNGE, CARLOS OCTAVIO, *Nuestra América*, ed. cit., pp. 181-182.

2 SARMIENTO, *Conflicto y armonías de razas*, ed. cit., p. 354.

3 ALONSO, A., *o. c.*, p. 115.

4 MORALES, ERNESTO, *Juan María Gutiérrez*, Buenos Aires, 1938, p. 174.

más rotundo, había escrito ya: “El primer paso para modificar el lenguaje es modificar las ideas”¹. Pero, nadie expresó esto con más vigor y claridad que González Prada en su famoso *Discurso en el Teatro Olimpo* y en su *Conferencia en el Ateneo de Lima*².

En realidad, empezamos *traduciendo* nuestro pensamiento: grave anacronismo porque la lengua es algo pegado a la idea, como la carne al hueso. E. G. Hudson, pese a su nacimiento y adolescencia en Argentina, recurrió a su auténtico idioma nativo, el inglés, para reproducir sus recuerdos. Si Rilke y Conrad usaron de otra lengua que no era la suya, se debió a que, en la práctica, tenían ya dos patrias cada cual, así como que en Europa, la convivencia de tantas naciones tiende puentes para nosotros inconcebibles.

Los mestizos coloniales hallaban dificultades para expresarse en un idioma a medias propio. Lo podían usar para los menesteres cotidianos, pero la intimidad de sus sentimientos y la forma estética requerían más amplio dominio. Garcilaso Inca y Sor Juana Inés de la Cruz resultan casos singularísimos.

¿Qué podía hacer un indio de alma sintetista y rectitud lacónica, con una lengua, amplificadora, “para perorar”, como es la castellana? Dista de ser sencillo rodear de lujo a un ser ascético, convertir en hiperbólico a un litótico: hipérbaton más allá de las capacidades de cualquier demiúrgico Góngora indiano.

No se trata aquí de que el castellano sea hermoso o feo, ni que el hombre de España fuera o sea bueno o malo. Estoy refiriéndome sólo a la inadecuación entre un modo de sentir y pensar, y la expresión a que se le quiso obligar para verter sus sentires y pensares. Se trata de que, habiendo comenzado con la Gramática, el *uso* del idioma resultó *consecuencia*, en vez de ser, como debe, *causa*. Semejante inversión no se realiza impunemente.

IV

Desde luego, el proceso literario quedó afectado, en sí, por el lingüístico. Nacimos a la literatura “occidental” contrahechos: no con epopeyas ni cantares de gesta, sino con cantos pseudolíricos, traídos de afuera, imitados.

¹ ARRIETA, R. A., *o. c.*, p. 54.

² GONZÁLEZ PRADA, M., *Páginas libres*, París, 1894.

Los primeros escritores ibéricos y criollos de América, lejos de adiestrarse glosando hazañas de la conquista, las maravillosas sorpresas de un paisaje inédito, se dedicaron a requiebros y arabescos líricos, adobados de citas grecolatinas. Las tres mejores epopeyas de la literatura castellana —salvo *La Atlántida* de Verdaguer— se escribieron en el Nuevo Mundo, y sólo una —*La Araucana*— se ocupa de tema lugareño, verdad que a través de una pasión muy personal y hasta mezquina: el odio de Ercilla a don García Hurtado de Mendoza; y dentro de un canon clásico: el de *La Eneida* y de *Jerusalem Libertada*. Amores renacentistas, nube de alusiones mitológicas en aquel que debió ser claro cielo de la epopeya indoibérica. En Lima o Pernambuco, en México o Buenos Aires, el clima italianizante y saloneró imprimió su huella. Galantería lisbonense y toscana, en comarcas de canela y cobre... Cultura de revés, proceso inverso... El milagro del Nuevo Mundo quedó apenas inscrito en las crónicas —actas de posesión, no escaparates de entusiasmo—, en vez de poemas épicos. Al cabo de cuatrocientos años de camino literario, arribamos ahora a la novela, en donde se dan cita la naturaleza exuberante y el hombre nuevo, con pujanza que debió haber producido en el Seiscientos. Es que todo fue aquí ocupado sólo en arrendamiento: hasta los ojos. En África, los portugueses habían tenido la ventaja de contar con un cíclope, sin embargo omnividente eximio: Luis de Camoens. Los españoles, no. Violas itálicas, violines franceses, guzlas moras: nunca *queñas* indias, ni esa mordiente melancolía de nuestros picachos, ni el sortilegio desconcertante de nuestra jungla. La codicia exacerbada limó toda arista a la sensibilidad absorta. Transeúntes, listos a aprehender lo material, se curaban poco o nada del espíritu. Endurecido por su lucha contra los moros, el hispánico se había hecho también a cierto mutismo y desconfianza, como el indio. Confesarse indicaba debilidad: cerrábanse, pues, las puertas al lirismo. Manifestar sorpresa habría sido exhibirse en estado de inferioridad frente a lo contemplado: imposible entonces escribir epopeyas. Desde luego, esta última actitud se explica sola. Una recalcitrante soberbia, frustraba el camino del español hacia la épica. Mas, ¿y el lirismo? ¿Por qué no lo acendró con nostalgias?

Es que en el Nuevo Mundo no disfrutaba de las libertades que, en la Península, permitían las travesuras de arciprestes y buscones. Aunque éstos tenían lectores en América, pese a las formales prohibiciones legislativas, una cosa es poder leer lo impreso *afuera*, y otra cosa es producirlo en *casa*, sobre todo, si la imprenta es, como era, vehículo oficial.

Desprovista de tales oportunidades, la inteligencia *colonial* hubo de crecer enjuta, igual en Cotton Mather, al Norte, que en Pedro de Peralta, al Sur. Nada de incursiones por los meandros de la pasión y de la raza. Moralizamiento y no galantería: la ley era ésa. Desterrado el erotismo, quedó también proscrito el heroísmo, y, por tanto la epopeya. ¿No era, acaso, necesario, puesto que Eros y Héroe provienen del mismo origen?

No tuvimos epopeya, como toda literatura que se inicia, porque la nuestra era parte de la peninsular. El *indiano* seguía habitando mentalmente en España cuando venía físicamente a América: continuaba su proceso nacional, hispánico, de suerte que su pasmo estaba implícitamente circunscrito. Sólo cuando América se apartó de España fue posible adquirir una conciencia épica y comenzar, por tanto, nuestra literatura. Ya era en 1780. Al cabo de 140 años aquello principió a germinar: 1920.

Nuestras letras nacieron contrahechas: sin epopeya primordial, con lírica maniatada, sin tradiciones terrígenas. Cuando se estudie a fondo la Colonia, llena de amotinamientos y rebeldías, se explicará que ella fue nada más que un inicio, el primer y larguísimo día de una Creación en marcha¹. Nuestra épica empieza ahora, *después de los ensayos de patriotismo geográfico de fines del XVIII; de patriotismo político de mediados del XIX; de patriotismo estético de comienzos del XX, y de agitación social y patriotismo continental de estos años*: evolución que entraña un auténtico descubrimiento; patriotismo que siempre significa afirmación de la personalidad colectiva; marcha de lo lugareño a lo americano. La novela americana de hoy no es, pues, otra cosa que la *tardía epopeya de un mundo recién nacido a la cultura universal*. En ella, los dioses antiguos han sido reemplazados por fuerzas superhumanas: selva, río, pampa, desierto; salitre, petróleo, caucho; banana, cobre; indio, gaucho, roto, cholo, pelado, chombo, montuvio, llanero, goajiro. Quien no mire así nuestra novela, no entenderá nunca este género, ni mucho menos la auténtica definición de América².

Como todo lo obtuvimos de prestado —el “lend lease” tiene larga historia en nuestra vida— fue imposible organizar una cultura. Con nuestros canales de regadío, indios, características de una civilización agraria, fueron destruidos otros canales, menos perceptibles, más vitales:

¹ SÁNCHEZ, L. A., *El pueblo en la revolución americana*, Buenos Aires, 1932; *Vida y pasión de la cultura en América*, Santiago, 1935.

² SÁNCHEZ, L. A., *América, novela sin novelistas*, 2º ed., Santiago, 1939.

los del alma. Durante tres siglos se estuvieron midiendo, en perpetuo acecho, el fanatismo ibérico y el misticismo indio, la agresión y la resistencia, el alarido y el silencio. Sólo el mestizaje podía resolver aquel dilema. Apenas comenzó a suceder, buscó su expresión: y fue la novela, nuestra epopeya. Desde entonces, América tiene derecho a reclamar su puesto en la cultura del mundo, conquistado ya su *estilo* a costa de ruda lucha con el estilo ajeno.

Error tremendo de la Colonia, el de querer borrar “por decreto” la inmensa tradición aborígen, en vez de absorberla. Se llamó bárbaros a quienes, a lo sumo, eran *gentiles*. Sin embargo, nadie pudo apagar eso que es tan característico y hondo en todo pueblo: la canción. Hoy se ve claro. En la Argentina, por ejemplo, no obstante el caudal inmigrante, se mantiene enhiesta la *tonada* nativa —gatos y güeyas, vidalas y tangos. Estados Unidos tiene, como *sustratum* musical, alaridos indios y cadencias africanas, tanto como melodías inglesas y alemanas. “La música más impresionante de Suramérica —escribe Keyserling— es la del Perú. Es también monótona y polifónica; pero, en ella resuena por doquier el recuerdo de un gran mundo.”

No lo entendieron así los conquistadores. Los concilios religiosos tampoco. Se emprendió una recia cruzada contra los instrumentos “idolátricos” y se utilizó con fines de catequesis la vieja canción india. Fútil empeño. No hay Gestapo capaz de borrar las huellas que tatúan el alma. Aún más: la misma “barbarie” cuando arraiga en la médula de una nación y se hace carne en su música, se convierte en “cultura” cualesquiera que sean su procedencia y sus aspectos.

V

“El hombre primitivo no es más lógico ni más ilógico que nosotros”, ha dicho Jung. Cada vez que los pueblos europeos quisieron encontrarse a sí mismos, bucearon en sus múltiples y arcaicas raíces, sin excluir ninguna. Así, Italia, cuando organizó el Renacimiento; y Francia, y Alemania, y España, que nunca desdijeron su caótico y áspero pasado galo, germano y goda. Los pueblos americanos quisimos hallarnos en lo forastero, por medio de un nuevo y voluntario enfeudamiento. Si hubiéramos asimilado la experiencia europea, que tanto nos provocaba, otra habría sido la marcha, y habríamos retrocedido más allá, a lo prístino. Hablar de tradicionalismo y encuentro del propio ser, mediante

una devota sumisión a lo exótico, parece una dramática caricatura del acto creador.

La amalgama de iberos e indígenas fue necesaria y fecunda: pruébanlo Garcilaso, Sor Juana, Espinosa Medrano, Peralta, Sigüenza y Góngora, Ovalle, Espejo, Caldas, Labardén, Andrada e Silva, Olmedo. En las artes plásticas, la presencia del mestizo fue más dinámica aún. Investigadores tan acuciosos como son Ángel Guido, Martín Noel, Alfredo Benavides, Manuel Toussaint, Felipe Cossío del Pomar, José C. Navarro, demuestran que alarifes y decoradores indios y mestizos adoptaron el estilo de los maestros europeos, pero sin perder el vínculo que los ataba a las tradiciones de aquellos insignes constructores de las pirámides de Chichen Itza y Teotihuacan, de las portadas monolíticas de Cacha y de Mitla, de los palacios de Cuzco y Monte Alban. Mientras los literatos rivalizaban en exóticos preciosismos, esos humildes artesanos infundían vida a la piedra. Como dice Guido, la Independencia tuvo su precursor en José Condori, el modesto alarife que talló la portada del templo de San Lorenzo de Potosí, en 1754. Y dice bien Benavides cuando destaca que el pulimento de la piedra por los indios, era un acto de amor antes que de menestralismo¹. “Un pathos indio campea en los enojados frontispicios del Setecientos”, a punto que, no contento con extenderse por América, aquel estilo se traslada a la Península e invade el arte español y portugués. La Sacristía de la Cartuja de Granada (1730-1760) pertenece “al más puro estilo mejicano”. Es que el indio tenía también su *Weltanschauung*, su enfoque propio del mundo, astrolátrico, panteísta. Destrozado por la conquista, aquel orden estético, se arrastró “como un gemido” durante el siglo XVI; pero, ya en el XVII, provisto de la técnica ibérica, logró suplantar lo extranjero, e infundir a sus obras un nuevo aliento: el mestizo.

He dicho, desde 1927, que el barroco cundió aquí no sólo porque era el orden estético importado de España, sino porque nuestra inclinación abisal era también barroca, desde antes de la Conquista. Cotéjense, si no, los monumentos y reliquias mayas y mochicas con el plateresco peninsular.

La República paralizó el esfuerzo creador del artesano mestizo e indígena. Rechazó todo alarde estilístico, limitándose a un criterio ram-

¹ GUIDO, A., *América frente a Europa en el arte*, Santa Fe, 1936; ROJAS, R., *Eurinda*, Buenos Aires, 1924; URIEL GARCÍA, *El nuevo indio*, Cuzco, 1931; BENAVIDEZ, A., *La arquitectura en el Virreinato del Perú y la Capitanía General de Chile*, Santiago, 1941; HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1926; RIVA AGÜERO, *El Perú histórico y artístico*, Santander, 1921.

plón. Casas soleadas, con extensión y sin grandeza, con abigarramiento y sin primores: cuando la arquitectura quiso volver por sus fueros fue para caer en una absurda imitación: el llamado *art nouveau* del 900. De entonces acá se ha caminado mucho. Hoy se filtra ya, a través de todos los disfraces, la gracia mestiza en la arquitectura, recubriendo y transformando con sus arrumacos la recargada adustez del barroco peninsular.

Todo ha surgido a la vez: estilo arquitectónico neoamericano, novela americana, pintura también americana. Eclosión total y decidora. Hallazgo de una clave, propia e intransferible.

Habíamos estado viviendo a expensas de todo lo europeo. Si nuestra Colonia osciló entre lo ibérico y lo itálico, nuestra república se rindió a lo francés. Pero, ni en pintura ni en escultura habíamos sobrepasado los linderos establecidos por artesanos y artistas mestizos del Virreinato, llámense "el Alejaidinho" de Ouro Preto, o Baltasar Gavilán, el trágico limeño autor de "La arquera", o Miguel de Santiago, el quiteño enloquecido. Nuestros pintores y escultores traían la retina cargada de colores y formas extraños, sin conocimiento de nuestras formas y colores. Cuando asoma Ignacio Lasso o Saturnino Herrán, se los recibió como a seres estrambóticos: sin embargo ellos inauguraban algo semejante a una expresión realmente nuestra. La pintura americana se acuna con la Revolución mexicana, después de 1910. Fruto de la tierra, requirió que ésta fuese removida por un sacudimiento casi ciclópeo para adquirir su señorio. Paralelamente se depuran la literatura, la arquitectura y también la música. Representan algo muy semejante, si no idéntico, Diego Rivera, Clemente Orozco, José Sabogal, Rufino Tamayo, Siqueiros, Guarderas, Mérida, Codesido, Butler; que José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes, Abraham Valdelomar, Rubén Romero, Miguel Ángel Menéndez, Ciro Alegría, Gil Gilbert y, sobre todo, el ya clásico José Hernández, padre del *Martín Fierro* y de lo que de ahí arranca. Ellos representan para nuestra vida espiritual lo que los antiguos aedas para la Grecia legendaria. Personifican la aparición de una *cultura*; el tramonto de una *civilización*. Nuestra marcha, y la europea, conducían fatalmente a eso. Mientras Europa se entretenía en destruir su civilización, América trabajaba por localizar su propio destino. Tal vez, ambos arribemos ahora a un punto idéntico: ellos para reedificar su solar; nosotros para edificar el nuestro, desde sus cimientos.

Rechazo, apresuradamente, una posible clasificación de lo dicho dentro del llamado "americanismo literario" que, a base de una alabanza

ininterrumpida a los elementos físicos del continente, desemboca en la negación a ultranza de todo lo extranjero. Discrepo de semejante movimiento, y, además, no creo en la posibilidad ni conveniencia de dictar normas al arte: éste es como es: no como *debe ser*.

Lo que yo digo es que, por haber adoptado una civilización, hemos carecido de cultura; o sea que quisimos ajustar nuestro elástico paso adolescente, al cansino de la senectud.

En el campo educativo ocurrió lo mismo. Salvo Argentina, desde Sarmiento, y México, desde la Revolución, los americanos nos preocupamos preferentemente de lo universitario, antes que de lo primario escolar. La Reforma Universitaria de 1918, no obstante ser eso —universitaria—, inició la reconquista del piso bajo, para tener el derecho de residir en el alto¹. Por lo general, repito, carecimos de cultura. Nuestra vida cultural fue como si, en vez de enseñárenos a manejar el avión, se nos hubiera proporcionado una flota de aviones ciegos, con pilotos mecánicos, manejados por radio, pero con el transmisor de órdenes fuera de nuestro continente. Ahora estamos intentando por medio de un proceso de “trasculturización” —acertado giro de don Fernando Ortiz—, de adecuar la técnica europea a nuestra inspiración criolla². Semejante “trasculturización” implica, en otros términos, un efectivo y fecundo mestizaje, una simbiosis cabal. Lo que el ilustre investigador cubano considera ya realizado en su país, a través del tabaco (como elemento masculino) y el azúcar (como elemento femenino), de la planta que se pavonea y presume y la que se recata y hasta esconde, entre el moreno y la rubia, entre la sombra y el sol, entre la extranjera y aclimatada azúcar que se nacionaliza, y el tabaco autóctono que se desarraiga y sale a conocer mundo, rige exactamente en todos los grados de nuestro desarrollo. Pero, muy en especial, en los de la economía y la cultura.

¹ Véanse: DEL MAZO, GABRIEL, *La reforma universitaria*, 3 vols., La Plata, 1941; ENCINAS, J. A., *Historia de las universidades de Bolonia y Padua*, Santiago, 1936. Véanse además: CÓSSIO DEL POMAR, F., *La pintura en el Cuzco*, 1921, y *Arte nuevo* 2ª ed., México, 1940; WOLFS, BERTRAM, *Diego Rivera y su época*, Santiago, 1940; GUIDO, A., *El alejandino*, Rosario, 1936; SÁNCHEZ, L. A., *La Universidad latinoamericana*, Guatemala, 1949; *La Universidad no es una isla...*, Lima, 1961.

² ORTIZ FERNANDO, *Contrapunto del tabaco y el azúcar*. Habana, 1940, *passim*.

CAPÍTULO XI

LOS ÓRGANOS DE CONSERVACIÓN: EJÉRCITO E IGLESIA

“No sin motivo, Señor, el Supremo Arquitecto del Universo puso al Océano entre América y Europa. Los que sirven a Europa pueden crear la felicidad de Europa, pero no pueden crear la felicidad de América.”

DON PEDRO I, EMPERADOR DEL BRASIL.

Las dos instituciones que se arrojan, en América, la personería de la tradición y su defensa son la Iglesia y el Ejército: éste pretende preservar el cuerpo; aquélla, el alma. Sin embargo, los modos que han escogido para desarrollar su tarea aquí, suelen motivar con frecuencia arduos debates. Si no se discute más el tema, ello se debe a que muchos prefieren no provocar las iras de tan poderosos señores, con sus dudas y rectificaciones.

I

En el principio, los soldados indígenas usaban tan sólo armas naturales: honda, maza y flecha para el ataque; petos de lana, madera y cuero para la defensa. Sus jefes se formaban a través de duros y largos aprendizajes en el monte y el valle. Conocían de memoria los riscos y ventisqueros de su tierra; los árboles, por el olfato; las distancias, por el oído; las posibilidades, a simple golpe de vista. No usaron casi el metal, ni les era preciso. Los conquistadores europeos, sí. Trajeron otras armas y otra técnica: a eso debieron su triunfo.

Igual sucedió a menudo en la historia. Durante la batalla de Francia, el año de 1440, no vencieron los más cultos ni más aptos, espiritual y racialmente hablando. Vencieron las mejores armas. Cuarenta millones de aguerridos franceses fueron barridos por cien mil hombres de las tropas de choque nazis, provistos de más moderna utilería mecánica. Eso fue todo. Y eso fue también lo que ocurrió entre europeos y americanos, allá en los primeros tiempos de la Conquista. No pudieron los indios detener las balas de arcabuces y culebrinas, con el algodón de sus escudos ni la carne de sus pechos. Durante la Colonia poco fue lo que batalló el soldado español en América: la guerra estuvo a cargo de sus auxiliares criollos —aparte, por cierto, de las guazabaras, entreveros y motines de los primeros cincuenta y los últimos cuarenta años virreinales. Incluso, la guerra entre España y Portugal, transportada al territorio de Misiones, se

hizo según el sistema de guerrillas, basado en el conocimiento del terreno, más que en los libros de tácticas peninsulares.

A la hora de la Independencia, los soldados de Su Majestad, capaces de hacer morder el polvo a los veteranos de Bonaparte, se las hubieron con las endiabladas maniobras criollas. Los franceses cedieron, en Haití, ante la astuta agresividad de los negros de Toussaint l'Ouverture. Los disciplinados regimientos británicos de Whitelock y Berresford se vieron arrollados por los desordenados, pero mañosos criollos de Buenos Aires, antes de que por las huestes de Su Católica y Sacra y Real Majestad de Madrid. Luego, si España no adopta también el método de guerrillas lugareño, al mando del "godo" Boves, la campaña de Venezuela habría sido, desde el principio, una derrota fulminante. La "guerra a muerte" aparece así como un duelo dentro de una misma concepción bélica: la montonera. Bolívar triunfó, al cabo, porque él encarnaba el vivo genio del estilo militar criollo. Los usos europeos traídos por San Martín chocaron, a su turno, con la guerrilla mestiza al servicio de generales ibéricos. La primera gran victoria del futuro héroe de Chacabuco se realiza al modo gaucho: astucia, emboscada oportuna y ataque abierto, a pecho limpio, junto al convento de San Lorenzo. Igual habrían procedido Güemes y Ribas, Belgrano y Girardot, sin escuela militar del Viejo Mundo. La famosa batalla de Junín, antesala del triunfo definitivo de los patriotas, se obtuvo mediante un ardid propio de los Pieles Rojas: una emboscada, ni un tiro, pura arma blanca y arrojo sin tasa. En seguida, el 9 de diciembre de 1824, se enfrentan 16.000 experimentados guerreros, a órdenes del Virrey, y 9.000 patriotas, perfectamente mal avituallados. El encuentro debió producirse dentro de las más severas normas clásicas, pero lo decidió una improvisación criolla. El general Córdova, impetuoso y fulgurante, quebranta las instrucciones recibidas y se lanza al ataque. Su vehemencia decide la suerte del combate. La respalda un militar experto en los secretos del terreno: el criollo aindiado Agustín Gamarra¹. El arreglo de que habla Madariaga es una mera imaginación².

Tanto San Martín como Bolívar emplearon su conocimiento del hombre y la tierra americana, para compensar su inferioridad material. Cuando cruzan los Andes visten tosco poncho de baquiano andino, en

¹ Véanse: MANCINI, JULES, *Bolívar y la emancipación de Suramérica*, París, 1913; MILLER, *Memorias*, Londres; GARCÍA CAMBA, *Memorias*, París; O'LEARY, *Memorias*, Caracas.

² S. DE MADARIAGA, *Bolívar*, Hermes, México, 1951.

lugar del reglamentario uniforme con que los retratan los pintores demasiado Delacroix.

Caro fue el precio que, en 1866-68, pagó el general Mitre por la guerra contra el Paraguay. Tuvo un grave error: creer que el número y la organización de los tres países coligados era bastante contra el indomable y astuto Francisco Solano López. Sesenta años después, Bolivia cometió la misma equivocación. En la campaña del Chaco triunfaron los criollos baquianos sobre la disciplina prusiana del general Kundt y sus acólitos. Mucho costó a Chile su pelea contra los montoneros del peruano general Cáceres: quizá tanto como la guerra contra el ejército regular peruano. De poco le sirvieron al austríaco Maximiliano sus generales franceses frente al fervor y la nativa astucia de Benito Juárez y Porfirio Díaz. El hecho se repite cuando chocan las improvisadas, pero expertas huestes de la Revolución mexicana con los regulares norteamericanos del general Pershing. Por lo demás, Hitler y su formidable máquina militar conocen algo acerca de tal experiencia en su larga lucha contra los guerrilleros del mariscal Tito y contra los "maquis" de Francia.

A menudo, durante nuestras repetidas guerras civiles, pasó cosa análoga. El montonero lograba derrotar al soldado científico, un tanto olvidado de ciertas normas del lugar. Nada tiene de extraño. La táctica tiene que ser un fruto de la experiencia histórica universal, conjugada con las realidades topográficas y psicológicas locales. Cuando un militar estudioso, el coronel Julio C. Guerrero, sugiere la conveniencia de adoptar la "guerra de guerrillas" como el método clásico para defender nuestro suelo, no hace sino enunciar en forma apodíctica, lo que la historia ha revelado ya por medio de un copioso anecdotario¹. Muchos de nuestros mejores ejércitos fueron constituidos por civiles entusiastas y soldados repentinos, profundos conocedores del terreno en que lidiaban, llenos de fe en su guía. La heroica y dilatada resistencia de Augusto Sandino contra los marinos norteamericanos, lo confirma.

Desde luego, el desarrollo de novísimos medios y métodos de ataque ha modificado esta situación. El aeroplano y las armas automáticas han reducido, por el momento, la posibilidad de alzamientos populares. No se ha dicho, sin embargo, la última palabra al respecto. El país de América que, utilizando esos recursos, aprovechara el instinto nativo para crear un *estilo* propio de combate, sería invencible dentro del Continente.

No obstante —y he aquí el *ritornello* de todo este libro—, nuestros

¹ GUERRERO, JULIO C., *Guerra de guerrillas*, La Paz, 1939.

ejércitos han preferido tener sólo moldes europeos: uniforme exótico, a menudo inadaptable por razones climáticas y anatómicas; estrategia a lo Napoleón, a lo Moltke, a lo Foch, acaso, a lo Zhukov, lo Rommel, lo Montgomery y lo Eisenhower, sin considerar peculiaridades locales imprescindibles. Cuando uno mira, en las portadas de la Casa Quemada de La Paz, o del Palacio de Pizarro, en Lima, centinelas mestizos o indios disfrazados de granaderos alemanes o de coraceros franceses, no sabe si protestar o reír. Nuestros regentes no han reparado que el uniforme, como la piel, debe ser propio, o apropiado; nunca sujeto a serviles repeticiones, como las modas femeninas.

Tengo, al respecto, un episodio deliciosamente instructivo. Era Encargado de Negocios de Argentina en Berlín, don Federico Quintana, cuando su gobierno le ordenó solicitar de Alemania un modelo de uniforme de gala (subrayo: de gala). El funcionario respectivo recibió la demanda del señor Quintana con inequívocos signos de perplejidad. Al fin articuló: "Señor, perdone que sea indiscreto. Pero, dígame usted, ¿no hay en su país una tradición militar típica, un uniforme genuino que pueda adaptarse a las necesidades a que usted se refiere? Nosotros, al menos, usamos un uniforme íntimamente ligado con recuerdos y tradiciones de Alemania, nuestro país".

Con el espíritu suele ocurrir lo mismo que con el uniforme. Constituidos nuestros ejércitos por gente de clase media, sin embargo acaban haciéndose campeones de las clases altas, oligárquicas, sus históricos y naturales enemigos y explotadores, ya hacen suyo un "orden" ajeno —el de los feudales de la Colonia y de los nuevos ricos de origen fiscal—, y por tanto defienden y conservan una tradición minoritaria, en vez de responder, si acaso, al sentimiento mayoritario de su nación. No es ése el modo cómo actúan los *junkers* prusianos; ni así procedían los ex nobles franceses; ni ahora, tampoco, los universitarios británicos de Oxford, Cambridge y Eton, arracimados en la R.A.F.; éstos saben que defienden a toda su patria y a su clase. Los nuestros en cambio a menudo protegen una parte del contenido global de la patria, y a una clase distinta y hasta enemiga de la suya. En suma, lejos de ser personeros del orden —aunque implanten un orden aparente—, son los defensores de un desorden esencial.

En una novela boliviana (*Tierras hecbizadas*, por Adolfo Costa du Rels) ¹ el protagonista es un joven de Sucre, hijo de acaudalada familia,

¹ COSTA DU RELS, A., *Tierras hecbizadas*, Ed. A.L.A., Buenos Aires, 1942.

quien regresa de haber estudiado milicia en la escuela de Saint Cyr, de Francia. En su tierra encuentra que la única forma de hacer honor a su aprendizaje consiste en permanecer fiel a las lecciones recibidas, lo cual significa hacerse revolucionario. ¡Cuántos militares sudamericanos, provenientes de Saint Cyr, Postdam o West Point, juramentados en ajenos países, a no faltar a su disciplina, hallan después que la mejor forma de mantener esta disciplina consiste en "levantarse"! Sin embargo... Si, a veces, algunos ejércitos de América latina se confabulan con dictadores de opereta y hasta parecen (o son) fascitizantes, la causa consiste en ese proceso de deformación psicológica, de truncamiento social que arranca de un falso planteamiento al comienzo. Aquí, donde la carrera militar se entrega a gente de extracción modesta, el oficial y el soldado debieran ser espejo de democracia, sostenedores de la igualdad.

Una incondicional imitación de Europa ha contribuido, por otra parte, a incrementar el carácter jingoísta de nuestros ejércitos: jingoístas al modo europeo, entre patria chica y patria chica, sin tener en cuenta el conto unitario, *continental* de las mejores tradiciones militares de nuestra América, allá en los buenos tiempos de Bolívar y San Martín, Sucre y Gamarra, O'Higgins y Belgrano, Córdova y Santa Cruz, Hidalgo y Lamar. Si nuestras fuerzas armadas hicieran un profundo examen de conciencia, al punto serían además de defensores de la nación, agentes y soldados de americanidad, de la patria grande, para bien de todos los nacidos en esta parte del globo y confusión de los provocadores de conflictos parroquiales, a cuya sombra medran intereses forasteros.

Sería, por cierto, injusto culpar a los militares: toda nuestra estructura social, histórica y cultural, padece del mismo vicio de origen: una deformación cuya expresión acaso pudiera ser ésta: haber confundido reglamento con vida, privilegio con tradición, gramática con lenguaje, ley con derecho.

Los ejércitos europeos, fieles a su raíz feudal, fueron primero defensa de los nobles; después, profesionales y nacionales. En los países de soberanía mediatizada o nula sucede a la inversa: el pueblo mismo, en armas, se ocupa de buscar su camino de libertad. Mas, debido a nuestra carencia de industrias, a nuestro rol de exportadores, de materias primas, la burocracia se impone entre nosotros como único remedio a la falta de oportunidades. En ausencia de grandes conflictos interamericanos, el instinto de conservación de una minoría que detenta el poder, ha hecho, y hace, todo lo posible por hacer del ejército el celador de sus propios hermanos, convirtiendo a menudo en burócrata de tipo polici-

vo a especialistas en guerras externas. Para los "vieux grognards" de Napoleón, el "petit Caporal" era uno de ellos, tal como lo han sido Zhukov, Rommel, Montgomery, Clarck para su gente. Han surgido como un emblema superado del hombre-masa. En cambio, entre nosotros el proceso es opuesto: primero, el caudillo de contenido indeterminado; luego, la guardia personal, casi tropa de choque (¡qué desagradable coincidencia con Hitler!...), por último, el ejército, adiestrado con una táctica de aluvión o agregamiento. No ha sido ése el mejor camino para estructurar un verdadero instituto armado. San Martín, O'Higgins, Santa Cruz, Juárez, Solano López, Venustiano Carranza, Ramón Castilla, procedieron de manera más sólida e inversa.

Pocos han amado más al ejército, en su verdadero rol, como Venustiano Carranza y Manuel Azaña. Carranza licenció parte del cuerpo armado, la politizada o pretoriana, para crear uno libre de prejuicios. Nada tan sospechoso como los civiles "amigos profesionales" de nuestros militares. Tras ese pretendido "amor" se oculta un visible contrabando de inepticia, egoísmo e intereses, que tratan de parapetarse tras el "pueblo en armas". La falta de contrapeso interno, de libertad de prensa, y el exceso de poder en una persona o grupo, logran, a fuerza de sutilezas, identificar su destino con el de una institución, cuya extracción y tendencias nacionales y sociales, no pueden coincidir con las de una minoría extraña a lo esencial, aunque haya nacido en el país. Ahí donde el poder admitió la crítica, el ejército se mantuvo al margen del juego politiquero, y la democracia ha funcionado. Colombia, Costa Rica, Uruguay, Chile y, hasta hace poco, Argentina (hasta 1930, exactamente) revelan que ejército, democracia y progreso nacional de veras pueden y deben coexistir, desmitiendo el socorrido sofisma de que el ejército sudamericano no puede convivir con la democracia.

Nuestros cuerpos armados, repito, provienen en su mayor parte de la clase media y campesina, gente temporalmente uniformada, salvo los oficiales que tienen ya una profesión. La riqueza y el poder político se hallan a menudo en manos de quienes para mantener a la clase media y al campesino y obrero en situación desmedrada adulan al ejército, tratando de que actúe contra su propia fuente: el pueblo. Con frecuencia, los más prestigiosos jefes, cuando obtienen ese prestigio son mimados en los altos círculos sociales, pero a condición de que pongan su espada en la balanza. En una palabra, las oligarquías criollas han restaurado el Virreinato, llamando presidente de la República al virrey, ministros al encomendero, militar al corregidor. El pueblo sólo debe limitarse a

un modesto papel de coro, en esta tragedia que cuenta cuatro siglos.

La Revolución mexicana, en sus días de sangre, tuvo un lema capaz de galvanizar la desesperanza de los humildes: "Tierra y Libertad". Por ambas rindieron la vida más de un millón de "pelados". Un ejército realmente sudamericano no debe empezar por valorizar el concepto de la "tierra", como perenne fuente de riqueza y de seguridad, tanto cual un territorio encerrado por fronteras. Colonizar nuestro propio suelo representa una tarea primordial que debería ser programa del ejército. Andrew Jackson y el general Julio Roca lo entendieron, verdad que cometiendo el innecesario crimen de diezmar al pueblo indígena. Todavía el cuartel puede ayudar a la escuela; y el soldado ser profesor y alumno en ella, y además señor de su parcela. Nada conmueve más cuando uno visita México que el aire arrogante y el fusil dispuesto de los agraristas, labrando su egido y listos a defenderlo. Por mucha que sea la corrupción de numerosos dirigentes, la estampa blanca y erguida del agrarista (tierra y libertad) reconcilia al espectador apasionado con aquella revolución tantas veces enaltecida.

El verdadero patriotismo debe empezar por un concepto territorial intrínseco, de soberanía interna: la propiedad de la tierra para los que la cultivan. Los soldados rusos que desertaban ante el Japón en 1905, y ante Alemania en 1916, son los mismos que hoy asombran con su heroísmo al mundo. Pero aquéllos defendían la patria de sus señores, y éstos pelean por la propia. Los ejércitos más esforzados en América fueron los defensores, antes que los agresores, porque aquéllos tenían algo concreto por qué luchar: casa y labrantío. El "montonero" de Cáceres, durante la guerrilla peruana de 1881-83, sabía que de su esfuerzo dependía la tranquilidad de su aldea en donde pastaban sus vaquitas y esperaba llena de angustia su mujer. Los europeos suelen batirse bien cuando *atacan*, porque su concepto de patria ha pasado la etapa territorial para cristalizarse en la económica, histórica y política. Nuestros mestizos combaten mejor cuando *defienden* algo tangible, hollado por planta intrusa, por poderosa que sea: México en 1863, Haití en 1805; el Perú en 1881; Paraguay en 1870; Nicaragua en 1926.

Para tener un ejército auténtico, cada soldado debe saber lo que protege (educación) y tener algo que proteger (propiedad individual o colectiva, y derechos políticos). Sin estos ingredientes, resulta el pretoriano, y, lo ha dicho un eminente argentino, "el ejército tiene

por misión defender la patria, no gobernarla”¹ —repetiendo así a Bolívar.

En América, el ejército tiene, ante sí, todo un vasto programa por desarrollar, empezando por definir su propia finalidad. Su participación en el gobierno carece de lógica, por cuanto no puede argüir que lo hace en vista del fracaso de los civiles, y a modo de salvador de la patria, ya que, en la mayoría de nuestros países, los militares han tenido, al revés, tan excesiva injerencia en la cosa pública, que ellos son partícipes en la responsabilidad de los fracasos. Carecen en tales circunstancias, de la indemnidad necesaria para arrogarse la personería de las fuerzas populares hasta hoy casi siempre desoídas y engañadas. Repetimos así una suerte de política balcánica, por confundir el efecto con la causa. Después de confeccionar un nacionalismo agresivo y delirante, como el de los viejos estados europeos, caemos en la cuenta de que de América han surgido siempre las soluciones mundiales de paz, como teoría y como hecho. Ni siquiera escarmentamos con el caso de Italia, cuyo militarismo fue también algo postizo y negativo. Un amigo escritor, Lautaro García, que fuera invitado a Roma en 1936, volvió contándome esta reveladora anécdota, para mí joya de antología psicológica. En un desfile militar, las tropas del Duce marchaban con el solemne paso de ganso del aliado Hitler, firmes, estiradas, estatutarias. De pronto, una linda “bambina” sonrió al sargento más tieso de una compañía. El hombre no perdió el compás, pero, al pasar junto a la chica, a despecho de la majestad de la parada, musitó lleno de codicia: “Te espero esta noche, a las ocho, en el Cafe X”. Y siguió marcando, magnífico y heroico, su ritual y wagneriano paso importado de Germania.

Nuestro ejército, como organismo de conservación, necesita librar-se de las costras exóticas que lo estorban, y de la ideología trasnochada y colonial que le imparten los caciques civiles. Debe volver a las tradiciones de la Guerra por la Independencia, las auténticas; al pueblo, de donde continuamente brota y renace, para cuyo amparo fue creado, cuya voluntad se cumpliría si el aparato de defensa armada de la Nación no se convirtiera, tan a menudo, en órgano represor de sus propios hermanos.

¹ ALFREDO L. PALACIOS, en “La Prensa” de Buenos Aires, febrero de 1944.

II

Los romanos erigieron, en pleno corazón del Imperio, un templo en el cual se rendía culto a todos los dioses nacionales y extranjeros, excepto a Cristo, el dios de los esclavos de entonces. Los súbditos y vasallos de la Vieja Loba podían, así, hallar un trozo de sus tradiciones en la ciudad triunfante. Si el Imperio no hubiera sentido disminuir su seguridad, y perdido con ello su tolerancia, acaso habría llegado a consentir en que Jesús también pudiese ser adorado. Los griegos habían ya aceptado a la fenicia Afrodita. Los caldeos transmitieron sus ritos a sus vencedores, los asirios. Hasta los ingleses han preferido conservar la diversidad de cultos indostánicos, aunque sea para utilizarlos a modo de arma política. A su turno, los norteamericanos obligaron al Japón a abrir sus puertas al comercio occidental, pero no intentaron acabar con samurais ni sogunes, y hasta encontraron plausible el Yosiwara y el Hara Kiri. En la América pre-europea, hay por lo menos un ejemplo de tolerancia religiosa y el Kon-Ticci-Huiracocha peruano parece haber sido una síntesis de tres deidades diversas. Entre aztecas, toltecas, mayas, zapotecas, miztecas y chichimecas se operó una verdadera transfusión de credos.

España y Portugal, no. Venían de una implacable lucha con el sarraceno. Se habían musulmanizado en sus usos bélicos. Por eso, cuando el Inca Atahualpa, que jamás había visto un libro, arrojó desdeñosamente al suelo la ignota Biblia que el Padre Valverde le metía por los ojos, el grito de este respetable prelado fue de guerra: "A ellos, que yo os absuelvo; adelante; Santiago y cierra España". Después, los Concilios Provinciales y los sacerdotes quisieron borrar todo rastro de cultura indígena. Quemaron quipus, wampunes y glifos, tambores, pitos y flautas, templos, fortalezas y palacios (pero no el oro de los ornamentos). Sin embargo se salvaron las piedras sagradas de las cumbres; a ellas acudieron secretamente los indios, a confiarles su angustia y su esperanza.

Españoles y portugueses importaron a Cristo para vencer, no a convencer. Lo implantaron al estilo islámico, con la espada, no como el Nazareno, tan dulce y misericordioso, habría querido. Fue como si Mahoma hubiese venido enarbolando la Cruz en vez de la Media Luna. El catolicismo se impuso, como rito, antes que como sentimiento; como dogma antes que como fe. De ahí que nuestra Iglesia

si bien ha producido ilustrísimos beatos y santos, no ha podido infundirles el tierno calor humano que convierte a Bernardita en doctora de ingenuidades, y a Teresa en mística de la acción. Nuestra Rosa realiza milagros, pero no inventa plegarias. En nuestros predios no arde esa zarza viva que fue San Juan de la Cruz —mucho menos, el de Patmos; y si una beata escribe dulces versos celestes, como Sor Inés, no falta un obispo autoritario que la obliga a callar, a quemar sus libros y a morirse de no decir nada.

Los primeros cristianos, los musulmanes, nuestros propios indios sabían ofrendar, colectivamente, la vida por su fe. El catolicismo colonial creció de otro modo; a menudo no como ala, de las membranas de nuestro yo, sino como paracaídas. En vez de instrumento natural, pareció un artefacto, importado de lejanas tierras. La verdadera fe brota de adentro.

Yo creo que un pueblo sin auténtico sentimiento religioso corre graves riesgos. Todos necesitamos, frecuentemente —y no por oportunismo—, cierta consustanciación con lo arcano; fundar una cancellería de lo inaprehensible, para que administre nuestras más recónditas esperanzas. Nosotros, no. Nacimos a la vida occidental con una merma espantable: sin fe esencial. Porque la autóctona había sido despedazada y maldita; porque la ajena llegaba envuelta en amenazas y desdenes. Cuando los primeros catequistas ibéricos celebraron el triunfo de sus *doctrinas*, no se percataban de que habían impuesto meras *prácticas*. Toda religión se comunica por la palabra y el ejemplo. Muchos predicadores ofrendaron sus vidas en holocausto al Dios de los Ejércitos; pero muchos de sus hermanos en fe, desmentían con los hechos, diariamente, las promesas de aquellos mártires. Sin embargo, pronto fue posible que los no-criollos adoptasen misa, procesión y rezo: lo exterior. La fe, insobornable quedó un tanto al margen del negocio.

Los más sagaces catequistas lo advirtieron, sin profundizar quizá, en sus causas. Cuando, como refiere el Inca Garcilaso, los sacerdotes católicos optaron por conservar las antiguas tonadas idolátricas, pero mechadas de versos cristianos, demostraron una gran perspicacia táctica: convencer por la vía del sentimiento musical, tan profundo: por el labio, al corazón, en todo caso, lo externo precediendo a lo interno, el uso a la convicción. Cierto que ya no sonaban los bélicos *pututos* ni las quejumbrosas *antaras*, ni redoblaban los roncos *huancares*, pero, por medio de chirimías, guzlas, atabales, crótalos, clarines y

atambres exóticos continuaba vertiendo su melódica tristeza la incoercible música de los antiguos idólatras¹.

Se introdujeron bailes de "moros y cristianos". Los indios los practicaban, pero sin saber jamás qué era eso de moro, excepto un ser no bautizado. Un cómico de la legua declamando versos de Shakespeare o Calderón de la Barca habría procedido análogamente. En las procesiones, tras el anda sacra se repetían los ritos del tiempo imperial. A los preclaros latines del sacerdote católico respondía un indescifrable oleaje de murmullos nativos. Se había importado un rito nuevo, más que un sentimiento distinto. La religiosidad colonial adolecía del sólido cimiento de la fe íntima e intransferible. Un viajero francés de principios del siglo XVIII lo dice cuando expresa su pasmo por haber visto en el pueblo de Pisco, Perú, a un fraile de San Juan de Dios, en plena ceremonia de homenaje a la Virgen del Carmen, trepado en un carro, rodeado de mujeres y en medio de chanzas profanas y cantos religiosos. El mismo observador apunta que las devotas limeñas estaban siempre mejor dispuestas a concurrir a procesiones que a soportar ayuno y abstinencia². (El cronista) "Sánchez de Aguilar cuenta cómo castigó a un indio (maya) que encontró rezando ante una cristiana imagen. Grande parecía la devoción del cuitado, pero era que detrás de la imagen ocultaba la de su ídolo". Algunos, menos hipócritas, intentaron, abiertamente, revivir sus antiguos cultos. "En 1585, un indio (yucateco), descendiente de los Cocom, fue ahorcado por pretender promover una cruzada anticristiana. Igual pasó en 1610, con otro, en el pueblo de Tekak, y, luego, con otro más llamado Andrés Ohi."³

De análoga manera, los negros haitianos conservan sus idolatrías y abusiones, a través del catolicismo. El *Vodú* continúa siendo la típica expresión religiosa del cafre. "La misma gente que bailaba la noche del sábado, al compás del tam-tam en las ceremonias del Vodú, asistieron a misa, a la mañana siguiente, con católica devoción y comportamiento", comenta el crítico Edward Larocque Tinker⁴. Quien lea *Jubiabá*, *Cabaret Vert* y los poemas antillanos comprueba esto en seguida.

¹ GARCILASO DE LA VEGA, INCA, *Primera parte de los Comentarios Reales*, Lisboa, 1609, *passim*.

² FREZIER, AMEDIE DE, *Voyage a la Mer du Sud*, París, 1732, *passim*.

³ BAQUEIRO ANDULCE, OSWALDO, *La Maya y el problema de la cultura indígena*, Mérida de Yucatán, 1939, pp. 42-48.

⁴ LAROCQUE TINKER, EDWARD, prólogo a *Cabaret Vert*, por M. y PH. MARCE-

El misionero católico Maebach afirma que los araucanos tienen más interés en recibir “caldo con carne”, tabaco y ají, después de la prédica, que en la predicación misma¹. Por lo demás, hasta hoy el “Catecismo dominical” atrae a los niños más por los dulces que se ofrecen al final que por la enseñanza religiosa.

Durante la Colonia, las pendencies interconventuales y las intraconventuales dificultaron la expansión eficaz de la “doctrina”. Los propios guaraníes, súbditos de los jesuitas de Misiones, debieron sufrir terribles dudas al ver a sus maestros trabados en recias disputas *de facto* con los padres franciscanos a propósito del celeberrimo proceso del “justo don Josef de Antequera” (1732)². Hacia 1623, Venezuela presenció algo parecido cuando los prelados excomulgaron a unos alcaldes con quienes discutían, pero la Audiencia de Santo Domingo, haciendo caso omiso del interdicto eclesiástico, falló a favor de los alcaldes³. Varias veces los virreyes de Lima y otras partes tuvieron que penetrar, a pie o a caballo, en los conventos, con el objeto de sofocar ardorosos motines electorales entre los siervos del Señor. La catequesis sufría así dolorosas lesiones. El argentino J. A. García sostiene que, en el fondo, aquello fue sólo una lucha “por la dominación que tenía todo el valor del poder absoluto, ejercido sin control sobre miles de almas sumisas y obedientes⁴. La subsecuente expulsión de los jesuitas de Francia, Portugal y España —y sus colonias— fue otro certero arpón clavado en la cerviz de la feligresía americana.

“La religión para el cholo —escribe a su turno el folklorista peruano Mejías Baca— no es un problema espiritual; pero, en el culto religioso, sí, hay manifestaciones espirituales: manifestaciones libres de todo contenido místico, pero, sí, plenas de aquel innato instinto fiestero, cuyo más elevado vehículo de realización es la jarana.”⁵

El reputado historiador chileno Francisco A. Encina encuentra en el fondo de nuestra religiosidad colonial “tres corrientes cristianas distintas: la goda, la ibera primitiva y la meridional o andaluza, cargada

LN, Ed. Farrar and Reinart, N. York, 1944, p. XX. Véase el texto de la novela misma, el de *Jubiaba* por JORGE AMADO, las obras de Freyre, A. Ramos, etc.

¹ MOESBACH, P. G., *Vida y costumbres de los araucanos en el siglo XIX*, Santiago, 1930, pp. 25 y 42.

² SÁNCHEZ, L. A., *Los poetas de la Colonia*, cit. cap. “El ciclo de Antequera”.

³ ARCAYA, P. M., *Estudios de sociología venezolana*, Madrid, s/a., pp. 97-100.

⁴ GARCÍA, J. A., *La ciudad indiana*, ed. cit., p. 85.

⁵ MEJÍAS BACA, JOSÉ, *Aspectos criollos*. Imp. Lux, Lima, 1937, p. 32.

de influencias berberiscas”¹. En verdad, el ibero vino como devoto, pero el indio era religioso, matiz que no ha sido observado generalmente. Por su entronque andaluz nuestro catolicismo vino impregnado de orientalismo: imaginación veloz, sensualidad despierta y mucha adhesión a lo tangible. Más cerca del fetichismo que del escolasticismo, logró impresionar al negro, adorador de lo palpable, pero muy poco al indio, cuya proclividad es metafísica. Cuando se proclamó la santidad de Santa Rosa, el primer cuidado de la feligración consistió en pavimentar con lingotes de oro las calles de Lima por donde pasaría el anda de la canonización. Más ornamental y pragmática, que íntima y contemplativa, nuestra devoción prefiere hacer ofrendas interesadas en casos de apetencia práctica o de temor físico, antes que cumplir mandato interior. De ahí que, llegado el día de la independencia política, la devoción tuvo una brusca sacudida; la fe, no. La fe, al contrario, como recién nacida, se entregó en México a la Virgen Morena, la de Guadalupe; en el Perú, a la de las Mercedes; en Argentina, a Santa Rosa. Heroicos curas (Hidalgo, Morelos, Béjar, Muñecas, etc.) condujeron a sus greyes al combate por la felicidad de la patria, mientras el alto clero, a menudo hispánico, mantuvo el imperio de la liturgia y estimó, antes que lo humano, lo político.

Cierto que ello implicaba una merma en el dogma. Los adalides de entonces, sólo aceptaban a la Razón, como diosa tutelar. Pero, en tal momento, en que América nacía a la vida nacional y continental, nadie mejor que la Iglesia (vale la pena leer lo que Juan Larrea dice al respecto)² para dar firme osatura al unionismo. Fue su gran oportunidad y pudo ser su mejor servicio visible. Pero, mientras la Masonería trabajaba por la solidaridad de las repúblicas recién nacidas, el clero sostenía una lucha interna, y sus más altos dignatarios se declaraban fidelistas, en vez de patriotas. La Iglesia pudo entonces cristianizar —si posible— la guerra, disminuir los dolores de España y los sacrificios de América. Con sólo trocar la liturgia en caridad, el dogma en fe, la política en religión, habríanse ahorrado sufrimientos y ganado permanente derecho a ser tenida por augusta, infalible y materna. Su falla de esa vez dio alas al incipiente racionalismo y fortificó el escepticismo con todas sus estériles implicancias. A tal punto, que, algunos,

¹ ENCINA, FRANCISCO A., *El sentimiento religioso en la colonia*, en “Atenea”, nº 177, marzo, 1940, Santiago.

² LARREA, JUAN, *Rendición del espíritu*, Ed. Cuadernos Americanos, México, 1943.

heridos en sus más caros sentimientos, propugnaron, como F. de Paula Vigil, la segregación de la Iglesia Americana de Roma¹. Otro error: curar un abuso con otro, sin penetrar en la raíz del problema. Variante de letra, pero idéntica música. Rebelión, no creación. De lo que se trataba y trata, no es de un problema de jerarquía, sino del alma misma del hombre. En vez de otorgárenos una efectiva disciplina interna, se prefirió un orden superficial. Como siempre, la cuestión radica en lo profundo. Si el hombre americano tiene poca o ninguna fe profunda, ello es consecuencia de algo, pero no causa de sí misma. Compelido al forzado ejercicio de un rito importado, disonante con su concepción primigenia del destino cósmico, no se le dió oportunidad —como se la dieron a celtas, romanos, irlandeses, modernos alemanes, norteamericanos, etc.— la ocasión de encontrar su propia convicción en una catequesis persuasiva. Repitiendo y copiando, la Iglesia contribuyó a conservar prácticas forasteras, que se harían nuestras, sí, asumiendo una labor de entendimiento, fraternidad desde abajo, auscultación del humus, conciliación de los extremos, abolición de los privilegios de raza y clase, ruptura con los autócratas, humanización real de la vida de los “corderos de Dios”. Cuando este viraje se produce, la Iglesia asume indiscutiblemente el rol que le corresponde, y la causa de la Justicia, que fue causa de Cristo, sale fortalecida y triunfa.

III

Alguno argumentará, acaso, que si Dios y Patria se identifican, ¿cómo es posible hablar de contradicciones, las cuales implicarían el descarriamiento de nuestras mejores tradiciones y apetencias? Pero, hay que distinguir, ante todo, de qué Dios y de qué Patria se trata cuando se los invoca con tanta solemnidad, énfasis y frecuencia.

Sarmiento, autor de una *Vida de N. S. Jesucristo*, dijo de las Misiones Jesuíticas de Paraguay: “El misionero no enseña a amar a la Patria, porque él no la tiene. El jesuita tiene un soberano: la Orden a que pertenece; un rey absoluto en el que está en la Casa Grande de Roma, superior al rey, el igual al papa. La Patria del sacerdote cristiano está en el cielo. Los jesuitas, los misioneros que dirigen las Misiones no son precisamente españoles ni americanos: son *jesuitas*

¹ VIGIL, FRANCISCO DE PAULA, *Los jesuitas*, Lima, 1835.

de todas las naciones mandados desde Roma a catequizar neófitos”¹. Por su parte, un competente pedagogo boliviano afirma que la escuela merma la clientela de la capilla y también al laboreo forzado, por lo que —decía— el cura y el latifundista miran de mala gana al maestro. Parecida observación ha sido formulada por algunos en Perú, Ecuador y México².

De aquí resultaría que: el concepto de Dios y la idea de Patria pertenecen a órbitas distintas. Sólo se identifican cuando, como en la Guerra de España contra el Moro, bajo la pugna territorial, subsiste también una lucha religiosa. Pero, aquí, donde todos somos católicos, esa identificación no cabe. Se combate a veces por la patria; pocas por Dios.

Nuestro problema, al respecto, enfoca la calidad y hondura del sentimiento religioso y la penetración efectiva o aparente de la Iglesia, no la existencia misma del dogma católico, imperante. Como dice Siegfried, el asunto consiste, pues, “en saber si el católico suramericano podrá mantenerse completamente a cubierto de influencias exóticas. De hecho, la presencia del negro y el indio acusan la presencia de gérmenes corruptores que rondan en torno del catolicismo y que aún trabajan en su seno”. “¿Cómo podría confiarse a la madre india —se pregunta Terán— la predicación cristiana? . . .” “Y es así que la cristianización de América fue normal y no penetró jamás la conciencia social”.

Francisco García Calderón ha escrito algo semejante³. Ni él ni Terán pueden ser tildados de heréticos ni heterodoxos.

En el Asia Menor, entre griegos y rusos, la Iglesia adoptó modalidades típicas, para procurar la armonía entre el factor telúrico y el individuo. Aquí se partió de un principio *sui generis*: considerar que el medio no existía, o que Europa se había trasladado íntegramente a América. Como la catequesis siguió a la derrota bélica, “impuso —y lo dice Terán— fórmulas, reglas, ceremonias, ritos, que recubrieron

¹ SARMIENTO, D. F., *Conflictos y armonías de razas*, Ed. “La Cultura Argentina”, Buenos Aires, pp. 262-3-354-5.

² REYEROS, RAFAEL, *cit.*, p. 31; ENCINAS, JOSÉ A., *Hacia una nueva escuela en el Perú*, Lima, 1932; SÁENZ, MOISÉS, *Sobre el indio peruano*, México, 1933; *id.*, *Sobre el indio ecuatoriano*, México, 1933.

³ GARCÍA CALDERÓN, F., *La creación de un continente*, París, Ollendorf, s/a. (1912) *Passim*.

simplemente, como un vestido, la intimidad fetiquista del catecúmeno". Reaccionar, contra el abuso de lo paramental constituye un deber de sana política para todo católico, para todo americano.

Un testimonio de Vasconcelos, católico convicto, plantea otro de los problemas de la Iglesia como órgano de conservación: "En la catedral metropolitana (de México) —escribe— el alto clero celebró *Te Deum* en honor de Victoriano Huerta. Los nombres de los jóvenes portadores de palio eran los mismos de una Asociación que, organizada para defender la fe católica, debió abstenerse de complicarse con una situación como la huertista, aparte de indigna, perdida a plazo corto o largo"¹. Lo propio podría aplicarse al caso de Francisco Franco. Su crueldad e ilegitimidad no se compadecen con el apoyo que la Iglesia, teórica Madre del Pueblo, le ha prestado. Confundir a Dios con la Patria, y poner a aquél a servir a las facciones partidistas es la mejor manera de desacreditar uno de los baluartes espirituales de la humanidad entera: la religión. La nuestra, según frase de García Calderón, "se ha convertido en una fórmula social y en un rito elegante... Prácticas parasitarias ahorran las creencias tradicionales". Pero, nosotros tenemos urgencia de creencias hondas, no de "prácticas parasitarias". Necesitamos fe y caridad, en vez de rivalidad y automatismo. Esperanza, en vez de la mísera expectativa en que nos arrastramos Usando una expresión de Ricardo Rojas, precisa hallar al "Cristo invisible"² que morigere el ritualismo espectacular y el dogmatismo jactancioso, a cuya sombra, día a día, se escapa algo de nuestra personalidad.

Es menester, además, que clarifiquemos el concepto de Patria, tan estrechamente ligado a los organismos de conservación, Ejército e Iglesia. Ella no es sólo el pedazo de territorio en que vivimos, sino que debe ser un trozo de suelo para cada uno de sus hijos; una parcela de esperanza y seguridad para todo ciudadano; un fragmento de historia de que podemos estar todos, por igual, orgullosos; una participación en el beneficio y el confort; y que ella no se caracterice, como a menudo ocurre, por el sacrificio de los muchos en aras del disfrute de los pocos.

Los órganos encargados de defender la Patria han equivocado a

¹ VASCONCELOS, J., *La tormenta*, México, 1938, p. 83.

² ROJAS, R., *El Cristo invisible*, Buenos Aires, 1927, passim.

menudo su rumbo, por no haber discriminado lo propio de lo ajeno (tradiciones, por ejemplo), lo mediato de lo inmediato (interés nacional e interés de clase). Todo ello porque hemos dejado de consultar la intimidad del hombre y del suelo. A tan simple restauración, clara pero costosa, se reduce, en última instancia nuestro problema: defenderla, una vez lograda, es la única forma de conservar algo valioso y necesario. Lo otro, lejos de defensa o conservación, merece no más que piadoso olvido.

CAPÍTULO XII

CONCLUSIÓN PARA EMPEZAR
DE NUEVO

“He pensado mucho —y con frialdad— lo que pienso, y como buen andaluz, poseo el secreto de la frialdad, porque tengo sangre antigua. Yo sé que la verdad no la tiene el que dice ‘hoy, hoy, hoy’, comiendo su pan junto a la lumbre, sino el que, serenamente, mira a lo lejos la primera luz en la alborada del campo.”

FEDERICO GARCÍA LORCA, *Charla sobre el Teatro*, Obras completas, t. VII, págs. 186-187.
Buenos Aires, Losada, 1942.

El propósito de este libro salta a la vista, ahora, después de lo recorrido: demostrar que lo que llamamos "nuestra realidad" suele ser un espejismo; que siendo homogéneos nos pensamos demasiados heterogéneos, a causa de que confundimos lo perenne con lo pasajero; y que tratamos de justificar nuestra unidad potencial, subrayando indebidamente elementos extraños a nuestra verdadera esencia, y por medio de anécdotas a menudo pueriles: en suma, que amanece ya el día de ajustar el paso externo a nuestro ritmo íntimo sustancial.

Somos un territorio con un mismo sistema orográfico e hidrográfico; lo suficientemente vario para poder ser compacto. Pero, el Hombre pretende trasladar aquí discrepancias ajenas, importadas, creando así la primera contradicción al parecer irreductible: entre la Geografía y la Historia.

La Raza, como producto de la Geografía, constituye un factor unitario. Primero, el indio, idéntico pese a divergencias indispensables y coadyuvantes. Luego, el ibérico, oliváceo o rubio, pero con igual tendencia. Más tarde, el negro. Por último, el mestizo, síntesis de todos. La "intelligentzia" imitadora concentró, empero, sus fuegos contra el mestizo, haciéndolo víctima de sus pruritos extranjerizantes y bovaristas. No obstante, el mestizo continúa su marcha, acercándose biológicamente al indio, pero, intelectualmente, al europeo. Falta aún clarificar su posición emotiva, difícil de precisar por su inadaptación presente, en parte a consecuencia de una ausencia visible de vertebración sustantiva y honda.

El acervo espiritual del mestizo posee una multiplicidad desconcertante. En ello influye su orfandad de tradiciones, no por carencia de ellas, sino por sufrir muchas. De ahí, en parte, su grandeza y su miseria.

Nada tan erróneo como considerar a los pueblos desde *sólo* un punto de vista, y atribuirles una *sola* tradición. A fuer de mestizos, contamos tantas tradiciones como elementos físicos y espirituales.

Tal sucede en todo conglomerado de hombres. Los sajones, irlandeses, alemanes, escoceses, judíos, africanos, flamencos, latinos, que constituyen los Estados Unidos de Norteamérica, trajeron cada cual su tradición, adecuada a cada época, a veces, a cada circunstancia. Nuestros pobladores hicieron lo propio, sin proponérselo, como suele ocurrir en todo proceso histórico fundamental. Penetrar en nuestro yo implica, pues, analizar el valor y peso de las tradiciones indias, ibéricas, negras y europeas, católicas y librepensadoras, ciudadanas y rurales, nobles y plebeyas, militares y civiles, intelectuales y agrícolas, precoloniales, coloniales y republicanas. La Tradición rechaza toda filiación excluyente y restricta. *Si existe*, estamos obligados a localizar las muchas ramas de su árbol genealógico, más allá de la única pareja de que habla el Génesis.

Cada tradición cuaja en una costumbre, la cual, a su turno, se convierte en simiente de una ley. Siendo nuestra legislación tan nominal y desaplicada, lógico será pensar que nuestra índole lo es también. El violento encajamiento de una tradición (o tradiciones) foránea, sin respetar lo autóctono, produjo aquel desequilibrio. Lo que debió ser armonía y mestizaje positivo, resultó así arrogancia y exclusivismo. Nacimos a contrapelo: nos engendraron dos civilizaciones en su ocaso. Nuestra luz vino de dos crepúsculos; de dos agonías, nuestra vida. Necesariamente, remedo de adultez ha sido nuestra infancia, ahora en trance de traspasar la adolescencia. De dos civilizaciones petrificadas —estatismo doble— quisimos formar una cultura —puro dinamismo. Cuando acaeció la cópula colectiva de la conquista, los indígenas vivían ya bajo el imperio de lo formal, organizando “su barroco”. Por eso, después de cuatrocientos cincuenta años de continuo morir —“muero porque no muero”— nos asociamos ya a una verdadera existencia.

El feudalismo nos sobrecogió, implantando usos y leyes inesperados, Códigos esotéricos. No respetamos la ley, porque no la parimos. Como nos la impusieron coactivamente, buscamos la salida del casuismo —eco temperamental, además— dando así renovada vigencia a ese bizantinismo político y jurídico que tanto ha contribuido a que se nos perdiera el respeto y nos corrompiéramos con nuestros propios jugos. Lejos estamos de culpar, sin embargo, a nadie, del exceso barroco y conceptista de nuestros modos: ley prestada, que no refleje el medio ambiente, será siempre letra muerta. Caudillos y mineros trataron de conformar a su conveniencia una sociedad de caciques, consejos tri-

bales y agricultores. Mal podían ahormarse al individualismo godos gentes hechas al colectivismo indio.

La ley, además, vino envuelta en un lenguaje cabalístico, por extranjero, el cual, sin apelación a fonética, morfología, semántica y etimología locales, se impuso una Gramática extraña. No habíamos recibido todavía el automóvil y ya estábamos erigiendo semáforos para dirigir el tránsito fantasma. Como consecuencia, el proceso literario, añejo a toda convivencia humana, adoptó a su vez un traje importado a través de también exóticas aduanas. Por eso, el descubrimiento de tan insólito universo, lejos de producir una épica deslumbrada, dió nacimiento a una lírica repetidora. Italianizantes, latinizantes, iberizantes, afrancesados, pero nunca americanizantes, se disputaron nuestras emociones. Sólo a fines del siglo XVIII vinimos a caer en la cuenta de que existían el paisaje y la Geografía. Apenas nos nació el primer amor intelectual americano, acaeció la Independencia política. Se había empezado...

A través de la arquitectura, cuya pétreo lengua suele resistir mejor lo adventicio, el mestizo halló medio más cabal de expresarse. Pero, ahí se dieron cita dos formalismos. Si no hubiera sido por el ambiente, difícilmente se habría adelantado, como se adelantó, nuestra emancipación espiritual a través de púlpitos y portadas, altares y escalinatas eclesiásticas. La pintura, sí, quedó rezagada. La sujetaban la terrena inspiración europea, y la ultraterrena del cielo: dos lejanías. Nuestro Quatrocento sobrevino exactamente con cuatrocientos años de retraso, cuando apareció, con la Revolución social, la pintura mexicana, revelación inaudita de una dimensión inédita de nuestra sensibilidad.

Hasta aquí, describo sólo ocurrencias citadinas. ¿Hasta qué punto representa la ciudad americana lo más radical de nuestra personalidad? Aunque ya he tratado el tema, conviene recapitular lo básico. Con excepción de los lugares en donde el europeo se estableciera sobre los trazos de antiguos burgos indígenas, o movido por un espontáneo impulso de extraer riquezas, las más importantes urbes nuestras denuncian también la victoria de la imitación sobre la creación. Cumplían, con planos y sin alma, fines estratégicos, orgánicos y permanentes. Ciudades de paso, su paradójico destino fue el de trocarse en núcleos de irradiación, al revés de los burgos europeos de donde brotó la reacción contra la feudalidad. Cuando en Europa decaía el régimen feudal, nacía el de aquí: hacia 1500. Fue el nuestro un feudalismo violento,

ritualista, sin el impulso religioso de la Edad Media europea, sin su sacro frenesí, con mucha holganza y poca guerra. La división de clases recibió la ayuda de la incompatibilidad de razas. La ausencia de mística cuajó en sistemática beatería litúrgica.

Nuestros feudales crearon el latifundio cuando en Europa surgió potente la autoridad unitaria del Estado centralizador. Países agrarios los nuestros, chocaron con el monopolio de la tierra, gobernada desde ciudades fundadas para subyugar, no defender, al agro. Tampoco se multiplicaron las ciudades de esa laya. Era preferible tener las menos posible, arrogantes, monopolistas, reflejo fiel del estamento que las erigiera.

Cuando el desarrollo capitalista, bajo su forma imperial, invadió nuestros países, el tardío feudalismo colonial y republicano había minado toda posibilidad de resistencia fecunda. Sin embargo, debido a un proceso espontáneo, de defensa automática, el avance imperial está dando vida a un capitalismo criollo, incipiente, pero enérgico, que ya disputa monopolios y concesiones al extranjero.

Por último, ya que hablamos de defensa y ataque, las dos instituciones típicamente defensivas —Ejército e Iglesia— no consiguieron organizar adecuadamente su obra, en virtud de la misma arritmia, destacada en los inicios del coloniaje; de esa deformación original de nuestra evolución histórica. Y acaban dando predominio a lo aparente y ajeno, en vez de a lo real y propio, es decir, a lo criollo. La Patria, alma y carne del pueblo, sufrió también los efectos del monopolio, a manos de los señores feudales de la localidad, apoyados por el ejército, cuya constitución, sin embargo (clase media y pobre), lo destinaba a militar en el campo opuesto al latifundista. La Iglesia, a menudo dominada por celos formales y dirigida por cerebros exóticos, no dió la importancia debida al sentimiento popular, de cuyo seno, precisamente, surgió Cristo. No es raro, pues, que, siendo las nuestras colectividades fundamentalmente católicas, aparezcan ahora pidiendo aliento extranjero, sin reparar en que, por ejemplo, los predicadores católicos de los Estados Unidos tienen tradición más corta y chica, y sentimiento menos arraigado de una religión que llegó a América por nuestros puertos, y muchos lustros antes de que en el Norte se conociera el rito romano.

Hasta aquí mi proyecto de diagnóstico. Trataré de resumir, ahora, en líneas generales, un pronóstico.

Algunos espíritus simplistas, heridos por el esterilizante e injusto

exotismo de los directores sociales, aconsejan regresar a las formas de convivencia preibéricas. Un Indigenismo o “americanismo” de tal jaez, apenas merece comentario, tan craso es el error de donde arranca. Nadie puede volver exactamente al punto de partida: ni el río, ni la flecha, ni la historia, ni el hombre. El sentido de la “restauración de lo autóctono”, lejos de implicar un retorno a lo aborigen, significa *aclimatar* la decisiva aportación europea que ya es parte de nuestro acervo más íntimo. Cualesquiera que hayan sido y sean los vicios de la conquista y el coloniaje, ya están incorporados a nuestra personalidad. *Son*: nadie puede negarlos.

Pero, así como también resulta pueril y estéril confundir nuestro ser esencial con el ibérico, en un afán ridículo de unilateral “occidentalización”, así también, sin duda, parece estéril y pueril rechazar la influencia de indios y negros, cuya acción en nuestro proceso evolutivo es un hecho consumado: *es* —nadie puede, tampoco, negarlo.

Continente mestizo, de organización social mestiza, de topografía también mestiza, de cultura mestiza, tenemos ante nosotros el deber de orientar este hecho —o estos hechos, si acaso— en un sentido positivo, de integración y creación. En otras palabras, hacernos a una nueva actitud, que podría definirse como un “estado de gracia cultural”, comprendiendo en el término de “cultura” todo cuanto de vivo y fecundo se encierra en nuestros pueblos.

Tal vez habría que recomenzar desde el nombre, dejando que su vigencia nazca de la realidad, en lugar de enfrascarnos en bizantinos debates tan del agrado de historiadores y leguleyos. Porque lo importante —llámesenos América latina, Iberoamérica, América hispana, Indoamérica, Panamérica, Interamérica, Indoiberia o como se quiera— lo importante es que *seamos* —y ya somos. Tanto o más viejos que los asiáticos y los europeos, a la luz de los más recientes descubrimientos arqueológicos, constituimos, a pesar de eso, un Mundo Nuevo, por nuestro estreno en la influencia universal, por nuestro hallazgo del destino.

Sin hipérbole ni metáfora oratoria, tenemos en nuestras manos la responsabilidad de reedificar la cultura del globo, de dar forma a un Nuevo Mundo. Estamos en deuda, ya no con el ayer, sino con el hoy y con el mañana. Exentos de los particularismos raciales y políticos de civilizaciones en crisis, nos toca dar un adiós definitivo a cuanto represente separatismo y desintegración. Ni tradiciones monopolizadoras y privativas, ni nacionalismos estrechos y envidiosos: todo eso

pertenece, fuerza será repetirlo, a una civilización argonizante. Nos está naciendo a nosotros una cultura personal, al par que alumbra la urgencia de algo distinto para el resto de la humanidad. Forjaremos y dignificaremos nuestro papel sólo en la medida en que sepamos erguirnos sobre tanto prejuicio que nos subyuga todavía, y en la medida en que nos encaremos, con mente virgen, a lo inmediato —siempre tan confuso y extraño—, y demos paso a las responsabilidades humanas, por encima de arrogancias y mezquindades propias de sociedades sin esperanza, entregadas a la disputa del pasado, por falta de capacidad, de fuerza y de valor para encarar el apremiante futuro.

ÍNDICE

	Pág.
¿EXISTE AMÉRICA LATINA? (<i>Segundo prólogo a un libro intemporal</i>)	7
ADVERTENCIA EDITORIAL	10
AL LECTOR (<i>De la primera edición</i>)	11
CAPÍTULO	
I. EL PROBLEMA DE LA FISONOMÍA. <i>¿Existe América Latina?</i>	15
II. PENDENCIA Y CONCILIACIÓN DE LA GEOGRAFÍA Y LA HISTORIA	29
III. EL RACISMO CONTRA LA UNIDAD Y ESENCIA DE AMÉRICA	47
IV. ATAQUE Y DEFENSA DEL INDIO	63
V. LLEGADA DEL EUROPEO Y NACIMIENTO DEL MESTIZO	99
VI. LOS NEGROS	125
VII. ¿EXISTE LA TRADICIÓN?	143
VIII. DIÁLOGO DE LA CIUDAD Y EL CAMPO. <i>Feudalismo - Democracia - Independencia</i>	163
IX. CONFLICTO ENTRE LA COSTUMBRE Y LA LEY, ENTRE LA NACIÓN Y EL ESTADO	183
X. DE LA CIVILIZACIÓN A LA CULTURA	199
XI. LOS ÓRGANOS DE CONSERVACIÓN: EJÉRCITO E IGLESIA	215
XII. CONCLUSIÓN PARA EMPEZAR DE NUEVO	235

CRISTAL DEL TIEMPO

- FRANCISCO AYALA: RAZÓN DEL MUNDO.
 EDUARDO BLANCO-AMOR: LAS BUENAS MANERAS.
 GERALD BRENNAN: LA FAZ ACTUAL DE ESPAÑA.
 ROMUALDO BRUGHETTI: DESCENTEN TO CREADOR (*Afirmación de una conciencia argentina*).
 ALBERT CAMUS: EL MITO DE SÍSIFO. EL HOMBRE REBELDE
 ALBERT CAMUS: EL REVÉS Y EL DERECHO.
 BERNARDO CANAL FEIJÓO: LA FRUSTRACIÓN CONSTITUCIONAL.
 BERNARDO CANAL FEIJÓO: ALBERDI. LA PROYECCIÓN SISTEMÁTICA DEL ESPÍRITU DE MAYO.
 ARTURO CAPDEVILA: ¿QUIÉN VIVE? ¡LA LIBERTAD!
 CARLOS COSSIO: LA OPINIÓN PÚBLICA.
 JUAN CUATRECASAS: BIOLOGÍA Y DEMOCRACIA.
 D'ALEMBERT: DISCURSO PRELIMINAR A LA ENCICLOPEDIA.
 Seguido por estudios de FRANCISCO ROMERO, JOSÉ A. ORÍA, JOSÉ BABINI, ROBERTO F. GIUSTI y LUIS REISSIG.
 ABBA EBAN: LA VOZ DE ISRAEL.
 JUAN PABLO ECHAGÜE: ENFOQUES INTELECTUALES.
 WALDO FRANK: AMÉRICA HISPANA.
 WALDO FRANK: USTEDES Y NOSOTROS.
 WALDO FRANK: PASIÓN DE ISRAEL.
 WALDO FRANK: ESPAÑA VIRGEN.
 WALDO FRANK: CUBA, ISLA PROFÉTICA.
 HUMBERTO FUENZALIDA: CHILE.
 ALBERTO GERCHUNOFF: ARGENTINA, PAÍS DE ADVENIMIENTO.
 SIE SAMUEL HOARE: MISIÓN EN ESPAÑA (*Testimonio del embajador británico*).
 C. G. JUNG: REALIDAD DEL ALMA.
 LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA: LIBERTAD DE AMAR Y DERECHO A MORIR.
 LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA: LA CONSTITUCIÓN DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA Y EL PROBLEMA REGIONAL.
 ARIEH LEON KUBOBY: SERÁS SIEMPRE DAVID.
 ALEJANDRO LIPSCHITZ: TRES MÉDICOS CONTEMPORÁNEOS.
 OSVALDO LOUDET: MÁS ALLÁ DE LA CLÍNICA.
 EMIL LUDWIG: LA CONQUISTA MORAL DE ALEMANIA.
 EMIL LUDWIG: FREUD, EL MAGO SEXUAL.
 LORENZO LUZURIAGA: REFORMA DE LA EDUCACIÓN.
 ARCHIBALD MACLEISCH: LOS IRRESPONSABLES.
 E. MARTÍNEZ ESTRADA: RADIOGRAFÍA DE LA PAMPA.
 MARÍA MARTÍNEZ SIERRA: UNA MUJER POR CAMINOS DE ESPAÑA.
 KATE L. MITCHELL: LA INDIA ANTE LA GUERRA.
 JULIO NAVARRO MONZÓ: EL DESTINO DE AMÉRICA.
 JOSÉ MORA GUARNIDO: FEDERICO GARCÍA LORCA Y SU MUNDO.
 IMRE NAGY: CONTRADICCIONES DEL COMUNISMO.
 ÁNGEL OSSORIO: VIDA Y SACRIFICIO DE COMPANYS.
 INDALICIO PRIETO: CARTAS A UN ESCRITOR.
 LUIS REISSIG: ANATOLE FRANCE.
 LUIS REISSIG: EDUCACIÓN PARA LA VIDA NACIONAL.
 LUIS REISSIG: LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO.
 LUIS REISSIG: LA ERA TECNOLÓGICA Y LA EDUCACIÓN.
 DEODORO ROCA: LAS OBRAS Y LOS DÍAS.
 BALDOMERO SANÍN CANO: EL HUMANISMO Y EL PROGRESO DEL HOMBRE.
 EMETERIO S. SANTOVENIA: MARTI, LEGISLADOR.
 GEORGE BERNARD SHAW: GUÍA POLÍTICA DE NUESTRO TIEMPO.
 JEAN-PAUL SARTRE: ¿QUÉ ES LA LITERATURA?
 EMILIO SOSA LÓPEZ: VIDA Y LITERATURA.
 GUILLERMO DE TORRE: LA METAMORFOSIS DE PROTEO.
 HÉCTOR VELARDE: LA PIRÁMIDE INVERTIDA.
 SWAMI VIJOYANANDA: LA CIVILIZACIÓN MODERNA.

SOUTHERN COLORADO STATE COLLEGE LIBRARY

JOSÉ S. CAMPOBASSI

Sarmiento y Mitre. Hombres de Mayo y Caseros.

ALBERT CAMUS

El mito de Sísifo y El hombre rebelde.

ALBERT CAMUS

El revés y el derecho.

ALBERT CAMUS

*Problemas de nuestra época.
Crónica argelina*

BERNARDO CANAL FEIJOO

Alberdi. La proyección sistemática del espíritu de Mayo.

CARLOS COSSIO

La opinión pública.

WALDO FRANK

Cuba, isla profética.

C. G. JUNG

Realidad del alma.

IMRE NAGY

Contradicciones del comunismo.

BERTRAND RUSSELL

El poder en los hombres y en los pueblos.

BALDONERO SANÍN CANO

El humanismo y el progreso del hombre.

GEORGE BERNARD SHAW

Guía política de nuestro tiempo.

GUILLERMO DE TORRE

Problemática de la literatura.

GUILLERMO DE TORRE

Las metamorfosis de Proteo.

EDITORIAL LOSADA S. A.

Alsina 1131 Buenos Aires

